

JULIETTE 3

Marqués de Sade



<http://www.librodot.com>

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario
las envía, confiando en que la obra enviada esté completa y
corregida debidamente por quien realiza la contribución.

HISTORIA DE JULIETTE

o Las Prosperidades del Vicio

ÍNDICE

QUINTA PARTE. [Orgía en el Vaticano — Historia de Brisa-Testa (Sophie de Holanda; milord Burlington; en Suecia; Catalina de Rusia; Tergowitz y Voldomir) — Carle-Son — Muerte de Sbrigani — El rey y la reina de Nápoles — Orgías y horrores en los alrededores de Nápoles (Francaville; Vespoli; la familia de Rosalba)].....3

SEXTA PARTE. [El rey y la reina de Nápoles (continuación) — Muerte de Olympe Borghèse — La Durand reaparece; muerte de Clairwil — Cordelli — Venecia — Moberti — Cornaro — Zeno — Retorno a París; Noirceuil — Mme. de Valrose — Mlle. Fontange de Donis — Suplicio y muerte de Mlle. de Donis y de Marianne, hija de Juliette — La muerte de Justine].....94

QUINTA PARTE

Grandes biombos rodeaban el solitario altar de San Pedro, y formaban una sala de alrededor de cien pies cuadrados en cuyo centro estaba el ara, de forma que no tenía ya ninguna comunicación con el resto de la iglesia. Veinte jóvenes muchachas o

muchachos que se hallaban en un graderío adornaban los cuatro lados de este soberbio altar. Igualmente en los cuatro rincones, entre los peldaños y las gradas, había en cada uno un pequeño altar griego destinado a las víctimas. Cerca del primero se veía a una joven de quince años; cerca del segundo, una mujer embarazada de alrededor de veinte años; cerca del tercero, una muchacha de catorce; cerca del cuarto un joven de dieciocho, hermoso como el día. Enfrente del altar había tres sacerdotes dispuestos a consumir el sacrificio y se disponían a ayudarlos seis niños del coro, completamente desnudos: dos estaban tumbados en el altar y sus nalgas iban a servir de piedras sagradas. Braschi y yo estábamos tumbados en una otomana puesta en un púlpito de diez pies de alto al que sólo se llegaba por unos escalones cubiertos con alfombras de Turquía; este púlpito formaba un teatro donde cabían cómodamente veinte personajes. Seis pequeños Ganimedes de siete u ocho años, completamente desnudos, sentados en las escaleras, debían ejecutar las órdenes del Santo Padre a la menor señal; diferentes trajes, tan elegantes como pintorescos, embellecían a los hombres, pero el de las mujeres era demasiado delicioso para no merecer una descripción particular. Estaban vestidas con una camisa de gasa cruda que ondeaba descuidadamente sobre su talle sin disimularlo; una gorguera adornaba su cuello; y la túnica que acabo de describir estaba ceñida por un gran lazo rosa a la altura de la cintura, dejando la espalda totalmente al descubierto; encima de esta camisa tenían una cimarra de tafetán azul que, echada hacia detrás, no ocultaba el delantero; una simple corona de rosas adornaba sus cabellos, que caían en bucles sobre sus hombros. Este descuidado traje me pareció tan elegante que al momento quise vestirme así. Comenzó la ceremonia.

En cuanto el Santo Padre formulaba un deseo, las seis ayudantes de campo, situadas en las gradas de nuestro estrado, corrían a satisfacerlo. Pidió tres muchachas. El papa se sentó sobre el rostro de una ordenándole que le cosquillease en el ano; la segunda chupó su pito; la tercera manoseó sus cojones; y entretanto mi culo fue el objeto de los besos del Santo Padre. También se decía la misa y se cumplían las órdenes dadas por mí para que se ejecutasen mis deseos con la misma celeridad que los del soberano pontífice. En cuanto se consagró la hostia, el monaguillo la trajo a la gradería y la depositó respetuosamente en la cabeza del pito papal; en cuanto la ve allí, el bribón me encula con ella. Seis jóvenes muchachas y seis guapos muchachos le presentan indistintamente sus pitos y sus culos; yo misma era acariciada por debajo por un joven muy guapo, cuyo pito masturbaba una muchacha. No resistimos este entresijo de lujuria; los suspiros, pataleos, blasfemias de Braschi me anuncian su éxtasis y deciden el mío; descargamos aullando de placer. Sodomizada por el papa, el cuerpo de Jesucristo en el culo. ¡Oh, amigos míos, cuántas delicias! Me parecía que jamás en mi vida había gozado de tantas. Caímos agotados en medio de los divinos objetos de lujuria que nos rodeaban y el sacrificio terminó.

Era cuestión de recuperar fuerzas; Braschi no quería que los suplicios comenzasen antes de que él la volviese a tener empinada. Mientras veinte muchachas y otros tantos muchachos trabajaban por devolverlo a la vida, yo me hice joder unas treinta veces ante los ojos del papa en medio de un grupo de jóvenes; normalmente excitaba a cuatro mientras era el objeto de las caricias de dos. Braschi gozaba increíblemente con mi libertinaje, me animaba a que redoblase sus impulsos. Se celebró otra misa y esta vez la hostia, traída hasta el más hermoso pito de la sala, se introdujo en el culo del Santo Padre que, empezando a empinársele, me volvió a encular rodeado de nalgas.

—¡Bien! —dice, retirándose al cabo de algunas idas y venidas— Sólo quería que se me empalmase. Ahora inmolemos.

Da la orden para el primer suplicio; debía ejecutarse en la persona de un joven de dieciocho años. Le hacemos que se acerque a nosotros y después de haberlo acariciado, besado, masturbado, chupado, Braschi le declara que va a crucificarlo como a San Pedro, boca abajo. Recibe su sentencia con resignación y la soporta con valor. Mientras se le ejecutaba, yo acariciaba a Braschi; ¡y adivinad quiénes eran los verdugos!: los mismos curas que acababan de celebrar las misas. El joven así tratado fue atado con su cruz a una de las columnas salomónicas del altar de San Pedro, y pasamos a la muchacha de quince años. Se acercó igualmente a nosotros y el papa la encoló; yo la masturbaba; primero fue condenada a la más enérgica fustigación, después colgada de la segunda de las columnas del altar.

Apareció el muchachito de catorce años; Braschi le encula igualmente y, como quería ejecutar este crimen con su propia mano, no hubo ningún tipo de vejaciones, de horrores que no le aplicase. Aquí fue donde pude darme cuenta de toda la cruel maldad de este monstruo. Basta con estar en el trono para llevar estas infamias a su última expresión: la impunidad de estos granujas coronados los conduce a refinamientos que jamás inventarían los demás hombres. Por último, este malvado, ebrio de lujuria, arranca el corazón de este niño y lo devora mientras pierde su semen. Quedaba la mujer embarazada.

–Diviértete con esa zorra –me dice Braschi–, te la entrego; siento que no se me empalmará ya, pero te veré gozar de ella con la más completa voluptuosidad; sea cual sea el estado en que pueda encontrarme, el crimen me divierte siempre; así pues no la trates con miramientos.

La infortunada se acerca.

–¿De quién es este niño? –le pregunto.

–De uno de los favoritos de Su Santidad.

–¿Y se hizo ante sus ojos?

– Sí.

–¿El padre está aquí?

Es ése.

–Vamos –digo a este joven–, abrid vos mismo el vientre de la que lleva vuestro fruto; os espera un suplicio espantoso si no obedecéis al momento.

El desgraciado obedece; descargo acribillando de puñaladas el cuerpo de la víctima y nos retiramos.

Braschi quiso que por encima de todo pasase el resto de la noche con él; el libertino me adoraba.

–Eres firme –me decía–, así es como me gustan las mujeres: escasean las parecidas a ti.

–La Borghèse me sobrepasa –respondí.

–Le falta mucho para eso –me dice el papa–, está constantemente destrozada por los remordimientos. Dentro de ocho días –prosiguió el papa– te doy con ella y los dos cardenales amigos tuyos la comida a la que me he comprometido; y en ella, amor mío, estoy seguro que haremos, eso espero, algunos horrores que superarán éstos.

–Eso me gusta –le digo falsamente al pontífice, puesto que al responderle así yo no pensaba más que en el robo que me disponía a perpetrar aquel día–; sí, espero que hagamos algunos buenos.

Braschi, que acababa de frotarse los cojones con un agua espirituosa que le disponía para el placer, quiso intentarlo de nuevo.

Me puse a caballo sobre su pecho; el agujero de mi culo descansaba sobre su boca,

y el zorro, por muy papa que fuese, descargó renegando de Dios como un ateo.

Se durmió. Yo tenía muchas ganas de aprovechar este momento para ir a coger todo lo que pudiese llevarme de su tesoro; el camino que él mismo me había trazado me permitía esta tentativa sin tener que temer a sus guardias; pero como este proyecto había sido concebido con Olympe, no quise privarla del placer de participar en él; además Elise y Raimonde también estarían con nosotras y nuestra cosecha sería más abundante.

Pío VI no tardó en despertarse. Ese día había consistorio. Lo dejé discutir en paz sobre el estado de conciencia de los países cristianos y fui a pedir perdón a la mía por no haberla cargado con la suficiente cantidad de crímenes. Lo he dicho ya y lo sostengo; no hay nada peor que el remordimiento de la virtud para un alma acostumbrada al mal; y cuando se vive en un completo estado de corrupción, vale infinitamente más colmar la medida que quedarse atrás; porque la pena que da lo que se hace de menos es infinitamente mayor que el placer que da lo que se hace de más.

Dos o tres baños limpiaron las manchas pontificias, y corrí a casa de Mme. Borghèse a contarle mis éxitos en el Vaticano.

Para evitar la monotonía de los detalles, pasaré rápidamente por las nuevas orgías que celebramos en el Vaticano. Esta vez la escena tuvo lugar en la gran galería; había allí más de cuatrocientos sujetos de ambos sexos; no pueden describirse las impurezas que se realizaron.

Treinta muchachas vírgenes, de siete a quince años y hermosas como el Amor, fueron violadas primero y masacradas después; cuarenta muchachos tuvieron la misma suerte. Albani, Bernis y el papa se enularon, se atiborraron de vino y de infamias y ese momento de embriaguez fue el que elegimos Olympe, Elise, Raimonde y yo para ir a saquear el tesoro. Robamos veinte mil cequíes que Sbrigani, apostado cerca de allí con gente de confianza, hizo transportar al momento a casa de Borghèse, donde nos lo repartimos al día siguiente. Braschi no se dio cuenta de este robo, o fingió políticamente no darse cuenta... No lo volví a ver más; sin duda mis visitas le parecieron demasiado caras. Desde entonces creí prudente abandonar Roma; Olympe no se hacía a la idea; sin embargo hubo que separarse y partí para Nápoles a principios del invierno, con una carpeta llena de cartas de recomendación para la familia real, el príncipe de Francaville y para la gente más rica y encumbrada que había en Nápoles. Mis fondos se quedaron en manos de banqueros de Roma.

Viajábamos en una excelente berlina Sbrigani, mis mujeres y yo. Nos escoltaban cuatro criados a caballo, cuando entre Fondi y el muelle de Gaeta, en los confines del Estado eclesiástico, a unas doce o quince leguas de Nápoles, diez hombres a caballo, al anochecer, nos rogaron pistola en mano que tuviésemos a bien desviarnos del camino principal para ir a hablar con el capitán Brisa-Testa que, honradamente retirado en un castillo al borde del mar, más arriba de Gaeta, no soportaba que la gente honrada que viajaba por esta región pasase tan cerca de su morada sin hacerle una visita. No nos costó trabajo comprender este lenguaje y después de medio nuestras fuerzas con las que se nos oponían, nos dimos cuenta de que lo más fácil era obedecer.

– Camarada –le dice Sbrigani al oficial–, yo siempre he oído decir que los granujas no se destruyan entre sí; si vos ejercéis la profesión de una forma, nosotros la ejercemos de otra, y nuestro oficio, como el vuestro, es engañar.

–Daréis esas explicaciones a mi capitán –dice el segundo jefe–, yo no hago más que obedecer y sobre todo cuando mi vida depende de ello: en marcha.

Como los caballeros a las órdenes del que nos hablaba ataban mientras a nuestros

criados a la cola de sus caballos, no hubo lugar para replicar. Nos pusimos en marcha. El oficial se había metido en nuestro coche, conducido por cuatro de sus caballeros. De esta forma caminamos cinco horas, durante las cuales nuestro conductor nos puso al corriente de que el capitán Brisa-Testa era el jefe más famoso de los bandoleros de toda Italia.

–Tiene –nos dice el guía– más de doce mil hombres a sus órdenes y nuestros destacamentos recorren por un lado todo el Estado eclesiástico hasta las montañas de Trento; por el otro llegan hasta los confines de Calabria. Las riquezas de Brisa-Testa son inmensas –prosiguió el oficial–. En un viaje que hizo el año pasado a París se casó con una mujer encantadora que hoy hace los honores de la casa.

–Hermano –le digo a este bandido–, me parece que los honores de la casa de un ladrón no deben ser difíciles de hacer.

–Os pido perdón –respondió el oficial–, pero el trabajo de la señora es mayor de lo que se piensa: ella es la que degüella a los prisioneros y os aseguro que se entrega a esta tarea de una forma totalmente honrada, y que estaréis encantados de perecer en sus manos...

–¡Ah! –digo–, ¿así que eso es lo que llamáis hacer los honores de la casa?... ¿Y el capitán está ahora en el hogar o sólo trataremos con la señora?

–Los encontrareis a los dos –respondió el bandolero–; Brisa-Testa acaba de volver de una expedición por la Calabria interior que nos ha costado algunos hombres, pero que nos ha valido mucho dinero. Desde entonces se ha triplicado nuestra paga: ¡esto es lo que tiene de bueno este gran capitán... una equidad... una justicia!... Siempre nos paga de acuerdo con sus posibilidades; nos daría diez onzas al día* si ganase en proporción a ello... Pero ya hemos llegado –dice el oficial–. Siento que la noche os impida distinguir los contornos de esta soberbia casa. Ahí está el mar y el castillo, cuyos impracticables alrededores nos obligan a dejar el coche aquí; como veis hay que subir en vertical y el sendero puede ser transitado a todo lo más por caballos.

Subimos a grupa detrás de nuestros guardias y al cabo de hora y media de trayecto, en la montaña más alta que yo hubiese visto en mi vida, se bajó un puente levadizo, atravesamos algunas fortificaciones erizadas de soldados que nos saludaron militarmente y llegamos al centro de la ciudadela. Efectivamente era una de las más fuertes que se pudieran ver; y en el emplazamiento en que la había situado Brisa-Testa era capaz de sostener los más largos asedios.

Era alrededor de medianoche cuando llegamos; el capitán y su mujer estaban acostados; los despertaron. Brisa-Testa vino a visitarnos; era un hombre de cinco pies diez pulgadas, en la plenitud de la vida, con el rostro más hermoso y al tiempo más duro. Examinó por encima a nuestros hombres: mis compañeras y yo lo entretuvimos un poco más, la forma brusca y feroz de observarnos nos hizo estremecer. Habló en voz baja al oficial; a continuación nuestros hombres fueron puestos a un lado, nuestras maletas y efectos a otro. A mis amigas y a mi nos echaron a un calabozo donde encontramos a tientas un poco de paja donde nos acostamos, mucho más para llorar nuestras desgracias que para encontrar un descanso difícil de gozar en nuestro horrible estado. ¡Qué crueles reflexiones vinieron a agitar nuestras almas! El recuerdo desgarrador de nuestros antiguos goces se ofrecía sólo para hacer más sombría nuestra situación presente. Si intentábamos no pensar más que en ese momento era sólo para deducir de él las más horribles suposiciones; de esta forma, atormentadas por el

* La onza de Nápoles vale mis o menos once libras diez céntimos de Francia.

pasado, desgarradas por el presente, temblando por el futuro, apenas circulaba la sangre por nuestras venas ardientes, dado el terrible estado en que estábamos. Entonces fue cuando Raimonde quiso recordarme la religión.

–Deja esas quimeras, hija mía –le digo–; cuando se las ha despreciado toda la vida, es imposible volver a ellas cualquiera que sea el estado en que uno se encuentre; además, sólo el remordimiento hace volver a la religión y yo estoy muy lejos de arrepentirme de ninguna de las acciones de mi vida; no hay una sola que no esté dispuesta a cometer de nuevo si estuviese en mi poder hacerlo; lloro por estar privada de ese poder, y no por los resultados obtenidos cuando lo tenía. ¡Ah!, Raimonde, ¡no conoces la fuerza del vicio en un alma como la mía! Cubierta de maldades, nutrida por el crimen, ese alma no existe más que para alimentarse con él, y aunque mi cuello estuviese bajo la espada seguiría queriendo cometerlo; desearía que mis manos, errantes entre los mortales, los envenenasen de crímenes, se los inspirasen... Por lo demás, no temas nada, estamos en manos del vicio: un dios nos protegerá. Tendría mucho más miedo si los hierros que nos cautivan fuesen los de la espantosa diosa que los hombres se atreven a llamar Justicia. Hija del despotismo y de la imbecilidad, si estuviésemos en manos de la puta esa ya me habría despedido de ti para siempre; pero el crimen no me aterrorizó jamás; los partidarios del ídolo que nosotros adoramos respetan a sus iguales y no les hacen daño; nos haremos de su banda si es preciso. Sin conocerla, ya amo a esa mujer de la que nos han hablado; apuesto a que le caeremos bien; la haremos descargar; si quiere mataremos con ella, y ella no nos matará. Acércate, Raimonde, y tú también, Elise, y puesto que no nos queda otro placer que masturbarnos gocemos de él.

Excitadas por mí, las zorras se entregaron; la naturaleza nos sirvió tan bien en las cadenas del infortunio como en las rosas de la opulencia. Yo no había tenido tanto placer jamás, pero el giro que dio mi razón fue espantoso.

–Vamos a ser degolladas –les digo a mis compañeras–; no hay que hacerse ya ilusiones, es el único destino que nos espera. No es la muerte lo que me aterra: soy lo bastante filósofa para estar segura de no ser más desgraciada tras haber vegetado algunos años en la tierra de lo que lo era antes de llegar a ella; pero temo el dolor, esos granujas me harán sufrir; quizás gozarán atormentándome como he gozado yo atormentando a otros; ese capitán tiene el aspecto de un criminal, tiene unos bigotes que me dan miedo, y su mujer, sin duda, es tan cruel como él. Tranquila hace un momento, ahora tiemblo...

–Señora –me dice Elise–, no sé cuál es la esperanza que habla en el fondo de mi corazón pero vuestros principios me tranquilizan. Me habéis dicho que en las leyes eternas de la naturaleza está escrito que el crimen triunfe y la virtud sea humillada; lo espero todo de este inmutable decreto... ¡Ah!, mi querida amante, nos salvará la vida.

–Mi razonamiento acerca de eso os va parecer simple –les digo a mis amigas–. Si, como no podemos dudar, la masa de los crímenes prevalece sobre la de la virtud y aquellos que la practican, el egoísmo en el hombre no es más que el resultado de sus pasiones; casi todas llevan al crimen; ahora bien, el crimen está interesado en humillar a la virtud: por lo tanto, en casi todas las situaciones de la vida yo apostaré siempre mucho más por el crimen que por la virtud.

–Pero, señora –dice Raimonde–, nosotras somos la virtud respecto a esta gente, sólo ellos representan el vicio; por lo tanto nos destruirán.

–Hablamos de situaciones generales –respondí– y este no es más que un caso concreto; la naturaleza no se alejará de sus principios en favor de una sola excepción.

Razonábamos de esta forma cuando apareció un carcelero, más terrible todavía que su amo, trayéndonos un plato de habas.

–Tomad –nos dice con voz ronca–, economizadlas porque ya no se os traerá más.

–¡Qué! –me apresuré a responder–, ¿es que el suplicio que se nos depara consiste en morir de hambre?

–No, pero creo que seréis despachadas mañana y hasta entonces la señora no cree que valga la pena gastar el dinero para que forméis mojones que no cagareis.

–¡Y!, querido, ¿sabéis el tipo de muerte que se nos depara?

–Eso dependerá del capricho de la señora, nuestro comandante le deja ese trabajo; en esto hace lo que quiere; pero, como mujer, vuestra muerte será más dulce que la de vuestra gente; Mme. Brisa-Testa sólo es sanguinaria con los hombres; antes de inmolarlos goza de ellos... los mata cuando se ha hartado.

–¿Y su marido no se pone celoso?

–De ninguna manera, hace lo mismo con las mujeres; se divierte con ellas y las abandona después a la señora, que dicta su sentencia y con frecuencia la ejecuta cuando el señor, hastiado de estos tipos de placeres, le abandona la ejecución.

–¿Así que mata raramente vuestro amo?

–¡Ah!, no llega a inmolar seis víctimas por semana... ¡Ha matado a tantas!... está cansado de eso. Por otra parte, sabe que eso constituye una delicia para su mujer y como la ama mucho le abandona este trabajo. ¡Adiós! –dice el bruto retirándose–, os dejo, tengo que servir a otros; no acabamos aquí; gracias a Dios la casa siempre está llena; no es posible concebir la inmensidad de prisioneros que hacemos...

–Camarada –continué–, ¿sabes qué ha sido de nuestros efectos?

–Están en el almacén... ¡Oh!, estad tranquila, no los volveréis a ver más; pero nada se pierde, cuidamos todo eso.

Y nuestro hombre salió.

Un tragaluz de tres o cuatro pulgadas a todo lo más nos daba la suficiente luz para observarnos en este calabozo, y no dejamos de hacerlo en cuanto estuvimos solas.

–¡Y bien! –digo a mi querida Elise–, ¿está suficientemente frustrada ahora tu esperanza?

–Todavía no –respondió esta amable muchacha–, nada puede decidirme a renunciar a ella; comamos y no nos desesperemos.

Apenas se había acabado esta triste comida cuando volvió el carcelero.

–Se os requiere en la sala del consejo –nos dice bruscamente–... No os marchitareis con la espera, es para hoy.

Entramos... Una mujer alta, sentada en un extremo de la sala, nos hizo una señal para que nos quedásemos de pie alrededor de ella; después, una vez que acabó de escribir algo, levantó los ojos hacia nosotras ordenándonos responder a las preguntas que nos iba a hacer... ¡Oh!, amigos míos, ¡qué expresiones puedo utilizar para explicaros mi sorpresa!... Esta mujer que me interrogaba, esta compañera del mayor criminal de los bandoleros de Italia, era Clairwil..., ¡mi querida Clairwil a la que volvía a encontrar en esta increíble situación!... Ya no me contengo; salto a sus brazos.

–¡Qué veo! –exclamo Clairwil– ¡Qué! ¿Eres tú Juliette?... ¡Oh!, ¡mi más tierna amiga! ¡Abracémonos y que este día, que hubiese sido de duelo para cualquier otra, sea un día de fiesta y de placeres para ti!

La multitud de sentimientos que agitaron mi alma... lo encontrados que eran, su fuerza, me sumió en un estupor del que me costó mucho trabajo salir. Cuando volví a abrir los ojos, me encontré en una excelente cama, rodeada de mis mujeres y de

Clairwil, que se disputaban el placer de serme útiles y de prestarme los cuidados que exigía mi estado.

–¡Querida!, he vuelto a encontrarte –dice mi antigua amiga–. ¡Qué alegría para mí! Mi esposo ya está puesto al corriente: tus gentes, tus riquezas, todo te será devuelto, sólo exigimos de ti que pases unos días con nosotros. Nuestra forma de vivir no te asustará, conozco lo suficiente tus principios para estar segura de que el escándalo jamás se acercará a un alma como la tuya. En otro tiempo hicimos juntas lo suficiente como para que pueda estar convencida de ello.

–¡Oh!, Clairwil –exclamé–, tu amiga sigue siendo la misma; y al madurar con la edad, he hecho progresos que me harán todavía más digna de ti; espero con placer el espectáculo de los crímenes que me preparas... serán goces para mí. Estoy hoy muy lejos de esa pusilanimidad que estuvo a punto de perderme en otro tiempo, y tu amiga, puedes estar segura, no enrojece más que ante la virtud. Pero tú, querido ángel, ¿qué ha sido de ti?, ¿qué has hecho?, ¿qué feliz estrella me hace reencontrar a mi amiga en estos parajes?

–Serás puesta al corriente de todos esos detalles –me dice Clairwil–, pero quiero que empieces por tranquilizarte... por calmarte, por recibir mis excusas por haberte recibido tan mal. Vas a ver a mi marido, te gustará, me atrevo a estar segura de ello... ¡Oh, Juliette!, ve en todo esto la mano de la naturaleza; en todos los tiempos hizo triunfar al vicio, lo sabes. Si hubieses caído en la casa de una mujer virtuosa que te habría visto como una zorra, estarías perdida; pero tú te pareces a nosotros... debemos salvarte. ¡Fríos partidarios de la virtud, convenid en vuestra debilidad y que el perpetuo poder del crimen sobre vuestras almas fangosas os imponga silencio para siempre!

Brisa-Testa apareció justo en el momento en que su esposa acababa de decir estas palabras. Fuese que la situación ya no era la misma, fuese que la tranquilidad que me embargaba me hacía ver los objetos con otra cara, este bandolero no me pareció ya tan terrible: examinándolo con atención lo encontré muy hermoso; lo era efectivamente.

–Este –le digo a mi amiga–, sí que es un esposo digno de ti.

–Míralo bien, Juliette –me respondió Clairwil– y dime si crees que los lazos del himeneo son los únicos que deben unirnos.

–Es cierto que hay un parecido entre vosotros.

–¡Oh Juliette!, este valiente es mi hermano; diversos acontecimientos nos habían separado, me lo devolvió un viaje que él hizo el año pasado. El himeneo ha estrechado nuestros vínculos; ahora queremos que sean indisolubles.

–Lo serán –dice el capitán–, te renuevo el juramento ante la gentil Juliette. Cuando alguien se parece de una forma tan perfecta, cuando las inclinaciones, las costumbres están en tan completa conformidad, no hay que separarse jamás.

–Sois criminales –respondí– vivís en el seno del incesto y del crimen, jamás habrá absolución para vosotros; si, como yo, volviéseis de Roma, todos esos crímenes os aterrorizarían; y el temor de no poder purgarlos os impediría seguir sumidos en ellos.

–Cenemos, Juliette –me dice mi amiga–, acabarás tu sermón en el postre –después, abriendo una habitación vecina, prosiguió–: Aquí están tus efectos, tu gente, tu Sbrigani; sed todos amigos de la casa y cuando ya no estéis aquí pregonaed que los encantos de la tierna amistad encuentran partidarios incluso en el seno del crimen y el libertinaje.

Una magnífica comida nos estaba esperando. Sbrigani y mis mujeres se sentaron a la mesa con nosotros; nuestra gente ayudó a la de mi amiga y ya sólo fuimos una sola

familia. Eran las ocho de la tarde cuando nos levantamos de la mesa. Brisa-Testa no se levantaba jamás sin estar borracho; me pareció que su querida esposa había adquirido el mismo defecto. Después de la comida pasamos a un salón bastante hermoso donde mi antigua amiga propuso en seguida que uniésemos los mirtos de Venus a los pámpanos del dios de las viñas.

–Este bribón debe empinarla muy bien –dice arrastrando a Sbrigani hasta un canapé–... Hermano mío, arremanga a Juliette y le encontrarás encantos dignos de ti...

–¡Oh, Dios! –exclamé, borracha también yo–..., ¡ser fornicada por un bandido, por un asesino!...

Y no bien había acabado cuando, curvada sobre un sofá por el capitán, un pito más gordo que mi brazo hormigueaba ya en mi trasero.

–Hermoso ángel –dice el libertino–, perdonad una pequeña ceremonia preliminar sin la cual, aunque mi pito esté tan empalmado como veis, me sería imposible llegar a vuestros encantos: es preciso que haga sangrar este hermoso culo; pero confiad en mis cuidados, apenas lo sentiréis.

Armándose a continuación con un látigo de puntas de acero con el que me dio una docena de golpes muy fuertes en las nalgas, me hizo sangrar en dos minutos sin que hubiese sentido el más mínimo dolor.

–Esto es lo que me hacía falta –dice el capitán–, mis muslos se inundarán al apoyarse en vos y mi pito, en el fondo de vuestras entrañas, quizás lanzará un esperma espeso que en absoluto hubiese obtenido sin esta ceremonia.

–¡Golpea, golpea!, hermano mío –gritó Clairwil, que seguía fornicando con Sbrigani–, su culo es a toda prueba, con frecuencia nos hemos azotado las dos.

–¡Oh!, señor –exclamé en cuanto sentí el monstruoso instrumento del capitán sondeándome el trasero–, no he dicho nada de los latigazos...

Pero ya no había tiempo: el monstruoso instrumento de Brisa-Testa tocaba ya el fondo de mis entrañas; yo era enculada hasta la empuñadura. Se nos imitaba: Clairwil, que como era su costumbre no ofrecía a su fornicador más que las nalgas, era perforada por él, mientras que Raimonde, meneándole el clítoris, le prestaba con voluptuosidad el mismo servicio que yo sacaba de Elise,

¡Oh amigos míos!, ¡qué buen fornicador este jefe de bandoleros! Sin limitarse al único templo en el que yo creía lo habían retenido sus gustos, recorría los dos a la vez, y con esta doble introducción el granuja me tenía descargando constantemente.

–Mira, Juliette –me dice retirándose y clavando su enorme pito en mis tetas–, esta es la causa de todos mis extravíos: son los placeres que recibo de este hermoso miembro los que me han precipitado a todos los desórdenes de mi vida; siguiendo el ejemplo de mi hermana, me empalmo con el crimen, y es sólo mediante el proyecto o la ejecución de algún horror como puedo lanzar mi semen.

–¡Y bien! ¡Santo Dios! –respondí–, entonces hagamos algunos. Ya que a todos nos anima un mismo deseo y que con toda seguridad se encuentra aquí esa posibilidad, mezclemos nuestro esperma con arroyos de sangre... ¿No hay aquí víctimas?

–¡Ah, zorra! –dice Clairwil descargando– ¡Qué bien te reconozco en esos propósitos!... Vamos, hermano mío, satisfagamos a esta encantadora mujer, inmolemos a esa hermosa romana que detuvimos esta mañana.

–De acuerdo, que la traigan, su suplicio divertirá a Juliette; nos masturbaremos y descargaremos durante la operación...

Traen a la viajera. ¡Oh!, ¡amigos míos!... ¿Adivinan quién era la que se ofrecía a nuestras miradas?... Borghèse... la deliciosa Borghèse; separada de mí no podía seguir

viviendo, volaba tras mis huellas; la gente de Brisa-Testa acababa de detenerla como había hecho la víspera conmigo.

–Clairwil –exclamé–, esta mujer tampoco es una víctima, es una cómplice, es la amiga que ocupaba tu lugar en mi corazón, si es que eso podía ser posible; quiérela, ángel mío, quiérela... la zorra es digna de nosotros...

Y la divina Olympe me besaba, acariciaba a Clairwil, parecía implorar a Brisa-Testa.

–¡Oh!, ¡rediós! –dice éste mientras se le empinaba como a un carmelita– Esta complicación de aventuras me vuelve loco de deseo por joder a esta hermosa mujer, pero lo entibiece respecto a otros objetos; empecemos con unos azotes, ya veremos lo que sale de esto.

Olympe me sustituye; su hermoso culo recibe los elogios universales que merece. Por los mismos medios que utilizó conmigo, Brisa-Testa la hace sangrar y la sodomita un momento después. Mis mujeres me masturban, y Sbrigani no deja de frotar a Clairwil. Por una vez nuestras cabezas se encienden sin necesidad de otros estimulantes; Brisa-Testa nos pone a las cinco en fila, apoyadas en un ancho sofá con el culo en pompa; Sbrigani y él nos sondan alternativamente; se suceden: uno fornicaba el coño; otro el culo; y los criminales descargan por fin, Sbrigani en el culo de Clairwil, Brisa-Testa en el de Olympe.

Un cierto recato sucede a estos placeres. Borghèse, que salía como yo de un calabozo, necesitaba recuperarse; le dan de comer, y nos metemos en la cama. Tras la comida del día siguiente, la reunión de una petimetra de París con un jefe de bandolero del último confín de Italia era tan sorprendente para todo el mundo que todos solicitamos vivamente al capitán que narrase a la concurrencia una historia que parecía tan singular.

–De acuerdo –dice Brisa-Testa–, ante cualquier otra gente no me aventuraría a contar detalles tan escandalosos; pero vuestras costumbres me responden de vuestra filosofía y me doy cuenta de que con vosotros puedo decirlo todo.

HISTORIA DE BRISA-TESTA

Si el pudor todavía tuviese un lugar dentro de mi alma, seguramente dudaría en desvelaros mis fechorías, pero, como hace mucho tiempo que llegué a este grado de corrupción moral en el que uno no se ruboriza por nada, no tengo el menor escrúpulo en confiaros los menores acontecimientos de una vida tejida por el crimen y la execración. La amable mujer que veis aquí bajo el título de mi esposa es a la vez mi mujer y mi hermana. Ambos somos hijos de ese famoso Borchamps cuyas concusiones fueron tan célebres como sus riquezas y libertinaje. Mi padre acababa de alcanzar los cuarenta años de edad cuando se casó con mi madre, de veinte años y mucho más rica que él; yo nací al primer año de matrimonio. Mi hermana Gabrielle no vio la luz sino seis años después.

Tenía yo dieciséis años, mi hermana diez, cuando Borchamps pareció no querer confiar lo que quedaba de mi educación sino a sí mismo. Una vez que volvimos a la casa paterna sólo conocimos ya sus dulzuras: desde ese momento, gracias a los cuidados de mi padre, olvidamos lo poco que nos habían enseñado de religión y las más agradables materias sustituyeron a las tenebrosas oscuridades de la teología.

Pronto nos dimos cuenta de que semejante proceder no agradaba en modo alguno a mi madre. Había nacido dulce, devota y virtuosa, y estaba lejos de imaginar que los principios que nos inculcaba mi padre fuesen los que un día constituyeran nuestra felicidad; e, imbuida de sus ideillas, puso tantas trabas a todos los proyectos de su marido que éste, acabando por burlarse de ella, no se contentó con destruir en nosotros todos los principios de la religión sino que incluso aniquiló todos los de la moral. Las más sagradas bases de la ley natural fueron pulverizadas igualmente; y este padre adorable, queriendo que llegásemos a ser tan filósofos como él, no descuidó ninguna de las cosas que pudiesen volvernos impasibles a los prejuicios y a los remordimientos; para que no pudiese ocurrir que semejantes máximas fuesen contrariadas, tuvo el cuidado de mantenernos en una profunda soledad. Sólo uno de sus amigos, y la familia de éste, venían a veces a suavizar este retiro; y para mejor comprensión de mi relato debo retrataros a ese digno amigo.

M. de Bréval, de cuarenta y cinco años de edad, casi tan rico como mi padre, tenía, como él, una esposa joven, virtuosa, sensible y, como él hijos encantadores, uno de los cuales, Auguste, frisaba los quince años, y la otra, Laurence, hermosa como el día, cumplía sus once. Cada vez que Bréval venía a casa de mi padre llevaba a su mujer y sus hijos: entonces nos juntaban, bajo la mirada de una gobernanta llamada Pamphyle, de veinte años, muy bonita y que gozaba del favor de mi padre. Educados los cuatro de la misma forma, teniendo absolutamente los mismos principios, nuestras conversaciones y juegos estaban por encima de nuestras edades; y realmente, aquellos que nos hubiesen oído habrían tomado nuestros conciliábulos más por comités de filosofía que por entretenimientos de niños. A fuerza de estar en contacto con la naturaleza, pronto escuchamos su voz y, lo más extraordinario de todo, no nos inspiró mezclarnos. Cada uno permaneció en su familia; Auguste y Laurence se amaron, se confiaron sus sentimientos, con el mismo candor... la misma alegría, con que Gabrielle y yo nos declaramos los nuestros. El incesto no contraría los planes de la naturaleza ya que sus primeros impulsos nos lo inspiran. Lo que es muy notorio es que los celos no estallaron en nuestros jóvenes ardores. Ese ridículo sentimiento no es una prueba de amor: fruto tan sólo del orgullo y el egoísmo, se debe mucho más al temor de ver preferir un objeto distinto a nosotros que al de perder al que se adora. Aunque Gabrielle me amase mucho más que a Auguste, no por ello lo besaba con menos ardor; y aunque yo adorase a Gabrielle no dejaba de sentir los más violentos deseos de ser amado por Laurence. Así transcurrieron seis meses sin que mezclásemos nada terrestre en esta metafísica de nuestras almas: no eran las ganas lo que nos faltaba sino la instrucción, y nuestros padres, que nos observaban atentamente, pronto se apresuraron a ayudar a la naturaleza.

Un día que hacía mucho calor y que nuestros padres, según su costumbre, estaban reunidos para pasar algunas horas juntos, vino mi padre medio desnudo a proponernos que entrásemos en el cuarto donde estaba con sus amigos; aceptamos. La joven gobernanta nos siguió. Y allí, juzgad nuestra sorpresa al ver a Bréval encima de mi madre y a su mujer, un momento después, bajo mi padre.

–Examinad atentamente este mecanismo de la naturaleza –nos dice la joven Pamphyle–, sobre todo sacad provecho de él, ya que vuestros padres desean iniciaros en esos misterios de la lubricidad para vuestra instrucción y vuestra felicidad. Recorred esos grupos; observad que los que los integran gozan de las voluptuosidades de la naturaleza; esforzaos en imitarlos...

Primero se apoderó de nosotros gran estupor; es el efecto ordinario de este

espectáculo sobre el espíritu de los niños; pronto se insinúa en nuestros corazones un interés más vivo, y nos acercamos. Sólo entonces nos dimos cuenta de la diferencia en la situación de nuestros cuatro actores; los dos hombres gozaban deliciosamente; las dos mujeres no hacían sino prestarse, incluso con repugnancia. Pamphyle señalaba, explicaba, nombraba las cosas y las definía.

– Retened todo esto –decía–, pues pronto vais a ponerlo en práctica...

Después entró en más amplios detalles. Entonces la escena se suspendió por un momento, pero lejos de enfriarnos no supuso más que un aliciente más. Mi padre, dejando lleno de furia el culo de Mme. de Bréval (pues estos señores no fornicaban sino en el culo), nos agarra, nos acerca y nos hace tocar su instrumento a los cuatro, enseñándonos a masturbarlo. Nosotros nos reíamos, actuábamos y Bréval nos miraba mientras seguía enculando a mi madre.

– Pamphyle –dice entonces mi padre–, ayudadlos a que se pongan igual que nosotros; ya es hora de ligar un poco de práctica a la teoría de la naturaleza...

En un momento estuvimos desnudos; Bréval, sin acabar, deja para otro momento su goce y aquí tenemos a los dos padres acariciándonos sin distinción, llenándonos de caricias y chupetones, sin olvidar a Pamphyle, a quien los bribones manoseaban y besaban a cual más.

–¡Qué atrocidad! –exclamó Mme. de Bréval–, ¿cómo se atreven a semejantes cosas con sus propios hijos?

–Silencio, señora –le gritó su marido con dureza–, hacedme caso, ateneos a los papeles pasivos que os han sido prescritos; estáis aquí para dejaros hacer, y no para haraganear.

Después, poniendo de nuevo manos a la obra con tranquilidad, el libertino y su amigo continuaron sus exámenes con la misma flema que si su impunidad no hubiese ultrajado a las dos madres.

Objeto único de las caricias de mi padre, parecía olvidar todo lo demás por mí: cierto que Gabrielle también le interesaba; la besaba, la masturbaba; pero sus caricias más voluptuosas sólo se dirigían a mis jóvenes atractivos. Parecía que sólo me necesitaba a mí para inflamarse; sólo a mí me hizo esa voluptuosa caricia de la lengua en el culo, signo seguro de la predilección de un hombre por otro, certera prueba de la más refinada lujuria, y que los verdaderos sodomitas jamás prodigan a las mujeres, ante el miedo a la terrible repugnancia que les produciría la probable exposición de la parte vecina; decidido a todo, el zorro me coge en sus brazos, me pone sobre el vientre de mi madre, hace que me sujete Pamphyle que, desnuda según sus órdenes, le ofrece a sus manoseos el más hermoso culo imaginable. Su boca humedece el templo que quiere perforar; en cuanto considera que la entrada es lo suficientemente amplia, su instrumento se acerca... empuja... penetra... se sumerge... y me desvirga mientras se muere de placer.

–¡Oh!, señor –le gritaba mi madre–, ¡a qué horror os entregáis! ¿Acaso vuestro hijo fue hecho para convertirse en la víctima de vuestro terrible libertinaje; y no os dais cuenta de que lo que osáis hacer lleva a la vez la impronta de dos o tres crímenes, para el más pequeño de los cuales se erigió la horca?

–¡Y!, pero, señora, –respondió mi padre con frialdad– precisamente lo que me decís es lo que va a hacer que descargue más deliciosamente. Además, no temáis nada, vuestro hijo tiene la edad suficiente para soportar estos mediocres asaltos; hace cuatro años que lo debería haber hecho: así desvirgo todos los días a niños mucho más pequeños. La misma Gabrielle pasará pronto por ello aunque no tenga más de diez

años: mi pito no es muy grueso, y mi habilidad increíble.

Fuese como fuese, sangré; chorros de semen restañan la sangre y mi padre se tranquiliza, pero sin dejar de acariciar a mi hermana, que viene a sustituirme.

Mientras, Bréval no perdía el tiempo; pero, por el contrario, más enamorado de su hija que de su hijo, empieza por Laurence, y la joven, colocada igualmente sobre el seno de su madre, ve cómo recogen sus primicias allí mismo.

–¡Jode a tu hijo! –le grita mi padre–, voy a dar por el culo a mi hija: que en el día de hoy los cuatro sacien nuestras brutalidades. Ya es hora de que cumplan el único papel que la naturaleza les asignó; ya es hora de que sepan que sólo han nacido para servirnos de putas, y que si no hubiese sido por la esperanza de fornicarlos jamás los hubiésemos creado...

Los dos sacrificios tienen lugar a la vez. A la derecha se ve a Bréval desvirgando a su hijo mientras besa el culo de su mujer y soba las nalgas de su hija, todavía inundadas con su semen; a la izquierda a mi padre enculando a Gabrielle mientras lame mi culo, maltrata el de su mujer con una mano y acaricia con la otra el ano de Pamphyle; descargan los dos y renace la paz.

El resto de la velada se dedica a darnos lecciones. Nos casan; mi padre me une a mi hermana; Bréval hace lo mismo con sus hijos. Nos excitan, preparan los caminos, consolidan las uniones; y, mientras nos disponen de esta forma por delante, sondan alternativamente nuestros culos, cediéndose mutuamente el lugar; de suerte que Bréval me enculaba mientras Borchamps fornicaba a Auguste y entretanto las madres, forzadas a prestarse a la celebración de estas orgías, exponían sus encantos, como Pamphyle, a los dos libertinos. Algunas otras escenas lúbricas suceden a éstas: la imaginación de mi padre era inagotable. Ponen a los hijos encima de sus madres y mientras el marido de una encula a la mujer del otro, obligan a los niños a masturbar a sus madres. Pamphyle recorre los grupos, anima las luchas, ayuda a los combatientes, los sirve; es sodomizada a su vez; y, tras una deliciosa descarga que calma por fin sus espíritus, se separan.

Unos días después mi padre me hace ir a su gabinete:

–Amigo mío –me dice–, de ahora en adelante sólo tú harás mis goces; te idolatro y no quiero fornicar sino a ti; voy a hacer que tu hermana vuelva al convento; no hay duda de que es muy bonita y que he recibido mucho placer de ella, pero es mujer y esto es un gran defecto para mí; además me sentiría celoso de los placeres que gozases con ella; deseo que sólo tú permanezcas junto a mí. Te alojarás en el cuarto de tu madre; debe cederte el lugar; todas las noches nos acostaremos juntos, me agotaré en tu hermoso culo, tú descargarás en el mío... nos embriagaremos de voluptuosidades. Las reuniones que has visto no se celebrarán más; Bréval, enamorado de su hija, va a comportarse con ella como yo me conduzco contigo; no dejaremos de ser amigos, pero, demasiado celosos ahora de nuestros respectivos goces, ya no pretendemos mezclarlos.

–Pero, señor –respondí–, ¿no se enfadará mi madre por estos proyectos?

–Amigo mío –me respondió mi padre–, escucha con atención lo que tengo que decirte sobre eso; eres lo bastante listo para entenderme. Esa mujer que te dio a luz es quizás la criatura que más detesto en todo el universo; los lazos que la unen a mí me la hacen mil veces más detestable todavía. Bréval ha llegado a la misma situación con la suya. Lo que ves que hacemos con esas mujeres no es sino el fruto de la repugnancia y la indignación; si las prostituimos de esa forma es mucho más para envilecerlas que para divertirnos con ellas; las ultrajamos por odio y por una especie de cruel lubricidad

que espero llegues a sentir algún día y cuyo fin es hacernos gozar un placer indecible en las vejaciones impuestas al objeto del que más se ha gozado.

–Pero, señor –le digo bastante razonablemente–, ¿entonces me atormentaréis también cuando estéis cansado de mí?

–Es muy distinto –me respondió mi padre–, lo que nos une no son las costumbres ni las leyes sino una relación de gustos, de conveniencias... es el amor; además, esta unión es un crimen para los hombres y uno jamás se cansa del crimen.

Como entonces no sabía mucho más, me lo creí todo y desde ese momento viví con mi padre como si fuese realmente su amante. Pasaba todas las noches a su lado, con mucha frecuencia en la misma cama y los dos nos dábamos por el culo hasta caer agotados. Pamphyle era nuestra segunda confidente y casi siempre actuaba de tercera en nuestros placeres; a mi padre le gustaba que ella le azotase mientras él me enculaba; la sodomizaba y la zurraba; algunas veces yo me convertía en el tercero de sus fornicaciones; después me la entregaba, hacía con ella lo que me viniese en gana pero entretanto tenía que besar el culo de mi padre. Y Borchamps, como Sócrates, instruía a su discípulo mientras lo fornicaba: se me sugerían los principios más impíos, los más antimorales; y si todavía no iba a robar a los caminos no era por culpa de Borchamps. Mi hermana venía alguna vez a la casa, pero era recibida con frialdad; muy diferente de mi padre a este respecto, cada vez que podía reunirme con ella le testimoniaba el ardor más violento y la fornicaba en cuanto encontraba un momento.

–Mi padre no me quiere –decía Gabrielle–,... te prefiere... ¡Y bien!, vive feliz con él y no me olvides jamás...

Besé a Gabrielle y le juré que la adoraría siempre.

Desde hacía tiempo me había dado cuenta de que mi madre nunca salía del gabinete de Borchamps sin limpiarse los ojos... sin lanzar profundos suspiros. Sintiendo curiosidad por conocer la causa de tales penas hice un boquete en el tabique que separaba el gabinete de mi cuarto y corrí a aposentarme en el agujero cuando creí que podría sorprenderlos... Vi horrores; el odio de mi padre hacia esta mujer no se descargaba sino por terribles suplicios. No es posible figurarse lo que su feroz lubricidad infligía a esa desgraciada víctima de su repugnancia: tras molerla a golpes la tiraba al suelo y la pisoteaba; otras veces la hacía sangrar a latigazos y, todavía con más frecuencia, la prostituía a un hombre muy feo, al que yo no conocía, y del que a su vez gozaba.

–¿Quién es ese hombre? –le pregunté un día a Pamphyle, a quien había confiado mis descubrimientos y que, muy amistosa conmigo, me había ofrecido hacer que yo descubriese otros nuevos.

–Es –me dice– un criminal de profesión al que vuestro padre ha salvado dos o tres veces de la horca; es un malvado que, por seis francos, no dudaría en asesinar al individuo que se le dijese. Uno de los mayores placeres de Borchamps es hacerle azotar a vuestra madre y, como habéis visto, que la prostituya después. Borchamps adora a ese hombre, antes de que vos ocupaseis su lugar le hacía dormir con él. Pero todavía no conocéis todo el libertinaje de quien habéis recibido la vida: situaos mañana en el mismo lugar desde donde habéis observado lo que acabáis de contarme y veréis otra escena.

Apenas estoy en el agujero cuando entran en el gabinete de mi padre cuatro enormes soldados de seis pies, le ponen la pistola al pecho, lo agarran, lo agarrotan a la barandilla de una escalera doble, después, armados con un enérgico puñado de vergas, lo golpean en los riñones, las nalgas y los muslos con más de mil golpes cada uno; cuando lo desataron la sangre corría a borbotones; en cuanto estuvo libre lo tiraron

sobre un canapé y los cuatro se pasaron por su cuerpo de tal forma que siempre tenía un pito en la boca, uno en el culo, uno en cada mano. Fue jodido más de veinte veces y ¡por qué pitos, santo Dios!, yo no habría podido empuñarlos.

–Me gustaría mucho –le digo a Pamphyle– encular durante la escena, me gustaría, querida amiga, que persuadieses a mi padre de que hiciese a mi madre víctima de un torneo parecido.

Pocos días después vuelvo a mi lugar de observación; mi pobre madre fue desgarrada y sodomizada con tanta fuerza que los malvados la dejaron sin movimiento encima del cojín. Pamphyle, como de costumbre, me había prestado su soberbio culo durante el espectáculo; y tengo que confesaros que jamás en mi vida había descargado de una forma tan deliciosa.

Le confesé todo a mi padre y sobre todo no le oculté el gran placer que me habían procurado sus voluptuosidades secretas.

–Habéis tratado a vuestra mujer según las ideas que yo había hecho que os sugiriesen –le digo–, tal como acababa de ver que os hacías tratar vos mismo...

–Amigo mío –me dice Borchamps– ¿eres capaz de ayudarme en esas operaciones?

–Podéis estar seguro, padre mío.

–¡Qué!, ¿con esa mujer que te puso en el mundo?

–No se esforzó sino por sí misma, y la detesto tanto como podáis hacerlo vos.

–Bésame, amor mío, eres encantador; y puedes estar seguro de que a partir de ahora vas a gozar de los placeres más violentos que puedan embriagar a un hombre. No es sino ultrajando lo que tontamente se llaman leyes de la naturaleza como puede deleitarse uno realmente. ¡Qué!, por tu honor, ¿maltratarías a tu madre?

–Con mayor crueldad que vos, lo juro.

–¿La martirizarás?

–La mataré, si lo deseáis...

Y en este punto, Borchamps, que manoseaba mis nalgas durante esta conversación, no pudo contener su semen y lo perdió antes de podérmelo lanzar en el trasero.

–Hasta mañana, amigo mío –me dice–, mañana será el día en que te pondré a prueba. Hasta entonces ve a descansar como yo; y sobre todo, sé prudente: el semen es el alma de todas estas cosas; hay que dejar que se duplique la dosis de uno cuando se quieren cometer infamias.

A la hora indicada, mi madre pasó al cuarto de Borchamps, el villano estaba allí: la escena fue terrible. La pobre mujer se deshizo en lágrimas cuando vio que yo era uno de sus más encarnizados enemigos. Yo animaba los horrores a los que la sometían mi padre y su amigo. Borchamps quiso que aquel me enculase sobre el seno de mi madre mientras yo pellizcaba ese sagrado seno que me había dado la existencia. Vivamente acuciado por un hermoso pito en el culo, con la imaginación singularmente exaltada por el hecho de ser fornicado por un criminal de profesión, llegué más lejos de lo que me habían dicho y arranqué con los dientes la punta del pezón derecho de mi muy respetable madre; lanza un grito, pierde el conocimiento y mi padre en éxtasis se acerca a sustituir a su amigo en mi culo llenándome de elogios.

Acababa de cumplir los diecinueve años cuando por fin mi padre se abrió a mí por completo.

–Me es absolutamente imposible –me dice– soportar la presencia de esa atroz mujer; es preciso que me desembarace de ella... pero mediante terribles suplicios... ¿Me ayudarás, hijo mío?

–Hay que abrirle el vientre en cuatro partes –le digo–; me sumergiré en sus

entrañas, con un hierro candente en la mano, le desgarraré, le calcinaré el corazón y las vísceras, la haré perecer a fuego lento...

–¡Hijo angelical! –me dice mi padre– Eres un ángel para mí...

Y esta infamia, esta execración con la que debutaba en la carrera del crimen y la atrocidad, se consumó... Mi padre y yo lo realizamos mientras moríamos de placer; el bribón jodía mi trasero y masturbaba mi pito mientras yo masacraba a su mujer.

¡Cuán engañado estaba! Al prestarme a este crimen no hacía más que trabajar en mi perdición; no era sino para volverse a casar por lo que mi padre me había hecho cortar el hilo de los días de mi madre, pero ocultó su juego con tanta habilidad que estuve más de un año sin darme cuenta de nada. Apenas me di cuenta de la trama se la confié a mi hermana.

–Ese hombre quiere perdernos, querida –le dije.

–Hace tiempo que lo sospechaba –me respondió Gabrielle–; querido hermano, te hubiera abierto los ojos si no te hubiese visto tan prodigiosamente cegado por su carácter; es nuestra ruina si no ponemos orden en todo esto. ¿Es tu alma tan firme como la mía y quieres que actuemos juntos? Mira estos polvos que me ha dado una compañera, le han servido, como nos deben servir a nosotros, para liberarse del odioso yugo de sus padres; imitémosla y si tú no te atreves déjame a mí; esta acción me la inspiró hace mucho tiempo la naturaleza, es justa desde el momento en que me la dicta... ¿Tiembles, amigo mío?

–No; dame esos polvos: mañana estarán en el estómago del que pretende jugárnosla de esta manera.

–¡Oh!, no sueñes con que voy a cederte el honor de liberar nuestras cadenas, actuaremos juntos. Mañana voy a cenar con Borchamps, toma la mitad del paquete y, para que nuestro hombre no falle, echa tu porción en su vino mientras yo pongo la mía, muy hábilmente, en su sopa; y en tres días seremos los únicos en gozar de los bienes que la fortuna nos tiene destinados.

Un ratón no cae en la trampa tan fácilmente como cayó Borchamps en la que le tendía nuestra maldad; cayó muerto en los postres. Este funesto fin fue atribuido a una embolia y todo se olvidó.

Como tenía casi veintiún años obtuve la mayoría de edad y la tutela de mi hermana. En cuanto estuvieron arreglados todos los papeles se vio convertida en uno de los mejores partidos de Francia. Le busqué un hombre tan rico como ella, del que tuvo la habilidad de desembarazarse en cuanto se aseguró su herencia con un hijo. Pero no adelantemos los acontecimientos. En cuanto vi a mi hermana establecida le dejé al cuidado de mis bienes y le declaré el gran deseo que sentía por recorrer mundo. Convertí un millón en letras de cambio para los más famosos banqueros de Europa; después, abrazando a mi querida Gabrielle:

–Te adoro –le digo–, pero tenemos que separarnos por un tiempo. Ambos estamos hechos para llegar muy alto; adquiramos los dos más costumbres y conocimientos; después nos uniremos para siempre, porque el cielo nos ha hecho el uno para el otro; no hay que contrariar sus deseos. Ámame, Gabrielle, y estate segura de que jamás dejaré de adorarte.

Juliette –me dice el capitán, dedicándome esta parte de la narración– lo que habéis visto de Clairwil es más o menos la historia de toda su vida; como ya os he dicho, supo liberarse de sus nuevos lazos para vivir libre y feliz en el seno del lujo y la abundancia; sus relaciones con el ministro cimentaron sus desórdenes asegurándole la más completa impunidad. Por un momento pudisteis sospecharla culpable con respecto a

vos; hacedle ahora más justicia a su corazón: jamás lo fue y el ministro no la advirtió de la suerte que os reservaba. Aquí dejo de ocuparme de ella y me limitaré a contaros únicamente mis aventuras. Cerca del desenlace sabréis cómo nos reunimos y los motivos que nos llevan a no vivir ya el uno más que para el otro en este impenetrable asilo del crimen y la infamia.

Como las diversas cortes del Norte excitaban mi curiosidad, hacia allí dirigí mis pasos. La de la Haya fue la primera que visité. Hacía poco tiempo que el estatúder se había casado con la princesa Sophie, nieta del rey de Prusia. En cuanto vi a esa encantadora criatura deseé gozar de ella; y más pronto que la declaré mi fuego la forniqué. Sophie de Prusia tenía dieciocho años, la cintura más hermosa y el rostro más delicioso que fuese posible ver; pero su libertinaje era excesivo y sus orgías tan conocidas que ya sólo encontraba hombres por su dinero. Como en seguida me di cuenta de esto, me hice valer; yo quería pagar mis placeres, pero lo bastante joven, lo bastante vigoroso como para que las mujeres contribuyesen a los gastos de mis viajes, estaba resuelto a no conceder jamás mis favores más que a aquéllas que supiesen apreciarlos.

—Señora —le digo a la princesa en cuanto le hube fornificado bien durante cerca de un mes—, me imagino que sabréis reconocer el agotamiento a que llego por vos; como podéis ver, pocos hombres son tan vigorosos como yo, no hay ninguno que esté mejor dotado: todo eso se paga, señora, en el siglo en que vivimos.

—¡Oh!, ¡qué bien me hacéis!, señor —me dice la princesa—, yo prefiero teneros a mis órdenes que estar a las vuestras. Tomad —continuó mientras me daba una enorme bolsa de oro—, recordad que ahora tengo derecho a hacer que sirváis mis más extravagantes pasiones.

—Estoy de acuerdo —respondí— vuestros dones me encadenan y soy todo vuestro.

—Venid esta noche a mi casa de campo —dice Sophie—, venid solo y, sobre todo, no os asustéis de nada.

Fuese cual fuese la turbación que estas palabras produjeron en mi alma, decidí no obstante intentarlo todo, tanto para conocer a fondo a esta mujer como para sacar todavía más dinero.

Por lo tanto me presenté solo a la hora y en la casa indicadas; una vieja me introdujo silenciosamente en una habitación misteriosa en la que me recibe una joven de diecinueve años con un rostro delicioso.

—La princesa aparecerá pronto, señor —me dice con el sonido de voz más dulce y halagador—; mientras la esperamos me he encargado que obtenga vuestra palabra de honor de que jamás revelaréis ninguno de los misterios que aquí se celebren ante vuestros ojos...

—La duda de una indiscreción me ofende, señora —respondí—, me indigna que la princesa pueda concebirla.

—Pero, ¿si tuvieseis que lamentaros?... ¿si, por azar, no cumplieseis aquí más que el papel de víctima?

—Estaría orgulloso de ello, señora, y mi silencio no sería menos eterno.

—Una respuesta parecida me dispensaría de mis órdenes si no estuviese servilmente obligada a cumplirlas: tengo que recibir ese juramento, señor...

Lo hice.

—Y yo añado que si, por desgracia, no mantuvieseis la palabra a la que os comprometéis, que vuestro castigo sea la muerte más rápida y violenta.

—Esa amenaza es demasiado, señora; la forma en que he aprehendido las ideas no la merece en absoluto...

Emma desaparece tras estas palabras, y me deja cerca de un cuarto de hora entregado a mis reflexiones. Pronto reapareció con Sophie, y ambas en tal desorden que me convenció de que las dos zorras acababan de masturbarse.

–¡Vamos, santo cielo! –dice Sophie–, no tratemos a ese bribón con miramientos; somos sus amas puesto que lo pagamos; gocemos de él como nos plazca.

Emma se acerca y me invita a que me desnude.

–Podéis ver que somos nosotras mismas –me dice al verme dudar–; ¿dos mujeres os asustan?

Y ayudándome a despojarme de mis ropas, y hasta de mis medias, en cuanto me vieron así, me llevaron hasta una banqueta donde me hicieron inclinarme sobre las rodillas y las manos. Surge un resorte; mis miembros están agarrados y tres agudas láminas amenazan a la vez mis costados y mi vientre si hago el menor movimiento. En cuanto estoy en este estado estallan grandes risas, pero lo que acaba de hacerme temblar es ver que las dos mujeres, armadas con largos azotes de hierro, se ponen a flagelarme.

–Ven, Emma –dice Sophie–, ven, querida, ven a besarme cerca de la víctima; me gusta mezclar el amor con las angustias de ese desgraciado. Masturbémonos frente a él, corazón mío, y que sufra mientras descargamos...

La puta toca un timbre, dos muchachas de quince años, más bellas que el día, vienen a recibir sus órdenes; se desvisten y, sobre los cojines tirados por el suelo frente a mí, las cuatro tortilleras pasan una hora sumidas en las más sucias lujurias; de vez en cuando se acercaba una para excitarme; me presentaba sus encantos en todos los sentidos y en cuanto veía la impresión que podía causarme a pesar de mi postura, huía de mí estallando en risas. Sophie, como fácilmente imagináis, jugaba aquí el papel principal; todo giraba en torno suyo; sólo se ocupaban de ella, y os confieso que me sorprendió mucho ver tantos refinamientos... tantas impurezas en tan tierna edad. Me fue fácil ver que la pasión de esta zorra, así como la de casi todas aquellas a las que les gusta su sexo, era hacerse chupar el clítoris a la vez que ella chupaba el otro. Pero Sophie no se quedó ahí, la encoñaron, la enclaron con consoladores; no recibió nada que no fuese a excitarla. Y cuando la zorra estuvo bien caliente:

–Vamos –dice– despachemos a ese gracioso.

Se reemprenden las disciplinas, se arma a las recién llegadas. Sophie recommienza y me aplica, con tanta rapidez como fuerza, cincuenta golpes con su cruel instrumento. No es posible imaginarse la tranquilidad que ponía esta arpía en la crueldad. Después de cada diez latigazos corría a descubrir en mi rostro las impresiones de dolor que necesariamente imprimían mis músculos a causa de sus enérgicos golpes; situándose después frente a mí, encargó a sus tres tortilleras que me azotasen con la misma fuerza que ella acababa de hacerlo, y se masturbó durante la ejecución.

–Un momento –dice cuando había recibido cerca de doscientos golpes–, voy a deslizarme debajo de él para chuparlo mientras volvéis a azotarlo; colocaos de forma que una de vosotras pueda devolverme la succión en el clítoris y mientras yo masturbo a otra...

Todo se ejecuta... y, lo confieso, violentamente excitado por los golpes que recibía, deliciosamente chupado por Sophie, no tardé más de tres minutos en llenarle la boca de semen; ella lo tragó, después, retirándose en seguida:

–Emma –exclamó–, es encantador, ha descargado, tengo que joderlo yo ahora...

Le preparan un consolador y he ahí a la puta en mi culo, acariciando a dos de sus tortilleras mientras que la tercera le devuelve en el coño lo que la zorra me hace en el

culo.

–Que lo desaten –dijo cuando se hartó–. Venid a besarme, Borchamps –prosiguió la Mesalina–; venid a darme las gracias por esos placeres con que os he colmado y por los miramientos que he tenido para con vos. Mi dulce niño –prosiguió la Mesalina–, todo lo que acaba de ocurrir se ha debido únicamente a vuestra modestia. ¡Cómo! ¿Os habéis acostado no sé cuántas veces conmigo, y contentándoos con encoñarme como un imbécil, parecíais no ver mi culo?... Realmente es inconcebible.

–Ese deseo fue sentido por mí, señora, pero lo contuvo la timidez.

–Tanto peor... tanto peor; la modestia es una tontería que a vuestra edad debéis corregir... ¡Y bien!, reparad esa estupidez y ahora ¿os dedicaréis un poco más a mi culo que a mi coño? (Después, mostrándolo) Ved cuán hermoso es este culo, os llama... fornicadlo entonces, Borchamps... Cogedle el pito, Emma, y metedlo en mi culo.

Mil besos a cual más ardiente sobre ese culo verdaderamente soberbio fueron mi respuesta; y mi instrumento, cascado por Emma sobre el encantador agujero, pronto supo convencer a Sophie de que yo ardía en deseos de reparar mi equivocación.

–Para –me dice la princesa–; ahora soy yo quien quiere ser tu esclava, voy a ponerme en la triste máquina de la que sales y quiero convertirme a mi vez en tu víctima. Pon en práctica tus derechos, sultán, y véngate... (Ya estaba sujeta). No me trates con miramientos, por favor; castiga a la vez mi puterío y mi crueldad...

–¡Bribona! –exclamé, adivinando sus gustos–, lo haré a latigazos.

–Eso espero –me dice–... pero antes toca la piel de mis nalgas, mira cómo llaman los golpes...

–Pues bien, que los reciban –digo, poniendo manos a la obra; y la zurré con ganas mientras la hermosa Emma me chupaba de rodillas y las dos muchachas de quince años se ocupaban de mi culo.

En cuanto el de Sophie estuvo lleno de sangre, mi instrumento furioso, penetrándole el ano, la consoló de mi barbarie.

–¡Oh!, joder –exclamó entonces–; ¡cuán delicioso es ser enculada cuando se acaba de recibir el látigo! No conozco dos cosas que casen mejor que estos dos placeres.

Entonces Emma avanza hacia su amiga; la masturba, la besa, la chupa, se masturba ella misma y los tres nadamos en un océano de delicias.

–Borchamps –me dice la princesa mientras nos arreglamos–, me parece que sois digno de mí y voy a abrirme a vos con una confianza infinitamente mayor.

A una señal se retiran las muchachas y, tras ponernos los tres alrededor de una mesa con ponche, Sophie, mientras bebíamos, nos dio el siguiente discurso.

–Quizás a las almas comunes... a los espíritus mezquinos les parezca singular que ponga en práctica los resortes de la lubricidad para sondear vuestra alma. Si por desgracia os encontraseis en el caso de esa ridícula sorpresa, quiero confesaros, querido, que jamás juzgo a los hombres a lo largo de su vida sino por sus pasiones en el libertinaje. Aquel cuya alma fogosa me muestra gustos fuertes abraza indudablemente todos los partidos violentos del interés o la ambición: la vuestra es de este tipo. Decidme pues, Borchamps, qué valor dais a la vida de los hombres en política.

–Princesa –respondí–, ¿cuánto valía para el duque de Alba cuando quiso someter estas provincias?...

–Qué delicioso sois –dice esta ardiente mujer–, esa era la respuesta que esperaba de vos; cuento con tu valor –añadió apretándome la mano–, escucha lo que tengo que

proponerte... Nieta del héroe de Europa, llevando la misma sangre que el hombre hecho para reinar sobre el universo entero, aporto a este país su alma y su energía. Creo que debes darte cuenta, Borchamps, de que no estoy hecha para no ser más que la esposa de un dux de república, y este pueblo blando, mercantil y cobarde, nacido para llevar cadenas, debe honrarse con las mías. Estoy de acuerdo en reinar sobre él, pero es preciso que el trono, levantado sobre estas húmedas llanuras, se moje con sus lágrimas y se construya con su oro. Cien batallones armados aseguran mi proyecto; mi tío los envía y yo reino por ellos. Esta revolución no proscribire la cabeza de mi esposo; es digno de mí y la sangre del bátavo, derramada a chorros, cimentará el trono donde pretendo asentarlo. Así pues no te estoy ofreciendo el cetro al que aspiro; te propongo el puesto de aquel que debe asegurarlo: tú serás nuestro consejero, nuestro apoyo, nuestro ministro; las proscripciones serán dictadas, ejecutadas por ti. Sabes bien que este puesto exige valor, ¿tienes el necesario? Responde sin turbarte.

–Señora –le digo a la princesa tras unos minutos de reflexión–, antes de pensar en ese asombroso acto de poder y autoridad, ¿estáis segura de cómo verán las potencias vecinas esa revolución? Los franceses, ingleses, españoles, las mismas potencias del Norte, que no os ven sino como corredores de dinero y comerciantes, ¿considerarán con sangre fría a unos rivales y vencedores?

–Estamos seguros de Francia; nos reímos del resto. Convertidos en soberanos de las Provincias-Unidas y con nuestras armas extendidas por los tres reinos, pronto los someteremos. Todo tiembla ante un pueblo guerrero: el nuestro lo será. No se necesita más que un gran hombre para someter el mundo: tengo el espíritu de ese gran hombre, Frederic supo dármelo. Estamos hartos de pertenecer a cualquiera que nos desee y de ser a los ojos de Europa sólo la presa del primer conquistador.

–¿Soportarán los holandeses, armados para oponerse a las crueldades de España, vuestra tiranía?

–Como el Duque de Alba, erigiré un tributo de sangre: éste es el único medio de domar a un pueblo.

–Todos vuestros súbditos huirán.

–Tendré sus bienes. Y además, ¿qué me importa la huida de los rebeldes si los que se quedan permanecen sumisos? No se trata tanto de reinar temblando sobre muchos hombres como de reinar despóticamente sobre un pequeño número.

–Sophie, te considero cruel y mucho me temo que tu ambición sólo se enciende en los fuegos de la lubricidad*.

–Casi todos los vicios no tienen sino una causa en el corazón del hombre: todos parten de su mayor o menor inclinación a la lujuria. Esta inclinación, volviéndose feroz en un alma enérgica, arrastra al ser aislado en la naturaleza a mil horrores secretos... a aquel que gobierna sobre los otros a mil crímenes políticos.

–¡Oh Sophie!, me explico tu ambición; en ti no es más que el deseo de perder semen con un poco de calor.

–¿Qué importa el sentimiento que la hace nacer desde el momento en que existe y que reina? Pero, amigo mío, si razones, dudas; y si dudas, tiemblas, y desde ese momento ya no eres digno de mí.

Sintiendo dentro de mí un cosquilleo singular ante las proposiciones que se me habían hecho y viendo en ellas, así como Sophie, medios seguros para ejercer mi ferocidad natural, lo prometí todo. Sophie me abraza, me hace repetir los juramentos

* ¡Con qué habilidad se ha desarrollado aquí el alma de los tiranos! ¡Cuántas revoluciones explicadas con esta sola palabra!

sobre el más absoluto secreto y nos separamos.

Apenas volví a mi casa me di cuenta de todo el peligro que encerraban los compromisos que acababa de contraer y viendo tantos inconvenientes en romperlos como en mantenerlos pasé la noche en la más terrible perplejidad. Ya está hecho, me digo, soy un hombre perdido, ya no me queda sino la huida. ¡Oh Sophie!, ¿por qué no me propusiste crímenes individuales? Los hubiese cometido todos con alegría: una cómplice como tú me habría asegurado la más completa impunidad y mi alma no hubiese temblado ante nada. ¡Pero exponerme a cualquier cosa para no ser más que el agente de tu despotismo!... No cuentes conmigo, Sophie. Quiero cometer crímenes para favorecer mis pasiones, ninguno para servir las de los otros. Cuando te llegue mi negativa, acusa al que te la ha dado menos de pusilanimidad como de grandeza de alma...

Apresurándome a huir al punto, gané el puerto más próximo a Inglaterra, y pocos días después me encontraba en Londres.

Con lo que me gustaba cometer crímenes me sentí por un momento molesto por no haber aceptado los medios políticos que me ofrecía Sophie para realizar muchos; pero no veía claro en los proyectos de esta atrevida mujer y, por otra parte, prefería operar por mi cuenta antes que por la de un individuo coronado.

Una vez en Londres me alojé en Picadilly donde, al día siguiente, tuve la desgracia de que me robasen todo el dinero contante que poseía. Esta pérdida era tanto más terrible para mí cuanto que acababa de realizar todas mis letras de cambio en la Haya. Provisto con recomendaciones para diferentes señores de la ciudad, no tuve más remedio que apresurarme a acudir a ellos y dar parte del triste acontecimiento que acababa de sufrir, implorando alguna ayuda al menos hasta el momento muy cercano en que mi hermana me enviase fondos.

Por lo que yo había oído contar acerca de Lord Burlington me decidí a ir primero a su casa. En cuanto leyó mis cartas le conté mis desgracias; no hubo ningún tipo de servicio que este buen inglés no me ofreciese. Aunque Burlington no fuese muy rico me ofreció de entrada mil guineas y nunca quiso que me alojase en otro lugar que no fuese su casa. Acepté tanto más gustosamente cuanto que ya veía dentro de esta honrada familia infinitos medios de pagar con crímenes el reconocimiento que yo debía a este benefactor.

Antes de llegar a los detalles de estas pequeñas infamias secretas, es esencial daros alguna idea de los personajes con los que me encontraba.

Burlington, el más franco, el más servicial de los hombres, podía tener unos cincuenta años; bondad, franqueza, poca inteligencia, mucha dulzura, a la vez un bobo y un hombre amable, tal era el retrato del buen lord. Un yerno y dos hijas componían el resto del hogar. Tilson, de veinte años, acababa de casarse con la mayor de las hijas, más o menos de la misma edad. La naturaleza ofrece pocos modelos de una pareja tan deliciosa: encantos, gracias, ingenuidad, candor, piedad, prudencia, tales eran las características de este matrimonio encantador, y la suma de tantas virtudes consolaba a Burlington de los defectos a los que desgraciadamente se entregaba miss Cléontine, la menor de sus hijas, de dieciocho años a todo lo más, y la criatura más hermosa que sea posible ver. Pero la maldad, la perfidia del más excesivo puterío, estos eran los vicios de los que nadie podía corregir a Cléontine, mil veces más feliz con sus defectos, se atrevía a decir, de lo que jamás lo sería Clotilde, su hermana, con sus aburridas virtudes.

Tan pronto como desvelé el delicioso carácter de esta muchacha me enamoré, tanto

como podía estarlo un hombre tan corrompido como yo; pero como su padre me había confiado todas las penas que le procuraba esta jovencita, me veía obligado a una infinita moderación.

A pesar de las tumultuosas impresiones que Cléontine despertaba en mi alma, no se me escapaban el bonito rostro de Tilson y las gracias de su joven esposa, y si Cléontine me inspiraba los más libertinos deseos, su cuñado y su hermana hacían nacer en mí los más sensuales. Le suponía a Tilson el culo más hermoso del mundo y ardía en deseos de fornicarlo, así como tenía la fantasía de hacerle otro tanto a su voluptuosa esposa. Abrasado por estas diferentes pasiones, creí que la mejor forma de satisfacerlas era empezando por Cléontine. Como todo lo que puede apresurar la derrota de una mujer se encontraba a la vez en el alma de aquella a la que yo atacaba y en mis medios de seducción, la pobre niña pronto fue mía.

No había nada más fresco, más relleno, más bonito que todas las partes del cuerpo de esta encantadora muchacha, no había nada más elocuente que la voz de sus pasiones, nada más lúbrico que su cabeza. En honor de la verdad, hubo un momento en que me creí más prudente que ella: y fácilmente podéis imaginar que desde ese momento no hubo ninguna restricción en los placeres de que gozábamos; y Cléontine me confesó que cuanto más parecía contrariar las leyes de la naturaleza una voluptuosidad suya, más cosquilleaba su lubricidad.

—¡Ay! —me decía un día— ¡Estoy en un punto en que ya no encuentro voluptuosidades suficientemente fuertes para contentarme!

Entonces su bonito culo fue atacado al instante y los placeres que me proporcionó de esta manera fueron tan vivos, tan bien compartidos por ella, que convinimos en no conocer otros.

Estaba tan encadenado a los encantos de esta bella muchacha que pasó un año sin que osase comunicarle mis proyectos o, al menos, sin que pensase en ellos, ¡tan vivamente interesado estaba por ella! Entretanto había recuperado mis fondos, estaba libre de deudas con Burlington y para mejor llevar a cabo mis proyectos, y no queriendo alojarme en su casa, había tomado un apartamento junto a ésta... Él, su familia, sus hijas, venían a verme todos los días y pronto fue tan grande la intimidad que por toda la ciudad corrió el rumor de mi matrimonio con Cléontine. ¡Cuán lejos estaba yo de semejante locura! Yo quería divertirme con una criatura como ella, pero casarme con ella... jamás. Sólo lady Tilson excitaba ese deseo en mí: una esposa, me decía, no está hecha más que para servirnos de víctima, y cuanto más romántico es su tipo de belleza mejor cumple los requisitos para ese papel: esa es Clotilde... ¡Oh!, ¡cómo me empalmaba pensando tenerla bajo mis cadenas! ¡Qué interesante debe estar cubierta de lágrimas! ¡Qué delicias se deben sentir haciéndolas brotar de sus hermosos ojos!... ¡Oh, Clotilde! ¡Que seáis desgraciada si nunca llegáis a pertenecerme! ...

Una vez formados estos proyectos, ya no cultivaba a Cléontine más que para que me sirviese en ellos. Para llegar a realizarlos creí que lo mejor sería calentarle los cascos con su cuñado y a continuación despertar los celos de la joven. Cléontine me confesó que alguna vez había deseado a Tilson, pero que lo había encontrado tan tonto y tan virtuoso que sus proyectos acerca de él se desvanecieron tan pronto como los había concebido.

—¡Y qué importancia tiene el alma! —respondí—: Desde el momento en que un individuo está ornado con la belleza está hecho para que se desee su goce. Aquí donde me ves, Cléontine, creo que Tilson tiene el culo más hermoso del mundo y ardo en deseos de fornicarlo.

Esta idea divirtió a mi amante. A ese precio lo acepta todo; se hace lo que se quiere con una mujer cuando se la excita. Sin embargo los celos la detuvieron; temía que al estar enamorado del marido quizás me volviese también de la mujer; me preguntó...

–¡Vamos, vamos! –respondí, creyendo prudente disimular–, esa idea es extravagante; mis fantasías se pierden en un guapo muchacho, no se trata en este caso sino de un sentimiento material; pero en cuanto se trata de una mujer, mi amor por ti, Cléontine, no me permite ningún extravío...

Mis cumplidos, la irregularidad de mis caprichos, todo sedujo a Cléontine; me sirvió; no la pedía más. Al cabo de un mes, el que yo amaba estaba en brazos de mi amante; lo vi en ellos, lo acaricié, lo jodí; pasó otro mes con la ilusión de las escenas de este libertinaje, y pronto, harto de los dos, ya no pensé sino en perderlos, sumar a mi benefactor a las víctimas y raptar a Clotilde... llevarla al último rincón del universo, para saciarme con ella de los divinos placeres que de esta esperaba.

Como la joven adoraba a su marido me fue fácil prender en su alma la chispa de los celos: lady Tilson me creyó y desde el momento en que ya no necesitaba convencerla se me allanó el camino.

–Cléontine –le digo un día a mi voluptuosa puta–, ¿tengo que confesártelo, amor mío?, deseo ardientemente casarme contigo. La semejanza de nuestros caracteres me hace creer que juntos seríamos muy felices. Pero tú no tienes nada, yo soy rico y sé que por delicadeza no me querrías al estar desprovista de los dones de la fortuna. Cléontine, hay un medio para conseguir que esa fortuna caprichosa te sea favorable y precipitar sus dones. Sólo veo tres personas que limitan tus riquezas... (y como me di cuenta de que Cléontine se embriagaba con el placer del veneno que yo destilaba en su alma, duplicaba valientemente la dosis). No hay nada más fácil, continué, que desembarazarnos de Tilson. Su mujer es colérica, violenta, extremadamente celosa; no sabrá las infidelidades de que es culpable su marido contigo sin desear ardientemente vengarse. Yo le aconsejaré, tú le proporcionarás los medios: dentro de ocho días veo a Tilson en la tumba de sus padres. Tu hermana es virtuosa, vengativa, su alma honrada no alimentaría sola los proyectos que yo le sugeriré, pero ofrecidos calurosamente por mí, los aceptará, puedes estar segura...

–¿Y los otros? –me dice bruscamente Cléontine.

–¡Ah, bribona! –le digo abrazándola– ¡Cada instante que pasa me demuestra que la naturaleza nos ha creado al uno para el otro!... Ángel mío, así es como nos desharemos de ellos. Tan pronto como, siguiendo mis consejos, Lady Tilson se haya deshecho de su esposo, desvelaré toda la intriga a su padre quien, apremiado a instancias mías, la hará encerrar al momento, estoy seguro. A partir de ese momento, un defensor, totalmente sobornado por mí, abrazando con calor la causa de Clotilde, hace recaer sobre el padre el asesinato del yerno y la detención de la hija... Los testigos, las declaraciones, las pruebas: en Londres todo eso se consigue con guineas, como con luisés en París. Antes de quince días Burlington está en las cárceles de la justicia.

–¿Tu benefactor?

–Qué importa, Cléontine: es un obstáculo para nuestros proyectos, y ya sólo lo veo como un enemigo. Una vez que tu padre es encerrado, condenado (lo será, Cléontine, antes de un mes), sube a la horca. Tan pronto esté muerto, digo, y tu hermana libre, nosotros nos marchamos. Dejamos Inglaterra, me caso contigo y considera con qué facilidad caerá la última cabeza que impide que seas la única en poseer los bienes de Burlington.

–¡Oh, amigo mío!, ¡tú eres un criminal!

–Soy un hombre que te adora, Cléontine, que arde en deseos de verte rica y de casarse contigo.

–Pero mi padre... todo lo que ha hecho por ti...

–No significa nada su desaparición frente a los sentimientos que profeso por ti; tengo que poseerte, Cléontine: no hay nada que no sacrifique para lograrlo.

La ardiente criatura me llena de agradecimiento, de besos; jura ayudarme y chorros de semen, lanzados en ese momento, cimentan juramentos que estoy lejos de querer mantener.

Sin embargo, como toda la primera parte de mi proyecto me llevaba al desenlace que después yo cambiaría, no tardé en poner en práctica esa primera parte. Me cuido de que Clotilde sorprenda a su marido en brazos de su hermana. Y los consejos que recibe de mí no son sólo para vengarse de la infidelidad del marido, sino para inmolarlos a los dos.

–Tal deseo me concierne –le digo–, estoy demasiado ultrajado por lo que se ha hecho con vos para no sacrificar a aquellos que os ultrajan. Vuestra vida ya no estaría segura con semejantes parientes; consentid en que los inmole, si no deseáis perecer vos.

Un expresivo silencio es la respuesta de Clotilde; y el mismo brebaje la deshace a la vez de una hermana y un esposo... Yo había fornicado con los dos por la mañana.

Empiezo entonces la segunda parte de mi proyecto.

–¡Oh, Clotilde! –le digo con pavor– Esas dos rápidas muertes aterran a vuestro padre; temo que se despierte en su alma la sospecha; se ha enterado de vuestros motivos de queja: ¿por qué no iba a atribuir a vuestra venganza la pérdida de su yerno y su hija? Ahora bien, si lo hace estáis perdida; entonces preparaos para la mejor defensa, si esa desgracia sobreviene...

A partir de ese momento la sospecha que hago temer a Clotilde la siembro hábilmente en el espíritu de su padre.

–No busquéis en otra parte, sino en Clotilde, al asesino de Tilson y Cléontine; ¿quién sino ella tendría un interés más poderoso en tal horror? Y si, como no podéis dudar, esa desgraciada ha podido despreocuparse hasta tal punto sus deberes y la todavía más poderosa voz de la naturaleza, imaginad el peligro que significa para vos mantener a semejante serpiente en vuestro seno...

Añado falsas pruebas a esas aseveraciones calumniosas; milord se convence; su hija es detenida. Mis defensores asalariados vuelan ante Clotilde; no les cuesta ningún trabajo persuadirla de cuán necesaria se hace la recriminación: se pone en manos de lady todo lo preciso para apoyarla. Esta interesante criatura les dice que me ruega que no la abandone: su mano, si yo la deseo, será mi recompensa. Le respondo de mi fidelidad. Burlington, sospechoso del crimen que atribuye a su hija, es llevado ante los tribunales; se le acusa, gracias a mis cuidados e instigaciones, de haberse deshecho traidoramente de su yerno... y de su hija y de haber hecho encerrar a Clotilde como culpable de un crimen que solo él ha cometido. Un mes basta para la instrucción de un proceso que tanto alboroto causó en Londres; y en este corto intervalo, yo tengo la dulce satisfacción de romper las cadenas del principal motor de mis terribles fechorías y de ver expirar a su víctima.

–Clotilde –exclamé en cuanto el agradecimiento condujo a mis pies a esta hermosa mujer–, apresúrate a apoderarte del bien de tu padre; como no tienes hijos de Tilson no puedes pretender desgraciadamente el de éste, pero recoge el que te pertenece y marchémonos. Quizás se abriesen algunos ojos ante nuestra conducta, no demos

tiempo a que esto ocurra y huyamos con prontitud.

–¡Oh, Borchamps! ¡Cuán terrible es para mí deber la vida a la muerte de mi padre!

–Apaga inmediatamente ese imbécil remordimiento –me apresuré a responder a mi encantadora amante–; piensa en que tu padre sólo deseaba perderte y que todo está permitido para conservar la vida.

–Al menos, Borchamps, ¿secará mis lágrimas tu mano?

–¿Acaso lo dudas, ángel mío?

–¡Ah! Que mañana celebre la ceremonia un sacerdote; que los más dulces placeres del himeneo sean nuestro premio ese mismo día y que el siguiente alumbre nuestra rápida evasión de un país donde el resultado del desgraciado asunto por el que acabamos de pasar podría quizás volverse en cualquier momento en contra de nosotros.

Todo se ejecuta como yo deseo y Clotilde es mi mujer... Hacía muy poco tiempo que había perdido a su esposo para atrevemos a publicar nuestros lazos, pero no por ello recibieron menos la sanción de las leyes divinas y humanas.

En este punto tengo que advertir que no se debe considerar a Clotilde culpable de todas las acciones que acaban de ser narradas. Instrumento pasivo de mis fechorías, no era sin embargo la causa de ellas. Esta dulce y encantadora mujer dista mucho de poder ser tachada de criminal en todo lo ocurrido: el asesinato de su hermana y su marido, al que sólo había consentido con su silencio, no era más que obra mía; todavía menos culpable era de la muerte de su padre, y sin mis seducciones, mis instigaciones, mis falsas pruebas, habría perecido mucho antes que Burlington...

A los ojos de aquellos a los que les hablo de ella, Clotilde no debe perder nada del primitivo carácter de candor, de pudor y de amabilidad que le atribuyo en esta historia. El remordimiento, a pesar de todo lo que yo pudiese decirle, no la abandonó jamás: la forma en que conseguí el amor que me profesó calmó no obstante por algún tiempo ese estado de aflicción. Pero lo digo una vez por todas, para que lo recordéis, vedla siempre arrepentida durante todo el relato que se refiera a ella. Al estar Clotilde en tal situación era mil veces más excitante para mí y me inspiró las cosas más extraordinarias del mundo. ¿Quién lo creería? Incluso antes de gozar de sus encantos quise que fuesen profanados. Tan pronto fue mi mujer se me empalmaba con la doble idea de no joder con ella esa noche sino en el burdel y de prostituir sus atractivos al primero que llegase.

Desde que estaba en Londres había entablado amistad con una famosa alcahueta en cuya casa me desquitaba, con las más hermosas zorras de la capital, de la aburrida duración de una intriga permanente. Me dirijo a miss Bawil, le hago partícipe de mis resoluciones; me promete que ayudará a su éxito: pongo como condición que los libertinos a los que sea entregada Clotilde se contenten con caricias y malos tratos. Una vez concertado todo por una parte y por otra, animo a Clotilde tras la ceremonia a ir a consumir nuestro matrimonio a la casa de una amiga mejor que no a una rodeada de cipreses y cubierta de duelo. Clotilde, totalmente confiada, llega a casa de miss Bawil, donde se sirve un gran festín. Cualquiera otro menos malvado que yo hubiese gozado de ese momento de felicidad ahogando las penas de Clotilde e infundiéndole en ella cierta alegría por el hecho de pertenecerme. La pobre imbécil me besaba tierna y feliz cuando súbitamente entran tres criminales pagados, puñal en mano.

– ¡Huye! –me dicen–, y déjanos a esta mujer, queremos gozar de ella antes que tú...

Me escapo y paso a un cuarto desde donde puedo verlo todo. Clotilde, casi desvanecida, es desvestida rápidamente por estos libertinos que la exponen desnuda a

mis miradas. De ellos recibo la encantadora vista de los atractivos de Clotilde y la pérfida mano del libertinaje sustituye a las delicadezas del amor. Sólo profanadas de esta forma apreció las gracias con que la naturaleza había embellecido a esta divina criatura; y sólo así se ofreció a mis ojos lascivos el culo más hermoso del mundo. Entretanto me masturbaba una soberbia cortesana y a una señal convenida los ultrajes se duplicaron. Clotilde, firmemente sujeta sobre las rodillas de uno de ellos, fue flagelada por los otros dos, después condenada a las penitencias más lúbricas y humillantes. Fue obligada a lamer el agujero del culo de uno mientras acariciaba a los otros dos. Su rostro... ese conmovedor emblema de su alma sensible... su seno, ese seno de rosas y lirios, recibieron los chorros impuros del ardor de esos criminales, los cuales, siguiendo mis órdenes y para humillar todavía más la virtud de esa criatura encantadora, llevando los ultrajes al máximo, acabaron me ndole y cag ndole los tres en el cuerpo, mientras yo enculaba a otra puta que me habían dado para que acabase de excitarme durante esta escena. Entonces, dejando sin haber descargado el hermoso trasero de esta segunda muchacha, vuelvo a la sala del fest n espada en mano; aparento traer gente, libero a Clotilde, los criminales comprados por mí se salvan y lanzándome con falsedad a los pies de mi bella:

– Oh alma mía querida! –exclam –  No he llegado demasiado tarde?  No han abusado esos monstruos?...  Abusado?...

–No, amigo mío –responde Clotilde–, que me limpien y arreglen, no, no, tu mujer todavía es digna de ti... humillada, maltratada, no hay duda, pero no deshonrada...  Oh!,  por qué me has traído a esta casa?

– Ah!, tranquilízate, ya no hay peligro. Miss Bawil tiene enemigos que la han sorprendido a ella misma; pero ya he presentado mi denuncia, la casa est  libre; y nosotros podemos pasar seguros el resto de la noche.

No fue fácil tranquilizar a Clotilde, por fin se avino a razones y nos acostamos. Muy excitado por la escena que acababa de provocar, increíblemente electrizado por tener así a la belleza, a la virtud mancillada en mis brazos, hice prodigios de energía... Si bien esta encantadora criatura no tenía la desordenada imaginación de su hermana, reparaba esta falta con un espíritu más justo, más ilustrado y con rasgos de belleza infinitamente excitantes. Era imposible ser más blanca, estar mejor hecha, imposible tener atractivos más graciosos y frescos. Clotilde, absolutamente nueva en los placeres de la lubricidad, ignoraba hasta la posibilidad de abrir el camino desviado de Citeres.

– ngel mío –le digo–, un esposo tiene que encontrar primicias el día de su noche de bodas; ya que sólo tengo estas –le digo tocando el agujero de su culo– no debes neg rmelas.

Me apodero de ella diciendo esto y la sodomizo cinco veces, volviendo siempre a descargar en el coño... Este es el momento en que Clotilde, más feliz o más ardiente conmigo que con Tilson, engendr  una hija infortunada que mi inconstancia y abandono jams vieron nacer.

Al día siguiente me encontraba tan cansado de mi diosa que, si sólo hubiese consultado con mis sentimientos, Clotilde no hubiese salido jams de Londres; pero convencido de que esta criatura podría serme útil en mis viajes, nos preparamos para la marcha. Gracias a mis cuidados Clotilde obtuvo todas sus posesiones; toda su fortuna se reducía a doce mil guineas y, llevándolas con nosotros, abandon  Londres dos años después de haber entrado en esta ciudad.

Perseverando en mi idea de visitar las cortes del Norte, nos dirigimos a Suecia. Viajábamos juntos desde hacía diez semanas cuando un día Clotilde, volviendo sobre

nuestras aventuras, quiso dirigirme algunos reproches por la violencia de los medios de que me había servido para poseerla. A partir de ese momento adopté con mi querida esposa un tono que la convenció de que yo consentía en hacerle cometer crímenes, pero no en verla arrepentirse de ellos. Las lágrimas de Clotilde se redoblaron; entonces le desvelé todo lo ocurrido.

– Todo lo ocurrido –le digo– es obra mía; el deseo de desembarazarme de vuestra hermana y vuestro marido, demasiado jodidos por mí; el de joderos también a vos y obtener vuestros bienes matando a vuestro padre: éstas son, querida, las verdaderas causas de todas mis instigaciones. Por lo que podéis ver que todos mis esfuerzos han sido en mi propio interés y de ninguna manera en el vuestro. Creo útil añadir a esto, ángel mío, que al ser mi intención lanzarme a una carrera desordenada, os he unido a mi suerte sólo para favorecer mis extravíos y de ninguna manera para contrariaros.

–En ese caso, señor, ¿qué diferencia establecéis entre este papel y el de un esclavo?

–Y vos, ¿qué diferencia establecéis vos entre una esclava y una mujer... esposa?

–¡Ah, Borchamps! ¡Por qué no os pronunciasteis de esta forma desde el primer día que os vi!, ¡y qué amargas son las lágrimas que me forzáis a derramar sobre mi desgraciada familia!...

–Basta de lágrimas, señora –le digo con dureza–, y de ilusiones con respecto a vuestra suerte; exijo de vos una sumisión tan completa que si en este momento me apeteciese parar el coche para haceros masturbar el pito del postillón que lo conduce, tendríais que hacerlo o yo os saltaría la tapa de los sesos.

–¡Oh!, Borchamps, ¿es esto acaso amor?

–Pero es que yo no os amo, señora, jamás os he amado; sólo quería vuestros bienes y vuestro culo, tengo uno y otro, y quizás tenga excesivamente del último.

–¿Entonces la suerte que me espera será sin duda la de Cléontine?

–Creo que pondré menos misterio en ella y seguramente mayores refinamientos.

Llegados a este punto Clotilde quiso emplear las armas de su sexo: se inclinó hacia mí para besarme, llena de lágrimas; la rechacé duramente.

–Cruel –me dice, casi ahogada por sus sollozos–, ofende a la madre si quieres, pero respeta al menos la triste criatura que debe la vida a tu amor: estoy embarazada... y te suplico que nos detengamos en la primera ciudad, porque me encuentro muy mal.

Nos detuvimos efectivamente y Clotilde, guardando cama desde el primer día, cayó seriamente enferma. Impaciente por no poder continuar mi camino y verme retrasado por una criatura que empezaba a repugnarme tanto más cuanto que me horrorizaban las mujeres embarazadas, iba a decidirme a dejarla allí caritativamente, cuando una viajera, alojada cerca de la habitación en que estábamos nosotros, mandó a una persona para rogarme que pasase un momento a su cuarto. ¡Dios!, ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer a Emma, la bonita confidente de Sophie, princesa de Holanda, de la que os hablé hace un momento!

– ¡Vaya encuentro, señora! –exclamé–, ¡cómo se lo agradezco a la fortuna! ¿Pero estáis sola?

– Sí –me respondió esta encantadora criatura–, como vos huyo de una amante insaciable, ambiciosa y a la que no se puede servir sin perderse uno mismo. ¡Oh, Borchamps!, ¡menos mal que escogisteis vuestro partido! No sabéis lo que os tenía preparado su pérfida política. Era falso que su esposo compartía lo que ella meditaba; su intención era deshacerse de él utilizándoos a vos y hubiese sido vuestra perdición si el golpe no hubiese tenido éxito. Desesperada por vuestra huida continuó alimentando sus pérfidos propósitos durante dos años, al cabo de los cuales quiso que fuese yo

quien se encargase del asesinato que ella preparaba. Si sólo se hubiese tratado de un crimen ordinario lo hubiese ejecutado sin dudar, porque el crimen me divierte; me gusta la sacudida que da a la máquina, su efervescencia me deleita, y como no tengo ningún prejuicio, me entrego a él sin remordimientos; pero una acción tan importante como esa me hizo temblar y he hecho como vos, para no convertirme en su víctima una vez que me negué a ser su cómplice...

–Encantadora criatura –digo besando a Emma–, prescindamos de cualquier ceremonial; es inútil ya que nos conocemos muy de cerca. Por tanto, déjame que te repita, querido ángel, que es imposible estar más contento de lo que lo estoy yo por encontrarte. Vigilado por la exigente Sophie, no podíamos entregarnos a lo que sentíamos el uno por el otro; nada nos lo impide aquí...

–No opino igual –me dice Emma–, pues vos tenéis una mujer junto a vos... ¿Puede saberse quién es la mujer?

–La mía.

Y me apresuro a contarle a mi nueva amiga toda mi historia de Londres y mis granujadas con la familia Burlington, cuyo último vástago soportaba aquí. Emma, tan zorra como yo, se rió mucho con esta aventura y me pidió la dejase ver a mi tierna esposa.

–Hay que dejarla aquí –me dice–. Apuesto a que te convengo infinitamente más que esa tipa; yo no exijo ningún sacramento: siempre he detestado las ceremonias de la Iglesia. Aunque nací noble, me perdí desgraciadamente por mis excesos y mi unión con Sophie, y no te pido ningún título sino el de tu amante y más querida amiga... ¿Cómo están tus finanzas?

–En la mejor situación. Soy infinitamente rico y no sé lo que es la miseria.

–Eso sí que me desola; tengo cien mil escudos, contaba con ofrecértelos; entonces, de alguna forma, dependerías de mí y esos lazos me hacían feliz.

–Emma, te agradezco tu delicadeza, pero jamás me habría encadenado contigo de esa forma; mi alma es demasiado elevada para querer depender de una mujer: es preciso o que me sirva de ellas o que las domine.

–¡Y bien! Entonces seré tu puta, ese papel me divierte: ¿cuánto me darás al mes?

–¿Cuánto te daba Sophie?

–El valor de cien lises franceses.

–Te los doy; pero ¿serás fiel y sumisa?

–Como una esclava.

–Desde ahora mismo tienes que entregarme tus fondos; no debe quedar en tus manos ningún medio para engañarme.

–Aquí están –me dice Emma, trayendo al momento su cofre.

–Pero, ángel mío, ¡has tenido que robar esta suma! Es imposible que cien lises al mes puedan originar una fortuna como ésta.

–¿Crees que he dejado a esa Mesalina sin antes acariciar su tesoro? Habría sido una imbécil.

–¿Y si yo te correspondiese con lo mismo que tú has hecho?

–Borchamps, te amo, todo es tuyo; no pongo un depósito en tus manos, sino una donación, y mis favores tienen una sola condición.

–¿Cuál es?

–Quiero que nos desembaracemos en seguida de esa enojosa criatura que arrastras tras de ti: es absolutamente necesario que nos divirtamos con ella.

–¿Entonces me pagas su muerte?

–Sí, los cien mil escudos tienen ese precio.

–Bribona, eres deliciosa; esa idea me divierte infinito; pero hay que hermosear ese proyecto con algunos episodios fuertes.

–¿Aunque esté enferma?

–¿No es nuestro objeto hacerla estirar la pata?

–Claro.

–¡Y bien! Sígueme, voy a presentarte a ella como una esposa irritada que viene a reclamar mi mano; me excusaré por el violento amor que concebí hacia ella, única causa del secreto en que había guardado tal hecho; tú prorrumpirás en amenazas: me veré obligado a declararle que la abandono, y la pobre mujer con su fruto morirá de pena.

–¿Está embarazada?

–Sí.

–¡Oh! ¡Será delicioso!...

Y en los inflamados ojos de Emma vi cómo se excitaba esta malvada; la puta no se detiene aquí, me besa y su semen sale... Entramos.

Una vez en la habitación de Clotilde desempeñamos tan bien nuestro papel que la pobre desgraciada se tragó el veneno hasta la hez. Emma, ingeniosa, guasona y malvada, sostuvo que yo la había robado cuando huí de ella y que nada de lo que se hallaba en ese apartamento debía pertenecer a esa aventurera. Convine en todo y mi triste esposa, dándose cuenta de la terrible situación que la amenaza, vuelve su hermosa cabeza para ocultar su llanto.

–Ya no os dejo, traidor –dice enérgicamente Emma–, sólo quedándome aquí puedo reclamar mis derechos; ya no salgo de aquí.

Traen la comida al cuarto de la pobre enferma. Emma y yo damos buena cuenta de ella: pedimos los mejores vinos mientras la infortunada Clotilde, robada, despojada hasta el último céntimo, sólo tendrá pronto por todo alimento su desesperación y sus lágrimas. Una vez comidos, celebramos el placer de reencontrarnos a los pies de la cama de la moribunda.

Emma era de lo más bonito: veintidós años, un rostro voluptuoso, un talle de ninfa, unos ojos negros hermosísimos, una boca fresquísimas, perfectamente dibujada, la piel más bella, el pecho y las nalgas torneadas, libertina además hasta el extremo, con toda la sal, todo lo excitante de la lubricidad cruel. Jodimos deliciosamente de todas las maneras, divirtiéndonos con el espectáculo, verdaderamente excitante, de las crueles angustias de mi mujer, de su desesperación y sus gritos.

Emma quiso que mientras yo la enculaba su desgraciada rival nos mostrase sus nalgas. Apenas podía moverse pero tuvo que obedecer. Palmoteé ese hermoso culo que hasta hacía poco me deleitaba y que tan cruelmente abandonaba ahora... La golpeé con tal violencia que la pobre mujer, debilitada por el dolor y la enfermedad, se quedó inmóvil en la cama.

–Hay que degollarla –digo entrando y saliendo en Emma con todas mis fuerzas.

–Guardémonos de hacer tal cosa –me respondió esta hermosa muchacha llena de inteligencia y de imaginación–; es mucho más delicioso abandonarla aquí, echar a perder su reputación en el albergue y estar seguros de que dejándola así sin recursos perecerá de miseria o se echará en brazos del libertinaje...

Como esta última idea me hizo descargar prodigiosamente, nos preparamos para partir. Tuvimos buen cuidado en llevárnoslo todo; despojamos a Clotilde hasta el punto de dejarle sin camisa; le arrancamos hasta sus sortijas, sus pendientes, sus

zapatos, en una palabra, se quedó desnuda como el día que vino al mundo; la desgraciada lloró y me dirigió las palabras más tiernas.

–¡Ay de mí! –me decía–, excepto asesinarme no podíais haber llevado más lejos la barbarie conmigo. ¡Ah!, que el cielo os perdone como yo lo hago; y cualquiera que sea el camino que vayáis a recorrer, recordad alguna vez a una mujer que no cometió jamás otra falta que amaros demasiado.

–Bien, bien –le dice Emma con crueldad–, eres joven, no tienes más que menear pitos y ganarás dinero. Danos las gracias en vez de censurarnos; podríamos arrancarte la vida, te la dejamos.

Cuando íbamos a marcharnos, Emma fue a hablar con la gente del albergue.

–La criatura que os dejamos allí arriba –les dice– es una puta que me quitaba a mi marido; el azar ha hecho que los encuentre aquí; recupero mis derechos y, con su persona, todos los efectos que me sustraía esa zorra. Aquí está su cuenta hasta hoy, ahora haced de ella lo que queráis; nosotros le dejamos más de lo necesario para pagaros y volver a su patria. Aquí está la llave de su habitación, adiós...

Una noche con seis caballos nos alejaba con demasiada rapidez para que pudiésemos llegar a saber la continuación de una aventura en la que no tuvimos el menor interés a partir de ese momento.

–He aquí una excelente historia –me dice Emma– que me desvela tu carácter y te une a mí. ¿Qué va a ser de esa tipa?

–Pedirá limosna o meneará pitos; qué nos importa.

Y para dar otro giro a la conversación rogué a Emma que me diese alguna luz sobre su persona.

–Nací en Bruselas –me dice esta hermosa mujer–, es inútil desvelaros quién es mi familia; básteos saber que mis padres ocupan los primeros puestos de esta ciudad. Muy joven fui sacrificada a un esposo que no podía soportar; el que yo amaba le buscó querella y lo asesinó por la espalda cuando iba a buscarle para batirse con él... Estoy perdido –me dice mi amante–, he ido demasiado lejos en mi venganza; ahora tengo que huir, sígueme si me amas, Emma; tengo lo suficiente para que vivas holgadamente el resto de tus días... ¡Oh!, Borchamps, ¿podía rechazar a un hombre al que habían perdido mis consejos?

–¿Ese asesinato era obra tuya?

–¿Puedes dudarle, querido?, y ¿debo ocultarte algo?... Seguí a mi amante; me engañó; le hice jugar el mismo papel que él hizo jugar a mi marido. Sophie supo mi historia: amaba el crimen... pronto me adoró. Le gustó la forma de actuar de mi carácter, nos masturbamos; fui iniciada en todos sus secretos; a ella le debo los principios en los que ahora estoy tan asentada: aunque haya acabado por robarla no es menos cierto que la quise constantemente. El prodigioso libertinaje de su espíritu, el fuego de su imaginación, todo me ligaba a ella; y sin el miedo que me inspiraron sus últimas proposiciones, quizás no la hubiese abandonado jamás.

–Emma, os conozco; pronto os habríais aburrido de no ser más que el instrumento pasivo del crimen de otro; habríais acabado por no querer cometerlo más que por vuestra cuenta y tarde o temprano habríais abandonado a esa mujer. ¿Es celosa?

– Horriblemente.

–¿Os permitiría al menos mujeres?

–Nunca otras distintas de aquellas a las que unía a sus placeres.

–Os lo repito, Emma, no habríais vivido mucho tiempo con Sophie.

–¡Oh!, amigo mío, le agradezco a la suerte que me hiciese abandonarla por ti;

recordemos el lema de los bohemios: que nuestros agujijones pinchen a los demás, pero que jamás se vuelvan contra nosotros...

Por muy bonita que fuese Emma, por mucha que fuese la semejanza entre su carácter y el mío, yo no estaba todavía suficientemente seguro de mí para responder del equilibrio exacto de la asociación que ella deseaba, y le dejé interpretar a su gusto mi profundo silencio. ¿Era un crimen que yo no pudiese comprometerme a nada?

Sin embargo, nuestra unión se cimentó, llegamos a acuerdos; su primera base fue la promesa inviolable y mutua de no dejar pasar una ocasión de hacer el mal, de hacerlo nacer en lo que de nosotros dependiese, y que siempre repartiríamos el fruto de nuestros robos conjuntos o de nuestras rapiñas.

No habíamos recorrido ni veinte leguas cuando se nos presentó una ocasión de poner en práctica nuestras máximas y juramentos. Atravesábamos la Gotia y nos hallábamos en los alrededores de Jocopink cuando un coche francés que corría delante de nosotros, se descompuso de tal forma que el dueño, alejado de su criado, que dirigía los caballos, se vio obligado a esperar con todo su equipaje en medio del camino hasta que alguien le ofreciese ayuda. Nosotros le ofrecimos este esperado servicio y supimos por boca de nuestro socorrido que era un famoso negociante francés que se dirigía a Estocolmo por negocios de su casa. Villeneuil, de veintitrés años y con el rostro más bonito del mundo, nos dice con todo el candor y la buena fe de su nación:

–Les agradezco mil y mil veces el sitio que han tenido a bien darme en su coche hasta la primera posta. Lo acepto con tanto mayor placer cuanto que en este cofre hay objetos de suma importancia; son diamantes, oro, letras de cambio, que me han encargado tres de las casas más fuertes de París para sus correspondientes de Estocolmo. Juzgad cuál sería mi situación si tuviese la desgracia de perder tales cosas.

–En ese caso, señor –dice Emma–, cuánto agradecemos a la fortuna que nos haya puesto en posición de conservar tan preciosos efectos. ¿Tenéis a bien confiarnoslos y subir con nosotros? Gracias a este favor del destino tendremos el gusto de salvar a la vez a vos y a vuestra fortuna...

Villeneuil sube; encargamos al postillón que guardase el coche y el resto del equipaje hasta que ese joven tuviese tiempo de enviar a su criado a por uno y otro. Apenas tuvimos esta encantadora presa en nuestro coche, Emma me coge la mano...

–He comprendido –le digo en voz baja–, pero le hacen falta algunos episodios a todo esto...

–Por supuesto –me respondió ella.

Y seguimos adelante... Cuando llegamos a la pequeña ciudad de Wimerbi encontramos en la posta al lacayo de Villeneuil y lo enviamos al momento a por el coche de su amo.

–Sin duda teníais intención de dormir aquí –le digo al joven–. Pero nosotros nos vemos obligados a seguir rápidamente nuestro viaje y por tanto os bajaremos despidiéndonos de vos.

El ardiente Villeneuil, que no había visto sin emocionarse los encantos de mi amiga, pareció enojado ante la obligación que nos separaba tan pronto, y mi compañera, cazando al vuelo ese movimiento, le dice al viajero que en ese caso no veía la necesidad de que nos separásemos tan pronto y puesto que habíamos tenido el placer de viajar unas horas juntos le parecía extremadamente sencillo seguir juntos hasta Estocolmo.

–Por supuesto –respondí–, y para mí este es el medio de hacerlo. El señor deja aquí una carta para su criado en la que le ordenará que se encuentre con él en el hotel de

Dinamarca, donde nosotros pararemos a nuestra llegada a Estocolmo. Esta precaución lo soluciona todo y no nos separa.

–La hago mía –dice el joven echando a mis espaldas una apasionada mirada sobre Emma, que en seguida le da a entender con las suyas que de ninguna manera se siente molesta por verle prestarse a todo lo que le acerca a ella.

Villeneuil escribe una carta que deja al dueño del hotel y volamos a Estocolmo. Nos quedaban alrededor de treinta leguas por hacer; llegamos al día siguiente por la noche, y sólo allí me informó mi amiga de la trampa que había ideado para asegurar la ejecución de la fechoría que tramaba. La zorra, descendiendo so pretexto de una necesidad, había escrito prestamente un billete diferente al de Villeneuil; había puesto el suyo en lugar del de éste y ordenaba al lacayo que se presentase en el hotel Armas de Inglaterra y en absoluto en el Dinamarca.

Una vez en Estocolmo su primer cuidado, como fácilmente imaginaréis, fue apaciguar la inquietud del joven negociante sobre la tardanza de su coche; puso en ello todo lo que creyó más capaz de tranquilizarlo y aturdirlo a la vez. Villeneuil estaba enamorado; era imposible no verlo; y mi amiga, de acuerdo con eso, le hizo el juego más hermoso del mundo. Villeneuil pareció celoso de mí

–Sin duda no queréis hacer de esto –le dice Emma– una aventura novelesca; vos me deseáis, Villeneuil, pero no me amáis. Además no puedo ser vuestra; nada en el mundo me haría dejar a Borchamps; es mi marido. Por tanto contentaos con lo que puedo ofreceros sin aspirar a lo que me es imposible daros y creed que manteniéndoos en ese punto mi esposo, que es muy libertino, es capaz de unirse a nosotros para, a partir de todo esto, crear una escena de lubricidad que lo divierta y en la que los dos nos deleitemos. A Borchamps le gustan los hombres, vos sois muy guapo, consentid en concederle vuestros encantos y os garantizo que con estas condiciones os dejará gozar en paz de los míos.

–¿Lo creéis así?

–Estoy segura. ¿No os repugna complacerlo en esto?

–De ninguna manera: son costumbres de colegio que encuentro muy sencillo que se conserven, y que yo mismo tengo.

–¿Entonces ya no se trata más que de prepararse?

–Estoy de acuerdo con todo...

Y la hábil Emma, abriendo precipitadamente un guardarropa donde me hallaba yo oculto, exclama:

–Ven, Borchamps, Villeneuil os ofrece su culo; pidamos la comida, encerrémonos y que nada turbe nuestros placeres.

– Encantador joven –le digo al viajero, mientras meto mi lengua en su boca, aunque imbuido del deseo de matarlo una vez lo hubiese jodido–, cuánto os agradezco vuestra complacencia... ¿Hay algo más simple que este tipo de comercio? Yo os cedo a mi mujer, vos me dais vuestro culo: ¿por qué no hacerse felices los unos a los otros cuando es tan fácil?

Durante este discurso mi amiga bajaba los pantalones... y si sus delicadas manos exponían el pito más hermoso del mundo, las mías descubrían igualmente el trasero más sublime que fuese posible ver. De rodillas ante este culo divino me era imposible hartarme de él y quizás todavía lo estuviese lamiendo, chupando, si mi querida Emma no hubiese desviado mi atención para hacerme ver el sublime miembro con que estaba provisto nuestra presa. Apenas empuñé este soberbio instrumento cuando le presento un culo que desea ardientemente poseerlo:

– ¡Oh, Villeneuve! –exclamé–, dignate comenzar por mí; esos encantos que deseas – proseguí señalando a Emma– te pertenecerán en cuanto te hayas adueñado de mi culo; pero piensa que no te serán concedidos más que a ese precio.

Soy fornicado: esa es la única respuesta de Villeneuve. Subo las faldas de mi mujer para él, la manosea, la besa mientras me jode; y, dejando de ser dueño de su pasión, el animal me deja para enfilar el coño anhelante de Emma. Viendo sus nalgas a mi alcance, me apodero de ellas y lo sodomizo para vengarme de la afrenta que acaba de hacerme; descarga; lo agarro de nuevo al salir del coño de Emma; como todavía lo encuentro bastante tieso, me lo meto de nuevo en el ano, enculo a Emma, y entonces el más dulce éxtasis viene a coronar nuestros placeres; recomenzamos, Villeneuve encoña a mi amiga, yo la enculo; en medio de nosotros la puta se menea como Mesalina durante cerca de dos horas; Villeneuve la encula, yo la encoño, vuelvo a joder a Villeneuve, me hace lo mismo; en fin, pasamos la noche entera en la embriaguez... y en cuanto ésta se disipa, reaparece la inquietud.

– No llega mi criado –dice Villeneuve.

–No hay duda que lo retrasa –responde Emma– la reparación de vuestro coche; vuestra carta le daba las suficientes instrucciones como para no equivocarse, sólo se trata de tener un poco de paciencia; además ¿no tenéis con vos vuestros efectos más preciosos? Nada os impide llevarlos a su destino.

– Iré mañana –dice Villeneuve.

Y como los placeres lo habían agotado, se acostó y durmió pronto.

–Emma –le digo a mi compañera, tan pronto como lo veo en brazos del sueño–, este es el momento de actuar; si tardamos se nos escapan las inmensas riquezas de este bellaco.

–¡Ah!, amigo mío, en un albergue, ¿qué haremos con su cadáver?

–Lo cortaremos en trozos y los quemaremos; este hombre no tiene descendencia, jamás vendrá nadie a reclamarlo aquí. Su criado, gracias a las precauciones que tomaste, irá a buscarlo al otro extremo de la ciudad; y por muchas que sean sus búsquedas, lo desafío a que encuentre a su amo: a las puertas de la ciudad yo no he dado otro nombre sino el de un criado que nos pertenecía; hemos despedido a ese criado, eso es todo.

Después, abriendo el cofre con la llave que suavemente le habíamos robado de su bolsillo, y considerando esa enorme masa de oro y pedrerías:

–¡Oh!, querida amiga –exclamé–, ¿no estaríamos locos si dudásemos un minuto entre la vida de ese granuja y la posesión de tantas riquezas?

Nos estábamos deleitando con este espectáculo cuando de repente llaman a la puerta. ¡Santo cielo!, ¡qué contrariedad! es el coche de Villeneuve, es su criado. Ese animal nos había encontrado, le habían dicho en Armas de Inglaterra que dado que no estábamos allí debía tratarse necesariamente de un error y que con toda seguridad nos encontraría en el hotel de Dinamarca. No había forma de ocultarle a su amo; lo veía en la cama.

–Amigo mío –le digo en seguida al criado, sin perder la cabeza– no despertéis al Sr. de Villeneuve; se ha acostado con un poco de fiebre y es extremadamente necesario que repose; volved al albergue donde estéis y estad seguro de que tenía buenas razones para enviaros allí: algunos encargos secretos que trae a su cargo no le permiten alojarse públicamente con sus equipajes. Nos ha encargado encarecidamente que os dijésemos, en el caso de que apareciésemos, que volvierais al albergue indicado en el billete que él mismo dictó para vos a mi esposa, cuando pasamos a Wimerbi, y que

esperaseis allí sus órdenes, sin que os anticiparais a ellas o vinieseis a buscarlas.

–Magnífico –respondió el criado–, devolveré el coche.

–Muy bien. Aquí tenéis dinero por si os falta; tranquilizaos y estad seguro de que antes de tres días tendréis noticias de vuestro amo.

El criado y el coche parten de nuevo y henos aquí a mi compañera y a mí ocupados con nuevos medios.

–Empecemos –digo yo– por seguir con nuestro primer proyecto; desembarazarnos de este hombre; en cuanto deje de existir nos desharemos fácilmente del criado y con ello obtendremos además el resto del equipaje, cosa con la que no contábamos.

El desgraciado joven es cortado a trozos; un gran brasero consume sus carnes; y los dos, excitados por el horror que acabamos de cometer, pasamos el resto de la noche en el seno de los más sucios excesos. Al día siguiente fui yo solo al Armas de Inglaterra:

–Amigo mío –le digo al criado– traigo una orden de vuestro amo para llevaros conmigo a dos leguas de aquí a una casa de campo donde os espera impaciente; dejad vuestros efectos y, sobre todo, recomendad al partir que sólo a mí me sean entregados; apresurémonos.

Salimos de la ciudad y cuando tengo a mi hombre en una terrible soledad que circunda a Estocolmo por este lado:

–Ve –le digo al desgraciado mientras le salto la tapa de los sesos–, ve a juntarte con tu amo en el infierno; allí es donde enviamos a todos aquellos que tienen dinero y que no quieren entregárnoslo de buena gana.

Hago rodar el cadáver con un puntapié hasta un precipicio y hecha mi operación vuelvo para tomar el camino de la ciudad, cuando veo a un niño de trece o catorce años que cuidaba un rebaño de borregos. ¡Oh, cielos! –me digo– Estoy perdido, heme aquí descubierto... ¡Vamos, santo Dios!, ¡no vacilemos! Agarro al muchacho, envuelvo su cabeza en un pañuelo; lo violo, las dos virginidades saltan al tiempo y le vuelo la tapa de los sesos mientras descargo en su culo. Este es –me digo muy contento por esta acción– el medio seguro para no tener nunca testigos; y vuelo hasta Armas de Inglaterra de donde en seguida hago salir el coche y el equipaje para llevarlos a donde estamos nosotros.

Encontré a mi compañera en un estado de inquietud que me alarmó.

–¿Qué te ocurre? –le digo–, ¿te flaquean las fuerzas?...

–Me preocupan las consecuencias de este asunto –me dice Emma–. Villeneuil llega a Estocolmo y es anunciado a sus correspondientes; se informarán; lo buscarán en todos los albergues; esto lo descubrirá todo y nos perderá; partamos, amigo mío, abandonemos este país donde todo me da un miedo horrible.

–Emma, te suponía con más energía; si tenemos que huir de este modo cada vez que cometamos un crimen, jamás podremos establecernos en ninguna parte. Deja de temer, querida; la naturaleza, que desea el crimen, vela por los que lo cometen y raramente se es castigado por haber ejecutado sus leyes. Tengo cartas para los más grandes de Suecia; voy a presentarlas: estate segura de que no habrá una sola de estas nuevas amistades de la que no podamos recoger alguna semilla de crímenes; guardémonos sólo de escapar a la feliz suerte que nos espera.

A mi llegada a Suecia, la capital, así como todo el reino, se hallaba vivamente agitada por dos partidos poderosos: uno, descontento de la Corte, deseaba ardientemente tomar el poder; el otro, el de Gustavo III, parecía decidido a sacrificar cualquier cosa para mantener el despotismo sobre el trono; la Corte y todo lo que la mantenía formaban este último partido; el primero estaba compuesto por el senado y parte del

Ejército. A los descontentos les parecía oportuno un nuevo reinado: se saca más provecho de una autoridad naciente que de un poder asentado; los senadores se dieron cuenta y proyectaron no ahorrar nada para conservar los derechos que trataban de usurpar desde hacía tiempo; su tutela era dura: osaron llevarla hasta el punto de hacer abrir las cartas del rey en sus asambleas, para responderlas e interpretarlas a su capricho; poco a poco el poder de estos magistrados creció hasta tal punto que Gustavo apenas podía disponer de los puestos de su reino.

Este era el estado de Suecia cuando me presenté en casa del senador Steno que, de alguna forma, era el alma del partido senatorial. Fui recibido por el joven magistrado y su mujer, con demostraciones de la más agradable cortesía y, me atrevo a decir, del más vivo interés. Me riñeron por no haber llevado a mi compañera desde el primer momento; y sólo logré calmar los reproches del joven senador aceptando ir a cenar los dos al día siguiente.

Emma, que pasaba por mi mujer y que reunía todo lo que podía hacer las delicias de la buena sociedad, fue recibida muy bien; y pronto los lazos de la más tierna amistad unieron a esta encantadora criatura y a la amable esposa del senador*.

Si el joven sueco, de veintisiete años, podía pasar con razón por uno de los más amables, más ricos y más inteligentes señores de Suecia, puede asegurarse sin exagerar que Ernestine, su mujer, era con toda seguridad la criatura más bonita que hubo en todos los reinos del Norte. Diecinueve años, los más hermosos cabellos rubios, el porte más majestuoso... los más bonitos ojos negros... las facciones más dulces y más delicadas, estos eran los encantos con que la naturaleza había embellecido a esta mujer angelical que, no contenta con tantos favores, sumaba a sus atractivos físicos un espíritu rico, el carácter más firme y la filosofía más inamovible.

La cuarta vez que nos vimos, Steno me preguntó a quién se dirigían las otras cartas de recomendación que me habían dado. Se las mostré y cuando hubo leído las firmas de varias personas de la Corte:

—Amable francés —me dice—, si lleváis estas cartas tendremos que renunciar al placer de vernos. Poderosos intereses separan mi casa de aquellas a las que vos debéis ir. Enemigos jurados del despotismo de la Corte, mis camaradas, mis amigos, mis padres no ven a ninguno de aquellos que sirven o comparten ese despotismo.

—¡Oh!, señor —le digo—, vuestra forma de pensar es demasiado parecida a la mía para que no haga el pequeño sacrificio de todo lo que parecería someterme al partido contrario al que vos seguís: aborrezco a los reyes y su tiranía. ¿Es posible que la naturaleza haya confiado el cuidado de gobernar a los hombres a un ser semejante? ¿No basta la facilidad con que puede ser seducido, engañado, un solo individuo para indignar a todos los hombres sabios contra el poder monárquico? Apresuraos, valientes senadores, a devolver al pueblo sueco la libertad que Gustavo intenta robarle siguiendo el ejemplo de sus antepasados; que los esfuerzos ahora emprendidos por vuestro joven príncipe para aumentar su autoridad sean inútiles como los intentos anteriores de Adolfo. Pero, señor —proseguí con calor—, para que en el futuro no quede en vuestro espíritu ninguna duda sobre la sincera promesa que os haré de abrazar vuestro partido durante todo el tiempo que prolongue mi estancia en Suecia, aquí están las cartas que tenía para los amigos de Gustavo, aquí están, quemémoslas juntos y permitidme que no me dirija sino a vos para la elección de los amigos que debo buscar en vuestra ciudad.

* Se previene al lector de que los nombres de los conjurados de este célebre asunto están todos disfrazados.

Steno me abraza y su joven esposa, testigo de esta conversación, no puede impedir testimoniarme también muy afectuosamente hasta qué punto se sentía halagada por atraer a su partido a un hombre tan esencial como yo.

–Borchamps –me dice Steno–, acabáis de abriros a mí con toda franqueza y yo no puedo dudar ya de vuestra forma de pensar. ¿Sois sinceramente capaz de abrazar con ardor nuestros intereses y de uniros a nosotros con los lazos que ligan a conjurados y a amigos sinceros?

–Senador –respondí con vehemencia–, os hago el sagrado juramento de combatir junto a vos hasta el último de los tiranos de la tierra si el puñal necesario para destruirlos es puesto en mi brazo por vos.

Y seguidamente le conté al senador mi aventura con la princesa de Holanda, pero reconstruida, para probarle hasta qué punto aborrecía yo a la tiranía y a aquellos que la ejercían.

–Amigo mío –me dice el senador–, ¿piensa como vos vuestra mujer?

–¿Lo dudáis –respondí– cuando sabéis que se separó de la princesa de Holanda, que la llenaba de favores, por las mismas razones que yo?

–¡Y bien! –me dice Steno–, venid mañana sin falta por la noche a comer los dos con mis amigos y entonces sabréis cosas que os sorprenderán.

Le conté a Emma esta conversación.

–Antes de unirnos a todo eso, amigo mío –me dice ella–, reflexionad bien a dónde nos puede conducir; sobre todo recuerda que fue más bien, me parece, por distanciamiento con respecto a los asuntos de Estado que por espíritu de partido por lo que te negaste a servir la causa de Sophie.

–No –le digo–, te equivocas; después me he interrogado con cuidado y me he dado cuenta de que sólo el horror que toda mi vida he tenido por el despotismo de uno solo me había llevado a la negativa que di a la mujer del estatúder; con otras miras distintas a las suyas quizás lo hubiese aceptado todo...

–Pero, amigo mío –me dice Emma–, veo una contradicción en tus principios; tú eres un tirano y detestas la tiranía; el despotismo emana de tus gustos, de tu corazón, de tu imaginación, y te desatas contra sus máximas; explícame esas contradicciones o me niego a seguirte.

–Emma –le digo a mi amiga–, sólo quiero hacerte calar en el asunto; recuerda lo que voy a decirte. El senado de Suecia está dispuesto a levantarse contra su soberano no por horror a la tiranía, sino por los celos que tiene al ver ese despotismo en manos distintas a las suyas; una vez que el poder esté en sus manos, puedes estar segura de que ya no detestará el despotismo y que, al contrario, lo utilizará para perfeccionar su felicidad. Aceptando la propuesta de Steno juego el mismo papel que él y, como él, no quiero destruir el cetro sino servirme de él. Recuerda que abandonaré esta sociedad en el momento en que crea verla animada por otros principios; entonces, no me acuses ya de contradicción, Emma, tampoco acuses a los que veas combatir la tiranía con el despotismo: *el trono es del gusto de todo el mundo y no es el trono lo que se detesta sino al que se sienta en él*. Creo que tengo disposiciones para jugar un papel en el mundo; no se necesitan prejuicios ni virtudes para lograrlo: un gran descaro, un alma corrompida y un carácter firme, yo tengo todo eso; la fortuna me presenta la oportunidad, la acepto; prepárate para mañana, sé orgullosa, inteligente y astuta; creo que esas serán las cualidades necesarias en casa de Steno; serán las que complacerán a mis amigos, muéstraselas, tú las tienes, y sobre todo no tiembles ante nada.

Llegamos a la hora indicada y observamos que, en cuanto entramos, un lacayo se

acercó a decirle al portero:

–Ya están todos, no dejéis entrar a nadie.

La sociedad se hallaba reunida en un pabellón situado al final del jardín de este vasto palacio; altos árboles rodeaban este local, que se hubiese tomado por un templo erigido al dios del silencio. Un criado, sin acompañarnos, se contenta con señalarnos el lugar donde debemos ir. Entramos; éstos son los personajes que encontramos reunidos.

Steno y su mujer os son conocidos, se levantaron para recibirnos y nos presentaron a las seis personas que voy a describiros: eran tres senadores y sus mujeres. El mayor de los hombres podía tener cincuenta años, se le llamaba Ericson: el aire noble y majestuoso, pero una cierta dureza en la mirada y brusquedad en el lenguaje. Su esposa se llamaba Frédégonde, tenía treinta y cinco años, con más belleza que gracia, los rasgos un poco hombrunos, pero orgullosos, lo que se dice una hermosa mujer. El segundo senador tenía cuarenta años, se llamaba Volf: una vivacidad prodigiosa, mucha agudeza, pero una maldad extendida en sus facciones. Amélie, su mujer, apenas tenía veintitrés años; tenía el rostro más excitante, el talle más agradable, la boca más fresca, los ojos más bribones y la piel más bella que pueda verse en el mundo; al mismo tiempo nadie podía tener más ingenio ni una imaginación más ardiente; nadie podía ser más libertina ni más deliciosa. Amélie atrajo mi atención, convengo en ello. El tercer senador se llamaba Brahé, tenía treinta años a todo lo más; delgado, seco, mirada hipócrita, aire distraído, y más que ninguno de sus camaradas, dureza, cinismo y ferocidad. Ulrique, su esposa, era una de las mujeres más hermosa de Estocolmo, pero al mismo tiempo la más malvada y la más inteligente, la más vinculada al partido senatorial, la más capaz de hacerlo triunfar; tenía dos años menos que su esposo.

–Amigos míos –dice Steno en cuanto se cerraron las puertas–, si no hubiese considerado a este gentilhomme francés y a su mujer dignos de nosotros no los veríais hoy en esta casa; por tanto os pido encarecidamente que los admitáis en vuestra sociedad.

–Señor –me dice Brahé dirigiéndome la palabra con tanta energía como nobleza–, lo que Steno nos afirma de vos sirve para inspirar confianza; pero no ocultamos que esta será mayor cuando hayáis respondido públicamente a las diferentes preguntas que se os harán.

P. – ¿Cuáles son los motivos que os hacen detestar el despotismo de los reyes?

R. – Los celos, la ambición, el orgullo, la desesperación de ser dominado, el deseo de tiranizar a mi vez a los otros*.

P. – ¿Tiene algo que ver la felicidad de los pueblos en vuestras miras?

R. – No veo más que la mía propia.

P. – ¿Y qué papel juegan las pasiones en vuestra manera de considerar las cosas en política?

R. – El más importante; jamás he creído que lo que se llama un hombre de Estado tenga otras inclinaciones que la más entera satisfacción de sus voluptuosidades: sus planes, las alianzas que establece, sus proyectos, sus impuestos, hasta sus leyes, todo tiende a su felicidad individual, jamás entra en sus maquinaciones la felicidad pública, y lo que el pueblo embrutecido le ve hacer sólo sirve para que se haga más poderoso o más rico.

P. – ¿De forma que si fueseis lo uno o lo otro, esas dos ventajas no redundarían sino en provecho de vuestros placeres o de vuestros goces?

* Espíritu de la revolución de Estocolmo, ¿por azar no habrás pasado por París?

R. – Son los únicos dioses que conozco, las únicas delicias de mi alma.

P. – ¿Y cómo consideráis a la religión en todo esto?

R. – Como el primer resorte de la tiranía, el que siempre debe mover el déspota cuando quiere asentar su trono. La llama de la superstición siempre fue la aurora del despotismo y el tirano siempre sometió al pueblo con cadenas benditas.

P. – ¿Entonces nos exhortáis a que hagamos uso de ella?

R. – Sí, por supuesto; si queréis reinar, que hable un Dios por vuestra boca y los hombres os obedecerán. Una vez que los haya hecho temblar su rayo, sujeto por vos, tendréis pronto sus riquezas y sus vidas. Persuadidles de que todos los infortunios que han sufrido bajo el régimen que queréis hacerles rechazar, no proceden sino de su irreligión. Al hacerlos caer a los pies de la quimera que les ofrecéis, servirán de trampolín a vuestra ambición, vuestro orgullo, vuestra lujuria.

P. – ¿Así que no creéis en Dios?

R. – ¿Hay algún ser razonable en el mundo que pueda tener fe en semejantes mentiras? ¿Acaso la naturaleza, en constante movimiento, puede tener algún motor? Me gustaría que el cuerpo vivo del estúpido que primero habló de esa execrable quimera fuese abandonado, para su suplicio, a los manes de todos los desgraciados que perecieron por ella.

P. – ¿Cómo consideráis las acciones llamadas criminales?

R. – Como inspiraciones de la naturaleza a las que es una extravagancia resistirse; como los medios más seguros de que puede servirse un hombre de Estado para acumular en sus manos todo lo que puede consolidar la felicidad, como los resortes de todos los gobiernos, como las únicas leyes de la naturaleza.

P. – ¿Los habéis cometido de todos los tipos?

R. – No hay uno sólo con el que no me haya manchado y con el que no esté dispuesto a cubrirme una vez más.

En este punto Brahé hizo un breve análisis de la historia de los Templarios. Tras haber explicado con ardor su idea sobre el suplicio tan injusto como atroz que hizo sufrir Felipe el Hermoso, rey de Francia, a Molay, su último gran maestro, con la única intención de apoderarse de los bienes de la orden, me dice:

–Nosotros somos los jefes de la Logia del Norte, creada por el mismo Molay, desde la Bastilla. Si os recibimos entre nosotros es tan sólo con la condición expresa de que juréis sobre la víctima que os va a ser presentada la venganza de ese respetable gran maestro y de que cumpláis al mismo tiempo las cláusulas del juramento que tenemos aquí... Leed y pronunciad con claridad.

– *Juro –digo– exterminar a todos los reyes de la tierra; llevar una guerra eterna contra la religión católica y contra el Papa; predicar la libertad de los pueblos; y fundar una República universal.*

Se oyó un terrible trueno; el pabellón en que estábamos se estremeció; aparece la víctima por una trampilla llevando en sus manos el puñal con que debía abatirla y presentándomelo. Era un hermoso joven de dieciséis años, completamente desnudo. Cojo el arma y hundo el holocausto en el corazón. Brahé toma un cáliz de oro, recoge la sangre, me da a beber el primero, ofrece el vaso a todos los que están allí, y cada uno bebe pronunciando una palabra bárbara, cuyo sentido es: *Moriremos antes que traicionarnos*. La trampilla desaparece y con ella el cadáver, y Brahé continúa con sus preguntas.

P. – Acabáis de mostraros –me dice– digno de nosotros; habéis visto que nuestra firmeza respondía a la vuestra, y que incluso nuestras mujeres eran inquebrantables.

¿Sentís una indiferencia suficientemente grande por el crimen que acabáis de cometer como para utilizarlo incluso en vuestros placeres?

R. – Los aumenta, los electriza; siempre los he considerado como el alma de las voluptuosidades libidinosas; sus efectos sobre la imaginación son enormes, y la lubricidad no es nada si la depravación del espíritu no enciende su llama.

P. – ¿Admitís limitaciones en los goces físicos?

R. – Ni siquiera las conozco.

P. – ¿Todos los sexos, todas las edades, cualquier grado de parentesco, todas las formas de gozar de estos diferentes individuos, todo eso, digo, es indiferente a vuestros ojos?

R. – Absolutamente.

P. – ¿Pero, a pesar de ello, tendréis algún goce predilecto?

R. – Sí, los más fuertes, aquéllos que los estúpidos osan llamar antinaturales, criminales, ridículos, escandalosos... contrarios a las leyes, a la sociedad... de un tipo feroz. Esos son mis goces preferidos, y los que siempre constituirán la felicidad de mi vida.

–Hermano –me dice Brahé–, tomad asiento entre nosotros, la sociedad os recibe...

Y en cuanto estoy sentado:

–Confiamos en vos –prosiguió Brahé– para saber si vuestra mujer tiene los mismos principios que vos.

–Hago el juramento por ella –respondí.

–Escuchadme entonces –me dice el senador–. La Logia del Norte, de la que somos jefes, es enorme en Estocolmo; pero los simples masones ignoran nuestras costumbres, nuestros secretos, nuestros hábitos; se fían de nosotros y nos obedecen. Ya sólo tengo que referiros dos cosas, hermano mío: nuestras costumbres y nuestras intenciones. Estas intenciones son derribar el trono de Suecia, así como todos los tronos del universo, y principalmente aquéllos donde reinan los Borbones. Pero nuestros hermanos de los otros partidos del mundo se ocuparán de ello; nosotros nos ocupamos sólo de nuestra patria. Una vez en el trono de los reyes, ningún tipo de tiranía habrá igualado jamás a la nuestra, ningún déspota habrá puesto jamás sobre los ojos del pueblo una venda como la que nosotros le pondremos. La total ignorancia en que lo sumiremos lo adormecerá pronto, correrán ríos de sangre, nuestros mismos hermanos no serán ya sino los criados de nuestras crueldades y el poder supremo estará concentrado tan sólo en nuestras manos; se suprimirán todas las libertades; la de prensa, la de cultos, la de pensamiento incluso, serán severamente prohibidas, hay que guardarse de iluminar al pueblo o de romper sus cadenas cuando se trata de conducirlo. Vos no seríais admitido, Borchamps, en esta repartición de autoridad, vuestro nacimiento extranjero os excluye; pero os conferiremos el mando de los ejércitos, y sobre todo de bandoleros, que primero cubrirán Suecia de asesinatos y rapiñas para asentar nuestro poder. ¿Haréis, cuando haya llegado el momento, el juramento de sernos fiel?

–Lo hago ya.

–Entonces no nos queda ya sino hablaros de nuestras costumbres. Hermano mío, su depravación es terrible; el primer juramento que nos liga, tras los de la política que acabamos de tratar, es el de prostituir mutuamente a nuestras mujeres, hermanas, madres e hijos; el de gozar de todos estos seres mezclados... unos delante de otros, y preferentemente de la forma que Dios, según se dice, castigó en Sodoma. Víctimas de cualquier sexo sirven a nuestras orgías, y sobre ellas recae toda la irregularidad de

nuestros deseos. ¿Vuestra mujer está decidida como vos a la ejecución de estas inmoralidades?

–Lo juro –dice Emma.

–Esto no es todo –prosiguió Brahé–; nos divierten los más terribles desórdenes y no hay ningún exceso al que no nos entreguemos. Con frecuencia llevamos la atrocidad hasta el punto de robar, asesinar en las calles, envenenar los pozos, ríos, producir incendios, ocasionar hambres, extender la mortalidad sobre las bestias, y todo esto menos por divertirnos que por cansar al pueblo del actual gobierno y hacerle desear ardientemente la revolución preparada por nosotros. ¿Os sublevan estas acciones o las compartís con la sociedad sin remordimientos?

–El sentimiento que acabáis de nombrar estuvo siempre fuera de mi corazón: el universo entero destruido por mis manos no me costaría una lágrima...

Llegados a este punto recibo un abrazo fraternal de toda la asamblea. A continuación recibí la orden de exponer mi trasero y cada miembro de uno y otro sexo vino a besarlo, acariciarlo, después a meter su lengua en mi boca. Emma fue remangada hasta la cintura; ataron sus faldas a los hombros con cintas y recibió los mismos homenajes; pero por muy hermosa que fuese no recibió ninguna alabanza: estaban todas prohibidas por las leyes de esta asamblea, me previnieron.

–Desnudémonos todos –dice entonces Brahé, que hacía las funciones de gran maestro–, después pasaremos a la sala contigua.

Diez minutos bastaron para esta operación y entramos en un amplio gabinete rodeado de canapés a la turca, con cojines y colchones. La estatua de Jacques Molay, sobre la pira que consumió su cuerpo, adornaba el centro de la pieza.

–Este es –me dice el gran maestro– el que debemos vengar; mientras esperarnos ese feliz momento, ahoguémonos en el océano de delicias que él mismo preparaba para sus hermanos...

Un suave calor reinaba en este agradable reducto que iluminaban misteriosamente haces de luz ocultos bajo gasas. Todo se mezcló, todo se juntó en un momento. Me lanzo sobre la amable Amélie; sus ojos me habían inflamado y hasta ese momento sólo se me había empinado con ella; sus deseos se adelantan a los míos, está en mis brazos antes de que los míos la enlacen. Os describiría mal sus atractivos: me embriagaron demasiado para poder pintarlos. Jamás nadie tuvo una boca más fresca, jamás un culo más hermoso. Amélie se curva ofreciéndome ella misma el templo que sabe que yo utilizaría, y, sea costumbre sea gusto, pronto me doy cuenta de que la zorra pone en él más placer que solicitud, y que ningún otro ataque la habría complacido tanto. El deseo de encolar a las tres mujeres, e incluso a sus maridos, me impidió perder mi semen en el delicioso culo de Amélie; y me lancé sobre Steno, que sodomizaba a Emma. Encantado ante su buena fortuna, el senador me ofreció el culo más hermoso del mundo, pero que abandoné pronto para enfilar el de Ernestine, su mujer, hermosa y voluptuosa criatura, donde me mantuve largo tiempo entrando y saliendo. Frédégonde me atrae: toda la dulzura y delicadeza que había puesto Ernestine en sus goces se transformó en ésta en furor y arrebató. Al dejarla, vuelo hacia su marido. Eric-Son, de cincuenta años, se agita bajo mi pito como la paloma bajo el torcaz y el disoluto es tan excitante en su goce que arranca mi semen; pero Brahé, que me llama, sabe devolver a mi instrumento, chupando con ardor, la energía que las bellas nalgas de Eric-Son acaban de hacerle perder y las que él me presentan, cuyo ano sodomizo, me hacen olvidar en seguida todos los placeres que acabo de gozar. Jodo a Brahé cerca de un cuarto de hora y no lo dejo sino por Volf, que sodomizaba a Ulrique, cuyo delicado

culo pronto obtiene mi esperma. ¡Cuánto libertinaje!, ¡cuánta impureza en esta última criatura! Esta Mesalina pone en práctica lo más excitante de la voluptuosidad, lo más desenfadado del libertinaje. Se apodera de mi pito en cuanto descarga y la puta le hizo de todo para reanimarlo e introducirse en el coño. Pero le fue imposible vencerme: inviolable partidario de las leyes de la sociedad llegué hasta a amenazar a Ulrique con denunciarla si seguía intentando seducirme por más tiempo; furiosa, la zorra se vuelve a meter mi pito en el culo y se menea tan arduosamente que su semen salpica toda la habitación.

Mientras yo fornicaba de esta manera todos los culos de la sala, Emma, festejada igualmente, había probado todos los pitos; todos habían pasado por su culo, incluso el mío, pero no todos habían descargado; estos eran libertinos de profesión a los que un solo goce, aunque fuese el de un hermoso culo, no los electrizaba lo suficiente como para perder tan fácilmente el semen: todos, por ejemplo, me enularon y ninguno me dio su esperma. Eric-Son, el más desenfadado de todos, podía joder a quince como aquellos que tenía allí a su disposición sin que su pito pareciese afectado. Brahé, joven y vigoroso como era, tampoco habría llegado al desenlace, a no ser por los increíbles episodios de los que pronto hablaremos. Steno había hecho su negocio: idólatra de Emma, el hermoso culo de esta voluptuosa criatura le había bastado, decía él, y su ardiente semen la había inundado. Volf, más refinado, sin tener, como su camarada, todo lo que necesitaba para decidir su descarga, no había hecho sino empezar, y sólo en la comida, que se sirvió bastante pronto, me fue posible descubrir los extravagantes gustos de mis nuevos acólitos. Esta comida se dispuso en una sala diferente donde se encontraban desnudos para servirnos seis guapos muchachos de quince a dieciocho años y seis encantadoras muchachas de la misma edad. Tras una comida suntuosa, se celebraron nuevas orgías y sólo entonces pude juzgar las desordenadas pasiones de estos déspotas de Suecia.

Steno, aunque hubiese descargado fácilmente en el culo de Emma, deseaba para perfeccionar su éxtasis que un muchachito le chupase la boca muy amorosamente socratizándole el trasero, mientras él fornicaba a un hombre: esta era su pasión.

Eric-Son no hacía honor a su pito hasta haber fustigado previamente hasta sangrar a dos jóvenes de sexo diferente.

Volf se hacía enular mientras zurraba durante una hora entera a latigazos el culo en el que se proponía descargar. De otra forma no conseguía la erección.

Brahé, más malvado todavía, no se disponía a la emisión más que destruyendo una víctima cerca del hermoso culo que desease.

Todas estas pasiones se desarrollaron hasta los postres. Las cabezas, calientes de vino, de esperanza, de ambición, de orgullo, no conocieron ningún freno; las mujeres fueron las primeras en darnos ejemplo de desorden y costó la vida de seis víctimas, antes de separarnos.

Fue entonces cuando Steno, testimoniándome en nombre de la sociedad la alegría que sentía por tenernos dentro de ella, me preguntó si necesitaba alguna suma: creí más político decir que no... al menos de momento... Y pasaron ocho días sin que oyese hablar de mis nuevos amigos. El noveno por la mañana vino a verme Steno.

—Vamos de correrías esta noche —me dice—; las mujeres no estarán; ¿queréis acompañarnos?

—¿De qué se trata? —respondí.

—De crímenes al azar; robaremos, saquearemos, asesinaremos, quemaremos: en una palabra haremos horrores; ¿sois de los nuestros?

—Por supuesto.

—Entonces estad esta noche a las ocho en la hermosa casa que Brahé posee en el barrio; saldremos de allí.

Nos esperaba una deliciosa cena y veinticinco soldados, elegidos por la superioridad de sus miembros debían comunicarnos, agotándose en nuestros traseros, la energía necesaria para la expedición proyectada. Fuimos fornicados cada uno cuarenta veces; yo jamás lo había sido tan seguido. Tras estos preliminares nos encontramos todos con una fogosidad, una agitación que nos hubiese hecho lanzar un puñal contra el pecho del mismo Dios, si ese mamarracho hubiese existido.

Escoltados por diez de los más fuertes campeones de la banda, recorrimos las calles como furias atacando indistintamente todo lo que se ponía a nuestro paso: a medida que robábamos y matábamos a nuestras víctimas, las arrojábamos al mar. ¿Merecían la pena los objetos que deteníamos? Gozábamos de ellos y los inmolábamos después. Subimos a varias casas pobres que devastamos tras haber sembrado en ellas el trastorno y la desolación. En una palabra, no hubo execraciones que no nos permitiésemos, ni una sola que no ejecutásemos. Atacamos a la patrulla, la hicimos huir; y sólo cuando estuvimos saciados de horrores y atrocidades volvimos a nuestras casas, al día siguiente, cuando la luz del día mostró los residuos de nuestras escandalosas orgías.

No se nos olvidó hacer que apareciese en los periódicos que esos eran los terribles abusos que el gobierno se permitía y que en tanto prevaleciese el régimen real sobre el del senado y las leyes, ninguna fortuna estaría segura y ningún individuo respiraría en paz en su casa. El pueblo lo creyó y deseó la revolución. Así es como se abusa de ese pobre pueblo, he aquí como es a la vez el pretexto y la víctima de la maldad de sus dirigentes: siempre débil y siempre imbécil, tan pronto se le hace desear un rey como una república y la prosperidad que estos agitadores le ofrece en uno u otro de esos regímenes no es jamás sino el fantasma creado por sus intereses o por sus pasiones*.

Sin embargo se acercaba el momento y era tal el deseo de un cambio que no se hablaba de otra cosa en las conversaciones. Siendo un político más hábil que mis asociados, vi el monumento de su fortuna por los suelos en el mismo instante en que lo edificaban; más flemático que ellos, sondeé los espíritus y la gran cantidad de gente que vi seguidora del partido del rey me convenció de que la revolución senatorial estaba abortada. Fue entonces cuando, fiel a los principios de egoísmo y de maldad a los que quería sacrificar mi vida, decidí cambiar de partido y traicionar inhumanamente al que me había acogido. Era el más débil, lo veía claramente; no era la bondad del uno ni el vicio del otro lo que me decidía: yo no lo estaba más que por la fuerza y sólo hacia la fuerza quería dirigirme. No hay duda de que me habría quedado en el partido senatorial si lo hubiese creído, no el mejor (bien sabía yo cuán vicioso era), sino el más fuerte; me había demostrado que no lo era: y yo lo traicionaba. Se me dirá que este papel era infame; de acuerdo. ¿Pero qué me importaba la infamia desde el momento en que gracias a mi traición encontraba mi felicidad o mi seguridad? El hombre no ha nacido sino para trabajar por su felicidad en la tierra; todas las vanas consideraciones que se oponen a ella, todos los prejuicios que la obstaculizan, están hechos para ser pisoteados por él, porque no es la estima de los otros lo que le hará feliz; sólo lo será por su propia opinión y jamás cesará de estimarse a sí mismo si trabaja en su prosperidad, cualquiera que sea el camino que tome para lograrla.

Pido una audiencia secreta a Gustavo; la obtengo; se lo revelo todo; le doy los

* Ved en La Fontaine la ingeniosa fábula de *Las ranas que querían un rey*. ¡Desgraciados habitantes del globo, esa es la historia de todos vosotros!

nombres de aquellos que han hecho juramento de destronarlo; le juro no abandonar Estocolmo hasta que lo prevea todo; y no le pido más que un millón por recompensa, si mis advertencias son justas; una eterna prisión si me equivoco. La vigilancia del monarca, ayudada con mis avisos, obtiene todos los informes. Gustavo, a caballo desde muy temprano el día en que debía estallar todo, contuvo al pueblo, se apoderó del arsenal, sin derramar ni una sola gota de sangre. No era eso lo que yo había esperado; me sentía regocijado de antemano por las sangrientas consecuencias que suponía a mi traición, yo mismo recorro las calles desde por la mañana para ver caer todas las cabezas que yo había sacrificado: el imbécil Gustavo las conservó todas. ¡Cuánto me lamentaba entonces por no haber sido fiel a aquellos que hubiesen inundado de sangre los cuatro rincones del reino! Me he equivocado, dije; se le acusaba al príncipe de ser un déspota y el estúpido se muestra bonachón cuando yo le ofrezco todos los medios de asentar su tiranía. ¡Oh! ¡Cómo maldije a ese autómeta!... Recordad, dije a todos aquellos que quisieron oírme, que desde el momento en que vuestro príncipe pierde aquí la ocasión de fijar su cetro, como debería haber hecho, sobre montones de muertos, recordad que no reinará durante mucho tiempo y que su fin será desgraciado**.

No obstante, no necesité recordarle su promesa: el mismo Gustavo me hizo ir a su palacio donde contó el millón prometido mientras me ordenaba salir rápidamente de sus Estados.

–Pago a los traidores –me dice–, me son necesarios, pero los desprecio y los alejo de mí tan pronto me han servido.

¿Qué me importa, digo mientras me retiro, que ese animal me estime o me desprecie? Tengo su dinero, es lo que quería, y con respecto al carácter que me reprocha, no lo corregirá: la traición constituye una de mis delicias y pronto voy a ponerla en práctica con otra relación.

Vuelo a casa de Steno.

–Mi mujer os ha traicionado –le digo–, es un monstruo; acabo de saberlo todo, ha recibido dinero por esa monstruosidad; me ha valido la orden de abandonar Suecia; obedeceré sin duda, pero quiero perderla antes de partir. Todo está en calma, nada nos impide reunirnos esta noche; hagámoslo, por favor, y castigemos a esa criminal.

Steno consiente. Llevo a Emma a la sociedad sin que sospeche a qué se debe la reunión; todos los hombres, todas las mujeres, llenos de furor contra la que yo acuso, la condenan de común acuerdo, a los suplicios más espantosos. Emma, confusa ante tal acusación, quiere recriminarme; se la hace callar y la desgraciada, confiada a mis cuidados mientras tienen lugar escenas lúbricas alrededor del cadalso erigido para su suplicio, es despellejada viva, después quemada a fuego lento en todas las partes que yo iba desollando poco a poco. Entretanto se me chupaba, y mis cuatro amigos, jodiendo cada uno a un bardaje, eran azotados por sus esposas, a las que masturbaban unas jóvenes: jamás en mi vida había descargado tan deliciosamente. Una vez acabada la operación, nos mezclamos; fue entonces cuando Amélie, la esposa de Volf, se me acercó.

–Me gusta tu firmeza –me dice–; desde hace tiempo me había dado cuenta de que esa mujer no estaba hecha para ti; yo te convengo más, Borchamps; pero voy a asombrarte: júrame que un día también yo seré tu víctima. Mi imaginación va a sorprenderte, amigo mío; sea como sea no puedo ocultarte su delirio. Mi marido me

** Es aquel que Ankerstroeum mató en 1789.

ama demasiado para satisfacerme; desde la edad de quince años mi mente se ha abrazado a la idea de perecer víctima de las crueles pasiones del libertinaje. Es evidente que no quiero morir mañana, mi extravagancia no llega tan lejos; pero sólo quiero morir de esa manera. Convertirme al expirar en la ocasión de un crimen es una idea que me vuelve loca; y mañana mismo abandono Estocolmo contigo si juras satisfacerme.

Vivamente emocionado por tan extraña proposición, le juro a Amélie que tendrá razones para estar contenta de mí. Todo se arregla, se evade ese mismo día y salimos de la ciudad sin que nadie sospeche de este rapto.

Al abandonar Estocolmo mi fortuna era inmensa, heredaba a mi mujer, llevaba el millón del rey y mi nueva amiga me entregó además cerca de seiscientos mil francos que robó a su marido y que me obligó a aceptar.

Amélie y yo, de común acuerdo, nos dirigimos a San Petersburgo. Exigió matrimonio, consentí; y como nos encontrábamos en condiciones de no negar nada a nuestros deseos, alquilamos un hotel soberbio en el barrio más hermoso de la ciudad; los criados, los carruajes, la buena comida, todo se hizo con prodigalidad, y pronto la mejor gente se honró de ser presentada en casa de mi mujer. Los rusos aman el fasto, la opulencia, el lujo, pero como se rigen totalmente por nosotros, en cuanto un señor francés se presenta con un poco de magnificencia, todos se apresuran a copiarlo. El ministro de la emperatriz me invitó a hacerme presentar a su soberana; y como me sentía nacido para las grandes aventuras, acepté sus proposiciones.

Catalina, siempre campechana con aquellos que la complacían, me preguntó algunas curiosidades sobre Francia y, satisfecha con mis respuestas, me permitió que con frecuencia le hiciese la corte. Así transcurrieron dos años durante los cuales Amélie y yo nos sumergimos en todas las voluptuosidades que podía ofrecer esta ciudad. Por fin un billete me informó de los motivos que había tenido la emperatriz al testimoniarme el deseo de verme con frecuencia. En esta misiva me animaba a dejarme conducir, en cuanto se hubiese hecho de noche, a una de sus casas de campo situada a algunas leguas de la ciudad. Amélie, a la que informé de esta buena suerte, hizo todo lo que pudo para hacerme cambiar de opinión y me vio partir con dolor.

—He conseguido —me dice la emperatriz en cuanto estuvimos solos— todos los informes de vos que podían iluminarme. He sabido de vuestra conducta en Suecia y, sea lo que sea lo que siga, la he aprobado. Creed, joven francés, que el partido de los reyes siempre es el mejor: aquellos que lo abrazan y le son fieles no se arrepentirán jamás. Bajo la máscara de la popularidad, Gustavo ha querido afirmar el despotismo sobre el trono; vos lo habéis servido bien al desvelar la conjuración que obstaculizaba sus proyectos; os lo alabo. Vuestra edad, vuestra fisonomía, lo que se rumorea de vuestro espíritu, todo en vos me interesa; y puedo añadir mucho a vuestra fortuna si abrazáis mis proyectos...

—Señora —respondí verdaderamente impresionado por los atractivos de esta soberbia mujer, aunque tuviese ya cuarenta años—; la dicha de complacer a vuestra majestad es ya suficiente recompensa por los servicios que me dais la oportunidad de prestaros y juro en este mismo instante que sus órdenes serán para siempre los únicos deberes, así como los únicos placeres, de mi corazón.

Catalina me dio su mano, que yo besé arrebatado; una toquilla cae y aparece ante mis ojos el más hermoso pecho del mundo; Catalina, velándolo, me habla de su delgadez, como si algo en el mundo hubiese sido más delicioso y más fresco que lo que dejaba oculto a mis ojos. Cuando la emperatriz vio que yo no podía contener mis

elogios, me permitió convencerme de que todos sus encantos respondían a la muestra que yo acababa de sorprender. ¿Qué más voy a deciros, amigos míos?, la emperatriz fue enfilada ese mismo día; y como mi físico le complació infinitamente, pronto fui admitido en el lecho de la princesa. Pocas mujeres eran tan bellas como Catalina; ninguna tenía unas carnes más hermosas ni formas tan bien torneadas; y cuando hube visto algunas muestras de su temperamento, no me asomé ya de la multitud de predecesores que yo había tenido. Catalina deseó todos los goces y podéis creer que no le negué ninguno: sobre todo su culo, el culo más hermoso que yo hubiese visto en mi vida, me colmó con los más dulces placeres.

–Estas ligeras desviaciones son muy comunes en Rusia –me dice–, y me guardo muy bien de proscribirlas; la excesiva población contribuye a la riqueza de los señores y como su poder obstaculiza el mío, debo servirme de todos los medios que puedan debilitarla; éste me divierte al tiempo que me sirve, porque me gusta el vicio y los que lo profesan: está en mis principios propagarlo. Me sería fácil demostrar a todos los soberanos que deberían conducirse de la misma forma. Estoy encantada, Borchamps, de veros festejar mi trasero... (lo estaba besando) y os declaro que está a vuestro servicio todas las veces que queráis joderlo.

Utilicé con frecuencia el permiso. La emperatriz fue lo bastante prudente para no abrirse más en esa primera entrevista. Una segunda, ocho días después, transcurrió de la misma forma; pero a la tercera:

–Creo que ahora –me dice Catalina– estoy lo bastante segura de vos para asociaros a mis proyectos: sin embargo, antes de revelároslos exijo un sacrificio por vuestra parte y en ese momento os lo contaré todo... ¿Quién es esa bonita sueca que llevas contigo, Borchamps?

–Es mi mujer.

–Lo sea o no, quiero que mañana no exista ya...

–El tieso pito que empuñáis, princesa –respondí– firmará su sentencia de muerte en vuestro culo...

–Bien –me dice Catalina introduciéndoselo–; pero soy cruel; esa mujer me ha inspirado muchos celos y si quiero que sufra un suplicio igual a las inquietudes que me ha causado, mañana debe ser atenazada ante nuestra vista con hierros candentes; cada cuarto de hora se suspenderá ese suplicio para colgarla de una parte y someterla al suplicio de la rueda; en cada uno de estos intervalos la joderán mis verdugos, y haré que la cubran con tierra ardiendo antes de que haya lanzado sus últimos suspiros; examinaré tu comportamiento durante la operación: se te confiará el secreto si eres valiente, lo ignorarás si tiemblas.

Por muy hermosa que fuese Amélie, dos años de goce habían calmado excesivamente mis deseos; demasiada ternura, demasiada amistad y mucha menos crueldad en el espíritu de lo que yo había supuesto en un primer momento. Lo que me había dicho sobre la forma en que quería acabar sus días no era, mirándolo bien, sino un delicado refinamiento; pero más le valía que desease esta forma de acabar sus días. Además, Amélie no tenía toda la condescendencia que yo exigía de una mujer; se negaba a chuparme y, en cuanto a su trasero, quiero creer que había tenido enormes encantos: ¿pero los tiene el de una mujer a la que se ha jodido durante dos años? Así que le prometí todo a Catalina, que se divirtió mucho con la posibilidad de satisfacer tan bien el deseo que mi mujer había adoptado sobre su tipo de muerte; y al día siguiente fue presentada a la emperatriz en una de sus casas, la más misteriosa y la más alejada de la ciudad.

No es posible figurarse los arrebatos de esta mujer, acostumbrada a ver que todo cediese ante ella. Trató a la desgraciada sueca con una dureza y tiranía imposibles de creer: hizo que le prestase los servicios más bajos; se hizo lamer y masturbar; la sometió a las vejaciones más duras y, después de entregarla a sus verdugos, el monstruo le hizo sufrir efectiva y detalladamente, ante sus ojos, todos los suplicios que había ideado. Quiso que yo enculase a esta pobre víctima en los intervalos; llevó el delirio hasta el punto de exigirme que jodiese a los verdugos mientras ellos atormentaban a Amélie; y, contenta por verme empalmado durante todo el tiempo, se formó de mi carácter la opinión que deseaba. Mi triste mujer expiró tras once horas de las más violentas angustias. Catalina descargó más de veinte veces; ella misma ayudó a los verdugos; y fui citado ocho días después para la exposición del gran proyecto que debía serme confiado*.

Hasta entonces sólo había sido recibido en casas de campo de la soberana; esta vez se me hizo el honor de recibirme dentro del mismo palacio de invierno, situado en la isla de Amirauté.

—Lo que he visto de vos, Borchamps —me dice la emperatriz— no me deja ninguna duda sobre la fuerza de vuestro carácter. Liberado de todos los prejuicios de la infancia, me doy cuenta de cuál es ahora vuestra forma de pensar sobre lo que los estúpidos llaman *el crimen*; pero si éste es frecuentemente útil para los simples individuos, ¡cuántas veces en la vida no se hace indispensable para los soberanos o para el hombre de Estado! Para asegurar la base de su felicidad en el mundo, el hombre aislado necesita a todo lo más un crimen o dos a lo largo de su existencia; los que se oponen a sus deseos son tan poco numerosos que se precisan pocas armas para combatirlos. Pero nosotros, Borchamps, perpetuamente rodeados o de aduladores que no tienen otro propósito que el de engañarnos o de poderosos enemigos cuya única meta es destruirnos, ¿en cuántas circunstancias diferentes nos vemos obligados a emplear el crimen? Un soberano celoso de sus derechos debería dormir con el látigo en la mano. El famoso Pedro creyó prestar un gran servicio a Rusia rompiendo las cadenas de un pueblo que no conocía y no deseaba sino la esclavitud; pero Pedro, más preocupado por su reputación que por la suerte de aquellos que algún día debían ocupar su trono, no se dio cuenta de que debilitaba la corona de los soberanos sin hacer al pueblo más feliz. ¿Y en realidad, qué ganó con ese gran cambio? ¿Qué le importa la mayor o menor extensión de un Estado del que sólo ocupa algunas toesas?, ¿qué sacó de las artes y las ciencias transplantadas con grandes gastos a un suelo que no desea más que la vegetación?, ¿de qué le sirve la apariencia de una libertad que no hace sino más pesadas sus cadenas? Por lo tanto, afirmémoslo sin ningún temor, es tan cierto que Pedro perdió a Rusia como el hecho de que aquel que la vuelva a poner bajo el yugo será su liberador; Rusia iluminada se da cuenta de lo que le falta, la Rusia sometida no vería más allá de sus necesidades físicas. Ahora bien, ¿en cuál de las siguientes situaciones es más afortunado el hombre, aquélla en la que sin venda en los ojos se da cuenta de todas las privaciones o aquélla en que su ignorancia no le deja sospechar ninguna? Una vez sentadas estas premisas, ¿se atreverá a negar que el más violento despotismo le conviene más que la más completa independencia? Y si vos estáis de acuerdo conmigo en este punto, que yo creo imposible de refutar, ¿me censuraréis porque lo intente todo para restablecer las cosas en Rusia como lo estaban antes del desgraciado siglo de Pedro? Basilovitz reinó como a mí me gusta reinar; su tiranía me

* Aquellos que han visto de cerca a esta mujer, tan célebre por su inteligencia como por sus crímenes, la reconocerán aquí sin duda y convendrán en que ha sido exactamente pintada.

servirá de modelo. Se dice que se divertía matando a los prisioneros que hacía violando a sus mujeres e hijas, mutilándolas con sus propias manos, desollándolas y quemándolas después; asesinó a su hijo; castigó una insurrección en Novogorod haciendo que arrojasen al Volga a tres mil hombres. Era el Nerón de Rusia: ¡Y bien!, yo seré su Teodora o su Mesalina; para reafirmarme en el trono no escatimaré ningún horror, y el primero que debo consumir es la destrucción de la vida de mi hijo. He puesto mis ojos en vos, Borchamps, para el cumplimiento de esta fechoría política. Cualquiera que eligiese dentro de mi país podría ser un aliado del príncipe y tendría entonces un traidor en lugar de un cómplice. Recuerdo las quejas legítimas que tuve que hacer respecto al ruso al que confié el asesinato de mi esposo: no quiero volver a encontrarme en el mismo caso. No es en absoluto preciso que sea un hombre del país el que se encargue de estos grandes designios; un resto de adhesión que cree deber a un príncipe de su nación, lo contiene y siempre se hace mal un crimen cuando los prejuicios lo retienen a uno. Con vos no tengo tales temores, aquí está el veneno del que quiero que os sirváis... He dicho, Borchamps; ¿aceptáis?

–Señora –le respondí a esta mujer, dotada realmente con un gran carácter– aunque no hubiese nacido gustándome el crimen, aunque el crimen no fuese el elemento de mi vida, me halagaría el que me proponéis, y la sola idea de arrancar del mundo a un príncipe bonachón, para conservar en él una tiranía de la que soy ferviente partidario, esta sola idea, señora, bastaría para hacerme aceptar, con alegría el proyecto del que me habláis: contad con mi obediencia.

–Esa profunda resignación te encadena a mí para siempre– me dice Catalina abrazándome con fuerza–. Mañana quiero embriagar tus sentidos con todas las delicias de la voluptuosidad; quiero que me veas sumida en el placer; yo mismo quiero verte así y en la embriaguez de las más excitantes lujurias será cuando recibas el veneno que debe cortar los días aborrecidos del despreciable individuo que tuve que traer al mundo.

La cita fue en la casa de campo donde yo había visto ya a la emperatriz. Me recibió en un cuarto mágico en el que un ambiente extremadamente cálido hacía que se abriesen también las flores de todas las estaciones, repartidas agradablemente en banquetas de caoba distribuidas alrededor de este delicioso gabinete. Unos canapés a la turca sobre los que se levantaban los espejos, invitaban con su blandura a los más voluptuosos goces. Más allá se veía un reducto más lúgubre; donde era posible ver cuatro bellos muchachos de veinte años sujetos con cadenas para las desenfrenadas pasiones de Catalina.

–Lo que allí ves –me dice la princesa– es el coronamiento de la lubricidad. Pronto comenzarán algunos placeres ordinarios que calentarán nuestros sentidos, lo que ves completará su delirio. ¿Te complacerían más víctimas de mi sexo?

–Casi me da igual –respondí–, compartiré vuestros placeres, y el asesinato, sobre cualquier individuo que se cometa, siempre inflama mis sentidos.

–¡Ah! Borchamps, no hay nada mejor que eso en el mundo: ¡es tan dulce contrariar a la naturaleza!

–¡Pero el asesinato no la contraría!

–Lo sé; pero constituye una infracción a las leyes y nada me excita tanto como esa idea.

–¿Quién puede estar por encima de las leyes sino aquellos que las hacen? ¿Ha gozado ya vuestra Majestad de esos cuatro hermosos hombres?

–¿Estarían encadenados si no?

–¿Conocen la suerte que les espera?

–Todavía no; se la diremos cuando nos estemos sirviendo de ellos; pronunciaré su sentencia, en el momento en que tu pito esté en mi culo.

–Me gustaría que los ejecutaseis entonces...

–¡Ah! ¡Malvado! ¡Te adoro! –me dice Catalina.

Y en ese mismo momento aparecieron los objetos de lujuria destinados a las orgías que íbamos a celebrar. Eran seis muchachas de quince a dieciséis años, de una belleza muy extraña, y seis hombres de cinco pies diez pulgadas, cuyos miembros apenas se podían empuñar.

–Sitúate enfrente de mí –me dice Catalina– y observa mis placeres sin mezclarte en ellos; mastúrbate si quieres pero no me molestes. Voy a gozar de la suprema delicia de ofrecerme a tus ojos tan puta como sea posible serlo; me complace ese cinismo; me gusta el escándalo; me vuelve loca.

Obedezco. Las jóvenes desvisten a su reina, a continuación la llenan de hermosas caricias. Tres le chupaban a la vez la boca, el coño y el culo; las otras tres relevaban en seguida a éstas; después volvían las tres primeras y este ejercicio se hacía con una increíble rapidez; se armaron de vergas y se acercaron a zurrar suavemente a Catalina, cada una sobre una parte diferente del cuerpo. Los hombres hacían un corro alrededor y de vez en cuando las muchachas se acercaban a besarles en la boca y a masturbar sus pitos. Cuando todo su cuerpo estuvo de color escarlata, la emperatriz hizo que se lo frotasen con aguardientes; después, sentándose sobre el rostro de una de sus muchachas, que recibió la orden de acariciarle el agujero del culo, recibió a una segunda de rodillas entre sus piernas, para que le chupara el clítoris; la tercera le chupeteaba la boca; la cuarta las tetas; y ella a su vez masturbaba a una con cada mano. Entonces los seis muchachos, agrupándose de la misma forma, pusieron la cabeza de sus pitos en todas las partes libres de las nalgas de las seis mujeres; jamás había visto nada tan voluptuoso como este grupo: a Catalina le costó su semen; la oí suspirar y blasfemar en lengua rusa, era su costumbre.

Después se ofrece otra escena. Ahora la emperatriz masturbaba a una joven; pero no le hurgaba sino en el culo; entretanto los hombres cosquilleaban en el suyo. Como esto no mantenía ocupados más que a dos sujetos, los otros diez hacían ante su vista lo mismo que ella hacía. Pronto cambió todo. Ella se mete un pito en el coño e inclinada sobre el que la jode de esta manera presenta su culo a otro, que la sodomiza con grandes embestidas; a derecha e izquierda menea un pito sobre las nalgas de dos jóvenes muchachas; se azota al que la da por culo y el resto compone grupos alrededor de ella: los seis hombres se pasaron por su coño y su culo. Después se convierte en la alcahueta de las muchachas; les pone a la vez pitos en las dos rutas del placer, chupa los instrumentos que salen de su orificio, se divierte manoseando el clítoris de las muchachas y besándolas en la boca entretanto; se tumba en el canapé y hace que todos los hombres pasen por su cuerpo; cada uno levantándole los muslos, debía enfilarse a la vez por delante y por detrás; entretanto, las jóvenes debían ponerse en cuclillas sobre su frente, besar al hombre que la fornicaba y mearle en el rostro: la zorra perdió mucho más semen todavía en esta escena. Después de esto me llamó. Yo estaba en un suplicio: los de Tántalo no igualaban a los míos y era lo que la puta deseaba.

–¿La tienes empalmada? –me dice irónicamente.

–Míralo, zorra –le respondí... y esta insolente respuesta le hizo sentir un gran placer.

–¡Y bien! –me dice volviéndose a dar la vuelta– Aquí está mi culo, está lleno de semen, ven a sumar el tuyo...

Y la impúdica chupó el culo de un hombre mientras yo la sodomizaba. Todos pasaron por ella; yo sobaba el trasero de las muchachas mientras fornicaba y mi espermalió, bien a mi pesar. Me prohibió que abandonase su culo, después ordenó a los hombres que me jodiesen para hacer que se me empalmara de nuevo; siguiendo sus órdenes, las muchachas me hacían besar sus nalgas o le presentaban a Catalina sus clítoris para que se los chupase; de esta forma, mi semen corrió tres veces seguidas.

—Ahora vayamos a las crueldades —me dice la princesa—; estoy rendida, necesito cosas fuertes. Entonces todos los hombres subieron a una muchacha sobre sus riñones, de forma que cada grupo presentase a la vez dos culos. Ella se armó con un látigo semejante a aquel del que se sirven los verdugos de Rusia para aplicar el knut^{*}; y la bribona zurró tan sumamente bien con su brazo real esos hermosos traseros que la sangre corrió por la habitación; yo la azotaba entretanto, pero simplemente con vergas de abedul y después de cada veinte golpes debía arrodillarme ante ella para lamerle el agujero del culo.

—Voy a martirizar a estos sujetos de otra forma —me dice—; una vez que haya gozado de ellos me gustaría hacerlos morir en los suplicios más espantosos...

Los hombres se apoderan de las muchachas; las sujetan alejándolas de sí mismos lo más posible y Catalina fustiga con furia a todas estas desgraciadas en la vagina; hizo que brotase sangre de ellas. A continuación las muchachas sujetaron a los hombres, a los que Catalina zurró con fuerza en el pito y los cojones.

—¿Qué necesidad tengo ahora de todo eso? —decía ella—. Ya no me excita, esos callos sólo son buenos ya para los gusanos; goza de todos esos individuos, Borchamps —me decía—, te los entrego y te observaré a mi vez.

Las muchachas hacen que los hombres vuelvan a empalmarla para mí y soy jodido de nuevo dos veces por cada uno; mi pito pasa por todos los culos, compongo diversos cuadros y Catalina se masturba observándome.

—Ya es suficiente —me dice—, pasemos a cosas más importantes.

Entraron las víctimas; pero cuál no sería mi sorpresa al ver que uno de los jóvenes se parecía tan exactamente al hijo de la emperatriz que por un momento creí que era él.

—Espero —me dice al ver mi sorpresa— que adivines mis propósitos.

—Poniéndome en tu lugar —respondí—, me doy cuenta de que va a ser sobre ese individuo sobre quien haremos la prueba del veneno destinado al ser al que se asemeja.

—Exactamente —me dice Catalina—; no voy a tener el placer de ver las angustias de mi hijo: las de este hombre me ofrecerán una imagen de aquéllas; me será fácil conseguir la ilusión de ello, te descargaré torrentes...

—¡Cabeza deliciosa! —exclamé— ¡Que no seas tú la reina del mundo y yo tu primer ministro!

—No hay duda de que haríamos mucho mal —me dice la emperatriz— y que las víctimas se multiplicarían bajo nuestros cuerpos...

Antes de emprender nada, Catalina se hizo joder por las cuatro víctimas mientras yo las enculaba y los otros doce sujetos o nos azotaban o nos masturbaban, formando cerca de nosotros los cuadros más obscenos.

—Los primeros seis hombres con los que acabamos de joder —me dice la emperatriz— son mis verdugos habituales; los verás en acción con esas cuatro víctimas: ¿hay entre

^{*} Este látigo es de vergajo; se le atan tres agujas de cuero para impulso. Cada golpe hace brotar la sangre: el uso de estos instrumentos sirve para aquellos a los que gusta, sea activa sea pasivamente, los placeres de la flagelación. Cuando se quiere hacerlos más crueles se les provee de tiras de cuero con puntas de acero; entonces sus azotes levantan la carne sin el menor esfuerzo; aplicados con un brazo fuerte, uno moriría antes de los cien golpes. Todos los rusos voluptuosos tienen estos látigos más o menos guarnecidos.

esas alguna mujer a la que condene tu lubricidad? La dejo en tus manos, señalala al momento; voy a despedir al resto para que podamos divertirnos tranquilamente con el suplicio de esos infortunados.

Como dos de esas criaturas me habían enardecido en gran manera, las condené a muerte, y no quedamos más que catorce: seis verdugos, otras tantas víctimas, la emperatriz y yo.

La primera víctima que apareció en escena fue la imagen viva del hijo de Catalina. Yo mismo le presenté el fatal brebaje cuyo efecto no se hizo sentir sino al cabo de media hora, durante la cual no cesamos, yo y otro, de gozar de este muchacho; por fin se declararon los dolores, fueron espantosos. El desgraciado expiró ante nuestras miradas diez minutos después de las primeras angustias, y Catalina estuvo haciéndose encular durante este espectáculo. A continuación hizo que le atasen su cuerpo a los otros hombres, uno tras otro; los besuqueaba, los masturbaba, mientras los verdugos, entre los que me había incluido, despedazaban a esos bufones sobre su propio cuerpo; no hubo tormentos que no les hiciésemos sufrir. Por mi parte pedí permiso para ejecutar yo solo a las dos muchachas y sus suplicios no fueron a la zaga, por su rigor, de los que habían sufridos los hombres; incluso me atrevo a asegurarnos que superé en refinamiento a los horrores que había ordenado la emperatriz. Tapicé el coño de una de ellas con alfileres muy pequeños y después la forniqué; como cada sacudida de mi pito clavaba estos alfileres hasta la cabeza, la desgraciada daba alaridos y Catalina convino en que ella jamás había inventado nada tan delicioso.

Los cadáveres desaparecieron y comí a solas con Catalina; estábamos los dos desnudos. Se inflamó mucho conmigo, colmó de elogios a mi firmeza y me prometió el puesto más brillante de su Corte una vez que hubiese hecho morir a su hijo. Me entregó el veneno y prometí actuar al día siguiente. Jodí todavía dos veces a Catalina en el culo y nos separamos.

Desde hacía mucho tiempo yo frecuentaba íntimamente al joven príncipe; Catalina había preparado estas relaciones a propósito; incluso había deseado que me masturbase con el joven, con el fin de excitar su lujuria a partir de los detalles que le daba sobre la persona de este niño proscrito por su rabia. Todo esto había ocurrido; Catalina, oculta, nos había visto incluso encularnos un día. Esta relación favoreció los medios necesarios para la ejecución del proyecto. Siguiendo su costumbre, vino una mañana a desayunar a mi casa sin ningún ceremonial y entonces fue cuando tuvo lugar el golpe. Pero como desde hacía tiempo era el blanco de tentativas semejantes por parte de su madre, este joven jamás comía fuera de casa sin ingerir un contra-veneno, tan pronto como sentía el más ligero dolor de estómago. Así que nuestra perfidia no tuvo ningún resultado; y la injusta Catalina, sospechando al momento de mi valentía, me colmó de insultos y me hizo detener a la salida de su palacio. Ustedes saben que Siberia es la suerte de todos los prisioneros de Estado de esta cruel mujer; mis bienes fueron confiscados, capturados mis efectos, fui conducido a ese lugar de horrores y condenado, como los otros, a entregar al comandante doce pieles de animales por mes, fustigado hasta sangrar si fallaba. Tal fue la funesta escuela donde hice de ese suplicio una necesidad que ha llegado a ser tan imperiosa para mí, es absolutamente preciso para mi salud que me azoten todos los días*.

* Está tan arraigada esta costumbre que los que están sujetos a ella no pueden pasarse sin ésta; y quizás no lo harían sin peligro; cuando llega la época en que tienen la costumbre de renovar la ceremonia, experimentan un cosquilleo tan violento que no pueden apaciguarlo más que a latigazos. Ved la *Historia de los flagelantes* por el abad Boileau; la excelente traducción de Meibomius, por Mercier de Compiègne.

Al llegar me dieron una choza cuyo propietario acababa de morir tras quince años de destierro. Tenía tres habitaciones con enrejados en la pared para introducir la luz; estaba construida con abeto, entarimada con huesos de pescado que hacía al suelo tan reluciente como el marfil; encima había un bosquecillo de árboles bastante pintorescos; y para ponerse al resguardo de las bestias salvajes se había cavado una fosa vallada con gruesos postes y trozos de madera a través; esta barricada estaba armada con puntas que constituían una especie de lanzas y, cuando se cerraban las puertas, uno estaba tan seguro como en una plaza fuerte. Encontré la provisión del difunto consistente en galletas, reno salado y algunas botellas de aguamiel. Tal era el triste reducto donde, de regreso de la caza, lloraba la injusticia de los príncipes y la ferocidad de la fortuna. Pasé cerca de diez años en este cruel retiro no teniendo más amigos que algunos infortunados como yo.

Uno de ellos, de nacionalidad húngara, hombre sin costumbres y sin principios, al que llamaban Tergowitz, me pareció el único con el que podía simpatizar mi carácter. Al menos éste razonaba el crimen; los otros lo cometían como la fiera cuya terrible residencia compartían. Tergowitz era el único que en lugar de intentar aplacar a Dios, causa aparente de sus desgracias, no hacía más que insultarlo... blasfemar todos los días. Aunque hubiese cometido todos los crímenes, el remordimiento no se acercaba a su alma de hierro y su único pesar, en el estado en que nos encontrábamos, consistía en tener que apagar sus inclinaciones a pesar suyo. Tergowitz frisaba, como yo, los seis lustros; su rostro era agradable, y la primera consecuencia de nuestra confianza fue encularnos los dos.

—No es —me dice el húngaro tan pronto como acabamos— la ausencia o la necesidad de mujeres lo que me lleva a lo que acabo de hacer, sino sólo el gusto. Idolatro a los hombres y aborrezco a las mujeres: aunque hubiese un millón de ellas aquí no tocaría ni a una sola.

—¿Hay algún otro individuo en esta miserable región —pregunté a mi camarada— al que podamos asociar a nuestros placeres sodomitas?

—Sí —me dice Tergowitz—: no lejos de aquí habita un polaco llamado Voldomir; de cincuenta y seis años, uno de los hombres más guapos que se pueda ver... uno de los más sodomitas; hace dieciocho años que está en estos desiertos; me ama con pasión y estoy seguro de que se pondrá muy contento al conocerte. Reunámonos, Borchamps, y salvémonos los tres de estas indignas regiones.

Ese mismo día fuimos a buscar al polaco. Habitaba a cincuenta verstas de nosotros* : cuando se vive en Siberia, a esta distancia se es vecino. Voldomir, exiliado por horribles crímenes en Rusia, me pareció efectivamente un hombre muy guapo, pero de una asombrosa ferocidad; tenía un pronto muy duro y la misantropía parecía impregnar todos sus rasgos. Tan sólo después de que Tergowitz le pusiese en antecedentes sobre mi persona me miró con otros ojos. En cuanto comimos los tres nos llevamos maquinalmente la mano a la bragueta. Voldomir tenía un pito soberbio, pero el culo más duro que yo había visto en mi vida.

—Jamás entrega pieles —me dice Tergowitz— para así ser fustigado todos los días.

—Es muy cierto —respondió el polaco— que no conozco mayor placer en el mundo que ése, y si queréis batiros con él os entrego mis nalgas.

Armados con vergas, Tergowitz y yo pasamos una hora entera flagelándolo sin que hiciese el más mínimo gesto de sentirlo. Electrizado por la ceremonia el disoluto

* Las cincuenta verstas equivalen más o menos a quince leguas en Francia.

agarra por fin mis nalgas y empujando su enorme pito sin mojarlo, fui jodido en un momento; Tergowitz lo enculaba entretanto; y a pesar del excesivo rigor del tiempo, como había mucho humo en la choza, nos enculamos en la nieve. El prodigioso instrumento me produjo muchos dolores y el zorro vio como los sentía sin ninguna piedad. Al salir de mi culo, enfiló el de Tergowitz y nos limó a los dos de esta forma durante cerca de dos horas sin descargar; yo lo enculaba mientras él jodía a mi camarada y, menos hastiado que él, le descargué en el trasero.

–Desgraciadamente –nos dice el polaco cuando se retiró, sin lograrlo– me veo obligado a privarme de estos placeres o a gozarlos solo, porque me es imposible entregarme a ellos sin verter chorros de sangre. A falta de poder matar hombres, degüello animales y me rocío con su sangre; pero cuando las pasiones son un poco vivas esos remedios para salir del paso son muy crueles...

–¡Ah! –dice Tergowitz confesando nuestros gustos a nuestro nuevo compañero–, creo que bien podemos convenir con él en que no siempre nos hemos limitado a esto...

–¡Y dónde diablos –digo a mis amigos– podéis encontrar víctimas?

–Entre nuestros compañeros.

–¿Sin ninguna piedad por la semejanza de vuestra suerte con la de ellos?

–¿A qué llamas tú piedad? –me dice el polaco– ¿Ese sentimiento que enfría los deseos puede ser admitido en un corazón de piedra? ¿Y puede detenerme, cuando un crimen me deleita, la piedad, el más soso, el más estúpido, el más fútil de todos los impulsos del alma? Debes saber que jamás la conoció la mía, y que desprecio soberanamente al hombre lo bastante imbécil como para concebirla por un solo instante. La necesidad de verter sangre, la más imperiosa de todas las necesidades, no conoce ningún tipo de trabas; aquí donde me ves he matado a mi padre, a mi madre, a mi mujer, a mis hijos, y jamás he conocido lo que era el remordimiento. Con un poco de valor y ningún prejuicio el hombre hace lo que quiere de su corazón y su conciencia. La costumbre nos habitúa a todo, y nada es tan fácil como adoptar la que nos complace: no se trata más que de vencer los primeros impulsos de repugnancia, es cuestión del temperamento. Pito en mano alimentaos por algún tiempo con la idea que os aterra; acabaréis por desealarla: este es el método que he seguido para familiarizarme con todos los crímenes, los deseaba pero me asustaban; me he masturbado con ellos y he acabado sumiéndome en ellos a sangre fría. La falsa idea que concebimos con respecto a los otros es lo que siempre nos detiene en materia de crímenes; desde nuestra infancia se nos acostumbra ridículamente a que nosotros no contamos para nada y que los otros lo son todo. Desde ese momento, toda lesión a ese respetable prójimo nos parece un gran mal y sin embargo esa lesión está en la naturaleza, cuyas leyes jamás cumplimos mejor que cuando nos preferimos a nosotros mismos y atormentamos a los demás para deleitarnos. Si es cierto que nos parecemos a todas las producciones de la naturaleza, si no valemos más que ellas, ¿por qué persistir en creernos movidos por leyes diferentes? ¿Conocen las plantas y los animales la piedad, los deberes sociales, el amor al prójimo?, ¿y vemos nosotros en la naturaleza otra ley suprema distinta a la del egoísmo? La gran desgracia de todo esto reside en que las leyes humanas son simplemente fruto de la ignorancia o del prejuicio; el que las hizo no consultó sino a su estupidez, su estrechez de miras y sus intereses. El legislador de una nación jamás tendría que haber nacido en ella; con ese vicio el legislador transmitirá a sus compatriotas como únicas leyes las puerilidades que ha encontrado establecidas entre ellos; y sus instituciones jamás tendrán el carácter de grandeza que

debería tener: ahora bien, ¿qué respeto queréis que tenga un hombre por leyes que contrarían todo lo que la naturaleza graba en él?

–Abrázame, amigo mío –le digo a este hombre encantador arrastrado por el entusiasmo que me producía la semejanza de sus sentimientos con los míos–; todo lo que acabas de sentar está en mi cabeza desde hace mucho tiempo y al mismo tiempo te ofrezco un alma al menos tan acorazada como la tuya...

–En absoluto estoy tan avanzado como vosotros –nos dice el húngaro–: nunca he asesinado sino a mi hermana, mi sobrina y a algunos compañeros aquí, con Voldomir; pero los dedos me cosquillean y desearía de todo corazón que todos los días de mi vida se me presentase la ocasión de un crimen.

–Amigos míos –les digo a mis dos compañeros–, gente que se parece tanto entre sí no debe separarse jamás, y cuando tienen la desgracia de estar prisioneros juntos, deben unir sus fuerzas para romper las cadenas con que los aplasta la injusticia de los hombres.

–Me comprometo con el más sagrado juramento a hacer lo que dice nuestro compañero –exclamó Voldomir.

–Y yo también –dice Tergowitz.

–¡Y bien! –proseguí–; pongámonos ahora mismo en marcha hacia las fronteras de este indigno clima; tratemos de franquearlas a pesar de las bayonetas con que están erizadas; y que una vez libres, la vida y la fortuna de los otros compensen ampliamente las pérdidas que nos ha ocasionado la pérfida crueldad de la puta que aquí nos encadena.

Unas cuantas botellas de aguardiente sellaron el juramento. Íbamos a enclarnos de nuevo los tres, para sellarlo con nuestro semen, cuando un joven de quince años vino a rogar a Voldomir que le enviase algunas pieles a su padre, si las tenía, y que le serían devueltas en pocos días.

–¿Quién es este niño? –les digo a mis camaradas.

–El hijo de un gran señor de Rusia –respondió Voldomir– exiliado como nosotros por haber disgustado a Catalina; vive a cien verstas de aquí... (Después, hablándome al oído). Ya que nos marchamos –me dice– y que estaremos lejos antes de que su padre se entere, vamos a divertirnos con él, si quieres...

–Sí, pardiez –respondí atrayendo ya bruscamente al joven hacia mí y bajando sus pantalones hasta las rodillas–; tenemos que joderlo y comerlo después; esta carne será mejor que la de las martas y garduñas que constituyen diariamente nuestro pingüe alimento.

Soy el primero en encular mientras mis compañeros sujetan al niño; sigue Tergowitz; Voldomir, a causa del grosor de su pito, tiene que ser el tercero. Empezamos de nuevo; y cuando estamos hartos del bardaje, lo ponemos vivo en el asador y nos lo comemos con delicia.

–¡Qué equivocación despreciar esta carne! –dice el polaco–. ¡No hay otra más delicada y mejor en el mundo, y los salvajes tienen razón al preferirla a cualquier otra!

–Este es uno más de vuestros absurdos europeos –dice Voldomir–: tras haber erigido el asesinato en crimen, os habéis guardado bien de permitir el uso de esta carne; y por un orgullo intolerable, os habéis imaginado que no había ningún mal en matar a un cerdo para comerlo, mientras que el mayor crimen consistiría en realizar la misma operación con un hombre. Estos son los siniestros efectos de esa civilización que aborrezco y me hace considerar a mis semejantes como una clase de locos de especie despreciable.

Acabada la excelente comida, nos acostamos los tres en la casa del polaco y al despuntar el día, armados hasta los dientes, partimos con la firme resolución de no ejercer ningún otro género de vida que el de bandoleros y asesinos, de no ofrendar más que al egoísmo y a nuestros más queridos intereses.

Inciertos sobre la ruta que tomaríamos, nuestro primer proyecto fue ganar las fronteras de China, a fin de evitar las otras provincias limítrofes bajo el dominio de la emperatriz, a cuyas puertas estábamos casi seguros de ser detenidos. Pero, aterrorizados por la longitud de esta ruta, ganamos a través de los desiertos la ribera del mar Caspio y nos encontramos en Astrakán al cabo de algunos meses, sin que hubiese habido el menor obstáculo en nuestra evasión.

Desde allí, ganamos Tiflis, matando, saqueando, fornicando, robando todo lo que encontrábamos a nuestro paso, y llegamos a esta ciudad cubiertos de sangre y de rapiñas. Sin embargo, desde hacía mucho tiempo deseábamos lugares civilizados y tranquilos donde pudiésemos satisfacer deseos menos tumultuosos de una forma más lujuriosa, más agradable y más cómoda al mismo tiempo. El libertinaje, la belleza de los habitantes de Georgia parecían prometernos a este respecto todo lo que podíamos desear.

Tiflis está situada en la parte baja de una montaña, al borde del río Kur, que atraviesa Georgia; encierra hermosos palacios. Como en el camino habíamos desvalijado a suficientes viajeros como para poseer cada uno más o menos dos o tres mil rublos, nos alojamos al principio con bastante magnificencia. Compramos hermosas muchachas para que nos sirviesen; pero el polaco, que ni siquiera soportaba la cercanía de este sexo, tomó un soberbio georgiano, acompañado de dos jóvenes esclavos griegos y nos solzamos un poco de los rigores de la larga y fastidiosa marcha que acabábamos de hacer. El principal comercio de Tiflis es el de las mujeres: son vendidas públicamente para los serrallos de Asia y Constantinopla, como los bueyes en el mercado; todo el mundo tiene derecho a ir a examinarlas y manosearlas en los almacenes, donde son expuestas casi desde que salen de la lactancia hasta la edad de quince o dieciséis años. No hay nada tan hermoso en el mundo como las criaturas de ese país; nada tan elegante como sus formas, nada tan agradable como sus facciones: es difícil ver un conjunto más completo de gracias y bellezas. Pero si no es posible verlas sin desearlas, es raro desearlas y no tenerlas: no hay un país en el mundo donde el puterío sea tan pronunciado.

Los georgianos viven en total dependencia. La tiranía que sus nobles ejercen sobre ellos no es suave; y como éstos son muy libertinos, os imaginaréis fácilmente que su despotismo raya con la lujuria: vejan a sus esclavos, los azotan, golpean, y todo esto con el espíritu de la cruel lubricidad cuyos efectos sabéis que llevan a todo tipo de crímenes. Pero, ¡qué contradicción!, esta nobleza que trata a sus vasallos como esclavos, lo es a su vez del príncipe para obtener empleos o dinero; y para lograrlo mejor, le prostituye, desde la más tierna edad, a sus hijos de uno y otro sexo.

Tergowitz, naturalmente astuto y seductor, pronto encontró el secreto de introducirse y de alojarnos con él en la casa de uno de los más grandes señores de este país, que poseía, junto a grandes riquezas, tres hijas y tres hijos de una belleza exquisita. Como este señor había viajado, Tergowitz le convenció de haberlo visto en Rusia, en Suecia y en Dinamarca y el buen gentilhomme se lo creyó todo. Hacía mucho tiempo que no habíamos recibido tantas amabilidades y mucho más tiempo todavía sin duda que ningún benefactor se había visto recompensado como nosotros resarcimos a éste. Comenzamos seduciendo a la vez a todos sus hijos: en quince días

muchachos y muchachas habían sido jodidos de todas las maneras. Cuando Voldomir nos preguntó cómo pensábamos acabar con la casa de este buen hombre, ya que no había ya nada que fornicar..., respondí:

–Robándole. Apuesto a que su oro vale el coño y el culo de sus hijos.

–¿Y cuándo será robado? –dice Tergowitz.

–¡Y bien! –respondí–, mataremos. No hay muchos criados; somos suficientemente fuertes como para divertirnos con todo eso, y ya siento mi pito coleando con la idea del asesinato de esos hermosos niños.

–¡Pero la hospitalidad, amigos míos! –dice Voldomir.

–Esa virtud –respondí– consiste en la obligación de hacer bien a aquellos de quienes hemos recibido bondades. ¿No nos ha dicho cien veces ese animal que en su calidad de buen cristiano*, estaba seguro de ir derecho al paraíso? Admitida esta hipótesis, ¿no será mil veces más feliz allí que en la tierra?

–Por supuesto.

–¡Entonces hay que darle ese placer! –exclamé.

–Sí –dice Voldomir–; pero no consiento en todas esas muertes más que con la condición de que sean espantosas. Hace mucho tiempo que robamos y matamos sólo por necesidad: aquí tenemos que hacerlo por maldad, por gusto; es preciso que el mundo tiemble al saber el crimen que hemos cometido... es preciso obligar a los hombres a enrojecer por ser de la misma especie que nosotros. Además exijo que sea erigido un monumento que recuerde este crimen al universo y que nuestros nombres sean impresos sobre el monumento con nuestras mismas manos.

–¡Y bien!, habla; nosotros estamos de acuerdo con todo; ¿qué exiges tú, criminal?

–Es preciso que él mismo ase a sus hijos y los coma con nosotros; que nosotros lo enculemos entretanto; a continuación coserle los restos de la comida alrededor de su cuerpo y recluirlo en su bodega donde lo dejaremos morir hasta que él quiera.

El complot es aceptado por unanimidad; pero, desgraciadamente, nuestro proyecto, discutido sin ninguna precaución, fue oído por la más joven de las hijas del patrón, sometida ya a nuestros deseos, y tan prodigiosamente maltratada que cojeaba a causa de ello. Voldomir le había horadado el ano con su enorme pito y desde hacía algunos días sólo lográbamos calmarla a fuerza de pequeños presentes. Demasiado asustada por lo que acababa de oír, no hubo medio de contenerla y la zorra fue a revelar todo. Tan pronto como el padre estuvo informado, su primer cuidado fue montar en su casa una guarnición, a la que las autoridades de esta ciudad ordenaron que nos vigilase. Pero el dios que protege el crimen siempre le somete a la virtud: hace mucho tiempo que está demostrado.

Los cuatro soldados que el gentilhombre llevaba con él y que debía dejar en su casa sin decirnos el motivo, los reconocimos en seguida como compañeros de Siberia escapados como nosotros de las cadenas de Catalina, quienes, como comprenderéis, preferían nuestra causa a la del cristiano de Georgia; y pronto no fueron sino cuatro enemigos más que el pobre metía en su casa. La propuesta de repartir el botín y de gozar de los seis hijos, recreó de tal forma al refuerzo que pronto nos pusimos manos a la obra. Atamos al pobre señor a un pilar de su salón y allí lo regalamos primero con quinientos latigazos bien aplicados sobre todas las partes de su trasero, después con el placer de ver a sus seis hijos fornicados delante de él. En cuanto lo fueron, los atamos alrededor de él, y fustigamos los seis culos hasta que la sangre inundó el cuarto;

* En Tiflis hay más que musulmanes; son los que tienen mayor número de iglesias.

después los hicimos tumbarse en el suelo de espaldas y, levantando sus piernas, las desollamos a latigazos sobre todo las partes anteriores. A continuación quisimos obligar al padre a que gozase de todos sus hijos; pero como, a pesar de nuestro esfuerzo, le fue imposible empalmarse, lo castramos y forzamos a su progenie a que tragase su pito y sus cojones; después cortamos las tetas de sus hijas y lo obligamos a que tragase a su vez las carnes que él mismo había creado y que todavía estaban palpitantes.

Íbamos a proseguir cuando desgraciadamente la discordia vino a sacudir su llama sobre nosotros. Entre los cuatro soldados había un joven ruso hermoso como el día y que hacía que a Voldomir se le pusiese casi tan tiesa como a mí. Yo no abandonaba el trasero del joven soldado, cuya posesión me había disputado mi compañero tres veces seguidas. Estaba por fin en su culo cuando veo a Voldomir acercarse a mí puñal en mano; en ese mismo instante me apodero de mi daga y sin dejar el culo del soldado en el que iba a lanzarse mi semen, alcanzo al Voldomir en el costado izquierdo y lo hago caer entre chorros de sangre.

–¡Joder! –dice Tergowitz, que sodomizaba a otro soldado– Eso es lo que se llama una acción con energía. No hace falta confesarlo, Borchamps, en absoluto me siento indignado de que nos hayas deshecho de ese tiparraco: puedes estar seguro de que su despotismo pronto nos hubiese sacrificado a nosotros mismos...

Acabo mi golpe, descargo: jamás me paró el semen un asesinato, al contrario. Después, encendiendo mi pipa:

–Vaya, amigo mío –le digo a Tergowitz–, jamás habría tratado a nuestro compañero de esa forma si no hubiese visto desde hace mucho tiempo en él todos los vicios destructores de una sociedad como la nuestra. Ahora jurémonos una fidelidad eterna los dos, y podremos pasarnos sin él perfectamente.

Terminamos nuestra operación. Todo lo que habíamos proyectado se ejecutó. Las riquezas que nos llevamos fueron considerables; los soldados, bien pagados, se marcharon contentos; pero yo no quise separarme del mío: Carle-Son consintió en seguirme. Dos mulas cargaron con nuestro equipaje; tres buenos caballos con nosotros y así ganamos Constantinopla costeano el mar Negro.

Sin embargo, Carle-Son está con nosotros en calidad de criado; cualquiera que fuese mi amor por él, me daba cuenta de que una docena de descargas en su hermoso culo apaciguarían esta pasión y no quise armar quizás a un rival peligroso elevándolo hasta nosotros.

Algunos viajeros desvalijados, algunas violaciones, algunos asesinatos, actuaciones todas muy fáciles en un país donde no hay ni justicia ni seguridad, es más o menos a lo que se limitaron nuestras aventuras en esta travesía y llegamos a la capital del Gran Señor con tanta facilidad como si no hubiésemos merecido cien veces subir al patíbulo.

Los extranjeros no se alojan nunca en Constantinopla: se establecen en el barrio de Pera. Nosotros fuimos allí con la sola intención de no tomar más que unos días de descanso, con el propósito de seguir a continuación un oficio que nos procuraba con éxito a Tergowitz y a mí unos doscientos mil francos por cabeza.

No obstante, de común acuerdo con mi compañero, escribí a mi hermana para que me pasase fondos y cartas de recomendación para Constantinopla e Italia, a donde pensábamos pasar al dejar los Estados del Gran Señor, y al cabo de dos meses recibí todo lo que podía desear sobre uno y otro objeto. Habiéndome introducido a partir de ese momento en casa del banquero al que me había dirigido en Constantinopla, me

convertí en seguida en el admirador de una joven de dieciséis años, a la que este banquero quería y educaba como si fuese hija suya, aunque no lo era más que adoptiva. Philogone era rubia, con un aire de candor e ingenuidad, con los ojos más hermosos posibles, y en una palabra el conjunto más seductor y agradable. Pero aquí sucedió algo muy extraordinario. Por uno de esos caprichos extravagantes, y que sólo pueden ser captados por verdaderos libertinos, por muy amable que fuese Philogone, aunque me inspirase violentos sentimientos, no me sentí realmente emocionado viéndola más que cuando tuve el deseo de que Tergowitz la jodiese; sólo con eso se me ponía tiesa; sólo esta idea me masturbaba. Había llevado al húngaro a la casa de Calni, protector de Philogone, y al momento le había puesto en conocimiento de un deseo que parecía complacerle infinitamente.

–Me voy a esforzar sólo por ti –le digo–. ¡Oh amigo mío!

–Me parece –respondió Tergowitz– que deberíamos elevar un poco más nuestras miras. Se dice que ese banquero es uno de los más ricos de Constantinopla; ¿no podríamos robar al patrón mientras trabajamos a la protegida? Me parece que sus tesoros harían que viajásemos hasta Italia mucho más cómodamente.

–Ese proyecto –le digo a mi amigo– no tiene una fácil ejecución; aquí no somos los más fuertes, y no veo la trampa que pueda llevarnos a donde dices. En este caso, empecemos sembrando cien mil escudos para recoger al menos dos millones: ¿estás en desacuerdo conmigo?

–No.

–¡Pues bien!: déjame hacer a mí.

Empecé por alquilar una casa de campo soberbia, pero aislada y lo más lejos posible de la ciudad; en cuanto estuvo provista de un numeroso servicio y un magnífico mobiliario, di fiestas suntuosas en las que podéis imaginar que no olvidé a Philogone y a Calni. Tergowitz pasaba por hermano mío; favorecía sus gestiones y las apoyaba con proyectos de alianza que dejaba entrever; empezaban a escucharme sin trabajo. Sólo una cosa contrariaba mis deseos: ¿a esa desgraciada muchacha, contra la que internamente maquinaba los mayores horrores, no se le ocurría amarme? En cuanto le hablé de mi hermano:

–Un proyecto como ese me halaga evidentemente, señor –me dice–, pero dado que mi protector me ha dejado libre para elegir, me atrevo a aseguráros con franqueza que hubiese preferido que vuestras propuestas se refiriesen sólo a vos.

–Hermosa Philogone –respondí–, esa confesión halaga infinitamente mi amor propio; pero debo responderos con igual candor. Numerosas inclinaciones, de las que no soy dueño, me alejan totalmente de las mujeres; y como al convertiros en la mía tendríais que imitar obligatoriamente el sexo que prefiero, no os haría tan feliz como merecéis serlo.

Al ver que Philogone no me entendía, utilicé el libertinaje para explicarle que el altar en que las mujeres sacrificaban al amor no era de ningún modo el que yo festejaba; y esa demostración exigió detalles que me valieron el examen y el toqueteo completo de los encantos de esta bella muchacha, enteramente entregada a mí con el candor y la inocencia de su edad. ¡Dios! ¡Cuántos atractivos! ¡Qué frescura! ¡Cuántas gracias! ¡Y sobre todo, qué culo tan delicioso! Cuando entreabriendo el orificio, para seguir mi demostración, me vi obligado a decirle a Philogone que ese era el templo al que yo ofrecía mi homenaje:

–¡Qué me importa! –me respondió esta encantadora criatura–; ¡oh!, Borchamps, ignoro todo eso; ¿pero no sería vuestro mi cuerpo, cuando ya tenéis mi corazón?

—¡Y!, no, no, sirena —le digo, manoseando su hermoso trasero—, no, por mucho que hiciésetis... por mucho que me adorases, no me conmové por tu suerte; son otros placeres muy distintos a los de la delicadeza los que me hacen excitarme contigo; y el amor no tiene más acceso a mi corazón que las otras virtudes del hombre. (Después, remangando sus faldas): No, Philogone, no —le digo—, no puedo desposaros; mi hermano es el indicado para hacer vuestra dicha, y la hará.

De esta forma transcurrió un año, durante el que se consolidó la confianza. Pero no por ello perdía mi tiempo: las judías más hermosas, las griegas más bonitas, y los muchachos más guapos de Constantinopla pasaron por mis manos y, para resarcirme de la larga abstinencia a la que me había visto forzado, vi a más de tres mil individuos de uno y otro sexo durante ese año. Por mil cequíes, un judío que acostumbraba a vender joyas a las sultanas de Achmet, me introdujo con él en el serrallo; y con peligro de mi vida tuve el voluptuoso goce de seis de las más bellas mujeres. Todas tenían el hábito de la sodomía y fueron ellas las que me propusieron una vía que las preservaba de embarazos. El emperador, que las mezcla siempre con sus *icoglans*, raramente las veía de otra forma; por esto usan una especie de esencia que vuelve a esta parte tan estrecha que no pueden ser enculadas sin que las desgarran. Mis deseos llegaron más lejos, deseé vivamente joder a esos famosos *icoglans*, en cuyo culo olvida tan fácilmente el Gran Señor a las mujeres; pero los que él destina a esta están mucho mejor encerrados que las sultanas; es imposible llegar hasta ellos. Me aseguraron que me perdía una gran cosa y que no hay nada más bonito en el mundo. Achmet los tenía de doce años que sobrepasaban en belleza a lo más delicioso que se pudiese encontrar en el mundo. Me informé acerca de sus gustos.

—Esta es su pasión favorita —me dice una de sus mujeres—: doce sultanas, atadas muy juntas unas a otras y no ofreciendo más que sus nalgas, forman un círculo en medio del cual se pone él con cuatro *icoglans*. A una señal suya, es preciso que estas mujeres, so pena de muerte, caguen todas a la vez en vasos de porcelana, colocados con este fin bajo ellas: no hay piedad para la delincuente. No transcurre una luna sin que perezcan siete u ocho por ese crimen; y él mismo las ejecuta en secreto sin que se sepa de qué forma las hace perecer. En cuanto han cagado, un *icoglan* recoge los vasos y se los presenta a su Alteza, que los huele, frota su pito en ellos y se embadurna; una vez hecho el recorrido, un *icoglan* lo encula mientras otro le chupa el pito; el tercero y el cuarto le entregan sus pitos para que se los menee. Al cabo de un momento, siempre en medio del círculo, los cuatro putos le cagan uno tras otro en la boca, y él traga. Entonces se rompe el círculo; todas las mujeres se acercan a chuparle la lengua; entretanto él las pellizca el pecho o las nalgas; a medida que las mujeres se van separando de él, se colocan en fila sobre un largo canapé; en cuanto están todas así, los *icoglans*, armados con vergas, azotan cada uno a tres; una vez que están sangrando, él recorre sus cuerpos, chupa las marcas y lame el agujero de sus culos todavía impregnados de mierda. Hecho esto, vuelve a los bardajes y los encula uno tras otro; pero con esto no hace sino ponerse en situación. Una vez que ha hecho esto, las mujeres cogen a los muchachos y se los ofrecen; él los azota uno tras otro, y durante este tiempo, los que no están ocupados en nada se colocan alrededor de él para adoptar, con una habilidad increíble y sin que él diga una sola palabra, las posturas más obscenas y variadas. Cuando los cuatro niños han sido azotados, los encula; pero en el momento en que está a punto de descargar, se retira lleno de furia, se lanza sobre una de las mujeres que, para entonces, lo rodean en silencio y con el rostro vuelto hacia él; agarra a una y le da una somanta de palos hasta que se cae desvanecida;

vuelve a joder a un segundo bardaje, al que abandona para realizar la misma operación anterior; igual ceremonia con las otras dos; y vapuleando a la última mujer, que casi siempre está ya reventada, es cuando lanza su semen de un modo natural y sin que haya que tocarlo siquiera. Las cuatro mujeres vapuleadas lo son hasta el punto de no volver en sí con frecuencia y, si no mueren, están por lo menos varios meses en cama. En general las golpea con toda su fuerza en el seno y la cabeza, y serían estranguladas al momento si opusiesen la menor resistencia.

–Extraordinaria pasión, sin duda –le digo a la sultana que me contaba esto–, y que me gustaría adoptar si fuese tan rico como vuestro amo.

–También algunas veces el emperador las ve a solas y entonces las encula; pero ese gran favor sólo les es concedido a las extremadamente bonitas y que no pasan de los ocho años.

Mis proyectos sobre la bella Philogone estaban por fin a punto de cumplirse; mediante algunos cequíes hice incendiar la casa de su protector. Podéis imaginar que en tal circunstancia el primer cuidado de Calni fue retirarse a mi casa de campo con Philogone, acompañado de sus riquezas y algunos criados de confianza: este último aspecto me inquietaba, lo queríamos solo con su protegida. Pronto hallé el medio de persuadirle de que era esencial volver a enviar a los restos de la casa todos estos lacayos, que con toda seguridad serían más útiles allí que en mi casa, donde no dejaría que les faltase nada. Calni, desesperado corno estaba, hizo lo que yo quise. Las cajas ya estaban en nuestra casa e incluso iba a hacerse el trabajo del banco, cuando nos dimos cuenta de que no había un minuto que perder.

–Patrón –le digo, entrando una mañana en su cuarto, pistola en mano, mientras Tergowitz acechaba por la casa y mi amigo Carle-Son retenía a Philogone y al único criado que había conservado–, querido y fiel patrón, te has equivocado de cabo a rabo si has creído que te daba hospitalidad por nada; despídete de este mundo, amigo mío; hace ya mucho tiempo que gozas de tus riquezas, es justo que pasen a otros...

Y descerrajándole un tiro cuando pronunciaba estas últimas palabras, envié al banquero a pagar cuentas vencidas en el infierno. Por su parte, Carle-Son arrojaba por la ventana al criado que había matado, y ambos nos unimos a la señorita que lanzaba los gritos más conmovedores del mundo. Llamando entonces a Tergowitz:

–Amigo mío –le digo–, ha llegado la hora: recuerda el precio que he puesto a esta escena, y en un minuto jódete a esa bonita muchacha ante mis ojos mientras yo te enculo y Carle-Son hace otro tanto conmigo.

Tergowitz, que no pedía otra cosa, desnudó en seguida a la doncella; y el más hermoso cuerpo del mundo se halla en nuestras manos. ¡Dios! ¡Qué nalgas! Lo repito: jamás había visto unas más hermosas y mejor moldeadas: no pude impedirme rendirles culto. Pero cuando uno está loco por un cierto tipo de libertinaje, ni el mismo diablo lo bajaría de él; yo no deseaba a Philogone, sólo me tentaba el culo del que la jodía. Tergowitz encoña, yo enculo a Tergowitz, Carle-Son me fornicar y al cabo de bastante tiempo, sin poder ya más, descargamos los tres al mismo tiempo.

–¡Dale la vuelta, santo Dios! –le digo a mi amigo– ¿Acaso no ves que tiene el culo más hermoso del mundo? Carle-Son la encoñará y yo os fornicaré a los dos.

El acto se consuma a pesar de los gritos y las lágrimas de la bella huérfana; y en menos de dos horas no hay templo a Cíteres cuyo camino no le hubiésemos enseñado. Mis amigos estaban extasiados, principalmente Tergowitz; yo era el único que no estaba tentado por esta hermosa muchacha, o si me inspiraba algún deseo eran tan feroces y disolutos que si me hubiese satisfecho con ella habría privado a mis

camaradas de su presencia; me parecía que no podían existir suficientes suplicios para ella, y todos los que mi imaginación me sugería me parecían excesivamente suaves y mediocres. Era tal mi furor que hasta se leía en mis ojos; ya no podía mirar a esta criatura más que con despecho o con rabia. ¿Quién diablos me inspiraba tales sentimientos? Lo ignoro; pero los pinto como los sentía.

–Vayámonos –les digo a mis amigos–; no se trata de ocuparse únicamente de los placeres; cuando se es prudente hay que pensar también en la seguridad. Una falúa, cargada con nuestras riquezas, nos espera en el puerto, la he fletado hasta Nápoles, tras las distracciones a que acabamos de entregarnos creo muy prudente cambiar de clima... ¿Y qué haremos con esta muchacha? –le digo a Tergowitz.

–Nos la llevamos, espero –me dice el húngaro con un guiño pícaro.

–¡Ah! ¡Ah! ¡Compañero, el amor!

–No, pero ya que hemos comprado a esta muchacha nada menos que al precio de la sangre de su protector, sería una pena no conservarla.

Y considerando que la situación no era la más apropiada para decir nada que pudiese dividirnos, y por consiguiente perdernos, hice como que adoptaba la opinión de Tergowitz y nos pusimos en marcha.

Carle-Son pronto se dio cuenta de que yo no había sido sino complaciente en cuanto al hecho de llevarnos a Philogone. Me habló de ello. Creí que no debía ocultarle nada y al segundo día convinimos en deshacer amistosamente de esos dos tórtolos. Lo puse en conocimiento del patrón del buque; algunos cequíes bastaron para ganarlo a nuestra causa.

–Haced lo que queráis –me dice–, pero desconfiad de los ojos de esa mujer que veis allí en el rincón; cree que os conoce y si es así mejor no ser observado por ella.

–Estad tranquilo –respondí–, elegiremos bien nuestro momento...

Después, lanzando una ojeada involuntaria sobre la criatura que según el patrón me conocía, seguí convencido de que se engañaba y sin ver en esa triste persona sino a una mujer de alrededor de cuarenta años, ocupada en servir a los marineros, cuyas facciones estaban completamente alteradas por la languidez y la miseria. Por lo tanto dejé de vigilarla y volviendo a nuestro proyecto, en cuanto las olas del mar fueron envueltas por los velos de la noche, Carle-Son y yo cogimos a nuestro compañero completamente dormido y lo dejamos caer dulcemente al mar. Philogone despierta y se estremece, pero asegurándome que si lamenta tan poco la muerte del húngaro es porque sólo me ama a mí en el mundo.

–Querida y triste niña –respondí–, no se te paga con la misma moneda: no puedo soportar a las mujeres, ángel mío, te lo he dicho... –Después, bajando los pantalones de Carle-Son ante sus ojos–: Mira –proseguí– así es como están hechos los individuos que tienen derecho a mis favores.

Philogone se ruboriza y vierte unas lágrimas.

–¿Y cómo puedes seguir amándome –continué– tras el crimen que me has visto cometer?

–Ese crimen es terrible sin duda, ¿pero se es dueño del corazón? ¡Oh!, señor, aunque me asesinaseis a mí misma... os seguiría amando.

Y la conversación se animó con todo esto. La vieja se había acercado a nosotros sin hacer ruido; y, sin parecer escucharnos, no perdía nada de lo que decíamos.

–¿Qué hacíais en casa de Calni? –pregunté a Philogone–. Esa protección me parecía interesada; ¿había amor en todo ello? Cuando no se tienen lazos de sangre con una joven como vos, es extraño que se la proteja a no ser que se tenga la intención de gozar

de ella.

–Señor –me respondió Philogone–, los sentimientos de Calni estaban guiados por el más puro interés... siempre fueron honrados, como su corazón. Estando de viaje mi protector, encontró hace dieciséis años, en un albergue de Suecia, a una joven abandonada que hizo llevar a Estocolmo, donde lo requerían sus negocios. Esa joven estaba embarazada; mi protector no la abandonó; me trajo al mundo. Calni, al ver que mi madre no estaba en condiciones de criarme, me pidió y consiguió. Como no había tenido hijos de su mujer, los dos se ocuparon tiernamente de mí.

–¿Y qué fue de tu madre? –pregunté en este punto, con una especie de presentimiento que no podía dominar.

–Lo ignoro –me respondió Philogone–: la dejamos en Suecia, ayudada tan sólo con algunos socorros que le concedió Calni...

–Y que no la llevaron muy lejos –dice entonces la vieja. Y echándose a nuestros pies–: ¡Oh Philogone!, reconoce a la que te dio la vida; y vos Borchamps, dirigid una mirada de piedad a la desgraciada Clotilde Tilson, a la que sedujisteis en Londres, tras haber sacrificado a su familia y que dejasteis embarazada de esta pobre niña en un albergue de Suecia, donde una mujer, que se decía la vuestra, hizo la barbarie de arrebataros de mí.

–¡Joder! –le digo a Carle-Son, muy poco conmovido por este reconocimiento– ¿Habrías sospechado alguna vez, amigo mío, que en un mismo instante encontrase a la vez a una esposa encantadora, como ves, y a una hija muy bonita? ¡Y bien!, ¿no lloras?

–No, ¡santo cielo! –me respondió Carle-Son–; al contrario, se me empalma, y veo en esta aventura maravillosas cosas para ser ejecutadas.

–Pienso como tú –respondí muy bajo–; déjame hacer a mí: pronto vas a ver en mí el efecto de los grandes impulsos de la naturaleza.

–¡Oh Philogone! –exclamé, volviéndome con ternura hacia la protegida de Calni–, sí, vos sois mi hija... mi querida hija: os reconozco por los dulces impulsos que he sentido hacia vos... Y vos, señora, –proseguí agarrotando el cuello de mi querida esposa hasta estrangularla– sí, vos soy mi mujer, también os reconozco... –Después, acercándolas a las dos–: Besadme una y otra, amigas mías. ¡Oh! ¡Cuán bella cosa es la naturaleza! ¡Philogone, mi querida Philogone! ved cuáles son los sentimientos de esa sublime naturaleza; tenía pocas ganas de joderos, y heme aquí ahora deseándolo ardientemente.

Un natural impulso hizo retroceder a estas dos mujeres con horror; pero como Carle-Son y yo las apaciguamos y les hicimos ver que su suerte dependía absolutamente de mí, se acercaron; y si no tuve en ellas ni hija, ni esposa, al menos encontré dos esclavas.

A partir de ese momento mis deseos se exacerbaban hasta tal punto que ya no podía calmarlos. Ahora quería admirar las sublimes nalgas de Philogone, un instante después quería ver a qué estado habían reducido la miseria y la pena los encantos de Clotilde. Y, remagándolas a las dos a la vez, no me bastaban mis ojos para mirarlas, mis manos para recorrerlas: besaba, hurgaba, maquinaba... Carle-Son me la meneaba. Todas mis ideas sobre el culo de mi querida hija cambiaban. No es posible imaginarse lo que es la naturaleza: Philogone, a la que como protegida de Calni no deseaba en absoluto, me hacía empalmarme terriblemente una vez que fue la mía. Los crueles deseos no cambiaban; antes eran aislados, ahora iban de la mano con los de joder a esta hermosa hija; y en seguida la di pruebas de ellos cuando le sumergí mi pito en el trasero con la

suficiente dureza como hacerle gritar con fuerza. El patrón, que los oyó, se acercó a mí conciliador.

–Señor –me dice–, tengo miedo de que vuestra conducta escandalice a la tripulación; nuestra falúa no es lo bastante cómoda para ofrecer facilidades en las acciones a las que deseáis entregaros. Estamos en la costa de una islita desierta que no tiene más inconveniente que el de estar llena de lechuzas y murciélagos, causa de que no esté habitada; pero es excelente para pasar una hora. Vamos a tocar tierra; nuestros marineros harán la comida en ella y vos os divertiréis un rato.

Aprovecho la interrupción para contarle al piloto de qué forma tan agradable había encontrado a la vez, el mismo día, una esposa y una hija...

–¡Una hija! –me dice– ¿Pero la estabais jodiendo hace un momento?

–Cierto, amigo mío, soy muy poco escrupuloso a ese respecto.

–¡Bien! ¡Bien! Tenéis razón, señor francés; vale más comer el fruto del árbol que se ha plantado que dejárselo comer a los otros. Respecto a esa pobre criatura –prosiguió–, si el azar os la hace encontrar como mujer, por muy infortunada que sea, os felicito por ello; porque desde que la conocemos y hace viajes con nosotros, nos es fácil responderos de que es la criatura más honrada que conocemos.

–Amigo mío –le digo al marino–, estoy convencido de esa verdad; pero esa mujer, a la que elogias, tiene cuentas que arreglar conmigo, y no te oculto –le digo deslizando de nuevo unos cequíes– que deseo abordar en esa isla para vengarme de ella.

–A fe mía –dice el piloto–, haced lo que queráis, sois el amo. –Después, en voz baja y con aire misterioso–: A la vuelta no tenéis más que decir que se dejó caer al agua...

Encantado por el amigable candor de este buen hombre, vuelvo a referirle a Carle-Son mi conversación y le doy parte de mis proyectados homicidios. Apenas había acabado cuando tocamos tierra.

–Patrón –le digo desembarcando con mi familia–. Dadnos tiempo.

–¿Acaso no estoy a vuestras órdenes? –me dice–, sois el único que me pagáis: partiré sólo cuando vos queráis...

Y nos adentramos por esas tierras.

–¡Oh, amigo mío! –le digo a Carle-Son mientras caminábamos– ¡Cuánto placer van a darnos estas putas! Nunca había cometido un asesinato que me cosquillease tanto como éste: acércate a ver mi pito –le digo parándome–, mira cómo espumea de rabia el bribón... Aquí estaremos completamente solos, con toda tranquilidad.

Después, al cabo de una hora de marcha, viendo una deliciosa hondonada sombreada de sauces y olmos, con césped fresco y rodeada de malezas que la hacían impenetrable a las miradas, le digo a mi amigo:

–Detengámonos aquí, hace un hermoso día... Quedémonos desnudos como salvajes; imitemos su forma de ser, así como sus actos. –Y, besando a mi querido Carle-Son con toda la lubricidad posible, le digo–: Vamos, démosnos placer; nuestro semen debe salir al cabo sólo del último suspiro de estas zorras.

De un golpe tiro a las dos al suelo; enculo a mi hija, examino las nalgas de mi mujer, de esa Clotilde a la que tanto había adorado y a la que todavía encontraba hermosa; del culo de una paso al de la otra; Carle-Son me jodía. Descargo, pero mordiendo tan cruelmente las tetas de mi hija que se las dejé sangrando. Como todavía lo tenía tieso, meto mi pito en el coño de mi hija mientras beso las nalgas de mi mujer:

–¡Toma! –le digo a la protegida de Calni–, ¡toma, recibe en el fondo de tus entrañas el semen que te ha dado la vida!

Pero, siempre infiel, paso en seguida al coño de Clotilde; una vez más obtiene mi

semen, mientras muerdo esta vez el culo de mi hija tan violentamente como le había desgarrado las tetas.

–Prepárate, Carle-Son –le digo mientras me retiro– tienes que sodomizar a estas putas, voy a sujetártelas. Mi criado encula, yo le lamo los cojones: adoro a este guapo muchacho; vuelvo a hundirme en su boca mientras él descarga en el trasero de mi mujer; pronto trata a mi hija de la misma forma; lo jodo mientras lima el ano de esa infortunada.

–¡Vamos! –le digo cuando ha acabado–, ahora divirtámonos con nuestras víctimas.

Y, manteniendo a mi amigo de pie, exijo de esas dos putas que le laman todo el cuerpo, sin olvidar el pito, el agujero del culo y el hueco de los dedos de los pies, así como las axilas. Lo hago cagar sobre un zarzal y obligo a las mujeres a que devoren la mierda, desollándose toda la cara; a continuación las levantamos por el pelo, y, hundiéndolas en el mismo zarzal, las sacábamos y las volvíamos a hundir, de tal forma que las desgarramos hasta los huesos; nada más enternecedor que sus gritos, nada tan vivo como los placeres que sentíamos con ellos...

–¡Oh justo cielo!, ¿qué he hecho para ser tratada de esta manera? –decía Philogone lanzándose a mis pies–¡Oh, vos que os decís mi padre!, si es verdad que soy vuestra hija, probadlo entonces tratándome con mayor bondad... Y vos, madre mía... mi infortunada madre, ¡es preciso entonces que nos abata un mismo golpe en el momento en que la mano celeste nos une! ¡Padre mío!, ¡padre mío!, no he merecido una suerte así; perdonadme, os lo ruego...

Pero, sin escuchar siquiera tales quejas, Carle-Son y yo agarrotamos a las zorras y provistos con un puñado de espinas, las zurramos con todas nuestras fuerzas. Pronto empieza a brotar sangre de todo el cuerpo; no necesito más para que se me ponga tieso de nuevo; chupo con increíble delicia la sangre que destila el cuerpo de Philogone. Es la mía –pensaba–; y esa idea me excitaba enormemente; saboreo esa voluptuosa boca que no se abre más que para implorar; beso con ardor esos hermosos ojos mojados con las lágrimas que hace correr mi furia; y volviendo de vez en cuando al hermoso culo de mi querida Clotilde, la trato con igual ferocidad; después, retomando el de mi querido Carle-Son, lo devoro a caricias y chupo su maravilloso pito.

–Hay que ponerlas en otra postura –exclamé.

Las desatamos y las hicimos ponerse de rodillas, con los brazos atados a los árboles cercanos, con enormes piedras sobre sus piernas para que no pudiesen moverse. En esta postura, las dos exponen los pechos más hermosos del mundo. Ninguno tan hermoso como el de Philogone; el de Clotilde estaba un poco más flácido, pero se encontraba perfectamente conservado. Esta perspectiva acabó de excitarme... ¡Oh!, ¡cuán enardecedor es romper vínculos! Les hago besar mi trasero, les cago en la boca, y apoderándome de sus tetas mientras enculo a Carle-Son, corto las cuatro a flor de pecho; después, insertando estas masas de carne en una cuerda, les hago un collar; están cubiertas de sangre, y en ese estado les lanzo sobre el cuerpo los últimos chorros de mi semen, enculado por Carle-Son.

–Abandonémoslas aquí –dije entonces–. Sí, dejémoslas atadas de esta forma: esta isla está llena de animales y las devorarán poco a poco; quizás vivan tres o cuatro días de esta manera, y esa muerte será mucho más cruel que la que les diésemos nosotros en un momento.

Carle-Son, cuyo carácter es singularmente feroz, quería inmolarlas al momento, para, decía él, no perderse el dulce placer de verlas expirar; pero logré convencerle de que lo que hacíamos era más criminal, y nos despedimos de estas damas.

–¡Dios del cielo! –exclama dolorosamente Clotilde– ¡He aquí a dónde nos arrastra un primer pecado! Ese monstruo me hizo culpable, lo sé, pero, ¡oh Dios mío!, ¡cuán severo es tu castigo!

–¡Ah! ¡Ah! –le digo a Carle-Son–, esto es lo que se llama una rebelión contra el Ser supremo; vengamos a ese Dios que tanto reverenciamos. El castigo del blasfemo era en otro tiempo tener la lengua cortada: imitemos esa justicia de las leyes; además es esencial que esas dos putas no puedan entenderse.

Y acercándonos a ellas les abrimos la boca a la fuerza, agarramos sus lenguas y las cortamos en tres pedazos.

–Desde el momento en que no pueden hablar –me dice Carle-Son– no vale la pena que vean: arranquemos esos bellos ojos que sedujeron tu corazón...

Y mi respuesta a esta sabia propuesta fue hacer desaparecer al momento los de Philogone, mientras que Carle-Son apagaba para siempre los de Clotilde.

–Esto está muy bien –le digo– ¿pero no pueden las zorras morder a los autillos que vengan a devorarlas?

–Sin duda alguna.

–Entonces hay que romperles los dientes.

Un guijarro nos sirve para esta operación y como no queríamos debilitarlas más para que pudiesen sentir mejor el tormento que les harían sufrir las malignas bestias de la isla cuando las devorasen, nos alejamos. A cien pasos de allí subimos a un montículo desde donde pudimos verlas mejor. Las lechuzas, los murciélagos, todos los malignos animales de la isla se habían apoderado ya de ellas: sólo se distinguía una masa negra.

–¡Oh!, amigo mío –le digo a Carle-Son–, ¡qué espectáculo!, ¡cuán dulce es tener mujeres e hijas propias para tratarlas de esta manera! Me gustaría tener cien individuos que fuesen parientes tan cercanos: no se me escaparía ni uno. ¡Oh!, querido Carle-Son, cómo me excita tal perspectiva; ven que sodomice una vez más tu hermoso culo enfrente de ese espectáculo.

Enculo, masturbo a mi amigo, y nos alejamos por fin tras haber descargado los dos una última vez.

Una historia que ofrecimos al patrón, apoyada con unos cequíes, lo solucionó todo; y llegamos a Nápoles tres días después de nuestra expedición en La Isla de las Lechuzas.

Como deseaba establecerme en Italia, me informé en seguida de un terreno que vendían en ese hermoso país. Me indicaron éste en el que hoy me veis; me alojé en él. Pero, a pesar de lo rico que era, me fue imposible renunciar a la profesión de bandolero; tiene demasiados encantos como para abandonarla, está demasiado de acuerdo con mis inclinaciones como para que alguna vez pueda abrazar otra; el robo y el asesinato se han convertido en las primeras necesidades de mi vida; no existiría privado del dulce placer de entregarme diariamente a ellos. Aquí ejerzo mi honorable profesión, como en otro tiempo hacían los grandes señores en sus tierras; capitaneo un pequeño ejército; Carle-Son es mi lugarteniente; él fue quien os detuvo; él ocupó mi puesto durante el viaje que hice a París para ir a buscar a mi querida hermana con la que ardía en deseos de unirme.

A pesar de la influencia, de las riquezas de que gozaba Clairwil, no dudó en abandonarlo todo para compartir mi suerte; mi situación la halagaba, siguiéndola, encontraba un alimento más para las pasiones feroces de las que sabéis está devorada. La esperé tres meses en París, y vinimos después a este retiro del crimen y la infamia.

Decididos uno y otro a estrechar nuestros lazos con todo lo que podía consolidarlos más íntimamente, nos casamos al pasar por Lyon y ahora esperamos que ninguna circunstancia puede desunir ya a dos seres tan hechos el uno para el otro, y que, a pesar de sus execrables inclinaciones, tienen como un delicioso deber el querer y recibir en su asilo a amigos tan sinceros como ustedes.

–¡Oh Juliette! –exclamó Clairwill en cuanto dejó de hablar su hermano– ¿Te parece que un hombre así sea digno de mí?...

–Lo es de todos aquellos que tengan la suficiente inteligencia para darse cuenta de que la primera de las leyes es trabajar por la felicidad de uno mismo, abstracción hecha de todo lo que puedan decir o pensar los demás.

Borghèse se echa en mis brazos, nos abrazamos de nuevo todos mil veces. Borchamps, al que no daremos ya otro nombre, y Sbrigani parecían igualmente encantados de darse a conocer; Elise y Raimonde se felicitaban por ver terminar de esta forma una aventura que tanto les había asustado.

Estábamos todos dándonos pruebas recíprocas de ternura y amistad, cuando vinieron a advertir al capitán que sus hombres traían un coche con una familia entera y mucho dinero.

–Excelentes noticias –respondió el amable hermano de Clairwill–, sospecho que esos individuos serán del tipo que sirven a nuestras voluptuosidades y, en cuanto al dinero, no podía ser más oportuno, porque será preciso que la consecuencia de todo esto sea ir a pasar unos meses a Nápoles.

–Es nuestro proyecto –dice Clairwill, apretándome la mano.

–¡Y bien! –dice Borchamps–, sacrifico a ese viaje todo el dinero que reporte esta captura.

A estas palabras aparecieron los prisioneros.

–Mi capitán –dice Carle-Son que conducía la banda–, hoy es el día de los encuentros: esa familia es la mía; esta es mi mujer –continuó mientras nos presentaba a una persona muy bella de treinta y cuatro años; esas dos jóvenes –prosiguió, señalando primero a una de trece años, bella como el amor, después a una de quince a la que hubiesen envidiado las mismas Gracias– son los resultados de mi polla; éste es mi hijo –añadió mientras nos ofrecía un joven de dieciséis años, con una fisonomía muy atrayente–. Dos palabras os pondrán al tanto de esta intriga. Rosine es danesa; me casé con ella hace diecisiete años en un viaje que hice a Copenhague; yo tenía dieciocho en esa época, y por consiguiente treinta y cinco hoy: ese guapo muchacho, que se llama Francisque, fue el primer fruto de nuestro amor; Christine, que está aquí, –prosiguió Carle-Son señalando a la muchacha de quince años– fue el segundo; Ernelinde el último. Después del nacimiento de ésta fui a Rusia; ciertos asuntos me hicieron ir a Siberia de donde me escapé antes de unirme a Borchamps en Tiflis. Encuentro a esta querida familia, os la presento suplicándoos que hagáis con ella absolutamente lo que queráis: estoy deseoso de probar a mi capitán que ya no me importan los lazos de sangre.

–Señora –le dice Borchamps a Rosine– tened la bondad de explicarnos el resto.

–¡Ay!, señor –dice la bella Rosine–, abandonada por este pérfido pasé como pude los primeros años de su ausencia, cuando la suerte me favoreció con un legado, parte de cuyo dinero empleé en buscar a mi marido en Francia, en Italia, donde me habían asegurado que lo encontraría: sólo aspiraba a la dicha de conducir a sus hijos al seno

paterno. Cuál no sería mi sorpresa al volver a verlo a la cabeza de una banda de criminales... ¡Monstruo!, ese era el infame oficio al que se dedicaba mientras yo, sujeta constantemente a mis deberes, estaba privada a causa de su ausencia de las primeras necesidades de la vida.

–¡Ah!, ¡ah!, esto sí que es patético –dice Olympe* – espero que nuestro amigo saque de la circunstancia todo el partido que presenta.

–Señora –dice Clairwil a esta desgraciada–, en todo lo que acabáis de decir no hay nada que pueda salvaros de la suerte que les espera a los que hacen prisioneros los soldados de mi marido... Por favor, ¿cuál es la fortuna que nos aporta?

–Cien mil escudos, señora –dice la amable esposa de Carle-Son.

–Muy poco –respondió Clairwil. Después volviéndose hacia mí–: Apenas servirá para pagar nuestra casa en Nápoles.

–Amigo mío –dice Rosine a Carle-Son–, te apporto además mi corazón y estos queridos frutos del ardor del vuestro.

–¡Oh!, no hablábamos de eso –dice el lugarteniente–, no daría ni un centavo por ese don.

–Yo sería mucho más generosa que vos –le digo a Carle-Son, en quien empezaba a fijarme con mucho interés–: los placeres que esperamos de estos cuatro deliciosos objetos me parece que valen mucho dinero.

–Pronto los apreciaremos, señora –me respondió Carle-Son, que ya había captado mi mirada–, lo que es seguro es mi creencia de que hay pocas voluptuosidades que valgan las que yo espero de vos...

–¿Lo creéis? –respondí, apretando la mano de este amable muchacho.

–Estoy seguro, señora –me dice Carle-Son poniéndome en la boca un beso precursor de su *savoir-faire*–; sí, estoy seguro y dispuesto a demostrároslo.

–¡Cenemos, cenemos! –dice el capitán.

–¿En familia? –dice el lugarteniente.

–Claro –dice Mme. de Clairwil–; quiero verlos así antes de ponerlos en otro estado.

Se dan las órdenes y se sirve la cena más magnífica. Carle-Son, junto a mí, se mostró muy deseoso de poseerme y confieso que yo no me quedaba atrás. Sus hijos estuvieron tímidos... embarazados... su esposa, lacrimosa y bella; el resto, alegre y libertino.

–Vamos –dice Borchamps, señalándonos a Carle-Son y a mí–, no hagamos desesperar de impaciencia a esos dos enamorados; veo que arden en deseos de estar juntos.

–Sí –dice Borghèse–, pero la escena tiene que ser pública.

–Tiene razón –responde Clairwil–. Carle-Son, la sociedad te permite joder con Juliette; pero tiene que ser ante nuestra vista.

–¿Pero qué dirán mi mujer y mis hijos?

–A fe mía, lo que les dé la gana –dije arrastrando a Carle-Son conmigo a un canapé–; aunque todos los ángeles del paraíso estuviesen aquí, querido, te jodería igual.

Y sacando su monstruoso instrumento del pantalón, le digo a Rosine:

–Perdón, señora, si os robo unos placeres que no debían pertenecer sino a vos; pero, rediós, hace mucho tiempo que estoy cachonda por vuestro marido: puesto que ya lo tengo, tiene que pasar por aquí.

* Recuérdese que es el nombre de Mme. de Borghèse.

Y apenas había acabado de decir estas palabras cuando ya estaba en el fondo de la matriz el terrible pito de Carle-Son.

–Mirad –dice el capitán, bajando su pantalón–, si me equivocaba cuando os decía que mi amigo tiene el culo más hermoso del mundo.

Y diciendo esto, el bribón lo encula mientras Clairwil se acerca a besarme en la boca, meneándome el clítoris, y mientras Olympe me mete tres dedos en el culo.

–Capitán –dice Sbrigani, empalmado ante el espectáculo– ¿queréis que os encule? Me enorgullezco de tener, como podéis ver, un pito en condiciones de satisfaceros.

–Joded, señor, joded: aquí está mi culo por toda respuesta –dice el capitán–, pero manosead nalgas entretanto, por favor.

–Voy a apoderarme de las de Elise y Raimonde –dice Sbrigani– y poner ante vuestra vista, para recrearlas, las de la esposa del hombre que jodéis y las de sus tres hijos.

En cuanto el grupo está dispuesto, todo el mundo descarga; y, decididos a no perder más semen en semejantes infantilismos, pasamos unánimemente a orgías más serias. Me parece esencial para su comprensión describiros todos los personajes.

Éramos doce en total: Borchamps, Sbrigani, Carle, Clairwil, Borghèse y yo, estos los personajes activos; Elise, Raimonde, Rosine, Francisque, Ernelinde y Christine, eran los que debían desempeñar el papel de pacientes.

–Carle –dice Borchamps quitando los pantalones al joven Francisque– aquí tienes un culo que rivaliza con el tuyo, amigo mío, y creo que voy a ofrecer en él homenajes tan puros como me mereció el tuyo durante tanto tiempo.

Y mientras decía esto manoseaba, besaba el trasero más bonito, el más blanco, el más firme que fuese posible ver.

–Me opongo a ese arreglo –dice Clairwil–, es pecar contra todas las leyes divinas y humanas impedir que Carle desvirgue a su hijo. Este niño va a joderme en el culo, su madre me lo meneará, y el padre enculará a su hijo, mientras Elise y Raimonde lo azotarán, y él manoseará a derecha e izquierda las nalgas de Borghèse y Juliette, que azotarán a las dos hijas de Carle a la vista de Borchamps, enculado por Sbrigani, que también ayudará a la operación flageladora de los dos hijos de su amigo.

Se dispone la escena, el joven Francisque, perfectamente enculado por su padre, sodomiza muy bien a mi amiga: en cambio Rosine sólo llorando se presta a indecencias que parecen tan lejos de sus costumbres. Entretanto, el capitán, que no estaba unido al cuadro, jodido siempre por Sbrigani, se apodera de la hija más joven de Carle; y sin ninguna preparación el disoluto la encula jurando. La joven se desvanece; pero nada impide al capitán seguir metiéndose más que nunca, ya que no encuentra resistencia: se hubiese dicho que quería perforar a esa desgraciada. Pero pronto se cansa de ella y coge a la otra muchacha: aunque de quince años, es tan delgada, tan delicada, que la introducción del enorme miembro de Borchamps la veja y desgarran tan vivamente como acaba de serlo Ernelinde. Sin embargo, nada puede detener los prodigiosos esfuerzos de ese bandido; empuja, hace fuerza, está en el fondo...

–¡Oh Carle! –exclama entusiasmado–, ¡estos sí que son culos dignos de ti! Líbrame de los coños, si puedes, y preferiré éstos al tuyo.

Pero ya Clairwil está regada con el semen de Francisque y la zorra, volviéndose como una bacante, lo desencoña, y con el mismo salto se mete por delante el pito del padre sodomita, sin que éste pierda nada en la cabriola. Carle pierde por fin su semen; y como el culo de Francisque estaba vacío, el capitán, cansado de las muchachas clava en él su pito, mientras que yo, transportada por la más desenfrenada

lujuria, me acerco a lamer el culo de ese hermoso hombre, que estaba impaciente por tocar. Carle, viendo a sus dos hijas vacantes, encoña a una, besa las nalgas de la otra, y se hace azotar por Elise, a la que Raimonde, enculada por Sbrigani, masturbaba entretanto. Nuevos chorros de semen obligan a cambios. Por fin soy enculada por el capitán, mientras su hermana me menea el clítoris, y Carle, fornicado por Sbrigani, sodomiza a su mujer y besa el culo de sus tres hijos sujetos por Elise y Raimonde, cuyos coños abiertos por Borghèse menea el disoluto.

–¡Oh Borchamps! –exclamé en mitad de la escena–, ¡qué placer me da tu pito y cuánto lo deseaba!

–Sin embargo, no serás la única en ser jodida –dice el capitán agarrando a Borghèse y sodomizándola–; perdona, Juliette, pero ese hermoso trasero también me excitaba desde que estábamos desnudos; pensaba en él mientras jodía el tuyo: ahora, mientras sodomizo éste, pensaré en él tuyo.

Viendo a Francisque vacante, le elijo a él; mis gustos son tan extravagantes y el joven tan guapo que no sé que sexo adoptar con él; lo chupo, devoro su culo, le presento el mío; me sodomiza por su propia voluntad, y pongo mi coño sobre el rostro de Rosine; nuevas descargas tranquilizan por fin los espíritus, hay que dedicarse ahora a la voluptuosidad de las mujeres.

–¡Cuán mediocres son los placeres físicos con niños para las mujeres! –dice el capitán–. Me parece que debemos aconsejarles voluptuosidades morales. ¡Juliette!, tú empezarás; Carle, medio tumbado en el sofá, te presentará un pito bien duro; tú te colocarás suavemente sobre ese pito, preocupándote de que entre en tu culo; Clairwil y Borghèse te menearán una el coño, la otra el clítoris: no se arrepentirán de su complacencia, tendrán placer a su vez; mientras tú gozas de esta forma, Elise y Raimonde, en posición más alta y frente a ti, me darán placer en las posturas más lúbricas y variadas. Entonces las víctimas, una tras otra, se presentarán de rodillas ante ti: primero la querida esposa de Carle, que acaba de traernos desde tan lejos oro e hijos, después su hijo, por último las dos hijas; y su mismo padre será quien los conduzca: tú ordenarás un suplicio para cada uno de estos individuos, pero primero un suplicio suave y sencillo: tenemos mucho tiempo para gozar y tenemos que actuar de modo progresivo. Yo recibiré las sentencias y se ejecutarán en cuanto hayas descargado.

Todo se dispone, pero los perversos se cuidan de presentarme a las víctimas cuando estoy en éxtasis. Rosine es la primera en aparecer; le ordeno que se acerque a mí; la analizo atentamente y viendo que tiene un pecho soberbio, le impongo la pena de ser fustigada en las tetas; le sigue Francisque, observo la hermosura de su culo: será azotado en las nalgas; Christine es la siguiente, la condeno a comer el mojón del primero de nosotros que tenga ganas de cagar; y la joven Ernelinde, cuyo rostro encantador me vuelve loca, recibirá dos bofetadas de cada uno.

–¿Vas a descargar, Juliette? –me preguntó Borchamps, al que mis dos lesbianas colman de voluptuosidades.

–¡Sí, joder, descargo! ¡Oh!, rediós, no puedo más... ¡Ah!, Carle-Son, ¡cuán delicioso es vuestro pito!

–Vamos –dice el capitán– ejecutemos las penitencias de la primera ronda; después le tocará a Borghèse.

Los reos sufren todas mis sentencias; pero, de acuerdo con un refinamiento muy sabio, el verdugo debe ser elegido entre las mujeres que no dictan sentencia. Así pues, será Clairwil quien ejecute esta vez mis órdenes, y como tenía ganas de expulsar el

semen que le habían lanzado en el culo, Christine traga su mojon. ¡Oh!, ¡qué ardor pone después la puta en fustigar las bellas tetas de Rosine! En treinta golpes las deja llenas de sangre, y la zorra besa las heridas, fruto de su ferocidad. Cuando está sobre el hermoso culo de Francisque, la malvada lo zurra con igual rabia.

–Vamos Borghèse, te toca –dice el capitán–; supongo –prosiguió– que sabiendo Sbrigani cuánto necesitamos su arma, habrá tenido la prudencia de no embotarla demasiado pronto.

–Podéis verla –dice Sbrigani sacando de mi culo un pito tieso y empinado con el que perfora al momento el de Borghèse–; tendré la misma prudencia con ésta; estad seguros de que no descargaré más que cuando esté en las últimas.

Borghèse es la que ordena; yo seré el verdugo.

–Acrecentad el sufrimiento –dice el capitán–, pensad en que debíamos hacerlo progresivamente para conducirlos dulcemente hasta la muerte...

–¡Hasta la muerte! –exclamó Rosine– ¡Oh, justo cielo! ¿Qué he hecho para merecerla?

–Si la hubieras merecido, bribona –dice Carle-Son enculando al capitán, atrincherado en el culo de Raimonde, que seguía acariciando el de Elise–, sí, ¡me cago en Dios!, si la hubieses merecido, puta, no se te condenaría. Nosotros tenemos un gran respeto por el vicio y una viva indignación por todo lo que se asemeje a la virtud; firmes principios consolidan esta forma de pensar... y comprenderás, querida, que no nos alejemos de ella por nada del mundo.

–Vamos, Borghèse, ¡ordena! –dice el capitán, vigorosamente fornicado por su más caro amigo.

–Rosine –dice la fogosa Olympe– recibirá de cada una de nosotras seis pinchazos en el cuerpo; el guapo Francisque será mordido en las nalgas por su padre y en el pito por todas las mujeres; el verdugo dará a continuación veinte bastonazos en los riñones de Christine y romperá dos dedos de las manos de Ernelinde.

Comienzo la ejecución: tras haber agujoneado seis veces el seno rollizo de Rosine, paso el arma a mis amigos, que se ensañan alternativamente con las partes más excitantes de este hermoso cuerpo. Su espantoso marido sobresale entre todos y el zorro le mete la aguja en la vagina: lo demás es cuestión mía, y lo realizo con tanta habilidad y firmeza que todo el mundo descarga. Clairwil sustituye a Borghèse.

–Sube, hermana mía –dice el capitán–, no olvides la ley de las proporciones...

–Tranquilízate –responde la arpía–, pronto verás que tenemos la misma sangre.

Esta vez es Carle-Son el que da por culo a la hermana de su capitán; no era la primera vez para él; Borghèse y yo la masturbamos, y la sentencia sale de su boca.

–Quiero –dice– que quemem con un hierro candente las dos tetas de la mujer del que me da por el culo. Quiero –prosiguió la zorra–, que pierda la cabeza en cuanto un pito le cosquillee el trasero, que sajen en cuatro partes con un cortaplumas las bellas nalgas del joven al que mi hermano, según me parece, está enculando; quiero que se quemem las nalgas de Christine y que se meta en el bonito culo de Ernelinde una lavativa de aceite hirviendo, a pesar de todas las caricias con que la Borghèse, según veo, la llena.

Pero con respecto a esto último sucedió algo muy gracioso, y fue que la joven sintió tal miedo ante la lavativa que se le destinaba que lo soltó todo bajo ella e inundó la habitación de mierda.

–¡Santo cielo! –dice Borchamps aplicando una patada tan fuerte en las nalgas de la muchachita que ésta creyó volar por la ventana, recién abierta para airear la habitación– ¡Oh, joder!, ¿cómo no degüello ya a una putilla de esta especie?

–¿Qué diablos te pasa? –dice Clairwil a su hermano–; no es más que mierda, y a ti te gusta; ¿prefieres la de Juliette? Ven, ven a recibirla, mis dedos tocan su mojón, ella te lo pondrá en la boca...

–¡Oh!, ¡cuán sucios somos! –dice el capitán adaptando sus labios al agujero de mi trasero y solicitando lo que se le hace esperar–; cuando se conciben tales proyectos el semen no anda lejos... Estoy cagando; ¿será posible?

En efecto caga y suelta la andanada en la boca de Christine, a la que hace ponerse bajo sus nalgas, mientras traga el mojón que yo le hago.

–Vuestros placeres son muy impúdicos –dice Clairwil que obligaba a Francisque a que le hiciese la misma operación en la nariz.

–¡Ah!, ¡jodida bribona! –le grita su hermano–, no te falta mucho para descargar, a juzgar por tus infamias.

–¡Joder! –dice ella–, quiero que me tiren al suelo... quiero que me revuelquen en la cochinería que ha hecho esa muchachita.

–¿Estás loca? –dice Olympe.

–No, lo deseo realmente.

Es obedecida y en efecto allí, rodando sobre la mierda, es donde descarga la pícara muerta de placer.

Las nuevas penitencias se ejecutaron; ahora es Borghèse la que debe poner manos a la obra.

–Esperad –dice el capitán cuando la ve armarse con el hierro que debe calcinar las tetas de Rosine–, quiero encolar a esa mujer mientras vos la atormentáis.

Mientras él sodomiza, Borghèse actúa.

–¡Oh, rediós jodido! –exclama–, ¡cuán dulce es fornicar el culo de un individuo que sufre! ¡Desgraciado el que no conoce este placer!, es el más grande de la naturaleza.

Pero, a pesar de su miedo, Ernelinde recibe de manos de su padre, que la había encolado antes, el anodino remedio prescrito por Clairwil; se hace igualmente todo lo demás, y cambiando de posturas, pasamos a nuevos horrores.

Carle-Son, lleno de furia e inflamado en todo momento por mi culo, que, decía, le volvía loco, coge a sus hijos; los golpea, los azota, los fornicar, mientras que nosotras nos masturbamos entre mujeres, frente a un espectáculo que se nos aparece como el del lobo furioso entre apacibles ovejas.

–¡Vamos, zorra! –dice Borchamps a Rosine mientras me encolaba manoseando las nalgas de Olympe y de Raimonde–, ¡Vamos, puta, tienes que atormentar a tus hijos! Carle-Son, mantén tú mismo el puñal levantado sobre el pecho de esta abominable mujer y méteselo en el corazón si duda en hacer lo que vamos a ordenarle...

Rosine solloza.

–Ahoga tus suspiros –le dice Olympe–, excitan nuestra crueldad; te haremos sufrir en razón de las lágrimas que derrames.

–Coge a tu hija mayor por los pelos –le grita Borchamps– y tú, Clairwil, da órdenes; Borghèse te seguirá, Juliette pronunciará la última.

–Quiero –dice mi sucia amiga– que esa cerda muerda hasta hacerlas sangrar las tetas de su hija...

Rosine duda; Carle-Son le hace sentir la punta del puñal; la desgraciada madre obedece...

–Olympe, ¿qué ordenas? –dice Borchamps.

–Quiero que deje caer cera española hirviendo en las nalgas de su hija...

Nuevas negativas; nuevos pinchazos de la punta del puñal... nueva obediencia de la

desgraciada Rosine. –Y tú, Juliette, ¿qué deseas?

–Quiero que su madre la azote en todo el cuerpo hasta que la sangre corra...

¡Cuántos esfuerzos para realizar esta operación! Al principio no son sino golpes suaves que ni siquiera hacen marcas en el trasero; pero el puñal de Carle-Son, que no tarda en hacerse sentir, asusta hasta tal punto a Rosine que ya no se atreve a tratarla con miramientos: el culo de su hija está cubierto de sangre. Se realizan iguales suplicios, y cada uno de ellos sobrepasa en horror a los otros. Cuando me toca la vez, una de mis penitencias consiste en que Francisque encule a la mayor de sus hermanas mientras da puñaladas a su madre; y Borchamps, que me enculaba mientras yo daba la orden, no puede dominar ya el semen que le hace lanzar semejante infamia.

–¡Vamos, santo cielo! –dice el capitán retirándose de mi culo, aunque con el pene levantado– Vamos, ya es hora de que vayamos al grano; empecemos por atar a estos cuatro individuos vientre contra vientre, de forma que no formen, por así decirlo, más que un solo y mismo cuerpo.

–De acuerdo.

–Ahora, que cada uno de nosotros ocho, armado con una disciplina de hierro candente, varee un rato a estos cadáveres...

Después, al cabo de una hora de las más ruda flagelación:

–Rosine, coge este puñal –dice el capitán con severidad–, hundidlo en el corazón de vuestro hijo, al que sujetará su propio padre...

–¡No, bárbaro! –exclama esta madre desesperada– ¡no, será en el mío!

Y se lo hubiese hundido si yo no la sujeto el brazo.

–¡Ah, zorra, vas a obedecer! –exclama Carle-Son furioso; y agarrando la mano de su mujer conduce él mismo el puñal hasta el seno de su hijo.

Clairwil, celosa al ver que se procede sin ella al asesinato de este joven, ella que no existe más que para asesinatos masculinos, salta sobre un segundo puñal y acribilla a ese desgraciado con golpes mil veces más sangrientos; entonces, Rosine es tumbada sobre una banqueta de madera muy estrecha, y allí, Borchamps quiere que Ernelinde abra con un escalpelo el vientre de su madre. La hija se niega; se la amenaza. Asustada, martirizada, excitada con la esperanza de salvar su vida si consiente, su mano, conducida por la de Carle-Son, cede a los bárbaros impulsos que se le dan.

–De ahí recibiste la existencia –dice este padre cruel en cuanto estuvo hecha la raja–, ahora tienes que volver a la matriz de donde saliste.

Es agarrotada, comprimida de tal forma que a fuerza de habilidad entra por fin viva en los costados que en otro tiempo la lanzaron.

–En cuanto a esa –dice el capitán hablando de Christine–, hay que atarla a la espalda de su madre... Cuando esté hecho eso –dice–, ¡veréis si no es posible reducir a tres mujeres a un volumen tan pequeño!

–¿Y Francisque? –dice Clairwil.

–Te lo concedemos –responde Borchamps–, vete a un rincón a despacharlo a tu gusto...

–Juliette, sígueme –dice Clairwil llevando al joven a un gabinete cercano.

Y allí, como bacantes desenfundadas, hicimos expirar a ese desgraciado joven con la ferocidad más cruel y refinada que pueda imaginarse. Carle-Son y Borchamps nos encontraron tan hermosas al salir de allí que quisieron jodernos; pero la ansiosa Borghèse exclama que no podemos dejar que mueran las víctimas ni retrasar los placeres que nos esperan de su suplicio. Todo el mundo está de acuerdo con esto, y, como es tarde, se decide que se sirva la comida al mismo tiempo.

–En ese caso –dice la Borghèse, a quien le correspondía el derecho de dar órdenes puesto que no había participado en los tormentos de Francisque– pongamos a las víctimas de pie sobre la mesa. El primero de nuestros placeres provendrá del estado en que se encuentran, que creo es de los más violentos; el segundo, del efecto de los golpes que les propinaremos en esa situación.

–Sí, que las pongan ahí –dice Clairwil–; pero quiero fornicar antes de comer...

–¿Y con quién? –le digo a mi amiga– Están todos derrotados.

–Hermano –responde la insaciable criatura–, hagamos venir a los diez soldados más guapos de tu tropa, y entreguémonos a ellos como zorras.

La tropa hace acto de presencia; Borghèse, Clairwil y yo nos lanzamos las tres al suelo sobre cojines dispuestos a este efecto, haciendo frente a los pitos que nos amenazan. Elise y Raimonde actúan como sirvientas de nuestros placeres. Sbrigani, el capitán y Carle-Son se enculan mientras nos miran y durante cuatro horas, teniendo como fondo el ruido de las lamentaciones de nuestras víctimas, estuvimos jodiendo las tres como las mayores bribonas del universo. Una vez que nuestros campeones se agotan, son despedidos.

–¿Para qué sirve un hombre que no está empalmado? –dice Clairwil– Hermano, te suplico que hagas desollar a esos diez hombres ahora mismo, ante nuestros propios ojos.

Siguiendo las órdenes del capitán, veinte hombres se apoderan al momento de aquéllos; se los masacra mientras Borghèse, Clairwil y yo nos masturbamos. Por así decirlo, la deliciosa comida se nos ofreció sobre sus cuerpos. Y entonces, desnudos, embadurnados de sangre y semen, ebrios de lujuria, llevamos la ferocidad hasta el punto de mezclar con nuestros alimentos trozos de carne arrancados con nuestras manos de las desgraciadas que estaban sobre la mesa. Por fin, ahítos de crímenes y de impudicia, caímos unos sobre otros en medio de los cadáveres y de un diluvio de vinos, licores, mierda, semen, trozos de carne humana. No sé lo que fue de nosotros; tan sólo recuerdo que al abrir los ojos a la luz, me encontré entre cuerpos muertos, con la nariz en el culo de Carle-Son, que me había llenado el pecho de mierda y que además se había olvidado su pito en el culo de Borghèse. El capitán, que se había dormido con la cabeza apoyada en las nalgas enmierdadas de Raimonde, tenía todavía su pito en mi trasero, y Sbrigani roncaba en brazos de Elise... las víctimas hechas pedazos descansaban todavía sobre la mesa.

Tal era el estado en que nos encontró el astro del día, que, lejos de asombrarse ante nuestros excesos, creo que se había levantado más hermoso que nunca desde que alumbró el mundo por primera vez. Por tanto es falso que el cielo condene los extravíos de los hombres, es pues absurdo pensar que lo ofenden. ¿Concedería sus favores igualmente a criminales y a gente honrada si estuviese irritado por el crimen?...

–¡Y!, ¡no, no! –les decía a mis amigos al día siguiente, cuando con total sangre fría escuchaban mis reflexiones–, no, no, no ofendemos a nadie cuando nos entregamos al crimen. ¿Un dios? ¿Cómo iba a ofenderse desde el momento en que no existe?... ¿La naturaleza?... Todavía menos –proseguí, recordando la excelente moral con que había sido alimentada–; el hombre no depende de ninguna manera de la naturaleza; ni siquiera es hijo suyo; es su espuma, su resultado; no tiene otras leyes distintas a las impresas en los minerales, en las plantas, en los animales; y cuando se perpetúa, cumple leyes personales suyas, pero de ningún modo necesarias para la naturaleza... de ningún modo deseadas por ella. La destrucción satisface mucho más a esta madre universal, puesto que tiende a devolverle un poder que pierde con nuestra propagación.

De esta forma nuestros crímenes la complacen, amigos míos, y nuestras virtudes la ofenden; de esta forma lo que ella desea más ardientemente es el crimen atroz; por tanto aquel que mejor la serviría sería sin duda alguna aquel cuya multiplicidad de crímenes, o su atrocidad, destruyese hasta la posibilidad de una regeneración que, al perpetuarse en los tres reinos, le quitaría la facultad de los segundos impulsos. ¡Cuán imbécil era yo! ¡Oh Clairwil!, antes de que nos separásemos, yo todavía estaba en la naturaleza, y los nuevos sistemas adoptados por mí a partir de entonces me separan de ella para devolverme a las sencillas leyes de los reinos. ¡Ah!, ¡cuán engañados estaríamos, amigos míos, si al adoptar esos sistemas les negásemos algo a nuestras pasiones, ya que éstas son las fuerzas motrices de nuestro ser y que no nos es más posible seguir sus impulsos de lo que lo es nacer o permanecer en la nada!... ¿Qué digo?, esas pasiones son tan inherentes a nosotros, tan necesarias para las leyes que nos mueven, que se convierten en las primeras necesidades para conservar nuestra existencia. Mi querida Clairwil –continué, apretando la mano de mi amiga–, ¡hasta qué punto soy ahora la esclava de esas pasiones! ¡Cómo las sacrificaría todo, fuesen las que fuesen!... ¡Y!, ¡qué importa la víctima que les ofreciese! Para mí no habrá una más respetable que otra. Si, según los prejuicios populares, existiese una que pareciese merecer la excepción, mis voluptuosidades se exacerbarían tan sólo con romper tal freno: consideraría este gran regocijo como la voz que me lo ordena, y mi mano estaría pronta a servir mis deseos*.

Un asombroso ejemplo de las recompensas que casi siempre concede la fortuna a los grandes criminales vino a apoyar mis razonamientos. Apenas estábamos saliendo de la escena de horror que acabo de describir, cuando los soldados de Borchamps trajeron seis carros de oro y dinero que enviaba la república de Venecia al emperador. Solamente cien hombres escoltaban el magnífico convoy, cuando, en los desfiladeros de las montañas del Tirol, doscientos hombres de nuestro capitán, tras un combate de una hora, se apoderaron del tesoro y lo llevaron ante su jefe.

–Ya soy rico para el resto de mis días –dice el dichoso hermano de Clairwil–... ¡observad en qué momento nos llega esta dicha! El cielo pone estas riquezas en manos manchadas de uxoricidio, de infanticidio, de sodomía, de asesinatos, de prostituciones, de infamias; ¡para recompensarme de estos horrores, los pone a mi disposición! ¿Cómo queréis que no crea que la naturaleza sólo se ve honrada por crímenes? ¡Ah!, jamás cambiarán mis sistemas sobre este punto, y me entregaré a ellos sin cesar, ya que sus consecuencias son tan felices. Carle-Son –dice el capitán–, antes de repartir, coge cien mil escudos para ti de esos carros; te los doy para testimoniarte toda la satisfacción que he recibido de tu coraje y firmeza, en la escena cuyos actores nos has proporcionado...

Carle-Son besó los pies de su patrón para darle las gracias.

–Ya lo ven, señoras –nos dice el capitán–, no oculto el gran cariño que tengo por ese muchacho y cuando se ama hay que demostrarlo con dinero. Imaginaba que un goce continuo con él me enfriaría; es todo lo contrario: cuanto más descargo con ese delicioso muchacho, más lo amo. Mil y mil veces perdón, señoras, pero quizás no ocurriese lo mismo con ustedes.

Pasamos todavía unos días en la casa de Borchamps, al cabo de los cuales nos dice, viéndonos decididos a partir:

* Cuando estos excelentes principios germinan en buenas cabezas empujan a destruir para siempre los peligrosos prejuicios que nos hacen considerar esas pasiones como enemigas, cuando sólo de ellas nace la única felicidad que podamos esperar en la tierra.

—Amigos míos, creía poder acompañaros hasta Nápoles, pensaba que nos correríamos juntos una juerga; pero como quiero dejar pronto el oficio a que me dedico, tengo que ordenar mis cosas. Mi hermana os seguirá hasta esa hermosa ciudad, y aquí hay ochocientos mil francos para los gastos del viaje. Cuando lleguéis, alquilad un magnífico hotel, haceos pasar las tres por hermanas: tenéis el suficiente parecido para que parezca cierto. Sbrigani seguirá velando por vuestros negocios mientras vos os entregáis a todos los placeres que ofrece esa magnífica ciudad; Elise y Raimonde serán vuestras damas de compañía. Yo iré a veros si puedo. Divertíos las tres y no me olvidéis en vuestros placeres.

Nos pusimos en marcha. Confieso que echaba de menos a Carle-Son; durante mi estancia en la casa del hermano de Clairwil, había hecho que ese guapo muchacho me fornicase prodigiosamente con su admirable pito, y no sin pena me separaba de él. No se trataba de amor por mi parte: yo jamás he servido a ese dios, sino de la necesidad de ser jodida bien, y nadie la satisfacía como Carle-Son. Además, el hecho de tener que ocultarnos para no disgustar a Borchamps, muy celoso de este guapo muchacho, le daba a su goce una sal que yo no hallaba en los otros, y nuestros últimos adioses fueron sellados con una inundación recíproca de semen.

Una vez en Nápoles, alquilamos un hotel soberbio, sobre el muelle de Chiaga y, haciéndonos pasar por hermanas, como nos había aconsejado el capitán, llevamos un soberbio tren de vida bajo tal denominación. Primero pasamos un mes estudiando detalladamente las costumbres de esta nación medio española; discutimos sobre su gobierno, su política, sus artes, sus relaciones con las otras naciones de Europa. Una vez realizado el estudio, nos creímos en condiciones de poder salir al mundo. Nuestra reputación de mujeres galantes se propagó pronto. El rey deseó vernos; su malvada mujer nos miró con celos*. Digna hermana de la esposa de Luis XVI, esta altanera princesa, como todos los individuos de la casa de Austria, intenta cautivar el corazón de su esposo para dominar su imperio; ambiciosa como Antonieta, no es el esposo lo que quiere sino el reino. Ferdinand, simple, imbécil, ciego... rey al fin, se imagina tener una amiga cuando en esta mujer no encuentra sino a una espía y una rival... Y la puta, como su hermana, devastando... robando a los napolitanos, sólo trabaja para el bien de su familia.

Poco tiempo después de nuestra presentación, recibí un billete del rey de Nápoles, concebido más o menos en estos términos:

"El otro día se presentaron a Paris Juno, Palas y Venus; su elección está hecha, a vos os envía la manzana; venid a recibirla mañana a Portici, estaré solo; una negativa me desesperaría y no os serviría de nada: os espero".

Un billete tan déspota... tan lacónico, merecía seguramente una respuesta; la hice verbal, y me contenté con asegurar al paje que sería puntual. En cuanto se ha marchado, vuelo a contarles a mis hermanas la dicha obtenida. Como las tres estábamos decididas a desterrar de entre nosotras hasta la más ligera sospecha de celos, a divertirnos con las extravagancias humanas... a reírnos, esta preferencia sólo sirvió para divertirnos: las dos me exhortaron a que no dejase escapar la aventura. Y arreglada como la misma diosa que había merecido la manzana, me lanzo a un coche de seis caballos que, en pocos minutos, me deja en el castillo real, célebre por las ruinas de la ciudad de Herculano sobre las que está construido. Introducida de forma misteriosa en los más secretos apartamentos de esta casa, encuentro por fin al rey, indolentemente

* Hay que remitirse aquí al tiempo en que se escribió eso.

tumbado en un saloncito.

–¿Sin duda mi elección habrá dado lugar a los celos? –me dice el imbécil en mal francés.

–No, sir –respondí–, mis hermanas han recibido esa preferencia con la misma tranquilidad que yo... su honor no se ha visto más afectado por no haber sido elegidas que el mío por el gran honor que quizás imagináis hacerme.

–Sin duda, he aquí una respuesta singular.

–¡Ah!, sé muy bien que para complacer a los reyes habría que alabarlos continuamente; pero yo, que sólo veo en ellos a gente ordinaria, jamás les hablo sino para decirles verdades.

–Pero ¿y si son duras?

–¿Por qué las merecen?, ¿y a título de qué se creen que no deben recibir la verdad desnuda como los demás hombres? ¿Porque necesitan conocerla?

–Porque la temen más.

–Pues que sean justos, que renuncien al vano orgullo de querer encadenar a los hombres y la amarán, en lugar de temerla.

–Pero, señora, esos son discursos...

–Que te asombran, Ferdinand, ya lo veo; sin duda te has creído que, halagada por tu elección, iba a aborarte de rodillas, iba a adorarte... servirte... No, el orgullo que mi sexo y mi patria me inspiran no se presta a tales usos. Ferdinand, si he tenido a bien concederte la cita que solicitabas ha sido porque me he creído con más fuerza que mis hermanas para iluminarte sobre tus verdaderos intereses. Por tanto, renuncia por un momento a los frívolos placeres que te prometías con una mujer ordinaria para escuchar a una que te conoce bien, que conoce todavía mejor tu reino, y que puede hablarte sobre estas cuestiones como no se atreverían a hacerlo tus cortesanos...

Y viendo que el rey, muy sorprendido, me prestaba una estúpida atención, le hablé de la manera siguiente:

–Amigo mío –le digo–, porque me permitirás que no me sirva de esas orgullosas denominaciones que no prueban sino impertinencia en el que las recibe y bajeza en el que las da, amigo mío, pues, acabo de estudiar tu nación con la mayor atención y he visto que era extremadamente difícil descubrir su genio: la estudio desde que estoy en Nápoles y confieso que todavía no he sacado nada. Con un poco de reflexión, sin embargo, creo descubrir el motivo del trabajo que me cuesta. Tu pueblo ha perdido la huella de su primer origen, la desgracia que ha tenido de pasar de dominación en dominación, le da una especie de debilidad y costumbre de la esclavitud que deteriora absolutamente su antigua energía, y que le impide ser reconocido. Esta nación, que durante mucho tiempo buscó liberadores, por una torpeza inaudita no encontró jamás sino amos. Gran ejemplo para un pueblo que quiera romper sus cadenas: que aprenda de los napolitanos que no es implorando protectores como lo conseguirá, sino pulverizando el trono y los tiranos que se sientan en él. Las otras naciones se han servido de los napolitanos para asentar un poder; sólo ellos han permanecido en la postración y la debilidad. Uno busca el genio de los napolitanos, y, como el de todos los pueblos acostumbrados a la esclavitud, sólo se encuentra el de su soberano. No lo dudes, Ferdinand, los vicios que he encontrado en tu nación son mucho menos de ella que tuyos. Pero algo más sorprendente todavía es que quizás la única causa de su pobreza es la excelencia del territorio de tu pueblo: con una tierra más ingrata, las necesidades lo habrían obligado a ser trabajador y de este obligado trabajo habría recibido la energía del que le priva la fecundidad de su suelo. También sucede que este

hermoso país, con las ventajas de una nación meridional, experimenta todos los inconvenientes de un pueblo del Norte.

Desde que estoy en tus Estados he buscado por todas partes tu reino y no he podido hallar más que tu ciudad; esta ciudad es un precipicio donde vienen a hundirse todas las riquezas y empobrecen por tanto al resto de la nación. Estudio esta capital y ¿qué veo? Toda la magnificencia que pueden imponer el fasto y la opulencia junto a lo más desolador que ofrecen la miseria y la holgazanería. Por una parte, nobles casi reyes; por otra, ciudadanos más que esclavos. Y por todas partes, el vicio de la desigualdad, veneno destructor de todo, gobierno tanto más difícil de corregir en tu caso cuanto que nace de la enorme distancia que hay entre los bienes y los propietarios. Ya no se ve en tu país más que a hombres que poseen provincias, junto a otros desgraciados que no tienen ni una fanega de tierra. Aquí, la extremada riqueza está excesivamente próxima a la extremada pobreza; y esta diferencia hace que un hombre sea absolutamente el antípoda de otro. Si al menos los ricos tuviesen algunas virtudes, pero me dan pena: quieren exponer el brillo de su cuna y no tienen ninguna de las ventajas que podría exigirlos del ridículo; son orgullosos sin urbanidad, tiranos sin educación, vestidos magníficamente sin elegancia, libertinos sin ningún refinamiento. Para mí, todos se parecen a tu Vesubio: son bellezas que dan miedo. Todos sus medios de distinción se reducen a mantener conventos y muchachas, a alimentar caballos, criados y perros.

Continuando con mis observaciones sobre tu pueblo, su negativa formal a adoptar el tribunal de la Inquisición me da una primera idea bastante buena sobre él; prosiguiendo mis reflexiones, me di cuenta de que no por ello era menos débil, aunque hubiese hecho algo que exige fuerza.

Se le acusa a tu clero de haber acumulado muchas riquezas, yo no lo censuro; al contrarrestar su avaricia la de los soberanos de la nación, restablece un poco de equilibrio: estos habían derrochado, aquellos conservan. Cuando se necesiten los tesoros del reino se sabrá al menos de dónde cogerlos*.

Analizando a fondo tu nación no veo sino tres estados, y los tres inútiles o desgraciados: el pueblo pertenece sin duda a esta última clase, los curas y los cortesanos constituyen las otros dos. Uno de los grandes defectos de tu pequeño imperio, amigo mío, es que no existe más que un poder, ante el que todo cede: aquí, el rey es el Estado; el ministro es el gobierno. Por lo tanto no puede haber otra emulación que la que infunden el soberano y su agente: ¿dónde puede existir un vicio mayor sino en éste?

Aunque la naturaleza es pródiga con tu pueblo, goza poco de ella. Pero la causa de esto no es su inacción; este embotamiento tiene su fuente en tu política, que, para mantener al pueblo en su dependencia, le cierra la puerta de las riquezas; de acuerdo con esto, su mal no tiene remedio y la situación política no es menos grave que la del gobierno civil, ya que saca sus fuerzas de la debilidad misma. El temor que tienes, Ferdinand, a que se descubra lo que yo te digo hace que se exilien de tu reino las artes y los hombres de talento. Temes el ojo poderoso del genio, por eso favoreces la ignorancia. Le das a tu pueblo opio para que, embotado con este somnífero, no sienta las plagas con que lo destruyes. Y de ahí que no se encuentre en tu reino ningún lugar

* No ocurre lo mismo en los pueblos que, siguiendo un impulso falsamente filósofo, creyeron destruir la superstición destruyendo los altares. ¿Qué les queda ahora? El mismo prejuicio y ninguna riqueza... ¡Imbéciles! Desconocían la mano que los hacía actuar, creían abolir el culto y no hacían sino darle fuerzas; viles instrumentos de los granujas que los movían, los desgraciados creían servir a la razón cuando no alimentaban sino a puercos. Las revoluciones religiosas se preparan con buenas obras, instrucción, y se terminan con la extinción total, no de las futilidades de la estupidez religiosa, sino de los criminales que la predicán y la fomentan.

que dé grandes hombres a la patria: aquí se desconocen las recompensas debidas al saber y, como no hay ningún honor ni ningún beneficio en ser sabio, nadie desea llegar a serlo.

He estudiado tus leyes civiles: son buenas, pero mal ejecutadas, de donde resulta que se degradan. ¿Qué sucede?: que la gente prefiere vivir sumida en su corrupción a pedir su reforma, porque teme, y con razón, que tal reforma engendre infinitamente más abusos de los que destruiría; se dejan las cosas como están. Sin embargo, todo va de mal en peor, y como ya no hay emulación para el gobierno, como tampoco para las artes, nadie se inmiscuye en asuntos públicos; para compensarse se entregan al lujo... a la frivolidad..., a los espectáculos. Sucede que aquí el gusto por las pequeñas cosas sustituye al de las grandes, que el tiempo que se debería dedicar a estas se pierde con las futilidades, y que tarde o temprano seréis subyugados por el mejor postor...

Para prevenir esa desgracia, tu Estado necesitaría un ejército naval. He visto algunas tropas de tierra, pero ni un navío. Con esa indiferencia, con esa condenable apatía, tu nación pierde el título de potencia marítima al que le da derecho su situación geográfica y, como tus fuerzas de tierra no te compensan de la otra, acabarás por no ser nada. Los pueblos que se extiendan se reirán de ti y si alguna revolución llega a regenerar a algunos de ellos, serás privado, con razón, del honor de ser un peso en la balanza. Todos, hasta el papa, pueden asustarte si quisieran utilizar la fuerza.

¡Y bien!, Ferdinand, ¿vale la pena querer dominar una nación para conducirla de esta manera? ¿Y acaso crees que un soberano, incluso un déspota, puede ser feliz cuando su pueblo no es próspero? ¿Dónde están las máximas económicas de tu Estado? Las he buscado y no las he encontrado en ninguna parte. ¿Incrementas la agricultura?, ¿impulsas la población?, ¿proteges el comercio?, ¿das emulación a las artes? No solamente no veo en tu país lo que los otros hacen, sino que veo que se hace incluso todo lo contrario. ¿Qué sucede con tales inconvenientes? Que la triste monarquía languidece en la indigencia; que tú mismo te conviertes en un ser nulo para el conjunto de las otras potencias de Europa, y que tu decadencia está próxima.

¿Qué ocurre si examino el interior de tu ciudad?, ¿si analizo sus costumbres? En ninguna parte veo esas virtudes sencillas que sirven de base a la sociedad. La gente se junta por orgullo, se frecuenta por hábito, se casa por necesidad; y como la vanidad es el primer vicio de los napolitanos, defecto que procede de los españoles, bajo cuya dependencia vivieron durante largo tiempo, como, digo, el orgullo es vicio inherente a tu nación, evitan verse de cerca temiendo que el hombre se horrorice, una vez que haya caído la máscara. Tu nobleza, ignorante y estúpida, como en todas partes, acaba de multiplicar el desorden dando su confianza a los hombres de leyes, triste y peligrosa ralea, y tan ridículamente extendidos que casi no hay justicia. La poca que hay se vende a peso de oro y, de todos los países que he recorrido, es este quizás el único donde he visto poner más afán para absolver a un culpable de lo que se pone en otras partes para justificar a un inocente.

Me había imaginado que tu corte me daría nuevas ideas sobre educación y galantería y no encuentro más que patanes o imbéciles. Me consolaba de los vicios monárquicos, con la esperanza de algunas antiguas virtudes, y no he visto en tu gobierno sino el resultado de todos los desórdenes de los diferentes reinos de Europa. En tu país, cada persona intenta aparentar más de lo que es; y como no se tienen las cualidades que hacen adquirir las riquezas, se las sustituye por el fraude: así se impone la mala fe y los extranjeros no pueden tener ya confianza en una nación que en sí misma no tiene nada.

Tras haber dirigido mis miradas sobre los nobles, las llevo hacia tu pueblo. Lo veo por doquier grosero, estúpido, indolente, ladrón, sanguinario, insolente, y sin una sola virtud que compense todos esos vicios.

¿Quiero ocuparme del conjunto de la sociedad reuniendo los dos cuadros? Entonces veo cómo están confundidas todas las condiciones; el ciudadano al que le falta lo necesario, se ocupa de lo inútil; cada hombre sirve de divertimento o de espectáculo a otro; la misma indigencia expone un lujo tanto más repugnante cuanto que, cuando los carros son tirados por corceles, falta pan en la mesa. ¿No es uno de los horribles efectos del gusto de los napolitanos por el lujo el hecho de que para poseer una carroza y criados, las tres cuartas partes de las buenas familias tengan la crueldad de no casar a sus hijas? Este espantoso ejemplo se propaga a todas las clases. ¿Qué sucede? Que la población disminuye en razón del aumento del lujo, y que el Estado se debilita en proporción al engañoso colorido que adquiere por medio de estos viles medios.

Pero donde ese lujo se hace tan ridículo como cruel es en vuestros matrimonios y en vuestras *tomas de hábito*. En el primer caso, disminuís la dote de la desgraciada muchacha para embellecerla un solo día; en el segundo, tendríais con qué encontrarle un marido sólo con lo que gastáis en la ridícula ceremonia que debe privarla de él para toda la vida.

Lo más singular de todo esto, Ferdinand, es que, aunque tus súbditos sean pobres, tú eres rico. Y lo serías mucho más si tus predecesores no hubiesen vendido el Estado a trozos para tener todo el dinero junto. Un Estado que tiene recíprocos intereses de comercio puede sopesar sus reveses con sus ventajas; pero un pueblo con quien todo el mundo negocia sin que él negocie con nadie, hace el imbécil en toda Europa, y debe empobrecerse necesariamente. Esta es la historia de tu nación, mi querido príncipe; las otras te imponen un tributo por su industria, y tu industria sin actividad no puede imponérselo a nadie.

Lo más gracioso es que tus artes tienen el carácter vano y glorioso de tu pueblo. Ninguna ciudad sobre la tierra supera a la tuya en decoraciones de ópera; todo es apariencias relumbrante en tu país, como ese pueblo. La medicina, la cirugía, la poesía, la astronomía están todavía en las tinieblas; pero tus bailarines son excelentes y en ninguna parte tenemos tan graciosas escaramuzas. Por último, en otras partes la gente se afana por hacerse rica: sólo el napolitano se esfuerza por parecerlo; tienen menos empeño en poseer una gran fortuna que en convencer a los otros de que se goza de ella, y en conseguir la opulencia que en vocearla. Esto es lo que hace que en tu nación haya mucha gente que se priva de lo necesario para tener lo superfluo. La frugalidad reina en medio del gran fasto; se desconoce la delicadeza de los platos; ¿hay algo bueno que se pueda comer aquí, excepto tus *macaronis*? Nada: se desconoce absolutamente ese voluptuoso arte de excitar todas las pasiones con los deliciosos refinamientos de la mesa. Todo se reduce al absurdo placer de tener una hermosa carroza, una bella librea, y, por un contraste poco grato a la vista, junto a la pompa y magnificencia de los modernos, habéis conservado la frugalidad de los antiguos. Vuestras mujeres son imperiosas y sucias, exigentes y triviales, sin mundología, iletradas. En otros climas su comercio las deprava pero refina su espíritu: aquí los hombres ni siquiera gozan con ellas de esa última ventaja; los vicios que se contraen en el trato con ellas no tienen remisión ni compensación: con ellas se pierde todo y no se adquiere nada.

Sin embargo, a pesar de lo malo, es justo decir algo bueno. El fondo de tu pueblo es bueno; el napolitano es vivo, irascible, brusco, pero se le pasa pronto y su corazón, que

lo da entonces por entero, tiene sus virtudes. Casi todos los crímenes que aquí se cometen son mucho más fruto del primer impulso que de la reflexión, y la prueba de que este pueblo no es malo es que es muy numeroso en Nápoles y se mantiene sin policía. Este pueblo te ama, Ferdinand: correspóndele, sé capaz de un gran sacrificio. Christine, reina de Suecia, abjuró de su corona por filosofía: rompe tu cetro por bondad, suelta las riendas de un gobierno tan mal organizado que sólo te enriquece a ti. Piensa que los reyes no son nada en el mundo; los pueblos todo. Abandona a este pueblo el cuidado de llevar la voz cantante en los resortes de una máquina que bajo tu gobierno jamás llegará a ninguna parte; deja a Nápoles que viva como una república: ese pueblo que he estudiado es tan mal esclavo como buen ciudadano llegará a ser. Devuélvele la energía que tu poder encadena, y habrás conseguido dos bienes a la vez: el de que en Europa se encuentre un tirano menos y el que haya un pueblo más para admirar.

Ferdinand, que me había escuchado atentamente, me preguntó, en cuanto hube acabado, si todas las francesas razonaban como yo tratándose de política.

—No —le digo—: la mayor parte analiza mejor los sombreros que los reinos; lloran cuando son oprimidas; son insolentes en cuanto sus cadenas desaparecen. En cuanto a mí, mi vicio no es la frivolidad; no digo lo mismo del libertinaje... estoy excesivamente atada a él; pero el placer de joder no me ciega hasta el punto de no poder discutir los intereses de los diferentes pueblos de la tierra. La llama de las pasiones, en las almas fuertes, enciende a la vez la de Minerva y la de Venus; a la luz de esta jodo como tu cuñada^{*}; a los rayos de la primera, pienso y hablo como Hobbes y Montesquieu. Entonces, según tú, ¿es tan difícil conducir un imperio? Asegurar tan sumamente bien la dicha del pueblo que ya no pueda envidiar la vuestra; a continuación trabajar por esa última con tanta menos moderación cuanto que el hombre deja de observar y de estar celoso cuando es feliz: me parece que éste es todo el secreto; y hace mucho tiempo que lo habría puesto en práctica si, como tú, tuviese el poder y la locura de regir un pueblo. ¡Ten cuidado con esto, amigo mío!, no es el despotismo lo que te prohíbo, conozco demasiado bien cuán dulce es para hacerlo: sólo te aconsejo que suprimas y cambies todo aquello que puede perjudicar el perfecto mantenimiento de ese despotismo, desde el momento en que quieres seguir en el trono. Por lo tanto, haz feliz a todo el que sepa sentir, si quieres serlo a tu vez; porque, puedes estar seguro, Ferdinand, desde el momento en que ellos no gocen, te impedirán a su vez que lo hagas tú.

—¿Y el medio?

—La mayor libertad de pensamiento, creencia y actuación. Rompe los frenos morales; el hombre al que el pito se le empina quiere ser libre como el animal. Si, como en Francia, vas a imponerle el altar en que debe correr su semen, doblegándolo por tonterías al odioso yugo de una moral pueril, te lo devolverá de una forma mucho más dura^{**}. Ellos, los pedantes o los curas, pondrán los hierros en tus manos y pronto te encadenarán a ti mismo y quizás te lleven hasta el patíbulo, a donde te conducirá su venganza.

—Así pues, según vos, ¿no serían precisas las costumbres en un gobierno?

—Sólo las que inspira la naturaleza. Cuando queréis imponer otras al hombre siempre lo hacéis desgraciado. Dejad que el hombre ultrajado se vengue de la ofensa

^{*} María-Antonieta de Francia.

^{**} Se ha observado que nunca hubo tantos reglamentos de policía, de leyes referentes a las costumbres, etc., como en los últimos años de los reinados de Carlos I y de Luis XVI.

recibida: siempre lo logrará mejor que vuestras leyes, porque está más interesado que ellas; además, la ofensa se escapa muchas veces a vuestras leyes, pero raramente al que persigue su justa venganza.

–A fe mía que no entiendo nada de todo eso –me respondió el pánfilo–. Yo fornico, como *macaronis* sin cocinar, construyo casas sin arquitecto, colecciono medallas sin anticuario, juego al billar como un lacayo, impongo la instrucción a mis cadetes como un sargento; pero no hablo ni de política, ni de religión, ni de costumbres, ni de gobierno, porque nada sé de eso.

–¿Y el reino?

–Va tirando como puede. ¿Te imaginas que haga falta ser tan sabio para ser rey?

–Tú me demuestras que no –respondí–, pero no por eso me convences de que no sea necesario tener inteligencia y una cierta filosofía para conducir a los hombres y que, privado de una y otra, sólo se deben hacer tonterías que pronto impulsarán a los súbditos de un príncipe como tú a sacudirse de tu yugo imbécil. Y lo harán pronto, puedes estar seguro, si no pones en juego todas las posibilidades para impedirlo.

–Tengo cañones, fortalezas.

–¿Y quién suministra todo eso?

–Mi pueblo.

–Pero si se cansa de ti ya no te lo suministrará más. Volverán los cañones contra tu castillo, se apoderarán de tus fortalezas y quizás te arrastren por el suelo.

–¡Me asustáis, señora!..., ¿y qué se precisaría?

–Te lo he dicho. Imita al jinete sabio: lejos de apretar la brida cuando el corcel se encabrita, tiéndele dulcemente la mano; haz más, corta las riendas y déjalo que se conduzca a su gusto. Cuando la naturaleza diseminó a los pueblos sobre la superficie del globo, les dio a todos el genio necesario para conducirse; pero sólo en momentos de cólera les sugirió que erigiesen reyes. Estos son al cuerpo político lo que el médico al cuerpo material: se le puede llamar cuando se sufre*; hay que cerrarle la puerta cuando se recupera la salud; prolongaría la enfermedad para eternizar su ayuda y, so pretexto de curar, debilitaría.

–Juliette, tú razones bien, me gusta tu conversación, pero no sé... me impones; eres más inteligente que yo.

–Precisamente no he mostrado todo lo puedo dar de mí. Puesto que mi inteligencia te da miedo, no importa que por un rato la razón ceda ante tus placeres: veamos, ¿qué deseas?

–Se dice que tienes el cuerpo más hermoso del mundo, Juliette, quiero verlo. Quizás, dado el tono con que has debutado en mi corte, no sería éste el lenguaje más apropiado para hablarte; pero la apariencia brillante no me impone, querida; he recibido informes sobre tus hermanas y tú: aunque muy ricas, no hay duda, amigas mías, no sois más que tres putas.

–Tus informes no son exactos, guapo Sir –respondí con vivacidad–, tus espías se parecen a tus ministros: roban tu dinero sin servirte. Si tus informes hubiesen sido buenos, habrías visto tu error. No importa, en lo que a mí respecta no tengo ningún deseo de hacerme la vestal. No, sino de ser exactos: tu capitulación no será más dura que la de tu cuñado, el duquecillo de Toscana. Escucha; aunque te hayas equivocado al considerarnos a mis hermanas y a mí como putas: si bien es cierto que no lo somos, sí lo es el hecho de que sea imposible ser más malvadas y corrompidas; nos tendrás a las

* Sólo cuando la patria estaba en peligro nombraban los romanos un dictador.

tres, si quieres.

–Por supuesto –respondió el príncipe–; nada me complace tanto como enfilear a toda una familia.

–¡Y bien! –le digo–, vas a ser satisfecho, y a cambio de eso sólo exigimos de ti que nos costees en Nápoles todos los gastos que hagamos durante seis meses, que pagues nuestras deudas si las contraemos, y que nos asegures la más completa impunidad, cualesquiera que puedan ser los extravíos a los que nos entreguemos.

–¿Y cuáles serán esos extravíos?

–Numerosos, violentos hasta un punto imposible de imaginar: no hay ningún tipo de crímenes al que no nos entreguemos mis hermanas y yo, y no deseamos ser castigadas por ninguno...

–Concedido –respondió Ferdinand–; pero que vuestros delitos sean lo menos escandalosos posibles y que ninguno ataque a mi gobierno ni a mi persona.

–No, no –le digo–, no nos divertirían. Buenos o malos, dejamos a los gobiernos como están; y en cuanto a los reyes, les dejamos a sus pueblos el cuidado de vengarse de su despotismo.

–Vamos –dice Ferdinand–, ya podemos hablar de placeres.

–¿No dices que quieres gozar también de mis hermanas?

–Sí, pero siempre tendría que empezar contigo. Y haciéndome pasar a un cuarto diferente:

–Juliette –me dice el napolitano señalándome una mujer de veintisiete a veintiocho años, casi desnuda, en un nicho de espejos–; las pasiones que debes satisfacer son tanto las de esa mujer como las mías.

–¿Y quién es esa mujer?

–La mía.

–¡Ah!, ¿tú eres Charlotte? –le digo sin asombro–; conozco tu reputación: aunque tan puta como tus hermanas, se dice que sin embargo pagas mejor: ya lo veremos.

–Juliette –me dice entonces Ferdinand–, si quieres que yo favorezca tus deseos tienes que ser complaciente con la reina hasta el final.

–Que diga lo que le complace: nadie como yo conoce los recursos de la lubricidad; los emplearé todos.

Y en ese mismo instante, Charlotte de Lorraine, lanzándose a mi cuello, me hizo comprender con mil besos cuán sensible era ya a los placeres que yo le prometía. Suprimimos todo ceremonial: Ferdinand nos desnudó a las dos; después, tras introducir en ese asilo a un joven paje de quince años hermoso como el día, al que puso en el mismo estado, Charlotte y yo nos masturbamos sobre el canapé, mientras que, bien enfrente de la operación, Ferdinand, polucionado por su paje, le besaba ardientemente en la boca y le sobaba el trasero.

¡Oh!, ¡amigos míos, qué mujer la tal Charlotte! Pensé que tenía que haber sido la misma impudicia la que hubiese fijado todas sus llamas en el coño de esta puta real. Charlotte, con sus muslos enlazados a los míos, frotaba con ardor su clítoris contra el mío; sus manos abrazaban mis nalgas; uno de sus dedos hurgaba en el agujero de mi culo; su lengua, sumergida en mi boca, tragaba mi saliva con ansiedad; la zorra estaba ardiendo de deseo, y el semen salía por sus poros. Yo no llegaba, cambié de postura; nuestras cabezas entre los muslos de la otra nos facilitan los placeres de la succión. ¡Oh!, cómo devuelve lo que yo le presto; si mi coño inunda su gárganta de semen, el suyo es un torrente cuyas frecuentes eyaculaciones llenan el mío y lo deleitan. Cuando ya no nos quedaba semen para echar, me suplicó que la mease en la boca, yo le pedí lo

mismo: nos inundamos de orines y tragábamos a medida que corrían.

Charlotte es hermosa, su piel muy blanca, su pecho firme, sus nalgas admirables, sus muslos maravillosamente proporcionados; se ve que ha jodido mucho y de todas las formas posibles, pero se conserva bien y sus aberturas son todavía muy estrechas*.

–¡Oh amor mío! –le digo, verdaderamente emocionada ante sus encantos– ¿Nos lanzamos a cosas más serias?

–Aquí tenéis lo necesario –me dice el rey lanzándonos consoladores.

Y bien provistas la dos, pronto nos lanzamos los ataques más violentos. En una de estas, mi culo se encontró frente a Ferdinand; lo examina, lo cubre con los más ardientes besos.

–Quédate un momento en esa postura y para de moverte –me dice–: quiero encularte mientras tú fornica a mi mujer... Tú, Zerbi, excita mi trasero...

La escena duró un rato, al cabo del cual el príncipe, poniendo a su mujer en mi lugar, la encula mientras ella me fornica; un momento después, hace que la sodomice el joven, yo la masturbo y él... descarga por fin en el culo del paje que le pone los cuernos.

Al cabo de un rato que aprovechamos para besarnos, manosearnos, recomenzamos. Ferdinand se puso en mi culo, acariciaba el de Zerbi, le hacía cagar en su boca, y su mujer le aplicaba el látigo. Al cabo de un minuto, salió de mi culo, cogió los vergajos y nos azotó a los tres bastante fuerte; la reina me lo devolvió, era una de sus pasiones; me hizo sangrar; chupó el pito del paje mientras su marido lo enculaba, y ella me manoseaba el trasero. Poco después, rodeamos a Ferdinand, yo lo chupaba, su mujer lo socratizaba, le manoseaba los cojones, y el paje, a caballo sobre su pecho, le hacía lamer el agujero de su culo; se levanta con el pito empinado y muy duro.

–No sé por qué no retorremos el pescuezo a este bribonzuelo –dice agarrando a su paje por el cuello y haciéndole lanzar fuertes gritos.

–Hay que colgarlo –dice Charlotte.

–Muchachita mía –digo besando a esta encantadora mujer–, ¿así que también te gusta la crueldad? ¡Ah!, si es así, ¡te adoro! Me doy cuenta de que serías capaz de hacer lo que esa emperatriz de China que alimentaba a sus peces con cojones de niños pobres.

–¡Oh!, ¡sí, sí!, imitaré ese horror cuando lo desee; estoy hecha para sobrepasarla. Hagamos infamias, Ferdinand; esta mujer es deliciosa, lo veo, tiene inteligencia, carácter, imaginación; creo que incluso nuestros gustos. Bien, amigo mío, sirve tú mismo de verdugo a Zerbi y recordemos que la destrucción de un individuo es el estimulante más vivo que puede añadirse a los atractivos de las orgías de los sentidos. Cuelga a Zerbi, querido esposo, cuélgalo fuerte; Juliette me masturbará enfrente de la operación...

Se ejecuta; y Ferdinand agarrota al paje con tanta habilidad y violencia que expira antes de que hayamos tenido tiempo de excitarnos.

–¡Oh!, ¡joder! –dice Charlotte–, soy la mujer más desgraciada, sólo quería lanzar esperma viéndole expirar: no importa, desátalo, Ferdinand; muerto como está, conduce su mano, quiero que me masturbe.

–No –dice el rey–, Juliette se encargará; entretanto yo encularé al cadáver; se dice que no hay nada mejor en el mundo, quiero probarlo. ¡Oh!, ¡santo Dios! –dice, en cuanto está en el culo–, tienen razón al alabar este goce: me deshago jodiendo este

* Este esbozo es real.

culo, ¡es divino!

La escena prosigue; Zerbi no resucita, pero sus verdugos mueren de placer. Charlotte, para descargar una última vez, se tumba desnuda sobre el cuerpo ya frío del paje y, mientras su marido la masturbaba, me hacía cagar en su boca.

Cuatro mil onzas* fueron mi recompensa, y nos separamos con la promesa de volvernos a ver pronto rodeados de mucha más gente.

De vuelta en el hogar, cuento a mis hermanas los gustos extravagantes de Su Majestad siciliana.

–Es extraordinario –dice Clairwil– que semejantes pasiones se alberguen siempre en las cabezas de aquellos a los que la naturaleza eleva por su espíritu, sus riquezas o su atrocidad.

–No conozco nada más sencillo –dice Olympe, a la que ya no dábamos otro nombre, temiendo que el suyo la delatase–; no, verdaderamente, no conozco nada tan natural como ver los mayores refinamientos del placer concebidos por aquellos cuyo espíritu percibe más sutilmente, por aquellos a los que el despotismo o los favores de la fortuna ponen por encima de los demás. Es imposible que un hombre que sea muy inteligente, que tenga mucho poder y mucho oro se divierta como todo el mundo. Ahora bien, si refina las voluptuosidades, llegará necesariamente al asesinato, porque el asesinato es el último exceso de la voluptuosidad; está dictado por ella, es una de sus ramas, una de sus desviaciones. El hombre no llega a las últimas crisis de la voluptuosidad sino por un acceso de cólera; truena, jura, se arrebata, manifiesta en esa crisis todos los síntomas de la brutalidad; un paso más y es un bárbaro, otro y es un asesino; cuanto más inteligente sea, más refinará sus impulsos. Una cadena lo sujetará todavía menos: él temerá o el extremo desgaste de sus placeres o las leyes; resguardadle de esos locos terrores con mucho oro o poder y lo veréis lanzado a la carrera del crimen, porque la impunidad lo tranquiliza, y porque se llega a hacer cualquier cosa cuando al espíritu de concebirlo todo se unen los medios de emprenderlo todo.

–¡Y bien! –les digo a mis amigas–, aquí estamos las tres en esa feliz situación; porque junto a las inmensas riquezas que poseemos, la más completa impunidad nos ha sido concedida por Ferdinand.

–¡Oh, joder! –dice Clairwil–, ¡hasta qué punto inflama mis pasiones esa encantadora certidumbre!...

Y la pájara se abría de piernas, se remangaba, se masturbaba, y nos ofrecía un coño bermejo y anhelante que parecía llamar al combate a todos los pitos de Nápoles.

–Se dice que aquí las pollas son soberbias –prosiguió–; hay que arreglarlo con Sbrigani para que no nos falten.

–Lo tengo todo preparado desde ayer –nos responde este hombre encantador–; tengo doce proveedores en el campo, y gracias a mis cuidados todas las mañanas os serán presentados veinticuatro guapos muchachos de dieciocho a veinticinco años: yo seré su catador; si, a pesar de las rigurosas órdenes que he dado, se mezcla algo mediocre en el abastecimiento, será rechazado al momento.

–¿Y cuáles son los tamaños adoptados? –dice Clairwil, masturbada por Raimonde.

–No tendréis nada por debajo de seis pulgadas de circunferencia por ocho de largo.

–¡Bah!, ¡esa medida es buena para París, pero en Nápoles donde hay monstruos!... En lo que a mí se refiere os advierto que no acepto nada por debajo de ocho pulgadas

* La onza vale 11 libras, 10 céntimos.

de circunferencia y un pie de largo...

–Ni nosotras tampoco –respondimos Olympe y yo, casi al mismo tiempo–, quizás con esa cláusula tengamos menos, pero será mejor...

–¡Menos! –dice Clairwil–, no veo por qué disminuir el número; al contrario, doy tanta importancia a la calidad como a la cantidad: por tanto, Sbrigani, le ruego que nos tenga treinta hombres todas las mañanas, con las proporciones que acabo de dar: es decir, diez para cada una de nosotras. Suponiendo que nos fornicen tres veces cada uno, ¿hay algo de que protestar? ¿A alguna de vosotras le amarga un buen dulce? En cuanto a mí, os garantizo que eso no me impedirá que haga algunas escapadillas durante el día: sólo jodiendo mucho se pone uno en condiciones de joder, y sólo para joder nos ha creado la naturaleza.

Y la zorra descargó en brazos de Raimonde mientras pronunciaba estas últimas palabras.

–Mientras esperáis que satisfaga vuestras condiciones –dice Sbrigani–, mirad si os complacen esos seis guapos criados: creo que superan las medidas que acabáis de indicarme...

Y, al mismo tiempo, seis mozos altos y gallardos, de cinco pies seis pulgadas, aparecieron medio desnudos y con el pito en la mano.

–¡Santo cielo! –dice Clairwil, todavía remangada–, ¡qué instrumentos!... Veamos si puedo empuñarlos (pero sus dos manos no bastaban). ¡Oh!, estos son los apropiados –dice–. Para vosotras amigas mías; yo me quedo con estos dos.

–Un momento –dice Sbrigani–, desvariáis; dejadme dirigir vuestros placeres; mucho más tranquilo lo haré mejor que vos, a quien el semen ha cegado ya.

–Sí, sí, tiene razón –dice Clairwil, que se desnudaba ya previsoramente–, que él disponga, que ordene; yo, seguiré poniéndome en condiciones de combatir.

–Venga, Clairwil –dice Sbrigani–, empieza tú, que me pareces la más apremiada.

–Lo confieso –respondió nuestra compañera–, no sé lo que tiene el aire de Nápoles que me embriaga... me vuelve más libertina que nunca...

–Lleno de partículas nitrosas, sulfurosas y bituminosas –respondí–, necesariamente tiene que excitar los nervios y poner en mayor agitación a los espíritus animales. Como tú, siento que haré horrores en este país.

–Aunque yo debería estar más acostumbrada que vosotras –nos dice Olympe– dada la poca distancia que existe entre este país y el mío, sin embargo, como vos, siento que me irrita enormemente.

–Gozaad entonces –dice Sbrigani–, entregaos, putas y contad conmigo para que os sirva en vuestros placeres. Mirad –prosiguió–, os aconsejo que os dispongáis de la siguiente manera para esta escena: Clairwil empezará; aunque arde en deseos de ser jodida, quiero que la hagamos desear el instrumento que va a perforarla. Juliette, coge ese hermoso pito, elegido ya por tu amiga, mastúrbalo cerca de su coño, frótaselo contra el clítoris, pero no lo metas. Tú, Borghèse, acaricia ligeramente la entrada del coño de la paciente; caliéntala, enfurécela, y cuando la rabia estalle en sus ojos, la satisfaremos, pero tiene que estar tumbada en brazos de uno de estos jóvenes; mientras la sostiene, ese guapo muchacho debe con una mano hurgarle en el agujero del culo, con la otra acariciar las tetas y besar su boca. Para excitar todavía más los sentidos de nuestra amiga, le haremos que introduzca con cada mano un pito en los coños de Elise y Raimonde, donde no harán sino calentarse; los otros dos jóvenes os encoñarán ante sus ojos, para completar el desorden con que queremos envolver a su alma...

La zorra no soportó efectivamente ni seis minutos; espumea, jura... desvaría, y

viendo que era imposible hacerla consumirse de impaciencia por más tiempo, los seis criados le pasan por el cuerpo en menos de una hora y la hacen morir de placer. Olympe y yo apretábamos los pitos cuando salían del coño de nuestra amiga. Elise y Raimonde nos masturbaban, nos azotaban, nos acariciaban, nos lamían. Sbrigani ponía orden en todo y nosotras descargábamos como bribonas. Pusimos en práctica todas las formas de joder, todos los excesos, todos los refinamientos; el que más empleamos de todos fue recibir tres pitos a la vez, dos en el coño, uno en el culo. No es posible imaginarse el placer que da este goce con fornicadores hábiles; algunas veces caían todos sobre una sola mujer. De esta forma yo sostuve tres veces el peso general. Estaba tumbada sobre un hombre que me enculaba; Elise, a caballo sobre mi rostro, me daba a chupar su bonito coño; y Raimonde hurgaba en el agujero del culo de ese hombre con su lengua. Bajo mis dos manos estaban, a cuatro patas, a un lado Clairwil, al otro Olympe: introducía un pito en cada uno de sus culos y ellas chupaban los pitos del quinto y sexto hombre. Por fin, los seis criados fueron recibidos sin dificultad, tras haber descargado cada uno ocho veces. Era imposible rechazarlos después de parecidas muestras.

Alrededor de ocho días después de esta aventura recibimos una nueva invitación de Ferdinand, quien nos animaba a que fuésemos las tres a Portici. Parecía que el rey quería que esta escena fuese infinitamente más refinada y brillante que la otra. Fuimos recibidas en cuartos maravillosamente decorados y deliciosamente frescos. Charlotte, vestida como Flora, nos esperaba con el príncipe de La Riccia, guapo joven de veinticuatro años, y que participaba en todos los placeres privados de la reina y su marido. Cuatro bonitos niños, dos muchachitas de diez a once años, y dos muchachitos de doce a trece, trajeados como los griegos vestían en otro tiempo a sus víctimas, estaban de pie y en un respetuoso silencio en un rincón del cuarto. El talle noble y majestuoso de Clairwil, la regularidad de sus facciones, aunque no estuviese ya en la primera juventud, el excesivo libertinaje de sus ojos, atrajo a la reina de Nápoles.

—¡He aquí a una hermosa mujer! —exclamó.

Y como en criaturas tan libertinas como nosotras, de los elogios a las caricias no hay más que un paso, las dos zorras pronto estuvieron una en brazos de otra. La Riccia se apodera de Olympe y yo sigo siendo la favorita del rey.

—Antes de actuar juntos —dice Ferdinand—, soy de la opinión de que pasemos todos por separado, de dos en dos, unidos como estamos ahora, a los cuartos que rodean esta pieza. Tras algunos minutos de soledad, nos reuniremos.

Charlotte nos da el ejemplo; seguida de Clairwil y por una de las dos víctimas femeninas, se encierra en uno de los cuartos. La Riccia coge a uno de los muchachitos y pasa con Olympe; una muchachita y un muchachito quedan para Ferdinand, que pronto se encierra con ellos y conmigo. Entonces apareció con toda su fuerza el libertinaje basto y grosero del napolitano. Pero igual que a través de las nubes más opacas llegan algunas veces los rayos del astro del día a alegrar a los mortales, así bonitas nubes de lubricidad atravesaban la masa de torpezas del cernícalo al que yo servía.

Tras un rato de horrores preparatorios a los que cada uno se entregó individualmente con los sujetos que había llevado consigo, nos reunimos todos en un soberbio salón; y allí, mientras nos calentábamos recíprocamente la imaginación con los detalles de las infamias que acabábamos de cometer, nos sumimos todos en un océano de lubricidad, y ejecutamos sin reprimarnos todo lo que nos sugirió el desenfreno de cabezas tan libertinas y malvadas como las nuestras.

Sólo el agotamiento de nuestras fuerzas puso fin a estas voluptuosas orgías y nos

separamos.

A nuestra vuelta, encontramos a Sbrigani herido y en su cama. Lo habían insultado por nuestra causa: había tenido unas palabras en un café; un francés, que pretendía conocernos, nos había tratado de putas. Aunque en realidad, pocas cosas en el mundo eran tan ciertas como ésa, Sbrigani, por afecto, no quiso aceptarlo y para apoyar mentiras el imbécil se había dejado dar dos buenas estocadas en el vientre.

Tras haberle prestado los primeros cuidados, nuestra conversación recayó naturalmente sobre el duelo.

–¡Oh!, qué locura –dice Clairwil–, arriesgar su vida en un combate con un hombre que decididamente se equivocaba con nosotras. Si ese hombre –continuó nuestra amiga, pidiéndonos permiso para ponerse por un momento en el lugar de un sexo cuyas funciones realizaba tan bien en caso de necesidad–, si, digo, ese hombre me ha faltado en esencia, ¿por qué voy a deberle el favor de considerarlo lo suficiente honrado como para medirme con él?, ¿y por qué voy a ponerme en situación de doblar su injuria cuando me hiera, o me mate quizás, tras haberme insultado? Soy yo el que merece una reparación, y para recibirla ¡tengo que exponer mis días! Si me comporto de una forma diferente, o si tengo que ir a batirme con ese hombre porque sea absolutamente necesario, me las doy de guapo y tomo tales precauciones para mi seguridad que a él sólo le queda la posibilidad de defenderse y no puede pensar en la de insultarme de nuevo, si, digo, yo me conduzco así, seré tratado de pícaro: creo que es difícil ver una lógica más opuesta al buen sentido que ésta. Que el que ha insultado se presente desnudo al combate y que su adversario vaya acorazado: eso es lo que dictan la razón y el buen sentido. El agresor debe tener visiblemente una ventaja menos: según las costumbres de todas las otras naciones del universo, se ha puesto en el caso de hacerse asesinar por aquel al que ha faltado; de esta forma, todo lo más que pueden dictar las frívolas leyes del honor, en una situación parecida, es que el combate tenga lugar, si por encima de todo lo deseáis, pero con una prodigiosa desproporción entre los combatientes; y el que ha faltado, lejos de pensar en renovar sus injurias, no debe y no puede ocuparse más de su propia defensa. ¿Y qué derecho puede tener a atacar de nuevo tras lo que ha hecho? De acuerdo con esto, nuestros usos son atrocemente injustos, y nos hacen servir de motivo de risa en las otras tres partes del mundo, suficientemente sabias para darse cuenta de que, cuando se hace tanto como tener que vengarse, se debe hacerlo al menos sin arriesgar la propia vida.

–Voy más lejos –le respondí a Clairwil– y pienso que el combate es algo tan absurdo como ridículo. Es odioso que un hombre arriesgue su vida porque ha sido insultado: la razón y la naturaleza sólo nos dictan en ese caso que nos deshagamos de nuestro enemigo y de ninguna manera que nos expongamos con él, cuando es una reparación lo que nos debe. Nuestros abuelos, mucho más sabios, se batían por medio de fiscales; por una cierta suma acordada se presentaban los campeones para dilucidar la querrela y la razón era para el más fuerte: al menos en este arreglo había la justicia de no arriesgarse uno mismo, y aunque esta costumbre se fue llenando de extravagancias y locuras, lo era mucho menos que a la que asistimos en nuestros días. Pero aquí está lo más gracioso; los campeones que en otro tiempo combatían por la causa de otro eran considerados generalmente como gente vil; nosotros hemos ocupado su lugar y seríamos despreciados si no hiciésemos el papel de gente declarada despreciable. ¿Existió nunca una inconsecuencia de tal calibre? Si nos remontamos a los orígenes, veremos que primitivamente esos campeones no eran más que asesinos a sueldo, como todavía se pueden encontrar en varias ciudades de España e Italia, a los

que pagaba el hombre insultado para deshacerse de su enemigo, y que a continuación, para disminuir la culpa de asesinato que esta costumbre parecía autorizar, se le permite al acusado defenderse del asesino pagado contra él y pagarse otro contra el que se le oponía. Este es el origen de los duelos, cuya cuna está en la sabia ley que permitía a todo hombre vengarse de su enemigo, poniendo su cabeza a precio. Esta excelente costumbre fue sustituida por una licencia... por una estupidez que ya no se parece en nada y que hace que el buen sentido se estremezca... Que cualquier hombre que tenga un enemigo no vaya entonces, si es sabio, a medirse en igualdad de condiciones con él; porque es totalmente ridículo hacerse el igual de aquel que se pone por debajo de nosotros. Si es absolutamente necesario que la ofensa se dirima, magnífico; pero que se presente al combate en unas condiciones de seguridad tales que el adversario que le debe la reparación no pueda insultarlo de nuevo; y si quiere ser mucho más sensato, que *haga asesinar*, como dice Molière en *El siciliano*: "*Es más seguro*". Respecto a los que hacen de todo eso una cuestión de honor, los encuentro por lo menos tan ridículos como a los que se les ocurre poner ese honor en la virtud de las mujeres: ambos prejuicios son bárbaros y ni siquiera merecen una discusión a sangre fría. El honor es una quimera nacida de las costumbres y convenciones humanas, las cuales siempre tuvieron como base el absurdo; es tan falso que el hombre se honre asesinando al enemigo de su patria como que se deshonor masacrando al suyo. Nunca pueden seguirse consecuencias desiguales de procedimientos iguales: si hago bien vengando a mi nación de las injurias que ha recibido, hago mucho mejor vengándome de aquellas que me han dirigido a mí personalmente. El Estado, que alquila anualmente a cuatrocientos o quinientos mil asesinos para que sirvan a su causa, no puede ni natural ni legítimamente castigarme a mí cuando, siguiendo su ejemplo, pago a uno o dos para que me venguen de los insultos infinitamente más reales que he podido recibir de mi adversario: porque, en suma, los insultos contra esa nación nunca la afectan de forma personal, mientras que los que yo recibo alcanzan directamente a mi persona, y la diferencia es muy grande. ¿Pero puede un hombre intentar decir estas cosas en el mundo? Sería tratado de ruin, de cobarde, y la reputación respecto a su inteligencia o a su bondad que se haya forjado a lo largo de toda una vida le será arrebatada de golpe por unos cuantos mequetrefes tan simples como imbéciles a quienes tres o cuatro mojigatas, a las que habría que azotar en cualquier parte, habrán convencido de que no hay nada tan hermoso como ir a arriesgar su vida, cuando se está en el derecho de ir a quitar la de los otros.

—Estoy absolutamente de acuerdo con vosotras dos respecto al duelo —dice Olympe—, y espero que me tendréis la estima suficiente para no confundirme con esas imbéciles mujeres que sólo hacen caso a un hombre en razón de que, a causa de una pretendida ofensa, vaya a un prado a hacer el vil oficio de gladiador. Desprecio soberanamente a un alguacil de tal índole. Eso puede ser delicioso en un ayuda de cámara o en un soldado: esa gente debe batirse como mozos de cuerda; pero un hombre inteligente o rico... renunciar a sus estudios, a sus comodidades para entregar el cuello a un matón que no tiene más talento que el de dominar la esgrima, y que lo ha insultado solamente porque estaba seguro de deshacerse de él... poner el honor en ir a dar la razón a pícaros de esa calaña... ¡Hay que ser estúpido para aventurarse!, sí, estúpido: no hay sino bajeza en el hecho de dar a los otros ventajas sobre uno mismo, y de arriesgarse a perder en un instante, por nada, todas las cosas agradables, todas las ventajas que ha recibido de la naturaleza. Dejemos ese ridículo mérito a los bárbaros siglos de la caballería errante; la gente de talento no ha sido hecha para guerrear como un soldado,

sino para honrar y cultivar las artes, impulsarlas, servir a la patria cuando sea necesario, y no sacrificar sino a aquella la sangre que corre por sus venas. Cuando un hombre de esta condición tiene un enemigo que es inferior a él, que lo haga asesinar: esa es la única manera que le indica la naturaleza para que se desembarace de él; si el que lo ha ofendido es de su misma clase, que ambos lleven sus quejas a un tribunal benigno, erigido para el caso, que las diferencias sean juzgadas por este tribunal: entre gente honrada no hay nada que no pueda arreglarse amigablemente; es preciso que el que se ha equivocado ceda; es la ley... Pero la sangre... la sangre derramada por unas palabras, unos celos... una querrela... una burla... un reproche: es un absurdo indignante. El duelo no fue conocido hasta que los principios del honor sustituyeron a los de la venganza, y por consiguiente no fue admitido hasta que los hombres no se civilizaron. La naturaleza jamás grabó en el corazón del hombre que arriesgase su vida para vengarse de una ofensa recibida, porque de ninguna manera es justo ni natural exponerse a una segunda porque se ha recibido una primera. Pero es muy equitativo, está muy bien hecho, lavar la primera con la sangre del agresor, sin arriesgarse a derramar la propia, si es inferior a nosotros, y arreglarse amigablemente con él si es superior o igual. Que jamás se engañen con las ideas de las mujeres respecto a esto; porque lo que ellas desean no es la bravura de un hombre sino el triunfo que experimenta su orgullo cuando se dice que un hombre se ha batido por sus encantos. Tampoco hay que hacer leyes para extirpar esta odiosa costumbre: con las leyes la gente se subleva, se agría y jamás se gana nada. Es con el arma del ridículo con lo que hay que abolir esta odiosa costumbre. Es preciso que todas las mujeres cierren sus puertas a un pícaro duelista; es preciso escarnizar, ridiculizar, señalar con el dedo, es preciso que todo el mundo exclame al verlo: "He ahí el hombre que ha sido lo suficientemente vil, lo suficientemente ruin para hacer el estúpido oficio de campeón y que es lo suficientemente tonto para creer que palabras que se lleva el viento o golpes que sólo duelen un momento deban ser reparados al precio de una vida de la que sólo se goza una vez; apartaos de él, es un loco".

—Olympe tiene razón —dice Clairwil—, esa es la única manera en que se hará caer ese infame prejuicio. Quizás se objetará que el coraje marcial se apagará en los corazones, cuando deje de ejercerse. De acuerdo; pero os confieso que el coraje es una engañosa virtud de la que yo hago poco caso: he visto que sólo los imbéciles son valientes. El segundo de los Césares fue un gran hombre, sin duda, y sin embargo no era sino un ruin; Federico de Prusia estaba lleno de talento e inteligencia... tenía un acceso de fiebre cada vez que tenía que combatir. No acabaría nunca si tuviese que nombraros todos los hombres ilustres sujetos por el miedo: los mismos romanos reverenciaban el miedo y le erigieron altares. En una palabra, el miedo está en la naturaleza, ha nacido del íntimo deseo de conservarse, deseo que es imposible no tener, dado lo grabado que está en nosotros por el ser motor que nos lanzó sobre el globo, es decir, por la naturaleza. Subestimar a un hombre porque teme el peligro es subestimar el hecho de que ame la vida. En cuanto a mí, os juro que prestaré la mayor atención a un hombre que tema a la muerte; sólo por eso ya veré en él inteligencia, una cabeza interesante y voluptuosidad en los placeres. Al día siguiente de que todo París hubiese deshonrado a La Luzerne por haber asesinado a su enemigo en el campo de duelo, quise acostarme con él; he visto a pocos mortales tan amables... ninguno, sin duda, cuya cabeza funcionase mejor...

—No hay otros atractivos —interrumpí con vivacidad—; cuanto más ha vencido un hombre los prejuicios, más inteligente es: el hombre encerrado en los estrechos

principios de la moral, necesariamente seco y aburrido, sin atreverse a franquear nada, será monótono como las máximas que profesa, y como, con el tipo de imaginación que nos ha dado la naturaleza, no sacaremos nada de su compañía, debemos alejarnos de él.

Al cabo de unos días Sbrigani se encontró mucho mejor.

–Acaba de joder conmigo –me dice Clairwil–, con esta prueba he querido asegurarme de su buena salud y respondo que se ha empalmado bien: todavía estoy inundada de su esperma... Escúchame Juliette –prosiguió esta increíble mujer–, ¿es cierto que te gusta ese hombre?

–Me ha prestado muchos servicios.

–Sólo ha cumplido con su deber, lo pagas. ¿O es que tu alma empieza a imbuirse de los grandes principios del agradecimiento?

–No, por mi honor.

–Es que a mí no me gusta nada ese Sbrigani, además desconfío de él; ese hombre acabará robándonos.

–Di más bien que estás cansada de él, porque te ha jodido bien y tú no puedes soportar a los hombres cuando te han descargado en el coño.

–Ese sólo me ha jodido en el culo: mira mi trasero: todavía destila el semen que acaba de derramar en él.

–Loca; en una palabra, ¿a dónde quieres ir a parar?

–A librarnos de ese bribón.

–¿Has pensado que se ha batido por nosotras?

–Razón de más para que lo deteste; porque entonces su acción se convierte en una prueba de su estupidez.

–Una vez más, ¿qué quieres hacer con él?

–Mañana toma su última medicina... hay que enterrarlo pasado mañana.

–¿Entonces todavía te quedan muchas drogas de esas que compramos en casa de la Durand?

–Muchas, y quiero que tu Sbrigani las pruebe.

–¡Ah!, ¡Clairwil!, los años no te corrigen, eres y lo serás siempre una malvada. Pero, ¿qué dirá nuestra hermana Olympe?

– Lo que le dé la gana; cuando tengo ganas de cometer un crimen, me importa un comino lo que piensen los demás, y el orgullo de mi reputación no es precisamente el que domina mi corazón.

Consentí: ¿podía negarme al crimen? Todo lo que lleva su huella me es demasiado precioso para que no lo siga al momento. Me había servido de este italiano, mucho más por necesidad que por amor. Clairwil prometía hacerse cargo de todo aquello de lo que él se había ocupado: Sbrigani ya no era útil; yo firmaba su sentencia; Olympe consintió. Al día siguiente, Sbrigani, envenenado por la misma Clairwil, fue puesto al corriente por los demonios del infierno de que los espíritus malignos que existen en el cuerpo de una mujer son mil veces más peligrosos que los que nos pintan los curas y los poetas en el Tártaro. Hecha esta operación recorrimos los alrededores de Nápoles.

En ningún lugar de Europa la naturaleza es tan bella, tan grandiosa, como en los alrededores de esta ciudad. No es esa belleza triste, uniforme, de las llanuras de Lombardía, que infunde a la imaginación una tranquilidad que llega casi a la languidez: en cambio aquí, por todas partes, el espíritu se enciende; los desórdenes, los volcanes de esta naturaleza, siempre *criminal*, sumen al alma en una turbación que la hace capaz de las más grandes acciones y de pasiones tumultuosas. Esto somos nosotras, les digo a

mis amigas, y la gente virtuosa se parece a esos tristes campos del Piamonte cuya uniformidad nos desola. Examinando bien este asombroso país parece que en otro tiempo no hubiese sido sino un volcán; es difícil ver un solo lugar que no lleve el emblema de una conmoción. Esta extravagante naturaleza ha sido culpable muchas veces... ¿Cómo quieren que no la imitemos? ¡Qué injusticia! La solfatara que recorrimos parece ser la prueba de lo que digo.

Llegamos a Pouzzoles, teniendo constantemente ante nuestra vista los cuadros más variados y pintorescos. Desde allí se descubre la bonita isla de Nicette, donde se retiró Bruto después de haber matado a César. ¡Qué deliciosa morada para gente con voluptuosidades como las que nos gustan a nosotras! Parecería que uno estaba en el otro extremo del mundo; un velo impenetrable ocultaría a todas las miradas el secreto horror que se quisiese cometer allí; y nada azuza la imaginación, nada la enciende tanto como el silencio y el misterio. Más lejos se ven las costas de Sorrento y de Massa, el golfo de Nápoles, ruinas, hermosos edificios, ricos viñedos, en fin, todo lo que puede ornar la más risueña perspectiva y crear el punto de vista más agradable.

Pouzzoles, donde entramos para cenar, no tiene ya hoy ninguna marca de su antiguo esplendor; pero su enclave no por eso deja de ser uno de los más deliciosos del reino de Nápoles. Sin embargo, el basto pueblo que lo habita no se da cuenta de su dicha: el exceso de facilidades no sirve más que para hacerlo más bárbaro e insolente.

En cuanto aparecimos se nos acercó una muchedumbre de gente para enseñarnos las curiosidades del país.

—Niños —dice Olympe, cerrando la puerta a una docena de esos pícaros que se habían metido en nuestro cuarto—, estamos decididas a servirnos solamente de aquel que posea el pito más hermoso. Mostradnos todos los que tenéis: nosotras elegiremos.

Están de acuerdo con ese trato; les bajamos los pantalones, los excitamos, los masturbamos, seis son considerados dignos de los honores del goce, y el más grueso, es decir, uno muy gracioso, totalmente andrajoso, cuyo instrumento tenía trece pulgadas de largo por nueve de ancho, es el único que obtiene, tras habernos jodido a las tres, el privilegio de ser nuestro cicerone. Se llamaba Raphaël.

Primero nos lleva al templo de Sérapis cuyas magníficas ruinas nos hicieron presumir que este edificio había sido soberbio. Recorrimos los monumentos antiguos de los alrededores y por todas partes vimos pruebas inequívocas de la magnificencia y del gusto de los pueblos griego y romano que, tras haber ilustrado al mundo, se desvanecieron como lo harán aquellos que hoy lo hacen temblar.

A continuación aparecieron ante nosotros los restos de un monumento erigido por orgullo y superstición. Trasilo le había predicho a Calígula que no llegaría a poseer el imperio más que después de haber estado entre Baias y Pouzzoles sobre un puente. El emperador se hizo construir uno con barcos de dos leguas de largo y lo atravesó a la cabeza de su ejército. Era una locura, sin duda, pero era la locura de un gran hombre; y los crímenes de Calígula, que marcaron un hito en la historia, muestran a la vez, hay que convenir en ello, a un hombre extraordinario y una imaginación impetuosa.

Desde el puente de Calígula, Raphaël nos condujo a Cumes: cerca de las ruinas de esta ciudad nos hizo observar las de una casa de Lucullus. Mientras las contemplábamos reflexionamos sobre la magnificencia de ese célebre hombre. Ya no existe... y nosotros también, nos dijimos, dentro de algunos meses, de algunos años, habremos dejado de vivir, como él: la hoz de la Parca no respeta nada, siega igualmente al rico y al pobre, al virtuoso y al criminal... Sembremos, pues, flores en esta carrera que debemos recorrer en tan poco tiempo y que por lo menos nuestra vida

transcurra entre oro y seda.

Penetramos en las ruinas de Cumes donde nos fijamos ante todo en los restos del templo de Apolo construido por Dédalo cuando, huyendo de la cólera de Minos, vino a parar a esta ciudad.

Para ir de allí a Baias atravesamos el pueblo de Bauli, donde los poetas situaron los Campos Elíseos. Cerca de allí se ve el antiguo Aqueron.

–Vamos a visitar el infierno –me dice Clairwil al ver estas aguas–, vamos a atormentar a los que están en ellas para divertirnos con sus suplicios... Me gustaría hacer el papel de Proserpina y, con tal de que los males se realicen ante mi vista, seré siempre la más feliz de las mujeres.

Una eterna primavera reina en este valle. En medio de las viñas y de los olmos se ven aquí y allá los panteones que encerraban las urnas cinerarias y sin duda Caronte vivía en Misena. Cuando se tiene imaginación gusta convencerse de todas estas cosas. Esta brillante parte de nuestro espíritu lo vivifica todo y la verdad, siempre por debajo de la quimera, se hace casi inútil para el que sabe crear y embellecer la mentira.

Bajo el pueblo de Bauli se ven cien habitaciones comunicadas entre sí; se llamaba a este lugar la prisión de Nerón: allí gemían, sin duda, las víctimas de la lujuria y de la crueldad de este malvado.

Un poco más lejos se ve la maravillosa Piscina. Era el aljibe que hizo construir Agrippa para uso de la flota que generalmente se estacionaba en el cabo para pasar después al promontorio de Misena. Más o menos es el mismo trayecto que recorría la barca de Caronte. Este cabo constituye un puerto seguro cuya importancia era conocida por los romanos. Allí era donde estaba la flota de Plinio en el momento de la erupción del Vesubio, que le costó la vida. Unos cuantos restos anuncian la importancia de esta antigua ciudad. Desde allí se descende a Bauli, donde se ve la tumba de Agrippina. En esa parte de mar que está frente al pueblo es donde tuvo lugar el choque de la barca en la que Nerón quería hacer perecer a su madre. Pero la estratagema no tuvo éxito: Agrippina y sus mujeres, que volvían de una fiesta en Baias, cayeron al agua sin ahogarse; la emperatriz abordó el lago Lucrin y pudo alcanzar su casa; lo que hace muy dudosa la tradición que considera a Bauli la tumba de esta célebre mujer.

–Me gusta –me dice Clairwil hablando de esta gesta– el logrado artificio con que Nerón se deshace de su madre. Hay en él una crueldad, una perfidia, un abandono de toda virtud que me hacen de Nerón una persona muy querida. Había estado muy enamorado de Agrippina; Suetonio nos asegura que se había masturbado con mucha frecuencia con ella... Y la mata. ¡Oh, Nerón!, déjame venerar tu memoria; ¡te adoraría si existieses todavía!, ¡y serás eternamente mi modelo y mi Dios!

Tras esa graciosa exaltación de Clairwil, guiadas siempre por Raphaël, al que Olympe acariciaba mucho mientras charlábamos mi amiga y yo, recorrimos esta costa tan célebre en otro tiempo por la multitud de las soberbias casas que la embellecían: ahora está habitada tan sólo por unos desgraciados pescadores. La primera cosa importante que se ve es el castillo que defiende toda esta parte. Insensiblemente se llega a la playa y uno se encuentra en el emplazamiento de esta famosa ciudad de Baias, centro de delicias y voluptuosidades. Aquí venían los romanos a entregarse a las orgías mayores y más variadas. No debía haber en el mundo nada tan delicioso como la posición de esta ciudad, al abrigo de los vientos del norte por una montaña y presentando su centro al sur a fin de que el astro que vivifica la naturaleza, en cuyo seno se enciende la llama de las pasiones, pudiese venir a inflamar con sus sagrados rayos la de los dichosos habitantes de esta sonriente región. A pesar de todo el

trastorno experimentado por este hermoso país, todavía se respira ese aire dulce y voluptuoso, veneno de las costumbres y de las virtudes, alimento delicado del vicio y de todos los pretendidos crímenes de la lujuria. A este respecto recordad, amigos míos, las invectivas de Séneca; pero los reproches de este severo moralista no se mantenían frente a las irresistibles inspiraciones de la naturaleza y, mientras leían al filósofo, se complacían en ultrajar sus principios mejor demostrados.

Una pobre cabaña de pescadores es todo lo que queda hoy de esta deliciosa ciudad y algunas interesantes ruinas que recorrimos.

Venus debía ser la divinidad favorita de una ciudad tan corrompida. Se ven los restos de su templo, pero en tal estado de deterioro que es difícil juzgar el pasado por el presente. Subterráneos, corredores oscuros y misteriosos existen todavía y demuestran que este local servía para ceremonias muy secretas. Un fuego sutil se deslizó por nuestras venas en cuanto entramos en él; Olympe se inclinó sobre mí y vi el semen salir de sus ojos.

–Raphaël –exclamó Clairwil–, ¡tenemos que ofrecer un sacrificio en este templo!

–Me han agotado –dice nuestro cicerone–, nuestras incursiones han acabado de agotarme; pero cerca de aquí conozco a cuatro o cinco pescadores que no piden más que contentaros.

Dice esto y no tarda seis minutos en traer la peor compañía pero al mismo tiempo la más numerosa. Ciegas por el libertinaje que nos consumía a las tres nos dimos cuenta de la terrible imprudencia que acabábamos de cometer. ¿Qué podían tres mujeres en este lugar sombrío y solitario contra diez hombres que insolentemente avanzaban hacia ellas? Tranquilizadas por las inspiraciones del dios que conserva y hace prosperar el vicio, no nos asustamos.

–Amigos míos –les dice Olympe en italiano–, no hemos querido visitar el templo de Venus sin ofrecer un sacrificio a esa diosa; ¿queréis ser los sacerdotes?

–¿Por qué no? –dice uno de los patanes subiendo bruscamente las faldas al orador.

–Vamos, vamos, ¡jodámoslas! –dice otro apoderándose de mí.

Pero como no podíamos recibir más que a tres, los siete que no fueron elegidos empezaron una discusión que les llevó a sacar los cuchillos, y los habrían cruzado si yo no me hubiese apresurado a demostrarles que con un poco de habilidad cada una podíamos ocuparnos de tres. Doy ejemplo: uno me encoña, presento mi trasero al segundo y chupo al tercero; mis compañeras me imitan: Raphaël, agotado, nos mira y ahí estamos las tres jodiendo como zorras. No es posible hacerse idea de cuán gordos son los pitos de los napolitanos: aunque habíamos prometido chupar al tercero, nos vimos obligadas a menearlo, ya que no podíamos hacerlo entrar en nuestra boca. Tan pronto como habían recorrido durante un rato el lugar donde los recibíamos, cambiaban de puesto, es decir, que todos jodieron nuestros coños y nuestros culos y todos descargaron al menos tres veces. La oscuridad de este lugar, los misterios que se celebraban en él, el tipo de gente con que estábamos, quizás incluso los peligros que corríamos, todo nos había vuelto locas y deseábamos horrores... Pero, ¿cómo arreglárnoslas para ejecutarlos siendo como éramos las más débiles?

–¿Tienes píldoras? –le pregunté en voz baja a Clairwil.

–Sí –me respondió–, nunca salgo sin ellas.

–Pues bien –digo– ofrezcámoselas a nuestros campeones.

Olympe les explica en el acto que esos caramelos van a devolverles la fuerza y que les invitamos a comerlos. Soy yo quien se los ofrece: siempre había aspirado a tal honor; nuestros granujas los tragan.

–Que cada uno de ellos haga una última incursión –dice Clairwil sin que nadie pueda oírlo–; ahora que la muerte está en su sangre, hagámosles perder el último semen que pueden obtener de la naturaleza.

–Maravilloso –digo–, ¿pero no hay peligro de que nos transmitan el veneno que circula ya por su venas?

–Evitemos la boca; pero entreguémonos sin temor a lo demás –dice Clairwil–: no hay el menor peligro; una extravagancia como esta me ha sucedido cientos de veces y ya ves cómo me conservo...

El terrible carácter de esta mujer me electrizaba; la imité: en mi vida había gozado de placeres tan vivos. La páfida idea de la certidumbre que tenía de que, gracias a mi maldad, el hombre que tenía en mis brazos no se separaría de ellos más que para caer en los de la muerte, esa bárbara idea ponía una sal tan picante en mi goce que me desvanecí durante la crisis.

–Démonos prisa –le digo a mis amigas en cuanto recobré mis sentidos–; evitemos seguir en este subterráneo cuando los dolores comiencen.

Fuimos las primeras en subir. Raphaël, que no había participado ni en los juegos ni en las crueles consecuencias, siguió sirviéndonos de guía y nosotras jamás supimos las consecuencias de una atrocidad cuyos métodos eran demasiado seguros como para que no hubiesen tenido todo el éxito que esperábamos de ellos.

–¡Y bien! –le digo a Clairwil–, ¿así pues no hay duda ahora de que la maldad ha hecho tales progresos dentro de ti que te es imposible joder a un hombre sin desearle la muerte?

–Eso no es totalmente cierto –me respondió Clairwil–; no es posible imaginarse, mi querida Juliette, lo que es envejecer con el crimen: se enraíza tan terriblemente en nosotros, se identifica de tal forma con nuestra existencia que ya no respiramos sino para él. ¿Puedes creer que lamento los instantes de mi vida que no me mancho con horrores? Me gustaría no hacer más que eso; me gustaría que todas mis ideas tendiesen a crímenes y que mis manos ejecutasen en todo momento lo que mi cabeza concibiese. ¡Oh!, Juliette, ¡cuán delicioso es el crimen, cuán loco se vuelve uno con la idea de franquear impunemente todos los ridículos frenos que sujetan a los hombres! ¡Qué superioridad se adquiere sobre ellos al romper, como nosotras lo hacemos, todo lo que les sujeta, al transgredir sus leyes, al profanar su religión, al renegar, insultar, reírnos de su execrable Dios, al enfrentarnos hasta a los terribles preceptos con los que se atreven a decir que la naturaleza constituye nuestros primeros deberes! ¡Ah!, mi pena ahora, te lo he dicho, es no encontrar nada suficientemente fuerte; por muy espantoso que pueda ser un crimen, me parece siempre por debajo de los proyectos de mi cabeza. ¡Ah!, ¡si pudiese abarcar el universo, todavía maldeciría a la naturaleza por no haberme ofrecido más que un mundo a mis fogosos deseos!

Mientras razonábamos así recorrimos el resto del campo de Baias, donde no se pueden dar veinte pasos sin reconocer las ruinas de algún preciado monumento, y nos encontramos cerca del lago de Averno donde llegamos por un camino encajonado, muy agradable y bordeado de setos constantemente verdes. No sentimos ninguna de las consecuencias del aire infecto que antiguamente hacía que los pájaros cayesen muertos al lago: desde hace mucho tiempo ha cambiado la calidad de las aguas, y por consiguiente la del aire; hoy es un enclave muy sano y una de las regiones más adecuadas para un filósofo. Aquí fue donde Eneas sacrificó a los dioses infernales antes de adentrarse por los tenebrosos caminos del infierno que le había indicado la Sibila. A la izquierda está la gruta de la tal Sibilia, en la que es fácil entrar. Es una

galería abovedada de ciento ochenta pies de largo por once de ancho y nueve de alto. Examinando bien el lugar y desechando las novelescas ideas que nos han imbuido los poetas y los historiadores, es fácil darse cuenta de que la tal Sibila no era más que una alcahueta y su antro un mal lugar. Cuanto más se examina este célebre local, más se confirma esa idea; y si cuando se le estudia uno se remite más a las ideas de Petronio que a las descripciones de Virgilio, entonces es fácil convencerse por completo de tal opinión.

Un bosque de naranjos que se eleva en medio del templo de Plutón, frente a vosotros, constituye la perspectiva más pintoresca que haya quizás en todo el mundo. Recorrimos estas ruinas, recogimos naranjas, y volvimos a Pouzzoles a través de los panteones que todavía quedan a ambos lados de la Vía Appia. Allí no pudimos evitar recrearnos con el ridículo respeto que sentían los romanos por los muertos. Sentadas las tres en la tumba de Faustine, Olympe nos habla más o menos de la siguiente manera:

–Hay dos cosas que jamás he comprendido, amigas mías – nos dice esta amable y espiritual mujer–: el respeto que se tiene por los muertos y el que se tiene por sus voluntades. No hay duda de que una y otra superstición tienen que ver con las ideas que hay acerca de la inmortalidad del alma; porque si se estuviese totalmente convencido de los principios del materialismo, si se estuviese persuadido de que no somos sino un mero conglomerado de elementos materiales cuya disolución es completa una vez atacados por la muerte, seguramente el respeto rendido a trozos de materia desorganizada se convertiría en un absurdo tan evidente que nadie lo seguiría. Pero nuestro orgullo no puede plegarse a esa certidumbre de no seguir existiendo: se cree que los manes de la muerte, rodeando su cadáver, son sensibles a los deberes realizados con esa masa; se teme ofenderlos y uno se sume de esta manera, sin darse cuenta, en la impiedad y el absurdo más completos. Convenzámonos pues de que no existe absolutamente nada más de nosotros cuando estamos muertos, y que el despojo que dejamos sobre la tierra no es más de lo que eran nuestros excrementos cuando los depositábamos al pie de un árbol, mientras existíamos. Completamente imbuidos de este sistema nos daríamos cuenta de que a un cadáver no se le debe ni obligación ni respeto; que lo único que merece, mucho más por nuestro bien que por el suyo, es enterrarlo, quemarlo o dárselo a comer a las bestias; pero de ninguna manera merece homenajes... panteones... oraciones... alabanzas, tributos que sólo rinde la estupidez al orgullo y están hechos para ser destruidos por la filosofía. He aquí todo lo que contraría a todas las religiones antiguas o modernas, pero no es precisamente a vosotras a quien es preciso demostrar que nada es tan absurdo como las religiones, basadas todas en la odiosa fábula de la inmortalidad del alma y en la ridícula existencia de un Dios. No hay estupidez que no hayan reverenciado; y vosotras sabéis mejor que yo, amigas mías, que cuando se examina una institución humana lo primero que debe hacerse es descartar toda idea religiosa como el veneno de la filosofía.

–Soy de la misma opinión que nuestra compañera –dice Clairwil–, pero es muy singular que hayan existido libertinos que hicieron pasiones de este sistema. He visto con frecuencia en París a un hombre que pagaba a peso de oro todos los cadáveres de muchachas y muchachos fallecidos por muerte violenta y enterrados recientemente: hacía que se los llevasen a su casa y cometía infinidad de horrores sobre esos cuerpos frescos...

–Hace tiempo –digo– que se sabe que el goce de un individuo asesinado recientemente es muy voluptuoso; la presión del ano es en los hombres mucho más

completa.

–Además –dice Clairwil–, hay en eso una especie de impiedad imaginaria que vuelve loco y lo probaría sin duda si mi sexo no se opusiese a ello...

–Esa fantasía debe conducir al asesinato –les digo a mis amigas–, aquel que encuentra que un cadáver es un buen goce está muy cerca de la acción que debe multiplicarlos.

–Puede ser –dice Clairwil–, ¡pero qué importa! Si matar es un gran placer convendréis en que es un mal muy pequeño.

Y como el sol estaba descendiendo nos apresuramos a alcanzar Pouzzoles a través de las ruinas de la soberbia casa de Cicerón.

Era tarde cuando volvimos; una muchedumbre de lazzarones nos esperaba ante la puerta. Raphaël nos dice que como habían sabido que nos gustaban los hombres se presentaban para servirnos.

–No temáis nada –nos dice nuestro guía–, es gente honrada, saben que pagáis bien, os joderán en proporción. En este país nadie se molesta por eso y vos no sois las primeras viajeras que nos hayan catado.

–Por mucho que nos hayamos excedido hoy –dice Clairwil–, no hay que negarse a la buena voluntad de estas valientes personas. Hace tiempo que observé que un nuevo ejercicio descansa más de una antigua fatiga que un descanso: vamos, los ejercicios del Amor tienen que hacer olvidar los de Apolo...

Pero como ya la naturaleza no nos exigía nada y como, hartas de orgías, sólo nos entregábamos por libertinaje, nos sumimos en los más sucios excesos.

Treinta hombres, elegidos entre más de cien, y cuyos miembros eran gigantescos, se encerraron con nosotras; no había ni uno que pasase de los treinta años y que no tuviese un instrumento de trece pulgadas de largo por ocho de circunferencia; fueron igualmente admitidas a estas orgías diez campesinitas de siete a doce años que pagamos a peso de oro. Tras una magnífica comida, en la que bebimos más de trescientas botellas de Palermo, empezamos empalmando todos los pitos, excitándonos nosotras mismas; a continuación formamos un rosario con todos estos pícaros, el pito de unos en el culo de los otros; las diez muchachitas, desnudas, nos masturbaban entretanto. Recorrimos el rosario, verificamos las introducciones, manoseamos todos los cojones y chupamos todas las bocas; retomando el rosario en sentido contrario, les presentábamos a todas nuestras nalgas para que las besasen. Les habíamos prohibido, so las penas más graves, descargarse mutuamente en el trasero, tan pronto como se les pusiese duro debían colocar su pito espumeante en manos de una de las niñas, la cual debía ponerlo en seguida en nuestro coño o culo: todos nos penetraron una vez de esta forma. A continuación, nos pusimos cada una sobre el cuerpo a cinco, lo que constituía seis divisiones que nos jodían grupo por grupo; había uno en cada abertura, uno en la boca, o en el seno cuando era demasiado gordo para ser chupado, por último uno en cada mano. Durante esta escena, las diez muchachitas, subidas en sillas, formaban un círculo alrededor de nosotras con orden de regarnos de mierda y de orines. En lo que a mí respecta no conocía nada que me excitase tanto como semejante inundación ; cuando jodo me gusta estar cubierta de excrementos. Pronto lo único que ofrecimos fue el culo... Echadas sobre tres muchachitas cuyas lenguas cosquilleaban en nuestros coños, nuestros clítoris o nuestras bocas, los treinta hombres nos sodomizaron cada uno tres veces seguidas. Hecho esto, tres nos masturbaron, tres nos chupaban la boca, nosotras excitábamos a uno con cada mano y las muchachitas hacían descargar a uno sobre nuestro vientre o nuestras tetas; a continuación todos fueron masturbados por

ellas en nuestros clítoris; una de las que no masturbaban, inundaba, mojaba, frotaba esa delicada parte con el esperma que su compañera hacía eyacular, mientras que una tercera a caballo sobre nuestras narices, nos hacía besar a la vez el interior de su coño y el agujero de su culo.

A todo esto le siguió una flagelación. Azotábamos a los hombres, los cuales lo hacían a su vez con las muchachas; a continuación hicimos que nos atasen, nuestras manos estaban atadas encima de nuestras cabezas y nuestras piernas a las patas de la cama; cada hombre nos administró en esa posición cien vergazos: entretanto meábamos sobre el rostro de tres muchachitas tendidas a nuestros pies para esta ceremonia; después entregamos las diez niñas a nuestros treinta azotadores, que las desvirgaron y desgarraron a todas por delante y por detrás. Tras esto, fustigamos enérgicamente a las diez niñas mientras los hombres nos insultaban de todas las formas posibles y nos magullaban el trasero a patadas. Excitadas increíblemente con semejante trato nos hicimos vapulear todavía más; sólo tras habernos sometido a fuerza de golpes y malos tratos, obtuvieron el derecho de encularnos una vez más cada uno y, durante esta última afrenta, cuatro de ellos venían a la vez a peernos, mearnos y cagarnos sobre la nariz; nosotras hacíamos otro tanto con las muchachas, obligadas a tragar lo que les echábamos; por fin atamos todos los pitos con cintas de seda al techo, frotamos todos los cojones con aguardiente y los prendimos fuego y así obtuvimos de esta última ceremonia una eyaculación en la matriz o en el culo, según el deseo de los asaltantes.

Como éramos extranjeras en esta ciudad, aunque teníamos el certificado de impunidad del rey en nuestro bolsillo, no nos atrevimos a entregarnos a otros excesos por miedo al populacho, y una vez despachada toda la canalla con mucho dinero, nos tomamos unas horas de descanso al cabo de las cuales nos levantamos con el propósito de proseguir nuestro interesante paseo.

Muy rápidamente recorrimos las islas de Procita, de Ischia y de Niceta y volvimos a Nápoles al día siguiente después de visitar una gran cantidad de ruinas interesantes por su antigüedad y de casas de campo deliciosas por su enclave.

Ferdinand había enviado a un emisario para tener noticias nuestras: fuimos a contarle la viva impresión que nos habían causado las bellezas de los alrededores de su capital. Nos propuso llevarnos unos días más tarde a comer a la casa del príncipe de Francaville, el señor más rico de Nápoles y también el más bribón.

—No os imagináis los excesos a los que se entrega. Le diré que no se preocupe por nosotros y que vamos a verlo sólo para examinar filosóficamente sus orgías.

Aceptamos. La reina estaba con nosotros.

Nada en Italia puede igualar el lujo y la magnificencia de Francaville; todos los días tiene una mesa con sesenta cubiertos servida por doscientos criados, todos con un rostro agradabilísimo. Para recibirnos, el príncipe había hecho construir un templo a Príapo entre los bosquecillos de su jardín. Misteriosas avenidas de naranjos y mirtos llevaban a ese templo, magníficamente iluminado; columnas salomónicas de rosas y lilas sostenían una cúpula de jazmín bajo la que se veía, a la derecha, un altar de césped; a la izquierda una mesa de seis cubiertos y, en el medio, una enorme canasta de flores cuyos pámpanos y guirnaldas cargados de lamparillas de colores ascendían en forma de otras tantas guirnaldas hasta la cima de la cúpula. Diferentes grupos de jóvenes casi desnudos, en número de trescientos, llenaban aquí y allá todos los huecos y en lo alto del altar de césped aparecía Francaville, de pie bajo el emblema de Príapo, dios del templo en el que habíamos sido introducidos. Unos tras otros iban los grupos

de niños a incensarlo.

–¡Oh ser reverenciado en este recinto! –le dice la reina al entrar–, venimos a compartir tus placeres, a unirnos a tus misterios y no a turbarlos. Goza de los múltiples homenajes que se te ofrecen, nosotros sólo queremos contemplarlos.

Frente al altar había banquetas de flores, nos sentamos; el dios descendió, se inclinó sobre el altar y empezó la ceremonia.

Francaville nos ofrecía el culo más hermoso del mundo; dos adolescentes situados cerca de ese culo debían ocuparse de entreabrirlo, de limpiarlo y de dirigir hacia el agujero los monstruosos miembros que se precipitarían por docenas en su santuario; otros doce preparaban los pitos. En mi vida había visto un servicio tan prestamente realizado como éste. Estos hermosos miembros preparados de esta forma corrían de mano en mano hasta llegar a las de los niños que debían introducirlos; desaparecían en el culo del paciente: salían de él, otros los sustituían; y todo ello con una ligereza, una rapidez inconcebible. En menos de dos horas habían pasado los trescientos pitos por el culo de Francaville, quien, volviéndose por fin hacia nosotros una vez que lo ha absorbido todo, en medio de una violenta masturbación realizada por los dos Ganímedes, lanza unas gotas de un esperma claro y blanquecino tras cuya emisión, que le cuesta cinco o seis gritos, se queda tranquilo.

–Mi culo se encuentra en un terrible estado –nos dice acercándose a nosotros–; habéis querido verlo cuando era tratado de esa manera, os he satisfecho. Apuesto a que ninguna de ustedes, señoras, ha sido fornicarla en su vida como acabo de serlo yo.

–A fe mía que no –dice Clairwil asombrada todavía–, pero te desafío cuando quieras y juro que te haré suplicar piedad, bien en el culo bien en el coño.

–Ni lo intentes, hija mía –dice Charlotte–; mi sobrino Francaville no te ha dado más que una muestra de lo que sabe hacer, pero ni diez batallones lo atemorizarían. Así que, créeme, no apuestes.

–Este sí que es el mejor del mundo –dice Clairwil con su amable franqueza–, pero, sir, ¿acaso cree vuestro príncipe que nos contentaremos con verlo hacer?

–Por supuesto que aquí sí –respondió el rey–, porque, señoras, por muy hermosas que seáis os doy mi palabra de que ni uno solo de los jóvenes consentiría en tocaros

–Pero nosotras también tenemos culos y se los presentaremos...

–Ninguno –dice Francaville–, ninguno querría hacer la prueba y no volvería a ver en mi vida a aquel que, por casualidad, se prestase.

–Eso es lo que se dice apreciar su culto –dice Clairwil– y no los censuro. Entonces, comamos al menos, y ya que no es posible joder que Comus nos compense si es posible de las crueles privaciones a las que nos somete Cipris...

–Nada más justo –respondió Francaville.

Entonces los Ganímedes sirvieron la más copiosa comida del mundo y el rey, la reina, el príncipe, mis dos hermanas y yo ocupamos los seis cubiertos. No es posible hacerse una idea de la delicadeza y la magnificencia de la comida que hicimos: se prodigaron los platos de todos los países del universo, los vinos de todas las partes del mundo y, obedeciendo a un lujo que yo no conocía todavía, no se quitaba nada de la mesa: en cuanto se había consumido un plato o un vino, era vertido en cubas de plata por cuyo fondo desaparecía en el suelo.

–¡Cuántos desgraciados comerían estos restos! –dice Olympe.

–No hay en la tierra desgraciados cuando nosotros existimos –respondió Francaville–; detesto hasta la idea de que lo que ya no me sirve pueda aliviar a otro.

–Su alma es tan dura como ancho es su culo –dice Ferdinand.

–No conocía tal prodigalidad –dice Clairwil–, pero me gusta; proceder a entregar a los otros los restos de uno mismo es algo que enfría la imaginación: en orgías parecidas hay que poder gozar de la deliciosa idea de creerse los únicos sobre la tierra.

–¡Y!, ¿qué me importan los desgraciados cuando nada me falta a mí? –dice el príncipe–; sus privaciones son un estímulo para mis goces: sería menos feliz si supiese que nadie sufre junto a mí y de esta comparación ventajosa nace la mayor parte de los placeres de la vida.

–La comparación –digo yo– es muy cruel.

–Está en la naturaleza; la naturaleza es la más cruel y aquellos que siguen literalmente sus impresiones serán siempre verdugos o criminales*.

–Amigo mío –dice Ferdinand–, todos esos sistemas son buenos, pero perjudican tu reputación: si supieses todo lo que de ti se dice en Nápoles...

–¡Oh!, me río de la calumnia –respondió el príncipe–; la reputación es tan poca cosa, es un bien tan despreciable que de ninguna manera me ofende que se distraigan a costa mía con aquello que tanto me divierte a costa de los otros.

–¡Oh!, señor –digo yo entonces a este insigne libertino, afectando un tono dogmático–, son las pasiones las que os ciegan hasta ese punto y las pasiones no son los órganos de la naturaleza como lo pretendéis vos y otra gente corrompida: son fruto de la cólera de Dios y podemos conseguir ser liberados de ese yugo imperioso implorando las gracias del Eterno, pero hay que exigir las. No es haciéndoos meter trescientos o cuatrocientos pitos en el culo al día, no es no acercándoos jamás al santo tribunal de la confesión, no participando jamás en los favores del santo tesoro de la eucaristía, no es endureciéndoos ante las buenas intenciones, que os iluminan, no, no, no será con tal conducta como llegaréis al olvido y a la repartición de vuestras faltas. ¡Oh!, ¡cuánto os compadezco, señor, si persistís en esa mala conducta! Pensad en la suerte que os espera tras esta vida: ¿cómo podéis creer que siendo libre de decidir el bien o el mal no os castigue el Dios justo que os ha dado ese libre arbitrio por el mal uso que habréis hecho de él? ¿Creéis, amigo mío, que una eternidad de sufrimientos no merece un poco de reflexión y que la certidumbre de tales sufrimientos no vale el sacrificio de unas miserables inclinaciones que, incluso en esta vida, por muy poco placer que os den, casi siempre os hacen experimentar una infinidad de cuidados, de preocupaciones, de desvelos y de remordimientos...? En una palabra, ¿es para ser jodido para lo que os puso en el mundo el Ser supremo?

Francaville y el rey me miraban con una sorpresa que indicaba que por un momento creían que me había vuelto loca.

–Juliette –dice por fin Ferdinand–, si nos preparas la segunda parte de tu sermón avísanos para que podamos escucharlo tumbados.

–En este momento me encuentro en tal punto de impiedad y de abandono de todo sentimiento religioso –dice Francaville– que ni siquiera puedo oír fríamente todo lo que se me puede decir sobre ese fantasma deífico, imaginado por los curas que obtenían una gran ganancia sirviéndolo en las parroquias: su solo nombre hace que me estremezca de horror.

–En todos los países de la tierra –siguió Franceville– se nos anuncia que un Dios se ha revelado. ¿Qué ha enseñado a los hombres? ¿Les prueba con evidencias que existe?

* Los primeros impulsos de la naturaleza son siempre crímenes; aquellos que nos inclinan a la virtud no son más que secundarios y siempre fruto de la educación, de la debilidad o del temor. El individuo que saliese de las manos de la naturaleza para ser rey, que, por consiguiente, no hubiese recibido educación, y se convirtiese, por su nueva posición, en el más fuerte de los hombres y al abrigo de todo temor, ese digo, se bañaría diariamente en la sangre de sus súbditos: no obstante, sería el hombre de la naturaleza.

¿Les muestra lo que es, en qué consiste su esencia? ¿Les explica claramente sus intenciones... sus planes?... ¿Concuerda lo que se nos asegura que ha dicho acerca de sus planes con los efectos que vemos? No, sin duda: solamente enseña que *él es el que es, que es un Dios oculto*, que sus caminos son inescrutables... que se enfurece en cuanto alguien tiene la temeridad de adentrarse en sus secretos y de consultar la razón para juzgar acerca de él y de sus obras. ¿Responde la conducta revelada de ese Dios a las magníficas ideas que querrían darnos sobre su sabiduría, su bondad... su justicia... su misericordia, su poder supremo? En absoluto: allá donde miramos no vemos en él sino a un ser parcial, caprichoso, malvado, tiránico, injusto, a todo lo más bueno para un pueblo al que favorece, enemigo jurado de todos los demás. Si se digna mostrarse a algunos hombres, se cuida de mantener a todos los demás en la ignorancia estúpida de las intenciones divinas. ¿Acaso todas las revelaciones no pintan a vuestro abominable Dios de esta manera?, ¿llevan las voluntades reveladas por ese Dios el emblema de la razón y la sabiduría?, ¿tienden a la felicidad del pueblo al que se declara esta fabulosa divinidad? Examinando estas voluntades divinas en cualquier país no encuentro en ellas sino prescripciones extravagantes, preceptos ridículos, ceremonias con un fin difícil de adivinar, prácticas pueriles, un ceremonial indigno del monarca de la naturaleza, ofrendas, sacrificios, expiaciones, a decir verdad útiles para los ministros de ese estúpido Dios pero totalmente onerosas para los hombres. Veo además que esas leyes tienen con mucha frecuencia como fin hacerlas insociables, desdeñosas, intolerantes, querrellosas, injustas, inhumanas para todos aquellos que no han recibido ni la misma revelación, ni las mismas leyes, ni los mismos favores del cielo... ¿Y es ese el execrable Dios que tú me predicabas, Juliette?, ¿y querrías que yo adorase a ese fantasma?...

–Yo también lo querría –dice Ferdinand–. Los reyes favorecen siempre la religión; en todos los tiempos dio fuerzas a la tiranía: cuando el hombre deje de creer en Dios asesinará a sus reyes.

–Quizás comience por ahí antes de destruir su religión –respondí–; pero es totalmente seguro que una vez que haya derrocado al uno no tardará en destruir al otro. Y si ahora queréis razonar como filósofo y no como déspota, convendréis en que el universo sería más feliz si no hubiese ni tiranos ni curas: son monstruos que engordan con la envidia de los pueblos y que jamás le prestaron otros servicios que los de empobrecerlos o cegarlos.

–A esta mujer no le gustan los reyes –dice Ferdinand.

–Ni los dioses –respondí–. A aquellos los veo como déspotas, a los otros como fantasmas, y encuentro que jamás hay que ser un déspota con los hombres ni engañarlos. Cuando la naturaleza nos lanzó a este universo nos creó libres y ateos; la fuerza humilló a la debilidad, he ahí a los reyes; la impostura engañó a la estupidez, he ahí a los dioses; por lo tanto yo no veo en todo esto sino a granujas y a fantasmas pero en absoluto una inspiración natural.

–¿Qué harían los hombres sin reyes y sin dioses?

–Se volverían más libres... más filósofos y, por consiguiente, más dignos de las perspectivas de la naturaleza sobre ellos, que no los creó ni para vegetar bajo el cetro de un hombre que no es más que ellos, ni para arrastrarse bajo el yugo de un dios que no es sino fruto de la imaginación de unos cuantos fanáticos.

–Un momento –dice Francaville–; hago mía una parte del razonamiento de Juliette: nada de dioses... seguramente tiene razón; pero una vez destruido ese yugo, necesitamos otro para el pueblo: el filósofo no lo necesita, lo sé, pero lo precisa la

canalla y sólo sobre ella quiero que se haga sentir la autoridad de los reyes.

–En eso estamos de acuerdo –dice Juliette–, en este punto he cedido como vos ante Ferdinand, la primera vez que charlamos.

–Entonces –retomó Francaville–, hay que sustituir las quimeras religiosas por un gran terror; liberad al pueblo del temor de un infierno futuro, que se entregue a todo tan pronto haya sido destruido, pero sustituid esa terrible quimera por leyes penales prodigiosamente severas y que sólo recaigan sobre él; porque es el único que importuna al Estado: siempre es en su clase donde nacen los descontentos. ¿Qué le importa al hombre rico la idea del freno que jamás pesa sobre su cabeza cuando compra esa vana apariencia con el derecho de vejar grandemente a su vez a todos aquellos que viven bajo su yugo? En esta clase jamás encontraréis a uno solo que no os permita la mayor de las tiranías cuando compruebe su realidad sobre los otros. Una vez establecidas estas bases es necesario que un rey gobierne con la mayor severidad y que, para tener el derecho comprobado de hacerle cualquier cosa al pueblo, deje hacer a aquellos que junto con él sujetan la espada todo lo que a su vez les plazca emprender. Es preciso que rodee a esos con su influencia, su poder, su consideración; es preciso que les diga: *Promulgad leyes vosotros también, pero con la condición de que impongáis las mías; y para que mis golpes sean sólidos, para que mi trono sea inquebrantable, sostened mi poder con la parte que os dejo y gozad en paz de esa parte a fin de que la mía jamás sea turbada...*

–Es el pacto que habían hecho los reyes con el clero –dice Olympe.

–Sí: pero al establecer el clero su poder sobre el de un Dios fantástico, se hizo más fuerte que los reyes; los asesinaba en lugar de sostenerlos y no es eso lo que yo pido. Yo quiero que la autoridad plena permanezca en el gobierno y que la que éste deje a la clase de los ricos y de los filósofos no la utilicen para sus pasiones particulares más que con la condición de hacer cualquier cosa para sostener al Estado; porque el Estado no puede ser jamás gobernado por uno solo, ni por el poder teocrático, ni por el poder despótico; es preciso que el dinero de ese Estado aniquile al primer poder que pudiese destruir el suyo y que comparta el otro con aquellos que, saliendo ganando con verlo elevarse por encima de ellos, consientan en prestarle ciertas veces las fuerzas de las que él les deja gozar en paz, cuando él mismo está allí y cuando todos, motor y agentes, se reúnan para combatir, reducir y encadenar a la hidra popular, cuyos esfuerzos siempre han tenido como fin romper las cadenas con que se la subyuga.

–Con tantas razones –dice Clairwil–, es evidente que las leyes contra él jamás serán demasiado violentas.

–Tienen que ser como las de Dracón –dice Francaville–; tienen que ser escritas con sangre, no respirar más que sangre, y hacerla correr todos los días, y sobre todo que mantengan al pueblo en la más deplorable de las miserias; nunca es tan peligroso como cuando respira holgura...

–¿Y cuando es instruido? –dice Clairwil.

–Claro: también hay que mantenerlo en la más profunda ignorancia –dice el príncipe–; es preciso que su esclavitud sea tan dura como perpetua y, sobre todo, que no le quede ningún medio para salir de ella, lo que indudablemente ocurrirá cuando el que sostiene y rodea al gobierno se encuentre allí para impedir que el pueblo se sacuda cadenas que a él mismo le interesa tener bien sujetas. No os imagináis hasta dónde puede hacerse llegar a la tiranía.

–Me doy cuenta –dice Clairwil–; tendría que llegar hasta el punto de que todos esos granujas debiesen el derecho de vivir y respirar al tirano o a aquellos que lo rodean.

—Así es —retomó el príncipe asiéndose a esta idea con gran celo—: el gobierno tiene que ser quien regule la población, el que tenga en sus manos todos los medios de extinguirla si la teme, de aumentarla si la cree necesaria, el que nunca tenga en su justicia otra balanza que la de sus intereses o sus pasiones, únicamente combinados con las pasiones o los intereses de aquellos que, acabamos de decir, han obtenido de él todas las partes de autoridad necesarias para centuplicar la suya cuando aquellas están incluidas en ésta*. Echad una mirada a los gobiernos de África y Asia; todos están movidos por estos principios y todos, invariablemente, se sostienen gracias a ellos.

—En muchos —dice Charlotte—, el pueblo no está allí donde vos parecéis querer reducirle.

—Eso es verdad —dice Francaville—, porque en algunos de esos lugares ya se ha movido y hay que ponerlo en tal estado de temor y agotamiento que ni siquiera pueda concebir el pensamiento de semejante acción.

—Por eso aconsejo los curas —dice Ferdinand.

—Guardaos de ellos, porque, como acabamos de decir, no haríais sino levantar un poder mucho más fuerte que el vuestro puesto que, en sus manos, la máquina deífica sólo sirve para forjar las armas con que destruye a los gobiernos y que sólo utiliza con esta intención. Volved ateos y amorales a los pueblos que queréis subyugar: mientras no adore a más Dios que a vos no tendrá más costumbres que las vuestras, seréis siempre su soberano.

—Un hombre sin costumbres es peligroso —dice Ferdinand.

—Sí, cuando tiene algún tipo de autoridad, porque entonces siente la necesidad de abusar de ella; jamás cuando es un esclavo. ¿Qué importa que un hombre crea o no que comete un mal matándose si lo amarro hasta el punto de quitarle todos los medios para la acción? Y cuando la depravación de sus costumbres lo haya convertido en un hombre muelle se arrastrará mejor bajo las cadenas con que lo someteré.

—Pero —dice Charlotte—, ¿cómo se convertirá en hombre muelle bajo el yugo? Me parece que el hombre pierde su moral sólo en medio del lujo y la comodidad.

—Pierde la moral en el seno del crimen —respondió el príncipe—. Ahora bien, en compensación dejadle la más amplia facultad del crimen sobre sí mismo; no le castigáis jamás, a no ser que sus dardos vayan dirigidos contra vos. Este plan tiene dos excelentes efectos: la inmoralidad que necesitáis y la despoblación que con frecuencia os será todavía más útil. Permitidles el incesto, la violación, el asesinato, entre ellos; prohibidles el matrimonio, autorizad la sodomía, impedidles todos los cultos y pronto los tendréis bajo el yugo que favorece a vuestros intereses.

—¿Y cómo se pueden multiplicar los castigos cuando toleráis todo aquello que los merece? —digo yo con aparente razón.

—Pero —dice Francaville— lo que entonces se castiga son las virtudes o las rebeliones contra vuestro poder: sólo con esto hay más de mil razones para estar castigando en cualquier momento. Y por otro lado, ¿qué necesidad hay de motivos? El déspota derrama la sangre cuando lo desea; su sola voluntad basta para derramarla: se imaginan falsas conspiraciones, o se las fomenta, o se las ocasiona: se levantan los patíbulos, la sangre corre.

—Si Ferdinand quiere dejarme ese cuidado —dice Charlotte—, le aseguro que no estaré un solo día sin pretextos legítimos; que él afile la espada y yo le proporcionaré víctimas...

* A este respecto ved el discurso del obispo de Grenoble en el primer volumen de *Justine*, páginas 348 y siguientes.

–Primo mío –dice el rey–, ya veis cuán loca se vuelve mi mujer.

–No me asombra –dice Clairwil–, yo también me excito: ver joder y no joder es cruel cuando se tiene temperamento...

–Salgamos –dice el príncipe– quizás en estos bosquecillos encontremos medios para calmar sus fuegos.

Todos los jardines estaban iluminados: los naranjos, los melocotoneros, los albaricoqueros, las higueras nos ofrecieron sus frutos completamente helados y nosotros los cogíamos de sus mismos árboles mientras recorríamos las deliciosas avenidas formadas por estos árboles, las cuales nos condujeron al templo de Ganimedes. La escasa luz que iluminaba el templo se hallaba oculta en la cúpula de tal forma que derramaba una claridad suficiente para los placeres sin cansar la vista. El edificio estaba sostenido por columnas verdes y rosas, unidas por guirnaldas de mirtos y lilas que formaban bonitos festones entre ellas.

Apenas llegamos empezó a oírse una música deliciosa. Charlotte, ebria de lujuria y muy excitada por los vinos y licores, se dirige al canapé; nosotros la seguimos.

–Ahora les toca a ellas –dice Francaville al rey–; hay que dejarlas que actúen pero con la recomendación esencial de que no ofrezcan más que sus culos: en este lugar sólo se adora el culo; cualquier infracción a estas leyes se convertirá en un crimen que las expulsará del templo, y además los agentes que les vamos a ofrecer no consentirán la infidelidad.

–¿Qué más nos da? –dice Clairwil dándonos el ejemplo de desnudarse–. Preferimos entregar nuestros culos antes que nuestros coños y, con tal de que nos masturben mientras tanto, juramos no lamentarnos.

Entonces Francaville levanta un paño de satén rosa que cubría la otomana... ¡Oh!, ¡qué asiento había bajo el velo! Cada lugar, y había cuatro, tenía una marca igual a los otros; la mujer, al arrodillarse en el borde del lugar que le estaba destinado, con los riñones levantados y los muslos separados, descansaba sobre los brazos de un banco guarnecido de algodón y recubierto de satén negro como todo el mueble. Sus manos, cuando se extendían sobre esos brazos, iban a posarse sobre el bajo vientre de dos hombres que, de esta forma, ponían en manos de la mujer un monstruoso instrumento que era lo cínico visible de ellos: el resto del cuerpo, oculto bajo paños negros, no se veía. Unas trampillas artísticamente dispuestas sostenían los cuerpos de tal forma que tan pronto descargaban los pitos desaparecían y eran sustituidos por otros al instante.

Otra mecánica mucho más singular se operaba en el vientre de la mujer. Al colocarse sobre la parte de asiento que se le destinaba, la mujer se metía por así decirlo, sin quererlo, un consolador suave y flexible, que por medio de un resorte la frotaba constantemente y le lanzaba en la vagina cada cuarto de hora chorros de un licor caliente y pegajoso cuyo olor y viscosidad hubiesen hecho que se le tomase por el esperma más puro y más fresco. Una cabeza de muchacha muy bonita, sin que se viese otra cosa de ella, con el mentón apoyado contra el consolador, masturbaba con su lengua el clítoris de la mujer inclinada e igualmente era reemplazada por una trampilla tan pronto como estaba cansada. Cerca de la cabeza de la mujer así colocada se veían, sobre taburetes redondos, que se cambiaban de acuerdo con los deseos de la mujer, se veían, digo, o coños o pitos, de forma que la tal mujer tenía a la altura de su boca, y podía chupar a su gusto, bien un instrumento bien un clítoris. De este completo mecanismo resultaba que la mujer, colocada sobre el sofá que hacían mover los resortes adaptados a él, estaba primero cómodamente tumbada sobre el vientre, enfilada por un consolador, chupada por una muchacha, meneando un pito con cada mano,

presentando su culo al pito real que llegaría a sodomizarla y chupando alternativamente, según sus gustos, bien un pito, bien un coño, o incluso un culo.

–No creo –dice Clairwil mientras se acomodaba en el asiento– que sea posible inventar nada más lúbrico; sólo esta posición ya me excita... sólo mientras me coloco descargo ya.

Todas nos acomodamos. Cuatro jóvenes muchachas de dieciséis años, desnudas y bellas como ángeles, nos ayudaron a colocarnos; humedecieron los consoladores con esencia para que entrasen con mayor facilidad; fijaron, prepararon las posiciones; después, separando nuestras nalgas, untaron igualmente el agujero de nuestros traseros y se quedaron para cuidarnos durante la operación.

Entonces dio la señal Francaville. Cuatro muchachas púberes de quince años trajeron por el pito a un número igual de muchachos soberbios cuyos instrumentos se nos introdujeron al momento en el culo; una vez agotada esta cuadrilla es sustituida por otra. Las mismas muchachas nos seguían cuidando; pero los pitos eran conducidos siempre por cuatro nuevas que, tras habernos metido los instrumentos que traían, realizaban una voluptuosa danza alrededor de nosotras al son de una música encantadora que nos llegaba como desde lejos. Durante la danza nos lanzaban sobre el cuerpo un licor que desconocíamos y cada gota del cual nos hacía experimentar pinchazos muy excitantes que contribuían increíblemente a estimular nuestras pasiones: su olor era el del jazmín; fuimos inundadas por él.

Por otro lado no es posible imaginarse con qué ligereza... qué rapidez se efectuaban todas las variaciones de la escena: no teníamos que esperar ni un minuto. Bajo nuestras bocas se sucedían los coños, los pitos tan rápidamente como nuestro deseo; por otra parte, en cuanto los instrumentos que meneábamos habían descargado, aparecían otros nuevos; nuestras masturbadoras se turnaban con la misma velocidad y nuestros culos jamás estuvieron vacantes. En menos de tres horas, durante las cuales no dejaron de sumirnos en el delirio, fuimos enculadas cien veces cada una y, en este mismo intervalo, polucionadas por el consolador que sondeaba nuestros coños. ¡Yo estaba destrozada! Olympe se había encontrado mal, se habían visto obligados a retirarla; Clairwil y Charlotte fueron las únicas que sostuvieron el ataque con un valor ejemplar. El semen, los licores eyaculados por el consolador, la sangre, todo nos inundaba por todas partes: nadábamos en sus chorros. Ferdinand y Francaville que, frente al espectáculo, se habían divertido con unos treinta encantadores bardajes, nos invitaron a proseguir el paseo; cuatro bonitas muchachas nos sostuvieron y entramos en un vasto kiosco decorado de la siguiente manera.

Al fondo, a la derecha, había un anfiteatro semicircular, que se elevaba tres pies del suelo, guarnecido con grandes colchones recubiertos de satén del color del fuego sobre los que podía uno tumbarse cómodamente; enfrente había una grada de más de un pie de alto, de igual forma, completamente guarnecida por un vasto tapiz de terciopelo del mismo color.

–Tendámonos aquí –nos dice el príncipe conduciéndonos hacia la parte del anfiteatro– y veremos lo que ocurrirá.

En cuanto nos colocamos vemos entrar en medio de la sala a doce jóvenes muchachas de dieciséis a dieciocho años con un rostro delicioso. Iban vestidas con una simple túnica griega que dejaba su pecho al descubierto; y sobre sus senos, más firmes y blancos que el alabastro, llevaba cada una un niño desnudo, hijos suyos, de la edad de seis a ocho meses. Al mismo tiempo se deslizaron junto a nosotros seis guapos hombres, pito en mano; dos encularon a Ferdinand y Francaville; los otros cuatro nos

ofrecieron sus servicios de la forma que nos complaciese aceptarlos.

En cuanto fuimos jodidos los seis, las doce mujeres formaron un círculo alrededor de nosotros y fueron remangadas por un número igual de muchachitas, vestidas como los tártaros, que, al arrodillarse junto a la mujer a la que arremangaban, nos exponían, gracias a una actitud agradablemente diseñada, la colección más soberbia de nalgas que fuese posible ver.

—He ahí soberbios culos —dice Francaville bajo el monstruoso pito que lo sodomizaba—; pero desgraciadamente los tenemos proscritos y me decepcionaría mucho, señoras, si manifestaseis un excesivo interés en ellos... No obstante, vean cómo está cortado, ¡cuán blanco es!, ¡hermoso conjunto de nalgas!, ¡qué pena tratarlas como van a serlo en seguida!

Las arremangadoras desaparecen. Doce hombres de treinta y cinco años, con una fisonomía viril y feroz, disfrazados de sátiros, los brazos al descubierto y armados cada uno con un instrumento de flagelación diferente, se apoderan de los niños llevados por sus madres, los tiran apiñados, agarran a las madres, las arrastran por los pelos encima de la estrada en gradería que se encuentra frente a nosotros y, arrancándolas despiadadamente las camisas que las cubrían, las sujetan con una mano y empiezan a flagelarlas con la otra de una manera tan cruel y durante tanto tiempo que hasta nosotros llegan, atravesando todo el kiosco, chorros de sangre y trozos de carne.

En mi vida había visto una flagelación igual... tan sangrienta ya que los golpes recaían indistintamente sobre todas las partes traseras, desde la nuca hasta el tobillo; las lamentaciones de estas desgraciadas se oían en una legua y el crimen se realizaba tan al descubierto aquí que no se había tomado ninguna precaución para ocultarlo. Cuatro de las mujeres se desmayaron... se cayeron y no fueron levantadas sino a latigazos. Una vez que las partes flageladas eran una sola llaga, las abandonaron.

Entonces se ejecuta un movimiento simultáneo y flagelantes y flagelados chocan, se empujan, se apiñan; los unos acuden de dos en dos a sustituir a los seis primeros personajes de que gozábamos; las otras se acercaban tristemente a buscar a sus hijos; por muy mezclados que estuviesen los reconocían, los acercan a sus labios temblorosos... los apoyan sobre sus senos palpitantes mezclando la leche alterada que les dan a las lágrimas ardientes que inundan su rostro... Lo confieso con vergüenza, amigos míos, pero esta efervescencia, en contraste con los impulsos opuestos que se manifestaban en nosotros, me hizo eyacular dos veces seguidas bajo el miembro de hierro que me sondeaba el ano. No duró mucho el momento de calma: doce nuevos hombres, más terribles que los primeros, y vestidos como salvajes, llegan con la blasfemia en la boca, con el látigo en el puño. Agarran a los hijos de esas desgraciadas, nos los tiran con más fuerza que la primera vez, rompen con ese impulso el cráneo de algunos sobre las planchas que forman nuestro anfiteatro, arrastran brutalmente a las mujeres por las gradas que están frente a nosotros y, esta vez, los vigorosos golpes de estos monstruos recaerán sobre todas las partes delanteras y especialmente sobre los senos delicados de estas tiernas mujeres. Esas masas frescas, sensibles y voluptuosas, pronto se abren bajo los azotes que los recorren en todos los sentidos con tanta fuerza, y ofrecen la terrible mezcla de la leche que exhalan con los chorros de sangre que hacen brotar los golpes. Pero los bárbaros se pierden hacia abajo y pronto laceran con la misma violencia el bajo vientre, el interior de la vagina y los muslos, y en un momento esas partes, tratadas con el mismo rigor que las otras, muestran la sangre que corre por todas partes. Y entretanto nosotros jodíamos y gozábamos del supremo

placer que resulta del espectáculo de los dolores del prójimo en almas del temple de las nuestras. De nuevo el mismo movimiento de las mujeres en cuanto las dejan sus verdugos y de éstos viniendo a sustituir con sus pitos espumeantes y tiesos los doce instrumentos marchitos de sus predecesores. Ellas se lanzan sobre sus hijos, los recogen a pesar de lo maltrechos que están, los calientan con sus dolorosos besos, los inundan con sus lágrimas, los consuelan con tiernas palabras, y casi habrían olvidado sus desgracias con el placer que experimentan al encontrar a esas criaturas queridas si otros doce criminales, con un rostro mil veces más terrible que los precedentes, no hubiesen acudido precipitadamente para otras atrocidades.

Esta nueva horda, vestidos como los satélites de Plutón, arrancan por última vez y sin ningún miramiento a los tristes niños de esas infortunadas, los acribillan a puñaladas, los lanzan a nuestros pies, se precipitan sobre las mujeres y hacen con ellas, en medio del ruedo, la más rápida y sangrienta carnicería; a continuación se lanzan sobre nosotros, inundados de sangre, apuñalan en nuestros brazos a los que nos están fornicando y nos enculan a su vez muriendo de placer.

—¡Oh!, ¡qué escena! —le digo a Francaville cuando, agotados de semen y horror, nos retiramos de esta sangrienta guarida—, ¡qué escena!

—Todavía no es suficiente para tu amiga —me dice el príncipe señalándome a Clairwil, que se divertía examinando las heridas de los muertos que dejábamos en el campo de batalla...

—¡Joder! —nos respondió esta mujer de carácter— ¿Así pues creéis que alguien puede cansarse de esto?, ¿pensáis que alguna vez se tiene suficiente? He aquí sin duda uno de los más deliciosos horrores que yo haya visto en mi vida, pero me dejaré para siempre la pena de no poder repetirlo cada cuarto de hora de mi vida.

Aquí se terminaba la fiesta. Unas calesas nos esperaban; subimos, nos condujeron al palacio del príncipe; no teníamos ni fuerzas para dar un paso; había preparados unos baños de hierbas aromáticas, nos sumergimos en ellos; nos ofrecieron unos consomés y unas camas, y al cabo de doce horas las tres hubiésemos empezado de nuevo si hubiese hecho falta.

Una vez recuperadas del cansancio pensamos en continuar nuestra gira por los alrededores de Nápoles, esta vez del lado de Levante. Si no os disgustan tales descripciones, las entremezclaré con las de mis lujurias: me divierte tal variedad; es excitante. Si alguna vez se imprimiesen estos relatos, ¿no estaría el lector, cuya imaginación está exaltada con los detalles lúbricos que salpican esta narración, encantado de tener que reposar de tanto en tanto con descripciones más dulces y marcadas siempre con el sello de la verdad más precisa?

A la mirada del viajero, cansado de las perspectivas pintorescas que lo ocupan cuando atraviesa los Alpes, le gusta detenerse en las llanuras fértiles que encuentra al pie de los montes, donde la viña, agradablemente enlazada al olmo, parece en estas regiones indicar que la naturaleza está siempre de fiesta.

Ocho días después de nuestra comida en casa de Francaville partimos para esta segunda gira con un guía que nos proporcionó el rey y con todas las cartas posibles para ser bien recibidas en el país que íbamos a recorrer.

La primera casa que visitamos con atención fue el castillo de Portici. Hasta entonces habíamos visto tan sólo los dormitorios. El mismo Ferdinand nos mostró su museo. Catorce salas en la misma planta componen este enorme gabinete, sin duda el más curioso y hermoso del universo. No hay nada tan cansado como la visita a todo lo que contiene; constantemente de pie, la mente tensa, los ojos fijos, cuando acabamos el

examen yo ya no veía nada.

En otra parte del castillo vimos con placer la numerosa colección de pinturas encontrada en Herculano, u otras ciudades tragadas por la lava del Vesubio.

En general se observa en todas estas pinturas un lujo de actitudes casi imposibles para la naturaleza y que demuestran o una gran ligereza en los músculos de los habitantes de esos países o una imaginación desbordada. Entre otras, me fijé en un trozo soberbio que representa un sátiro gozando de una cabra: es imposible ver nada tan hermoso... mejor acabado.

–Esta fantasía es tan agradable que dicen ser extraordinaria –nos dice Ferdinand–. Todavía está muy en boga en este país; en calidad de napolitano quise conocerla y no os oculto que me dio un gran placer.

–Lo creo –dice Clairwil–; se me ha ocurrido mil veces en mi vida tal idea y siempre he deseado ser hombre sólo para probarla.

–Pero una mujer puede entregarse muy bien a un gran perro –dice el rey.

–Por supuesto –respondí yo de forma que creyesen que conocía esa fantasía.

–Charlotte –prosiguió Ferdinand– ha querido probarla y se ha encontrado perfectamente...

–Sir –le digo en voz baja a Ferdinand con mi ordinaria franqueza– habría sido muy deseable que todos los príncipes de la casa de Austria no hubiesen jodido nunca sino a cabras y que las mujeres de esta casa no hubiesen conocido más que a dogas: la tierra no estaría infectada de esa raza maldita de la que los pueblos sólo conseguirán defenderse con una revolución general.

Ferdinand convino en que yo tenía razón y proseguimos. Las ruinas de Herculano, absolutamente excavadas, ofrecen hoy poca cosa: como se ha recubierto todo, a causa de los robos, para asegurar el suelo que sostiene a Portici, se juzga bastante mal el hermoso teatro tanto por la oscuridad que en él reina como por los cortes dados. De vuelta a Portici, Ferdinand nos abandonó a los iluminados guías que él mismo nos había elegido y el amable hombre nos deseó feliz viaje, recomendándonos a su amigo Vespoli, de Salerno, para el que nos había dado cartas y cuya casa, nos aseguró, nos proporcionaría un placer infinito.

Atravesamos Resina para llegar a Pompeya. Esta ciudad fue tragada como Herculano y por la misma erupción. Algo singular que observamos fue que está construida a su vez sobre dos ciudades que fueron tragadas ya hace mucho tiempo. Como veis, el Vesubio absorbe, destruye toda vivienda en esta parte sin que nada pueda desanimarlos a reconstruir otras nuevas; tan es así que, sin ese cruel enemigo, los alrededores de Nápoles serían indudablemente el país más agradable de la tierra.

Después de Pompeya llegamos a Salerno y desde allí fuimos a dormir al famoso manicomio que se halla situado a unas dos millas de esta ciudad y en la que Vespoli ejerce su terrible poder.

Vespoli, procedente de una de las mejores familias del reino de Nápoles, era en otro tiempo primer capellán de la Corte. El rey en pago de haberle servido en sus placeres y dirigido su conciencia*, le había concedido la administración despótica del correccional en el que estaba y, protegiéndole con su poder, le permitía entregarse allí a todo lo que mejor pudiese convenir a las criminales pasiones de este libertino. Dadas las atrocidades que cometía, Ferdinand no tuvo ningún inconveniente en enviarnos allí.

Vespoli, de cincuenta años, con un rostro imponente y duro, alto y con la fuerza de

* Es costumbre en Italia hacer del confesor una alcahueta; entre los grandes hombres, la unión de ambas cosas es frecuente y los curas, un poco intrigantes, ejercen comúnmente muy bien las dos a un tiempo.

un toro, nos recibió con señales de la máxima consideración. En cuanto vio nuestras cartas y, como era muy tarde cuando llegamos, sólo se ocupó de darnos de comer rápidamente y de que nos fuésemos a la cama. Al día siguiente el mismo Vespoli vino a servirnos el chocolate y en vista de que se lo pedimos ardorosamente nos acompañó a visitar su casa.

Cada una de las salas que recorrimos nos dio a todos materia suficiente para criminales lubricidades y estábamos ya horriblemente excitados cuando llegamos a las celdas donde están encerrados los locos.

El patrón, que hasta ese momento no había hecho sino ponerse en situación, la empinó increíblemente cuando llegamos a este recinto y, como el goce de los locos era el que más excitaba sus sentidos, nos preguntó si queríamos verlo actuar.

–Por supuesto –respondimos.

–Es que –dice– mi delirio es tan prodigioso con estos seres, mi comportamiento tan extravagante, mis crueldades tan atroces que difícilmente me dejo ver aquí.

–Aunque tus caprichos fuesen mil veces más incongruentes –dice Clairwil–, queríamos verte, y te suplicamos que actúes como si estuvieses solo; sobre todo te pedimos que no escatimes impulsos preciosos que pongan al descubierto tus gustos y tu alma...

Y pareció que esta cuestión lo calentaba mucho porque no la pudo hacer sin frotarse el pito.

–¿Y por qué no vamos a gozar nosotras también de los locos? –dice Clairwil– Tus fantasías nos electrizan, queremos imitarlas todas. No obstante, si son peligrosos tendremos miedo; si no lo son nos calentaremos con ellos como tú: démonos prisa, ardo en deseos de verte con ellos.

En este lugar, las celdas estaban alrededor de un gran patio plantado de cipreses, cuyo lúgubre verde daba al recinto toda la apariencia de un cementerio. En medio había una cruz con puntas a un lado; allí arriba era donde se agarrotaban las víctimas de la maldad de Vespoli. Cuatro carceleros, armados con gruesos bastones de hierro, un golpe de los cuales hubiese matado a un buey, nos escoltaban con atención. Vespoli, que no temía sus miradas, acostumbrado, como estaba a divertirse delante de ellos, nos dice que nos coloquemos en un banco del patio, que se queden dos junto a nosotras mientras los otros dos abrirían las celdas de los que necesitase.

En seguida sueltan a un joven alto, desnudo y hermoso como Hércules, que hizo mil extravagancias en cuanto estuvo libre. Una de las primeras fue venir a cagar a nuestros pies, y Vespoli no dejó de venir también con cuidado a observar la operación. Se masturbó, tocó el mojon, frotó en él su pito, a continuación se pone a danzar, a dar los mismos brincos que el loco, después lo coge a traición, lo empuja contra la cruz y los carceleros lo agarrotan al instante. En cuanto está sujeto, Vespoli, transportado, se arrodilla ante el trasero, lo entreabre, lo hurga, lo llena de caricias y, levantándose después con el látigo en la mano zurra durante una hora seguida al loco desgraciado que lanza gritos penetrantes. En cuanto están desgarradas sus nalgas, el disoluto lo encula y, en la embriaguez que lo posee, se pone a desvariar como su víctima.

–¡Oh!, rediós –exclamaba de vez en cuando–, qué gozada el culo de un loco! Y yo también estoy loco, rediós jodido; enculo a locos, descargo en locos, me vuelvo loco por ellos y sólo a ellos quiero joder en el mundo...

Sin embargo, como Vespoli no quería perder sus fuerzas hace desatar al joven. Llega otro... éste se cree Dios...

–Voy a joder a Dios –nos dice Vespoli–, miradme; pero antes de encular a Dios

tengo que darle una manta de palos. Vamos –prosiguió–... vamos, so Dios imbécil... ¡tu culo... tu culo...!

Y Dios, puesto en cueros por los carceleros, pronto es desgarrado por su cautiva criatura, que lo encula en cuanto sus nalgas están hechas un flan. Le sucede una hermosa muchacha de dieciocho años; ésta se cree la Virgen: nuevos temas de blasfemias para Vespoli, que fustiga hasta hacerla sangrar a la madre de Dios y que después la sodomiza durante un cuarto de hora.

Clairwil se levanta llena de fuego.

–Ese espectáculo me calienta –nos dice–; imítadme, amigas mías, y tú, malvado, haz que tus carceleros nos desnuden, que nos encierren en celdas; tómanos también por locas, las imitaremos; harás que nos aten a la cruz por el lado que no tiene puntas, tus locos nos azotarán y nos encluarán después.

La idea parece deliciosa. Vespoli la ejecuta. Al momento dejan libres a diez locos que caen sobre nosotras; algunos nos zurrán, otros son acuchillados por Vespoli por haberse negado; pero todos nos fornican y todos, guiados por Vespoli, se introducen en nuestros traseros. Los carceleros, el amo, todo pasa por ellos: les hacemos frente a todos.

–Descarga ahora –dice Clairwil al amo del lugar–, hemos hecho todo lo que has querido, hemos imitado tus extravagancias: muéstranos cómo te conduces en esta última crisis de la voluptuosidad.

–Un momento –dice nuestro hombre–, hay uno aquí que hace mis delicias; jamás salgo sin fornicarlo.

A una señal a uno de sus carceleros, le traen a un viejo de más de ochenta años cuya barba blanca le llega hasta por debajo del ombligo.

–Ven, Jean –le dice Vespoli agarrándole por la barba y arrastrándolo de esta manera por todo el patio–, ven a que te meta mi pito en tu culo.

El viejo es atado, fustigado despiadadamente; su culo, su viejo pergamino arrugado es besado, lamido, encluido, y Vespoli muy cerca de lanzar su semen, se retira y nos dice:

–¡Ah!, ¿queréis verme descargar? ¿Pero acaso sabéis que jamás llego a tal crisis más que a costa de la vida de dos o tres de estos infortunados?

–Tanto mejor –respondí–, pero espero que en tus masacres no te olvides ni de Dios ni de la Virgen; confieso que descargaré con gran placer viéndote asesinar al buen Dios con una mano y a su nuera con otra.

–Si es así, tengo que encluar a Jesucristo durante ese tiempo –dice el infame–. Lo tenemos: todo el paraíso está en este infierno.

Los carceleros traen a un joven guapo de treinta años que se decía el hijo de Dios y al que Vespoli pronto pone en la cruz. Lo flagela con todas sus fuerzas.

–Valor, valientes romanos –exclamaba la víctima–, siempre os he dicho que sólo había venido a esta tierra para sufrir; os pido que no me lo ahorréis; sé muy bien que tengo que morir en la cruz; pero habré salvado al género humano.

Vespoli ya no aguanta más; encula al Cristo, arma sus dos manos con estiletes para obsequiárselos a la Santa Virgen y al buen Dios.

–Vamos –nos dice–, rodeadme, mostradme vuestros culos; y puesto que sentís curiosidad por mi descarga vais a ver cómo la realizo.

Entra y sale; jamás el hijo de Dios fue jodido tan bien; pero cada embestida que da para su goce va acompañada de una cuchillada sobre una parte de los dos cuerpos ofrecidos, a izquierda y a derecha, a su rabia. Primero cose a estocadas los brazos, las

axilas, los hombros, los costados: a medida que se acerca la crisis el bárbaro elige partes más delicadas; el pecho de la virgen está cubierto de sangre; al golpear tanto con una mano, tanto con la otra, sus brazos imitan el balanceo de un reloj; se podrían calcular los avances de la crisis por la delicadeza de las partes elegidas. Terribles juramentos nos anuncian por fin los últimos transportes de este frenético. Entonces su furor elige los rostros; los desgarran y cuando surgen las últimas gotas de su semen, son los ojos los que su furor arranca.

Es imposible expresar hasta qué punto nos anima este espectáculo: queremos imitar a este monstruo; se nos dan abundantes víctimas; cada una inmolamos a tres. Clairwil, ebria de voluptuosidad, se precipita al centro del patio; arrastra a Vespoli.

–Ven a joderme, ¡criminal! –le dice–; por el coño de una mujer que se te parece, ven a serle infiel a tu culto.

–No puedo –dice el italiano.

–Lo exijo...

Excitamos a Vespoli, se le empalma; lo obligamos a encoñar a Clairwil; le mostramos nuestros culos: el caprichoso quiere locos y solo dejando que le cague uno en su rostro, y apremiado por Olympe y por mí, arroja por fin el maldito semen a Clairwil. Y abandonamos esos execrables lugares sin habernos dado cuenta de que durante trece horas habíamos estado sumidas en infamias.

Todavía nos quedamos unos días en ese lugar de crímenes y orgías, al cabo de los cuales, deseando a Vespoli toda suerte de prosperidades, proseguimos nuestro camino hacia los célebres templos de Pesto.

Antes de visitar nada fuimos a alojarnos a una soberbia granja cuya dirección nos había dado Ferdinand. La sencillez, la virtud caracterizaban a los habitantes de esta bella casa de campo; una viuda de cuarenta años y tres muchachas de quince a dieciocho años eran sus únicas dueñas. No había nada criminal aquí y si la virtud misma hubiese sido desterrada de la tierra, sólo se hubiesen encontrado sus templos en la casa de la honrada y dulce Rosalba: nadie tenía tanta lozanía como ella, nadie era más bonita que sus hijas.

–¡Y bien! –le digo en voz baja a Clairwil– ¿No te había dicho que estaba casi segura de encontrar bien pronto un asilo donde la virtud, bajo su más bella apariencia, nos induciría con toda seguridad al vicio? Mira esas encantadoras muchachas, son flores que la naturaleza nos da para que las vendimiemos. ¡Oh Clairwil! Es preciso que gracias a nosotras el trastorno y la desolación sustituyan pronto a la inocencia y la paz que nos presenta este delicioso retiro.

–Me pones cachonda –dice Clairwil–; tienes razón, he ahí voluptuosas víctimas; después, besándome: pero tienen que sufrir mucho... Cenemos, vayamos a ver los templos y después maquinaremos esa bonita fechoría.

La precaución de llevar siempre a un cocinero con nosotras hacía que en cualquier lugar encontrásemos más o menos la misma comida. Tras una gran comida durante la cual nos sirvieron las hermosas muchachas de la casa, nos hicimos conducir a los templos. Esos soberbios edificios están tan bien conservados que, sin el sabor antiguo que los caracteriza, se los tomaría por obras de hace tres o cuatro siglos todo lo más: son tres y uno parece mucho más grande que los otros dos. Tras haber admirado esas obras de arte... haber lamentado las inmensas sumas que la superstición hace ofrecer en todos los países del universo a dioses que, de la naturaleza que sea, no existieron jamás más que en la imaginación de unos locos, volvimos a nuestra granja donde sin duda nos llamaban mayores intereses.

Una vez allí, Clairwil se apodera de la madre y le da cuenta de nuestros temores a dormir solas en campos tan prodigiosamente aislados.

–¿Serán vuestras hijas –dice la malvada– lo bastante complacientes como para compartir nuestras camas?

–No tenéis ni que dudarlo, mis bellas señoras –respondió honradamente la bella granjera–; mis hijas estarán halagadas por el honor que tenéis a bien hacerles...

Y Clairwil corre a contarnos esta agradable respuesta, elegimos cada una la que deseábamos y nos retirarnos.

Me había tocado en suerte la de quince años: era imposible ver algo más fresco y más bonito. En cuanto estuvimos bajo la misma sábana la colmé de caricias y la pobre pequeña me las devolvía con un candor... una ingenuidad... capaces de desarmar a cualquier otra que no fuese una libertina como yo. Empecé con preguntas: ¡ay de mí! la inocente no las entendía; aunque en un clima muy precoz, la naturaleza no le había dictado nada todavía y la más completa sencillez dictaba las ingenuas respuestas de ese ángel. Cuando mis impuros dedos deshojaron la rosa, temblaba; la besé, me lo devolvió, pero con una sencillez ignorada por la gente de mundo y que sólo se encuentra en los asilos del pudor y la inocencia. La hubiese hecho hacer cualquier cosa, hubiese ejecutado cualquier cosa con esta bonita criaturilla, cuando mis compañeras, levantadas más pronto que yo, vinieron a pedirme nuevas de la noche.

–¡Ay! –les digo–, estoy segura que los detalles de mis placeres es la historia fiel de los vuestros.

–¡Ah, santo cielo! –dice Clairwil– ¡creo que en mi vida había descargado tanto! Pero levántate, despacha a esa niña, tenemos que hablar...

Después, mirándola fijamente:

–Bribona –le digo–, tus jodidos ojos me pintan tu alma... respiran el crimen.

–Quiero cometer uno, terrible, espantoso... ¿Sabes cómo nos han recibido estas buenas gentes... el placer que nos han dado sus hijas?

–¿Y bien?

–Quiero masacrarles a todas, robar, hacer pillaje, abatir su casa y masturbamos sobre las ruinas cuando hayan cubierto los cadáveres.

–Apruebo esa deliciosa idea –respondí–, pero deseo un episodio. Tenemos que encerrarnos esta noche con toda esa gente: la madre está sola con sus hijas, los criados están en Nápoles, no hay nada más aislado que esta casa: entreguémonos a infamias, después mataremos.

–¿Estás entonces cansada de la tuya? –me dice Clairwil.

–Saturada...

–Yo querría ver ya a la mía con el diablo –dice Borghèse.

–Jamás hay que ir tan lejos con el individuo ofrecido a nuestro goce –dice Clairwil– sin tener veneno en el bolsillo.

–¡Malvada! Ni un reproche... desayunemos, ocupémonos después de nuestro plan.

Teníamos por escolta a cuatro altos criados con miembros como asnos que nos jodían cuando nos poníamos cachondas y que como estaban bien pagados se guardarían de desobedecernos: una vez que fueron puestos al tanto sólo respiraban ya para la ejecución. En cuanto llegó la noche, nos apoderamos de la casa. Pero es esencial pintaros a los actores antes de entrar en detalles sobre la escena. Conociendo ya a la madre y habiéndoos pintado sin duda a Rosalba bajo los rasgos del frescor y la belleza no tengo más que deciros de sus hijas. Isabelle era la más joven, yo acababa de pasar la noche con ella; la segunda se llamaba Bathilde, dieciséis años, con facciones hermo-

sas, regulares, mirada lánguida, el aire de una hermosa virgen de Rafael; Ernesille era el nombre de la tercera, el porte y el rostro de la misma Venus, era imposible ser más hermosa; era con la que Clairwil acababa de mancillarse de horrores e impudicias. Nuestra gente se llamaba Roger, Victor, Auguste y Vanini. El primero me pertenecía, era de París, veintidós años y el pito más hermoso posible; Victor, francés también, y de dieciocho años, pertenecía a Clairwil, no le iba a la zaga a Roger en cuanto a cualidades; Auguste y Vanini, ambos florentinos, pertenecían a Borghèse, ambos jóvenes, con un rostro encantador y con unos miembros superiores.

La tierna madre de nuestras tres Gracias, un poco sorprendida por las precauciones que nos veía tomar, preguntó qué significaban.

–Vas a saberlo en seguida, puta –le dice Auguste, ordenándole pistola en mano que se desnudase.

Y entretanto, los otros tres criados nuestros se apoderaron cada uno de una muchacha y les dirigían más o menos los mismos cumplidos. En menos de seis minutos, la madre y las tres hijas desnudas, con las manos atadas detrás de la espalda víctimas, se nos ofrecen ya a nuestras miradas, sumisas y víctimas. Clairwil se acerca a la madre.

–¡Cuán hermosa y fresca es esta bribona! –le dice manoseando sus nalgas y su pecho; y volviéndose hacia sus hijas–: Pero esto... ¡Oh!, ¡son ángeles!, nunca había visto nada tan hermoso. Granuja –me dice acariciando a la mía–, te habías procurado la mejor... ¡Cuántos placeres has debido tener esta noche con una muchacha tan bonita!... ¡Y bien!, amigas mías, ¿me dejáis que dirija todo esto?

–Claro, no habría nadie que hiciese mejor uso de los derechos que ponemos en tus manos.

–Mi opinión es entonces que cada una de nosotras pase alternativamente con la madre y las tres hijas a un gabinete separado para someter a las cuatro a lo que más le plazca.

–¿Podrá acompañarme un hombre? –dice Borghèse.

–No, primero sola; veréis lo que dispondré después.

Como ignoro lo que mis compañeras hicieron os hablaré sólo de mis calaveradas con esas cuatro criaturas. Azoté a la madre, sujeta por sus hijas, después a una de las muchachas mientras las otras dos masturbaban a su madre ante mi vista; les metí agujas en el seno, les mordí el clítoris y la lengua y les rompí el dedo meñique de la mano derecha a cada una. La sangre que corría por sus cuerpos cuando mis amigas las trajeron demostraba que no las habían tratado con más miramiento que yo. Las reunimos; se deshacían en lágrimas.

–¿Es puesta esta –decía sollozando– la recompensa a las atenciones que hemos tenido... a los cuidados que os hemos dedicado?

Y la madre, llena de lágrimas, se acercaba a sus hijas para besarlas... para consolarlas; éstas la rodeaban... se apretaban entre sí llorando y las cuatro formaban el cuadro más patético y desgarrador de la naturaleza. Pero almas como las nuestras no se enternecen por nada; todo lo que es ofrecido a su sensibilidad no es sino un alimento más para su rabia; nos poníamos cachondas.

–Hagámoslas joder –dice Clairwil–, así que desatemos sus manos.

Con estas palabras pone a Rosalba sobre una cama, después ordena a la más joven de las hijas que prepare para su madre, uno tras otro, los pitos de nuestros cuatro criados. La pobre niña, amenazada por nosotras, se veía obligada a menear... chupar los instrumentos que debían sumergirse en su madre. Nos divertíamos con las otras

dos. Para reservar sus fuerzas habíamos prohibido a nuestros hombres que descargasen. Les presentamos a la menor y entonces era la madre la que debía preparar los pitos con los que iba a ser fornicada su hija. Este segundo ataque tuvo un éxito todavía mayor: las tres hijas de Rosalba fueron jodidas por pitos preparados por su madre. Uno solo de nuestros hombres, Auguste, no fue lo suficientemente dueño de sí mismo: eyaculó su semen en el coño de Isabelle.

–No es nada –dice Clairwil atrayéndole hacia ella–; con sólo tres minutos en mis manos estará tan excitado como hace un momento.

Es el turno de los culos, empieza la madre, sus hijas son obligadas a introducir los pitos en su ano; pronto les presta el mismo servicio. Roger, como el mejor dotado de los cuatro en cuanto a miembro, es obligado a desvirgar a la más joven... la desgracia... la llena de sangre; nosotras descargábamos masturbadas lúbricamente por las otras muchachas y sodomizadas por los hombres. En ese punto, Vanini se entregó; no pudo resistirse al hermoso culo de Ernesille: le llenó el ano de semen; y Clairwil, a quien nadie igualaba en el arte de volver a empinar los pitos, pronto se lo puso tan duro como si no hubiese empalmado en seis semanas.

Los verdaderos suplicios comenzaron a partir de ese momento. Clairwil maquinó que atasen a cada una de las muchachas a nosotras y la madre, amenazada... sujeta por los criados, debía atormentarlas sobre nuestros cuerpos. Yo me había pedido a Ernesille; Bathilde estaba sobre Clairwil; Isabelle sobre Borghèse. A nuestra gente le costó un trabajo infinito hacer obedecer a Rosalba. Cuando es preciso vencer a la naturaleza hasta ese punto, cuando es preciso obligar a una madre a azotar, a abofetear, a pellizcar, a quemar, a morder, a pinchar a sus propias hijas, ciertamente, no es fácil el trabajo. Sin embargo lo conseguimos. La puta recibió muchos golpes, pero obedeció y nosotros gozamos del placer feroz de masturbar, de besar tres infortunadas mientras su propia madre las hacía papilla.

Entonces nos ocuparon juegos más serios. Atamos a la madre a un pilar y, con la pistola en el pecho de las hijas, las obligamos a que cada una metiese una aguja muy puntiaguda en las tetas de su madre; lo hicieron. Las atamos a su vez. La madre fue obligada a darles una puñalada en el coño entreabierto y entretanto nosotras acariciábamos las nalgas con estiletaos. Sus cuerpos empezaban a no inspirarnos sino ese delicioso horror nacido de crímenes secretos que la lubricidad impulsa a cometer y que no están hechos para que los oiga todo el mundo. Agotadas, rendidas, nos hicimos sodomizar mientras contemplábamos el terrible estado de nuestras víctimas y en tanto que Roger, que no tenía mujer, azotaba la masa de esas cuatro criaturas, atadas unas a otras, con cadenas de hierro candente.

–¡Vamos, santo Dios jodido!, ¡vamos, so pedazo de imbécil de Dios, en el que me jodo!, matem os ahora –dice Clairwil, cuyos ojos homicidas expresaban a la vez rabia y lubricidad–; asesinemos, destruyamos, emborrachémonos con sus lágrimas. Estoy impaciente por ver expirar a esas zorras; ardo en deseos de oír sus desgarradores gritos y de quitarme la sed con su odiosa sangre; me gustaría devorarlas trozo por trozo; me gustaría hartarme con sus carnes...

Dice... La bribona apuñala con una mano mientras se menea el clítoris con la otra. La imitamos: y esos gritos, esos gritos que ardíamos en deseos de oír, vienen por fin a halagar nuestros oídos. Estábamos allí, enfrente; nuestros criados nos socratizaban durante la operación; todos nuestros sentidos estaban a la vez excitados por el divino aspecto de nuestras infamias.

Yo estaba al lado de Clairwil; masturbada por Auguste, la puta estaba descargando.

Se inclinó sobre mí.

–¡Oh! Juliette –exclamó, redoblando sus acostumbradas blasfemias–. ¡Oh!, ¡cuán delicioso es el crimen, mi alma!, ¡cuán poderosos son sus efectos!, ¡cuántos atractivos tienen para un alma sensible! ...

Y los alaridos de la Borghèse que, por su parte descargaba como una Mesalina, precipitaron nuestras eyaculaciones y las de nuestra gente, enérgicamente masturbados por nosotras.

El reposo que vino tras esta agitación lo utilizamos tan sólo para verificar la realidad de nuestros crímenes: las putas expiraban... y la muerte cruel nos quitaba el placer de atormentarlas durante más tiempo. Como todavía no estábamos satisfechas con el mal que acabábamos de hacer, robamos y destruimos la casa. Hay momentos en la vida en los que el deseo de revolcarse en el desorden es tal que ya no hay nada que pueda satisfacerlo en los que las execraciones, incluso las mayores, no sacian sino muy débilmente la excesiva inclinación que se siente por el mal*.

La noche era hermosa; nos marchamos; nuestras gentes, a quienes habíamos abandonado el pillaje, convinieron en que les había reportado más de treinta mil francos. De Pesto volvimos a Vietri, donde cogimos un barco que nos dejó en la isla de Caprea, bordeándola en todo momento para no perdernos ninguno de los sitios pintorescos de esta sublime costa. Desayunamos en Amalfi, antigua ciudad etrusca, en las mejores condiciones del mundo. A continuación nos reembarcamos hasta la punta de la Campanella, sin salirnos nunca de una costa que tiene tanto interés. En todo ese país habitado en otro tiempo por los sorrentinos no vimos más que las ruinas de un templo de Minerva que da su nombre a la costa. Como hacía un hermoso tiempo, hicimos vela y en dos horas escasas nos encontramos en el puerto de Caprea, tras haber dejado a nuestra derecha las tres islitas de Galli.

La isla de Caprea, que puede tener alrededor de diez millas de contorno, está rodeada por todas partes por enormes rocas. Como acabo de decir, sólo se la puede abordar por el puertecillo que está frente al golfo de Nápoles. Su forma es una elipse de cuatro millas en su parte más larga y de dos en su parte más ancha; está dividida en dos partes: la alta y la baja Caprea. Una montaña de prodigiosa altura divide las dos partes, siendo para esta isla lo que los Apeninos son para Italia. Los habitantes de una de las partes no pueden comunicarse con los de la otra más que por una escalera de ciento cincuenta escalones tallada a pico en la roca.

Tiberio habitaba poco esta segunda parte; sólo en la parte baja, más templada, había erigido sus lugares de orgía y sus palacios, uno de los cuales se hallaba asentado en la punta de una roca tan prodigiosamente alta que la mirada apenas podía distinguir las olas que la bañaban. Ese palacio le servía de asilo para sus más excitantes lujurias. Desde lo alto de una torre saliente sobre la cresta de la roca, cuyos restos se ven todavía, era desde donde el feroz Tiberio hacía lanzar los niños de uno y otro sexo que acababan de satisfacer sus caprichos.

–¡Ah! ¡Rejodido Dios! –dice Clairwil–, ¡cómo debía descargar el granuja al ver caer de cabeza desde tal altura a las víctimas de su libertinaje! ¡Oh!, querido ángel –

* En *Justine* tuvimos el fallo de no introducir en la escena más que a criminales masculinos. ¡Gracias a Dios, aquí estamos libres de esos desoladores reproches! ¡Ay!, el mal, una de las primeras leyes de la naturaleza, se manifiesta más o menos de la misma forma en todas las producciones de la naturaleza; cuanto más sensibles son los individuos, tanto más los doblega la mano de esa naturaleza atroz bajo las leyes invencibles del mal; y es de aquí de donde resulta que las mujeres se dediquen a él con más calor y refinamientos que los hombres. Pero todos son malos porque deben serlo; en todo esto lo único absurdo e injusto son las leyes del hombre, que se atreven a tener la imbécil y vana pretensión de reprimir o combatir las de la naturaleza.

continúa, apretándose contra mí— ¡Qué voluptuoso granuja era el tal Tiberio! ... Si pudiésemos encontrar aquí algún objeto para lanzarlo como él...

Y entonces, Borghèse, que nos adivinaba el pensamiento, nos señaló una niña de nueve o diez años que guardaba una cabra a veinte pasos de allí.

—¡Oh, joder! —dice Clairwil—, es fenomenal; ¿pero y nuestros guías?

—Hay que despedirlos, les diremos que queremos respirar en este lugar unas horas.

La ejecución sigue de cerca al deseo; henos aquí solas... Borghèse en persona va a buscar a la niña.

—¿Quién eres? —le preguntamos.

—Pobre y desgraciada —responde humildemente la muchachita—. Esta cabra es todo lo que tengo; ella y mis cuidados mantienen a mi madre, que, enferma y constantemente en cama, moriría sin estos dos socorros.

—¡Y bien! —dice en seguida la infernal Clairwil—, mira cuán bien nos sirve el azar... Ataremos la niña a la cabra, y las tiraremos a las dos.

—Sí, pero antes tenemos que divertirnos con ella —respondí—... saber al menos cómo está formada la muchacha; el frescor, la salud, la juventud, brillan en sus jóvenes atractivos: sería ridículo no divertirse con tales cosas.

¿Lo creeríais, amigos míos?, tuvimos la crueldad de desvirgar a esta niña con un guijarro puntiagudo; de zurrarla hasta hacerla sangrar con las espinas de los alrededores, de atarla después a su cabra y lanzarlas a las dos desde el alto de una roca, desde donde las vimos sumergirse en las olas, lo que hizo que las tres descargásemos tanto mejor dado que el asesinato era doble, ya que arrastraba consigo el de la madre de la niña, que, privada de los socorros de los dos individuos a quienes acabábamos de dar muerte, no tardaría mucho con toda seguridad en morir a su vez.

—Así es como me gustan los horrores —les digo a mis amigas—; hay que hacerlo siempre así o no mezclarse en ellos.

—Sí —dice Clairwil—; pero teníamos que haberle sacado a la niña dónde vivía la madre... Hubiese sido delicioso verla expirar de necesidad...

—¡Malvada! —le digo a mi amiga— No creo que exista en el mundo un ser que sepa mejor que tú refinar el crimen...

Y proseguimos nuestro paseo... Como las tres estábamos deseosas de saber si los dichosos habitantes de esa isla se parecían, los hombres en fuerza, las mujeres en atractivo, a los divinos habitantes de Nápoles, entregamos al gobernador una carta personal de Ferdinand.

—Estoy asombrado —nos dice tras haberla leído— de que el rey pueda encargarme de una comisión parecida: ¿ignora acaso que estoy aquí más como el espía de este pueblo que como el representante del soberano? Caprea es una república de la que el gobernador, puesto por el rey, no es más que su presidente. ¿Con qué derecho quiere que obligue a hombres o a mujeres de esta región a entregarse a ustedes? Esta acción sería la de un déspota y Ferdinand sabe muy bien que aquí no lo es. A mí también me gustan todas esas cosas; pero gozo muy poco de ellas en este retiro donde no hay muchachas públicas, muy pocos criados u holgazanes. No obstante, como por lo que Ferdinand me escribe, pagáis muy bien, haré que propongan a la viuda de un comerciante que os entregue a sus tres hijas; le gusta el oro y estoy seguro de que se dejará seducir por el vuestro. Esas muchachas, nacidas en Caprea, tienen dieciséis, diecisiete y dieciocho años cada una; es lo más hermoso que tenemos en este país: ¿qué darán ustedes?

—Mil onzas por muchacha —dice mi amiga—, el dinero para nuestros placeres no nos

duele. Te prometemos otro tanto para ti, gobernador; pero necesitamos tres hombres.

–¿Tendría yo la misma recompensa por ellos? –dice el avaro oficial.

–Sí –le digo–, nosotras jamás regateamos en esto.

Y el buen hombre, después de prepararlo todo para esa escena lúbrica, no nos pidió otro favor que el de mirarnos.

Las muchachas eran realmente hermosas; los muchachos frescos, fuertes y dotados de magníficos pitos. Tras habernos hecho dar por ellos, los casamos con esas vírgenes; los ayudamos a la desfloración; solamente les permitimos coger las rosas; después estaban obligados a refugiarse en nuestros culos; sólo tenían permiso para descargar en ellos. El pobre gobernador se extasiaba ante la vista de esos cuadros y se deshacía en alabanzas. Dedicamos toda la noche a la celebración de las orgías; y en un país semejante no nos atrevimos a nada más. Nos marchamos sin dormir tras haber pagado bien al gobernador y haberle prometido que le excusaríamos ante Ferdinand por la imposibilidad de haber hecho más por nosotras a causa de la forma de gobierno de los isleños de Caprea.

De vuelta a Nápoles fuimos costeano. Uno desearía no dejar nunca esas dichosas riberas que ofrecen tantas curiosidades en sus bordes. Descubríamos Massa, Sorrento, la patria del Tasso, la hermosa gruta Lila Rico y por fin Castella-Mare. Abordamos allí para visitar Stabia, tragada como Herculano, donde Plinio el Viejo iba a encontrarse con Pompeyano, su amigo, en cuya casa durmió la víspera de la famosa erupción que cubrió esta ciudad, así como todas las de los alrededores. Los arqueólogos trabajan lentamente: cuando la vimos todavía no había más que tres o cuatro casas al descubierto.

Como estábamos excesivamente cansadas, visitamos muy rápidamente las bellezas de esta hermosa parte; y deseosas de descansar y solazarnos, volvimos por fin a nuestro hermoso palacio, tras haber avisado al rey de nuestro regreso y haberle agradecido sus atenciones para con nosotras.

SEXTA PARTE

Pocos días después de nuestro regreso, el rey nos propuso que fuésemos a presenciar desde uno de los balcones de su palacio una de las fiestas más singulares de su reino. Se trataba de una cucaña. Yo había oído hablar con frecuencia de esa extravagancia, pero lo que vi era muy diferente de la idea que me había formado.

Charlotte y Ferdinand nos esperaban en un cuarto cuya ventana daba a la plaza donde debía tener lugar la cucaña. El duque de Gravines, un hombre de cincuenta años y muy libertino, y la Riccia fueron los únicos admitidos junto con nosotras.

–Si no conocéis este espectáculo –nos dice el rey tras haber tomado el chocolate– lo vais a encontrar muy bárbaro.

–Así es como nos gustan, sir –respondí–; y confieso que desde hace tiempo deseo tener en Francia o juegos semejantes o gladiadores: sólo se mantiene la fuerza de una nación con espectáculos de sangre; aquélla que no los adopta se afemina. ¿Qué ocurrió

con los amos del mundo cuando un emperador imbécil hizo subir al trono de los Césares al estúpido cristianismo y cerró en consecuencia el circo de Roma?... Se convirtieron en curas, monjes o duques.

–Opino igual que vos –dice Ferdinand–. Me gustaría volver a imponer aquí los combates de hombres contra animales e incluso los de hombre contra hombre; pongo mi empeño en eso; Gravines y La Riccia me ayudan, y espero que lo lograremos.

–¿Tiene alguna importancia la vida de todos esos pordioseros cuando están nuestros placeres en juego? –dice Charlotte–. Si tenemos el derecho de hacerlos degollar en interés nuestro, también debemos tenerlo por nuestras voluptuosidades.

–Vamos, hermosas damas –nos dice Ferdinand–, ustedes mandan. De acuerdo con la mayor o menor severidad, con la mayor o menor cantidad de policía que ponga en la celebración de estas orgías, puedo hacer matar a seiscientos hombres más o menos: así pues ordenadme lo que deseáis al respecto.

–¡Lo peor, lo peor! –respondió Clairwil–, cuantos más granujas hagáis degollar, más nos divertiréis.

–Vamos –dice el rey, dando una orden en voz baja a sus oficiales.

Después, al oírse un cañonazo nos acercamos al balcón. En la plaza había una enorme masa de gente; entonces descubrimos todo el paisaje.

Encima de un enorme cadalso de rústica decoración se pone una prodigiosa cantidad de víveres; dispuestos de tal forma que componen a su vez una parte de la decoración. Allí se sacrifican inhumanamente ocas, gallinas, pavos que, colgados todavía vivos y clavados con un sólo clavo, divierten al pueblo con sus convulsivos movimientos; panes, bacalaos, cuartos de buey, corderos que pastan en uno de los decorados, que representa un campo guardado por hombres de cartón, bien vestidos; trozos de tela dispuestos de forma que representan las olas del mar sobre el que se ve un velero cargado de víveres o de muebles a la usanza del pueblo: así es, dispuesto con mucho arte y gusto, el cebo preparado para esta nación salvaje para perpetuar su voracidad y su excesivo amor por el robo. Porque, tras haber visto este espectáculo, sería difícil no convenir en que es más bien una escuela de pillaje que una auténtica fiesta.

Apenas habíamos tenido tiempo de considerar el teatro cuando se oyó un segundo cañonazo. A esta señal, las tropas que contenían en círculo al pueblo se abrieron de repente. El pueblo se lanza y, en un abrir y cerrar de ojos, lo arranca, lo roba todo con una velocidad... un frenesí imposible de representar. Esta terrible escena, que me recordaba una jauría de perros en cacería, acaba siempre de forma más o menos trágica porque todo el mundo disputa, quiere conseguir algo e impedir que su vecino lo coja, y porque en Nápoles discusiones parecidas sólo acaban a cuchilladas. Pero, esta vez, siguiendo nuestros deseos, y gracias a los crueles cuidados de Ferdinand, cuando el teatro estuvo lleno, cuando creyeron que muy bien podía haber encima de él setecientas u ochocientas personas, se hunde de repente y son aplastadas más de cuatrocientas personas.

–¡Ah!, ¡joder! –exclamó Clairwil cayendo extasiada sobre un sofá– ¡Ah!, amigos míos, no me habíais prevenido: me muero (y la puta llama a la Riccia), jódeme, ángel mío, ¡jódeme! –le dice–; descargo; en mi vida había visto nada que me diese tanto placer.

Volvimos a entrar; se cerraron puertas y ventanas y tuvo lugar la más deliciosa de todas las escenas de lubricidad sobre, por así decirlo, las cenizas de los desgraciados sacrificados por esta maldad.

Cuatro jóvenes muchachas de quince a dieciséis años, hermosas como el día y

vestidas con crepés negros bajo los que se encontraban sus cuerpos desnudos, nos esperaban de pie, en silencio. Otras cuatro mujeres embarazadas de veinte a treinta años, completamente desnudas, parecían esperar, en el mismo silencio y dolor, nuestras órdenes en otra parte de la habitación. Al fondo de la sala, tumbados sobre un canapé, cuatro soberbios jóvenes de dieciocho a veinte años no amenazaban pito en mano y esos pitos, amigos míos, esos pitos eran monstruos: doce pulgadas de circunferencia por dieciocho de largo. En la vida se nos había presentado nada igual: las cuatro descargamos sólo con mirarlos.

–Esas cuatro mujeres y esos cuatro jóvenes –nos dice Ferdinand– son las hijas y las viudas de algunos de los infortunados que acaban de perecer ante vuestros ojos. Son los que más he expuesto y de cuya muerte estoy más seguro. Hice traer a estas ocho mujeres temprano y, encerradas en una habitación segura, he querido que vieses por una ventana la suerte de sus padres y esposos. Ahora os las entrego para que acabéis de divertirlos y os delego todos mis derechos sobre ellas. Allí –prosiguió el monarca mientras abría una puerta que daba a un jardincillo–, allí hay un agujero destinado para recibir las cuando hayan merecido llegar a ese momento de reposo tras horribles sufrimientos... Veis sus tumbas. Mujeres, acercaos, tenéis que verlas también...

Y el bárbaro las hizo bajar hasta ellas, tumbarse y después, contento con las proporciones, dirigió mi mirada hacia los cuatro jóvenes.

–Claro está, señoras –nos dice–, estoy seguro de que jamás han visto nada parecido.

Y empuñaba estos pitos más duros que barras de hierro y nos los daba para que los cogiésemos, levantásemos, besásemos, manoseásemos.

–La fuerza de esos hombres –prosiguió el rey– iguala por lo menos la superioridad de sus miembros; no hay ni uno de ellos que no responda de quince a dieciséis descargas y ni uno que no pierda diez o doce onzas de esperma en cada eyaculación: son la élite de mi reino. Son calabreses los cuatro y en Europa no hay provincia que proporcione miembros de esta talla. Gocemos ahora y que nada nos moleste. Junto a éste hay cuatro gabinetes; están abiertos; están provistos con todo lo que sirve a la lujuria: vamos, jodamos, hagámonos joder, vejemos, atormentemos, impongamos suplicios, y que nuestras mentes, excitadas por el espectáculo que acaban de presenciar, refinen a la vez las crueldades y las lujurias...

–¡Oh!, joder, amigo mío –le digo a Ferdinand–. ¡Cómo entiendes el arte de divertir imaginaciones como las nuestras!

Vestidos, refajos, calzones, pronto cayó todo y, antes de proceder a escenas generales, parecía evidente que cada uno tenía la intención de aislarse un rato en gabinetes separados. La Riccia se llevó a una de las jóvenes, una embarazada y un fornicador; Gravines se encerró con Olympe y una embarazada; y Ferdinand se fue con Clairwil, un fornicador, una embarazada y dos muchachitas; Charlotte me eligió a mí y junto con dos fornicadores se llevó a una muchachita y una embarazada.

–Juliette –me dice la reina en cuanto estuvimos en nuestra habitación–, no puedo seguir disimulando los sentimientos que has infundido en mi corazón: te adoro. Soy demasiado puta para prometerte fidelidad; pero tú sabes que ese novelesco sentimiento es inútil entre nosotros: no es un corazón lo que te ofrezco, es un coño... un coño que se inunda de semen cada vez que tu mano lo toca. Creo ver en ti una mente igual a la mía, mi misma forma de pensar y sin duda alguna te prefiero a tus hermanas. Tu Olympe es una mojigata; a veces su temperamento hace que se arrebate, pero es tímida y cobarde: sólo se necesitaría un trueno para convertir a una mujer así. La Clairwil es una criatura soberbia, infinitamente inteligente, pero tenemos gustos diferentes: a ella

sólo le gusta ejercer sus crueldades con los hombres y aunque yo sacrifico con gusto a ese sexo, me produce más placer derramar la sangre del mío; además, tiene un pronunciado aire de superioridad sobre todas nosotras que humilla mi orgullo. Con tantos medios, y quizás muchos más que ella, Juliette, tú no afectas tanta vanidad; es un consuelo; te veo un carácter más dulce, una mente más astuta, pero también más solidez con tus amigas; en fin, eres mi preferida y este diamante de cincuenta mil escudos, que te suplico aceptes, quizás baste para convencerte de lo que te digo.

–Charlotte –le digo rechazando la joya–, puedo estar de acuerdo en que tenemos los mismos vicios; soy sensible a tus sentimientos y te prometo otros parecidos; pero lo confieso, querida, tengo el capricho de no hacer ningún caso a lo que se me da, sólo estimo lo que yo tomo y, si quieres, es muy fácil satisfacerme a este respecto.

–¿Cómo?

–Antes de nada jura por el amor que me tienes que nunca revelarás nada sobre el imperioso deseo que me devora.

–Lo juro.

–¡Pues bien! Quiero robar los tesoros de tu marido, quiero que tú misma me des los medios para lograrlo.

–Habla bajo –dice la reina–, esta gente podría oírnos... Espera, voy a encerrarlos... Ahora charlemos tranquilamente –prosigue Charlotte–. ¿Aceptas lo que te ofrezco? Es la única manera de convencerme de los sentimientos que me muestras. ¡Oh Juliette! –añade–, respondo de la confianza que me testimonias con la mía... Y yo también maquinó una fechoría: ¿me ayudarás?

–Aunque tuviese que arriesgar mil vidas; habla.

–¡Si supieses hasta qué punto estoy harta de mi marido!

–¿A pesar de sus atenciones?

–¿Acaso hace todo eso por mí? Me prostituye por libertinaje, por celos; cree que si apacigua así mis pasiones impedirá que nazcan deseos y prefiere que sea jodida de acuerdo con su elección a que lo sea con la mía.

–Bonita política.

–Es la suya, la de un español *italianizado* y no puede haber en el mundo nada peor que un ser así.

–¿Y tú deseas?...

–Envenenar a ese villano, convertirme en regente... El pueblo me prefiere a mí y adora a mis hijos; reinaré sola, tú te convertirás en mi favorita y tu fortuna está hecha.

–No, no seguiré contigo, no me gusta el papel que me propones; además, idolatro mi patria y quiero volver pronto a ella. Te ayudaré; veo que te faltan medios. Ferdinand, que posee venenos de todos los tipos, te los oculta sin duda alguna; te los daré; pero ayuda por ayuda, Charlotte, piensa que no tendrás lo que te prometo más que al precio de los tesoros de tu marido. ¿A cuánto ascienden esos tesoros?

–Ochenta millones, a todo lo más.

–¿En qué especies?

–Lingotes, piastras, onzas y cequíes.

–¿Cómo lo haremos?

–¿Ves ese crucero? –me dice señalándome una ventana próxima a la que estábamos–; que pasado mañana esté debajo un carro bien enganchado; robaré la llave; echaré por la ventana a ese carro todo lo que pueda.

–¿Y la guardia?

–No la hay por ese lado.

–Escucha –le digo a Charlotte, cuya pérdida estaba tramando en ese momento con un delicioso placer–, tengo que hacer unas gestiones para preparar el veneno que necesitas y no deseo emprenderlas sin estar segura de mi actuación; fírmame este papel –le digo mientras lo escribía rápidamente–, a partir de ese momento actuaré sin ningún temor y las dos estaremos tranquilas.

Charlotte, cegada por su amor hacia mí, por el gran deseo de deshacerse de su marido, me demostró, firmando todo lo que quise, que la prudencia raramente acompaña a las grandes pasiones. He aquí lo que ratificó:

"Robaré todos los tesoros de mi marido y los daré por recompensa a la que me proporcione el veneno necesario para enviarlo al otro mundo".

Firmado: C. de L., R. de N.

–De acuerdo –le digo– ya estoy tranquila; pasado mañana, a la hora indicada, puedes contar con el carro; sírve me bien, Charlotte... y serás pagada de la misma manera. Ahora divirtámonos...

–¡Oh!, querida amiga –me dice Charlotte llenándome de besos–, ¡cuántos servicios me prestas y cuánto te adoro?...

¡La imbécil! ¡Como si fuese preciso que yo le correspondiese de igual forma!, ¡oh! ¡Ya no era posible la ilusión! ¡Habíamos perdido demasiado semen juntas! Yo me deleitaba con la idea de su pérdida y su imprudente firma la aseguraba.

–Masturbémonos las dos –me dice– antes de llamar a nuestros objetos orgiásticos...

Y sin esperar mi respuesta, la puta me echa en una tumbona, se arrodilla entre mis muslos y me masturba acariciando a la vez el coño y el culo. Entonces fue cuando utilicé la facilidad que tienen las mujeres para las infidelidades mentales: de Charlotte era de quien recibía voluptuosas sensaciones, quien me cubría con sus poluciones... sus besos, y yo sólo pensaba en traicionar a Charlotte.

Mujeres adúlteras, henos aquí: cuando estáis en brazos de vuestros maridos sólo los abandonáis el cuerpo y las voluptuosas sensaciones que hacen nacer en él no pertenecen jamás más que al amante. Se engañan, creen que a ellos se debe la embriaguez en que os sumen sus movimientos, cuando en realidad no les corresponde a los imbéciles ni una brizna del arrebatamiento. Sexo encantador, continuad con el engaño, está en la naturaleza: la flexibilidad de vuestra imaginación os lo demuestra; obtened de esta manera, cuando no podáis de otra, una compensación por las ridículas cadenas del pudor y del himeneo, y jamás perdáis de vista que si la naturaleza os hizo un coño para joder con los hombres, su mano formó con el impulso el corazón que se necesita para engañarlos.

Charlotte se embriagó con mi esperma y confieso que corrió a chorros con la idea, realmente deliciosa para una cabeza como la mía, de perder para siempre a la que me hacía derramarlo. Se vuelve a echar en mis brazos, chupa mi boca y mis tetas y, como yo la masturbo deliciosamente, la puta lesbiana se extasía veinte veces. Nos entrelazamos en sentido contrario para poder acariciarnos mutuamente; nuestras lenguas cosquilleaban en el clítoris y un dedo libertino acaricia levemente los agujeros del culo y los coños; nos inundamos de semen y, realmente, con pensamientos muy distintos cada una.

Por fin, Charlotte, llena de fuego, desea libertinaje; llama; quiere que primero lo dirija yo todo. Vejo a la embarazada con mi mano derecha; la joven, a caballo sobre mi pecho, me da a besar a la vez el coño más fresco y el culo más encantador; Charlotte

excita los pitos y me los enfila ella misma.

–Me enloquece la idea de tener una reina por alcahueta –le digo a Charlotte–; vamos, puta, haz tu oficio.

Pero no son fáciles de recibir unos instrumentos como los procurados por Ferdinand y, por muy abiertos que estén mis atractivos, me es imposible soportar ataques tan monstruosos sin una previa preparación. Charlotte humedece las vías; frota los bordes de mi coño y el miembro del fornicador con una esencia que hace penetrar más de la mitad del monstruo a la primera embestida. Sin embargo, son tan vivos los dolores que lanzo un grito furioso y mando al diablo a la muchachita encaramada sobre mí; quiero librarme de la saeta que me desgarrar. Charlotte se opone, nos empuja uno contra otro y el movimiento favorece a mi nuevo campeón, que lo introduce en un instante hasta el fondo de mi matriz: jamás había sufrido tanto. Sin embargo, pronto las espinas se convierten en rosas: mi hábil caballero pone en ello tanto arte, empuja con tanta fuerza que al cuarto asalto lo inundo de semen. Ahora ya está todo en su sitio; Charlotte favorece el acto, cosquillea los cojones y el agujero del culo de mi fornicador, y ofrece a mi mano izquierda sus nalgas, a las que trato por lo menos con tanta violencia como las de la embarazada, y la muchachita acariciada por mí me inunda el rostro con su dulce eyaculación. ¡Qué energía la de este calabrés! Me lima durante más de veinte minutos, pierde por fin su semen y me vuelve a joder tres veces seguidas sin abandonar por un momento la palestra; por fin, lo dejo al cabo de una hora. Lo sustituye su compañero. Mientras yo fornico con el segundo, Charlotte quiere gozar del placer de verme con los dos en el cuerpo; ella misma arregla la postura. Estoy tumbada sobre uno, soy yo quien lo fornico; se deja hacer; sobo, mantengo agarrado un coño con mi mano derecha, la izquierda socratiza un culo, mi lengua cosquillea en un clítoris. El otro hombre, ayudado por la reina, se presenta ante el agujero de mi culo; pero, por muy acostumbrada que esté a esta forma de gozar del placer, luchamos durante un cuarto de hora sin poder abrir la brecha. Todas esas tentativas me sumen en una agitación increíble; mis dientes castañean, espumeo, muerdo todo lo que me rodea, inundo de semen el pito que trabaja mi coño; sobre éste me vengo de no poder hacer entrar otro en mi culo. No obstante, a fuerza de artimañas y de paciencia, siento que penetra; el que me encoña me lanza una embestida lo suficientemente fuerte para favorecer el ataque de su compañero. Lanzó un grito terrible, estoy enculada... Nunca había experimentado nada igual...

–¡Qué espectáculo! –dice Charlotte masturbándose frente a nosotros y besándome de vez en cuando en la boca– ¡Santo Dios, qué abertura!... ¡Oh!, Juliette ¡Cuán dichosa eres!...

Y yo descargaba... y estaba como loca; ya no veía, ya no oía, mis sentidos sólo existían en las regiones de la voluptuosidad; yo existía únicamente para ella. Los dos recorrieron una carrera doble sin dejar el sitio, el semen inundaba mis muslos... lo destilaba por todos los poros.

–Te toca, ¡zorra! –le digo a Charlotte–, haz lo mismo si quieres conocer el placer.

No necesito apremiarla; enfilada rápidamente por los dos, la granuja me prueba que, si su marido le permite algunos placeres con el propósito de apaciguar un libertinaje que podría llegar a ser peligroso para él, no se equivocaba del todo. Tan cruel en sus voluptuosidades como nosotras, la bribona me suplica que maltrate a la embarazada ante su vista mientras ella acaricia a la muchachita y es jodida en el coño y en el culo. Aquella desgraciada se echa a mis pies; soy sorda; borracha de rabia y lubricidad, la tiro con un rodillazo en el estómago y salto sobre su vientre; en cuanto la veo en el

suelo, le doy una somanta de palos, la ahogo; Charlotte me estimula balbuciendo horrores; por fin, la zorra, jodida dos veces como yo, despide a los hombres y se levanta. Nos tragamos dos botellas de champán y pasamos al salón. Ya estaba allí todo el grupo. Cada uno habló de sus proezas: era fácil ver que no sólo en nuestra habitación habían sido maltratadas las embarazadas; ninguna podía sostenerse; sobre todo la de Gravines... estaba a punto de parir; el muy criminal la había cubierto de sangre.

La cena fue magnífica; las muchachitas servían la mesa y las embarazadas, tumbadas en el suelo, a nuestros pies, recibían las vejaciones que nos complacíamos en imponerles. Como estaba colocada junto a Clairwil, pude confiarle la jugada que había hecho: le di una alegría enorme contándole tales detalles y aunque sólo era posible esbozarlos, me comprendió, me felicitó, asegurándome que era la mujer más hábil y emprendedora que había conocido.

Electrizados por el delicado festín y los deliciosos vinos que se sirvieron, pasamos trastabillando a una magnífica sala en la que no faltaba ni un solo detalle para las orgías que teníamos que celebrar. Los agentes éramos: Ferdinand, Gravines, La Riccia, Clairwil, Charlotte, Olympe y yo. Las víctimas: las cuatro mujeres embarazadas, las cuatro muchachitas que nos habían servido la cena y los ocho hermosos muchachos de uno y otro sexo en cuyos culos nos habían servido los licores. Catorce fuertes campeones, tan gordos y tan vigorosos como los que habíamos agotado por la mañana, aparecieron lanza en ristre; todo el mundo estaba desnudo... temblando y esperando, con tanto respeto como silencio, las leyes que quisiéramos imponerles. Como la comida nos había llevado muy lejos, era esencial que el lugar de la escena estuviese iluminado. Quinientas velas, ocultas tras gasas verdes, derramaban en la sala la claridad más dulce y agradable.

–No más individualismos ni solitarios –dice el rey–: ahora debemos operar los unos ante la vista de los otros.

Entonces nos precipitamos sin ningún orden sobre los primeros objetos que se nos presentaban: se jode, se es jodido; pero la crueldad siempre preside lujurias tan desordenadas como las nuestras. Aquí se estrujaban pechos, allí se azotaban culos; a la derecha se destrozaban coños, a la izquierda se matirizaba a las barrigudas; y durante mucho tiempo los únicos ruidos que se oyeron fueron los suspiros de dolor o placer unidos a quejas de un lado, terribles blasfemias del otro. Pronto se distinguen los gritos más fuertes de las descargas: la de Gravines fue la primera. ¡Ay!, en cuanto pronunció las expresiones de su delirio vimos caer a sus pies, de entre los grupos que lo rodeaban, una mujer degollada, su fruto arrancado de las entrañas y ambos bañados en los chorros de su sangre.

–No es así como yo llegaré –dice la Riccia ordenando atar fuertemente contra una pared a una de esas truchas infladas–. Mirad, observadme.

Se calza un zapato provisto de puntas de hierro, se apoya en dos hombres y lanza con todas sus fuerzas una patada de lleno en el vientre de la doncella que, reventada, rota, ensangrentada, se dobla bajo sus lazos y nos pone su indigno fruto, al que el disoluto riega al instante con los chorros espumeantes de su semen. Muy próxima al espectáculo, jodida a la vez por delante y por detrás, mientras chupaba el pito de un joven que en ese momento descargaba en mi boca y meneaba un coño con cada mano, me fue imposible no compartir los placeres del príncipe y, siguiendo su ejemplo, perdí mi esperma. Echo una mirada hacia Clairwil: la estaban enculando, una joven la masturbaba y la bribona azotaba a un muchachito; me imita. Charlotte, encoñada,

chupaba a un muchachito, masturbaba a dos muchachas y hacía azotar ante ella a una embarazada en el vientre. Ferdinand trabajaba sobre una muchacha; la despedazaba con tenazas al rojo vivo; era chupado y cuando se sintió próximo a descargar, el villano, armado con un escalpelo, cortó las tetas de su víctima y nos las lanzó a la nariz.

Tales eran nuestros placeres más o menos, cuando Ferdinand nos propuso pasar a un gabinete vecino en el que una máquina, artísticamente dispuesta, nos haría gozar de un extraordinario suplicio para las mujeres embarazadas. Cogemos las dos que quedan; se las ata a dos placas de hierro colocadas una encima de otra, de tal forma que los vientres de las mujeres puestas sobre las placas se correspondían perpendicularmente... La dos placas se levantan a diez pies una de otra.

–Vamos –dice el rey–, preparaos para el placer.

Cada uno de nosotros rodea la máquina y al cabo de unos minutos, por medio de un resorte dirigido por Ferdinand, las dos placas, una subiendo y la otra bajando, se unen con una violencia tal que las dos criaturas se aplastan mutuamente y son reducidas, junto con sus frutos, a polvo en un minuto. Espero que os imaginaréis fácilmente que ante ese espectáculo no hubo uno solo de nosotros que no perdiese su semen y que no lo colmase con los más divinos elogios.

–Pasemos a otra sala –dice Ferdinand–; quizás gocemos de otros placeres.

Esta enorme sala estaba ocupada por un vasto teatro; siete diferentes torturas aparecían preparadas; cuatro verdugos, desnudos y hermosos como Marte, debían realizar los suplicios, el primero de lo cuales era el fuego; el segundo, el látigo; el tercero, la cuerda; el cuarto, la rueda; el quinto el empalamiento; el sexto, la cabeza cortada; el séptimo, cortado a trozos. Cada uno de nosotros tenía para sí un vasto emplazamiento en el que se veían cincuenta retratos de los niños más bonitos que sea posible ver, de uno y otro sexo. Entramos en los sitios que se nos habían destinado, cada uno con un fornicador, una muchachita y un muchachito para que sirviesen a nuestros placeres durante las ejecuciones; junto a cada uno de los retratos que nos rodeaban había una campanilla.

–Que cada uno elija alternativamente –nos dice Ferdinand– una víctima entre los cincuenta retratos que lo rodean, que tire de la campanilla correspondiente al objeto de su elección: en seguida le será ofrecida la víctima que haya designado; se divertirá un rato con ella... A continuación, veis que en cada sitio hay una escalera que lleva al teatro: hará subir a su víctima por ella, le adjudicará el suplicio que más le excite, después lo ejecutará uno mismo, si se quiere; en caso contrario, hará una señal al verdugo del suplicio que haya elegido y la víctima, arrastrada al momento por este hombre, será sacrificada ante sus ojos. Pero por el mismo interés de vuestros placeres, no actuéis más que uno tras otro: somos los dueños de nuestro tiempo, nada nos apremia y las horas mejor empleadas del mundo son siempre las que se les arranca a los demás.

–Santo Dios –le dice Clairwil al rey–, jamás había visto una imaginación más fértil que la tuya.

–No me atribuyáis la gloria de esto –dice el napolitano–: todas estas fantasías excitaban a los tiranos de Siracusa que me precedieron. He encontrado en mis archivos rastros de estos horrores; me han vuelto loco; me divierto en ellos con mis amigos.

Gravines es el primero en llamar: su elección recae sobre un joven de dieciséis años, hermoso como el día; aparece y Gravines es el único que tiene derecho a divertirse con él; lo azota, lo chupa, le muerde el pito, le chafa un cojón, y acaba por

enviarlo a las llamas:

–Es sodomita –dice el malvado pretenciosamente– y, como tal, ese es el suplicio que le conviene.

Clairwil es la siguiente y como podéis imaginar su elección también recae sobre un muchacho: apenas tenía dieciocho años; era hermoso como Adonis; la granula lo chupa, lo masturba, lo fustiga, se deja lamer el coño y el culo por él; después, lanzándose al teatro con él, la bribona lo empala en persona mientras se hace encular por uno de los verdugos.

Sigue Olympe: una muchacha de trece años es su objeto elegido; la acaricia y la hace colgar.

Ferdinand viene después. Como Clairwil, elige a un joven.

–Me gusta el suplicio de las mujeres –nos dice–, pero me complazco todavía más en el de los individuos de mi sexo...

Aparece el adolescente: veinte años, fuerte como un Hércules, con el rostro del Amor. Ferdinand hace que se la meta, se lo devuelve, lo fustiga y lo lleva él mismo al suplicio; le rompe los huesos. Así quebrado lo pone en la rueda donde se le deja expuesto al fondo del teatro.

La Riccia elige una muchacha de dieciséis años, hermosa como Hebe, y tras haberle hecho sufrir toda suerte de horrores, la hace trinchar completamente viva.

Charlotte llama a una niña de doce años y cuando se ha divertido con ella hace que la corten la cabeza mientras la fornican dos hombres.

Yo hago venir a una muchacha de dieciocho años, soberbia; en mi vida había visto un cuerpo tan hermoso. Tras haberla besado, manoseado, lamido todas las partes de su cuerpo, la llevo al suplicio; y trabajando junto con los verdugos, le quito con tiras de cuero trozos de carne más grandes que la mano: expira, y sus verdugos me joden sobre su cadáver.

Este juego nos complacía demasiado como para que no se prolongase. En total, inmolamos mil ciento setenta y seis víctimas, lo que hace ciento sesenta y ocho por barba, de las cuales seiscientas eran muchachas y quinientos sesenta y seis muchachos.

Charlotte y Borghèse fueron las únicas que sólo sacrificaron muchachas. Yo hice perecer tantos individuos de un sexo como de otro; la Riccia igual; pero Clairwil, Graves y Ferdinand sólo inmolaron hombres y casi todos con sus propias manos. Durante todo ese tiempo no habían dejado de fornicamos y nuestros atletas fueron cambiados varias veces. Nos retiramos al cabo de cuarenta y cinco horas, pasadas totalmente en la embriaguez de los más divinos placeres.

–Señora –le digo en voz muy baja a Charlotte al separarme de ella–, recordad el billete que me habéis firmado...

–Y tú –me respondió Charlotte también en voz baja–, la cita que te he dado para pasado mañana... Sé tan cumplidora como yo, no te pido más.

Volvimos. No dejo de explicar en seguida a Clairwil lo que sólo había podido decirle al vuelo.

–Ese proyecto es delicioso –me dice.

–Sí, ¿pero no ves a dónde quiero llevarla?

–No.

–Aborrezco a Charlotte.

–¡Oh!, bésame, amor... ¡Cómo comparto tus sentimientos!

–¡Y!, no: es que me ama con locura, es que quiere siempre que la haga descargar y nada me aburre tanto como esas preferencias. Sólo a ti, ángel mío, de todo el mundo,

sólo a ti te perdono que me ames.

–¡Qué cabeza la tuya, Juliette!

–¡Convén en que es digna de la tuya!

–¡Oh!, sí, ¡ángel mío!... En fin, ¿qué vas a hacer con Charlotte?

–Al día siguiente de tener sus tesoros, envió el billete que ves al marido y espero que cuando él lea: "Robaré todos los tesoros de mi marido y se los daré como recompensa a la que me dé el veneno necesario para enviarlo al otro mundo", espero, digo, que cuando el querido esposo vea esas palabras condenará a muerte a Charlotte, o al menos a la prisión más terrible.

–Sí, pero Charlotte, condenada, descubrirá a sus cómplices; dirá que ha sido a nosotras a quienes ha entregado sus tesoros.

–¿Sería presumible que si fuésemos nosotras las que los hubiésemos recibido, fuésemos las que enviásemos el billete al rey?

–Presumible o no, Ferdinand hará sus pesquisas.

–Tendré el cuidado de enterrarlo todo en nuestro jardín. Yo misma iré a hablar con el rey: si sus sospechas recaen violentamente sobre nosotras, le amenazaré con revelar la horrible trampa de la cucaña de antes de ayer. Ferdinand, débil y tonto, tendrá miedo de mis amenazas, y se callará... Y además,

Una victoria sin peligro es un triunfo sin gloria.

Hay que arriesgar algo para ser rico: ¿piensas que cincuenta o sesenta millones no merecen algunos costos?

–Pero si nos cogen, moriremos.

–¿Qué importa? Lo que menos temo en el mundo es ser colgada. ¿Acaso no se sabe que se descarga muriendo así? Jamás me asustó el cadalso. Si nunca soy condenada a él, me verás volar hacia él impúdicamente... Pero, tranquilízate, Clairwil, el crimen nos ama, nos favorece; te garantizo su éxito.

–¿Confiarás nuestros proyectos a Borghèse?

–No, no me gusta ya esa mujer.

–¡Oh!, joder, yo la detesto.

–Hay que deshacerse de ella lo más pronto posible.

–¿Nos vamos mañana al Vesubio?

–Tienes razón, que las entrañas de ese volcán le sirvan de tumba... ¡Qué muerte!

–Se me ha venido a la cabeza sólo porque la supongo terrible.

–Me gustaría más cruel todavía.

–Cuando odiamos las dos, ¡oh!, odiamos bien.

–Hay que cenar con ella como de costumbre. Halagarla incluso.

–Déjame llevar esto, tú sabes que la falsedad se alía con mi máscara y mi carácter.

–Hay que masturbarla esta noche.

–Por supuesto.

–¡Oh!, ángel mío. ¡Cuán ricas vamos a ser!

–Una vez dado el golpe hay que abandonar Nápoles.

–E Italia... Hay que volver a Francia, comprar tierras y pasar nuestros días juntas... ¡Cuántas voluptuosidades nos esperan! No tendrán más leyes que nuestros deseos.

–No habrá ni una sola que no podamos satisfacer al momento. ¡Oh!, amor, ¡cuán feliz se es teniendo dinero! ¡Qué imbécil es aquel que no utiliza todos los medios, legítimos o no, para conseguirlo! ¡Oh!, Clairwil, me arrancaría mil vidas antes que

quitarme el gusto de robar; es uno de los mayores placeres de mi vida; es una necesidad de mi existencia. Robando siento la misma sensación que una mujer ordinaria cuando se la masturba. Todas las fechorías excitan dentro de mí los centros nerviosos del templo de la voluptuosidad, igual que lo harían pitos o dedos; sólo con maquinarias ya descargo... Ven, mira este diamante, Charlotte me lo había ofrecido, vale cincuenta mil escudos; lo he rechazado: ofrecido, me disgustaba; robado, me deleita.

–¿Se lo has robado?

–Sí. Ya no me asombra el que haya hombres que se hayan entregado a esta pasión sólo por la voluptuosidad que procura; pasaría mi vida dedicada a esto, y te juro que aunque tuviese dos millones de renta, seguiría robando por libertinaje.

–¡Ah!, amor mío –me dice Clairwil–, cuán cierto es que la naturaleza nos ha creado a la una para la otra!... Bien, seremos inseparables.

Cenamos con Borghèse; todo se dispuso de común acuerdo para el paseo del día siguiente al Vesubio. Por la noche fuimos a la Ópera; el rey vino a visitarnos a nuestro palco, lo que atrajo todas las miradas sobre nosotras. De vuelta en el hogar, propusimos a Borghèse pasar una parte de la noche comiendo asados con vino de Chipre y masturbándonos; estuvo de acuerdo; y Clairwil y yo llevamos la falsedad hasta el punto de hacer descargar siete u ocho veces a esta mujer condenada por nuestra maldad, y de descargar a nuestra vez en sus brazos otras tantas. Después la dejamos acostarse mientras mi amiga y yo pasábamos la noche juntas; y todavía perdimos cada una tres o cuatro veces semen con la deliciosa idea de traicionar al día siguiente todos los sentimientos de la confianza y la amistad. Son necesarias cabezas como las nuestras para concebir tales extravíos, lo sé; ¡pero desgraciado el que no la tiene! Está privado de los grandes placeres; me atrevo a asegurar que no entiende nada de voluptuosidad.

Nos levantamos temprano. No se duerme cuando se proyecta un crimen; su sola idea enciende todos los sentidos; se lo acaricia bajo todas sus formas, se lo saborea bajo todos sus aspectos y se goza mil veces por adelantado del placer que nos hará saltar de alegría en cuanto el crimen es cometido.

Una calesa de seis caballos nos condujo al pie del volcán. Allí encontramos guías cuyo trabajo consiste en atarle a uno unas correas para sujetarse a ellas cuando se escala la montaña; se tarda dos horas en llegar a la cima. Los zapatos nuevos que uno lleva para esta escalada están quemados a la vuelta. Subimos alegremente, tomábamos el pelo a Olympe; y faltaba mucho para que la desgraciada comprendiese el doble sentido, tan traidor como retorcido, de los sarcasmos que le dedicábamos.

El ascenso de esta montaña es de una terrible molestia: constantemente con la ceniza en la garganta, si se avanzan cuatro pasos, se retroceden seis, y siempre con el temor de que una lengua de lava os trague completamente vivas. Llegamos cansadísimas y descansamos en cuanto estuvimos en la boca del volcán. Entonces fue cuando consideramos con un prodigioso interés el tranquilo orificio de ese volcán que en sus momentos de furia hace temblar al reino de Nápoles.

–¿Creéis –les dijimos a nuestros guías– que todavía se puede temer algo?

–No –respondieron–; puede lanzar algunos trozos de asfalto, de azufre o de piedra pómez; pero es muy probable que no haya ya erupción.

–Pues bien, amigos míos –dice Clairwil–, dadnos la cesta con nuestras vituallas y volved al pueblo. Vamos a pasar el día aquí: queremos dibujar, hacer planos.

–Pero, ¿y si sucediese algo?

–¿No decís que no pasará nada?

–No podemos asegurarlo.

–¡Y bien! Si sucede algo, vemos el pueblo desde el que nos habéis traído, bajaremos perfectamente hasta él...

Y tres o cuatro onzas que deslizamos en sus manos los decidieron rápidamente a dejarnos.

En cuanto estuvieron a cuatrocientos pasos, Clairwil y yo nos miramos fijamente:

–¿Utilizaremos algún engaño? –le digo en voz baja a mi amiga.

–No –me dice–, la fuerza...

Y lanzándonos las dos sobre Olympe en ese mismo momento:

–¡Zorra! –le dijimos–, estamos hartas de ti; te hemos hecho venir sólo para perderte... Vamos a tirarte viva a las entrañas de este volcán.

–¡Oh!, amigas mías, ¿pero qué he hecho?

–Nada. Nos tienes hartas, ¿no es eso suficiente?...

Y según decíamos esto le metemos un pañuelo en la boca y cortamos en un momento sus gritos y sus jeremiadas. Entonces Clairwil le ató las manos con cordones de seda que había traído para este propósito; yo hice otro tanto con sus dos pies; y cuando ya no podía defenderse, nos divertimos contemplándola; las lágrimas que se escapaban de sus hermosos ojos caían como perlas sobre su bello pecho. La desvestimos, la manoseamos y las vejamos todo el cuerpo; maltratamos su bello pecho, fustigamos su encantador culo, le pellizcamos las nalgas, depilamos su montecillo; yo le mordí el clítoris hasta hacerlo sangrar.

Por fin, tras dos horas de horribles vejaciones, la levantamos por sus ataduras y la lanzamos en medio del volcán, dentro del cual distinguimos durante más de seis minutos el ruido de su cuerpo chocando y precipitándose sobre los ángulos agudos que la lanzaban de un lado a otro y la desgarraban por completo. Poco a poco el ruido disminuyó... acabamos por no oír nada.

–Ya esta hecho –dice Clairwil, que no había dejado de masturbarse desde que había lanzado el cuerpo–. ¡Oh! ¡Joder, amor mío, descarguemos las dos ahora tendidas en el brocal mismo del volcán! Acabamos de cometer un crimen, una de esas acciones deliciosas que a los hombres se les ocurre llamar atroces: ¡Y bien!, si es cierto que esa acción ultraja a la naturaleza, que se vengue, puede hacerlo ahora; que en este mismo instante caiga una erupción sobre nosotras, que surja la lava y nos trague...

Yo ya no estaba en condiciones de responder; estando yo misma en éxtasis, le devolvía a mi amiga centuplicadas las caricias con que me llenaba. Ya no hablábamos. Estrechamente abrazadas, masturbándonos como putas lesbianas, parecía que queríamos cambiar de alma por medio de nuestros encendidos suspiros. Algunas expresiones lúbricas, algunas blasfemias eran las únicas palabras que se nos escapaban. Insultábamos a la naturaleza, la hacíamos frente, la desafiábamos: y triunfantes por la impunidad en que nos dejaban su debilidad y descuido, parecíamos aprovechar su indulgencia para irritarla con cosas todavía más graves.

–¡Y bien! –me dice Clairwil, que fue la primera en volver de nuestro mutuo extravío– Juliette, mira si la naturaleza se irrita con los pretendidos crímenes del hombre: podía tragarnos, hubiésemos muerto las dos en el seno de la voluptuosidad... ¿Lo ha hecho? ¡Ah!, puedes estar tranquila, no hay ningún crimen en el mundo que sea capaz de atraer sobre nosotras la cólera de la naturaleza: todos los crímenes la sirven, todos le son útiles y cuando ella nos los inspira no hay duda que los necesita.

No había acabado de hablar Clairwil cuando el volcán lanza una nube de piedras

que cae como lluvia alrededor de nosotras.

–¡Ah!, ¡ah! –digo sin dignarme siquiera levantarme– ¡Olympe se venga! Estos trozos de asfalto y de azufre son sus adioses, nos advierte que ya está en las entrañas de la tierra.

–Este fenómeno es muy simple –me respondió Clairwil–. Cada vez que un cuerpo pesado cae al volcán agita las materias que hierven constantemente en el fondo de su matriz y determina una erupción.

–Que nada altere nuestro plan, comamos, Clairwil, y creo que te equivocas sobre la causa de la lluvia de piedras que acaba de inundarnos: es sólo que Olympe nos pide sus ropas; hay que devolvérselas.

Y tras haber cogido el oro y las joyas, hicimos un paquete con el resto y lo echamos al mismo agujero que acababa de recibir a nuestra desgraciada amiga. Después comimos. No se oyó ningún ruido; el crimen estaba consumado, la naturaleza estaba satisfecha. Bajamos y encontramos a nuestra gente al pie de la montaña.

–Acaba de ocurrirnos una terrible desgracia –dijimos al acercarnos, con lágrimas en los ojos–... nuestra infortunada compañera... al avanzar demasiado cerca del borde... ¡Ay!, ha desaparecido... ¡Oh!, valientes hombres, ¿habría algún remedio?

–Ninguno –respondieron todos a la vez–; tenían que habernos dejado con ustedes, no os hubiese ocurrido eso; está perdida, jamás la volveréis a ver.

Ante este anuncio se redoblaron nuestras fingidas lágrimas y, subiendo a la calesa, estamos en Nápoles en tres cuartos de hora.

Ese mismo día divulgamos nuestra desgracia; Ferdinand en persona vino a consolarnos creyéndonos realmente hermanas y amigas; por muy depravado que fuese, jamás se le pasó por la cabeza que hubiésemos cometido ese crimen, y las cosas quedaron así. Pronto enviamos a Roma a la gente de la princesa de Borghèse, con los certificados de su accidente y escribimos a su familia que nos indicase qué hacíamos con sus joyas y su oro, que se elevaba, dijimos, a treinta mil francos, mientras que en realidad dejaba más de cien mil, del que podéis imaginar que nos habíamos apoderado; pero cuando la respuesta de la familia llegó, ya no estábamos en Nápoles y nosotras gozamos en paz del expolio hecho a nuestra amiga.

Olympe, princesa de Borghèse, era una mujer dulce, amorosa, arrebatada en el placer, libertina por temperamento, llena de imaginación, pero que jamás había profundizado en sus principios; tímida, sujeta todavía a sus prejuicios, susceptible de convertirse a la primera desgracia que le sobreviniese y que, por esta sola debilidad, no era digna de dos mujeres tan corrompidas como nosotras.

Nos esperaba un acontecimiento mucho más importante: el día siguiente era el fijado con Charlotte para el robo de los tesoros de su marido. El resto de la tarde lo dedicamos Clairwil y yo a preparar una docena de grandes baúles y a cavar con gran secreto un gran agujero en nuestro jardín. Fue hecho por un hombre al que volamos la tapa de los sesos y fue lo primero que enterramos en esa misteriosa fosa: *Que no haya cómplices*, dice Maquiavelo, *o deshazte de ellos en cuanto te han servido*.

Por fin llegó el momento de poner el carro con los baúles bajo las ventanas indicadas. Clairwil y yo, vestidas de hombre, condujimos en persona el coche, y nuestra gente, creyendo que era una partida en el campo, no intentó descubrir más. Charlotte cumplió; la granuja deseaba el prometido veneno con demasiado ardor, si tenía éxito, para hacerse culpable de cualquier negligencia. Durante cuatro horas enteras nos bajó sacos que en seguida cargábamos nosotras en los baúles; por fin nos advirtió que ya estaba todo.

–Hasta mañana –respondimos.

Y volvimos apresuradamente a nuestro hogar, muy felices por no haber encontrado un alma durante todo el tiempo que había durado la expedición. En cuanto estuvimos en casa un segundo hombre nos ayudó a ocultar los baúles... y él mismo fue ocultado en cuanto se nos hizo innecesario.

Inquietas, cansadas, dichosas por ser tan ricas, esta vez nos acostamos sin pensar en los placeres. Al día siguiente, los rumores del robo hecho al rey se extendieron por toda la ciudad; aprovechamos este momento favorable para hacerle llegar el billete de la reina con todo el misterio posible. En cuanto lo leyó, se entregó al más terrible acceso de cólera y él mismo detuvo a su mujer, la confió al capitán de su guardia, con la orden expresa de conducirla al fuerte de Santa-Elma, donde la condena en secreto a las vestiduras más bastas y al alimento más sencillo. Se pasa ocho días sin verla. Ella lo apremia para que vaya. Aparece. La malvada lo confiesa todo y nos compromete de la forma más terrible. Ferdinand acude furioso a nuestro hotel, y como la conversación fue interesante la cuento en forma del diálogo.

Ferd. – Sois culpables de un horror; ¿debo creerlo en aquellas que creí mis amigas?

Clair. – ¿De qué se trata?

Ferd. – La reina os acusa de haber robado mis tesoros.

Jul. – ¿Nosotras?

Ferd. – Vosotras.

Clair. – ¡Qué prueba!

Ferd. – Ha aceptado que por un momento conspiró contra mi vida y asegura que vosotras le habíais prometido el veneno necesario para quitármela si podía pagar ese don con mis tesoros.

Clair. – ¿La habéis encontrado el veneno que dice haber pagado tan caro?

Ferd. – No.

Jul. – En ese caso, ¿cómo puede ser que haya consentido en entregar las sumas antes de tener el veneno prometido?

Ferd. – Es lo que yo he pensado.

Clair. – Sir, vuestra mujer es una granuja, pero una granuja muy poco hábil; sabiendo que estábamos unidas a vos, ha creído ocultar su infamia haciendo recaer sobre nuestras cabezas todo el horror de su execrable proyecto; pero la trama está demasiado mal urdida.

Ferd. – En fin, ¿quién puede haberme enviado ese billete?

Jul. – Sin duda los que tienen vuestros tesoros; pero podréis estar convencido que que están lejos; los que enviaron ese billete estaban a cubierto cuando os han informado y es para salvarlos por lo que la reina da nuestros nombres.

Ferd. – ¿Pero qué interés puede tener Charlotte ahora en aquellos que la traicionan?

Clair. – Ella tiene el veneno, no quiere que vos lo sepáis; en consecuencia ha hecho caer la sospecha sobre aquellos a los que les es imposible afirmar que ella lo tiene; pero está en sus manos, es seguro que lo posee y que vos habríais perecido sin la precaución que habéis tomado.

Ferd. – ¿Creéis que he hecho bien?

Jul. – Era difícil hacerlo mejor.

Ferd. – ¿La creéis culpable?... (Y Clairwil se puso a sonreír con malignidad). Ese gesto de vuestro rostro me abre los ojos –dice Ferdinand, furioso–, acabad de meter el puñal en mi corazón... ¿Sabíais algo?

Clair. – Vuestra mujer es un monstruo, os digo, os detestaba, y lo que mejor os

queda por hacer es entregarla en seguida a todo el rigor de las leyes.

Ferd. – ¡Oh!, amigas mías, ¿no sabéis realmente nada del que ha robado mis tesoros?

Jul. y Clair.– Lo juramos.

Ferd.– ¡Pues bien!, que perezca en su prisión... que se muera de hambre y miseria... Y vosotras, amigas mías, perdonad mis sospechas, os pido excusas por haberlas concebido; veo cuán injusto era.

Jul. – Sir, nos basta que las hayáis tenido para que os pidamos el permiso de dejar al instante vuestros Estados.

Ferd. – No, no, os lo ruego; ahora que me he librado de esa villana... estoy mucho más tranquilo y todavía haremos cosas deliciosas.

Jul. – Vuestro descanso no implica el nuestro. Mujeres honradas no se consuelan nunca de haber tenido su honor comprometido.

Ferd. – ¡Ah!, no sospecho de ninguna de las dos –dice el rey precipitándose a nuestros pies– pero no me abandonéis nunca; sois necesarias para mi existencia, no me consolaría de vuestra pérdida.

Clair. – ¿Y qué suma te han robado?

Ferd. – Cuarenta millones; la mitad de lo que tenía; la malvada ha convenido en que lo había prometido todo, pero no se ha atrevido a darlo.

–Infame criatura –digo yo (pero impulsada por un sentimiento distinto al que podía inspirarme el rey, sólo la rabia de no tenerlo todo me hacía insultar a Charlotte)–. ¡Monstruo! ¡Qué audacia, qué impudicia!, ¡engañar de esa manera al mejor de los esposos! ¡Un hombre tan unido a ella, que lo sacrificaba todo para sus placeres! ¡Oh! ¡Jamás hubo en la tierra tanta ingratitud, y ni el más cruel de los suplicios podría castigarla!

En ese momento, Elise y Raimonde, arregladas como diosas, vinieron a servir el chocolate al príncipe. Ferdinand no las había visto todavía.

–¿Quiénes son estas mujeres? –preguntó completamente turbado.

–Nuestras señoritas de compañía –respondí.

–¿Por qué no las he conocido?

–¿Podíamos imaginar que os complacerían?...

Y el disoluto, olvidando al momento a su prisionera y su robo, quiere que se le entreguen las dos muchachas. En la circunstancia en que estábamos, tales deseos se convertían en órdenes para nosotras. Un cuarto se abre ante Ferdinand; se encierra allí con nuestras mujeres y no vuelve más que al cabo de dos horas, tras haberse excedido con ellas.

–Mis buenas amigas –nos dice al salir–, no me abandonéis, os lo ruego; olvidad todo reproche y os juro que ya no veo en vosotras sino la inocencia y la probidad...

Y desapareció.

Con una cabeza diferente a la del débil soberano de Nápoles, Charlotte hubiese sido envenenada al instante. Ciertamente le habíamos dicho suficientes cosas como para decidirlo a tal acción: ¿pero acaso este hombre sin carácter ni fuerzas era capaz de una acción enérgica? De esta forma no hizo nada. Toda Europa supo, sin conocer los motivos, la detención y su brevedad. En cuanto a nosotras, decididas a no esperar el desenlace de esta aventura, hicimos rápidamente los preparativos para nuestra marcha. Los cuarenta millones era una dificultad. Como habíamos comprado muchos bustos, mosaicos, mármoles antiguos y piedras del Vesubio, pusimos nuestro oro en los dobles fondos practicados en las cajas de este embalaje, y esta estratagema tuvo un gran éxito.

Antes de cerrarlas, suplicamos al rey que viniese a examinarlas; jamás quiso. Las sellamos; diez carros cargaron con ellas y nosotras. Un poco antes de partir, fuimos a despedirnos de Ferdinand que todavía hizo todo lo posible para retenernos y que nos dió en mano el pasaporte necesario para abandonar sus Estados.

Por la noche, dormimos en Capua; ocho días después en Roma, donde llegamos sin el menor percance. Sólo allí fue donde Clairwil informó a su hermano del proyecto que tenía de seguirme a París, donde deseaba acabar sus días; lo animaba a seguir el mismo camino: pero Brisa-Testa jamás quiso abandonar su profesión y por muchas que fuesen las riquezas que había conseguido nos aseguró que estaba decidido a morir con las armas en la mano.

–¡Y bien! –me dice Clairwil–, ya está hecho, te prefiero a ti y no quiero que nos volvamos a separar.

Abracé mil veces a mi amiga y le juré que jamás se arrepentiría de esta decisión. ¡Cuán mal conocía yo la fatalidad de su estrella y la mía cuando le hacía esta promesa!

Proseguimos nuestro camino sin que nos sucediese nada interesante hasta Ancona, donde, aprovechando el mejor tiempo del mundo, nos paseábamos por el puerto cuando nos fijamos en una mujer alta de unos cuarenta y cinco años que nos examinaba con la más escrupulosa atención.

–¿Reconoces a esa mujer? –me dice Clairwil... Me vuelvo... observo.

–¡Ah! –le digo completamente asombrada– Esa criatura es nuestra bruja de París... es la Durand.

Y apenas había acabado cuando la persona de la que hablábamos se echa transportada en nuestros brazos...

–¡Ah! ¡Ah! –dice Clairwil, un poco emocionada de volver a ver al cabo de cinco años a una mujer que le había predicho que sólo le quedaba ese tiempo de vida–¿Cuál es el destino que nos une en esta ciudad?

–Venid a mi casa –nos dice la Durand, que seguía igual de hermosa–; aunque esta gente no entiende nuestra lengua, es mejor no exponernos ante ellos.

–La seguimos; y tras habernos recibido en el cuarto más bonito del hotel donde se alojaba: Qué contenta estoy –nos dice en cuanto nos sentamos– de poder procuraros en muy poco tiempo la amistad de la mujer más singular, la mejor en vuestro estilo que haya creado la naturaleza.

–¿Quién? –dice Clairwil.

–Es una hermana menor de la emperatriz, una tía de la reina de Nápoles, ignorada por el universo entero. La princesa Christine manifestó desde su más tierna infancia una inclinación tan violenta hacia el libertinaje que su padre vio la imposibilidad de casarla. Viendo que sus malas inclinaciones crecían con la edad, tomó la resolución de comprarle una isla en Dalmacia, en la ribera del golfo de Venecia y le asignó tres millones de renta, la puso bajo la protección de los venecianos, que la concedieron el título de soberana de su isla y el permiso de hacer lo que le diese la gana en ella. Christine, relegada allí desde los dieciséis años, tiene cuarenta ahora y goza de todos los placeres que puede infundir la más extrema lubricidad. No os diré más, para dejaros todos los placeres de la sorpresa. Atravesaremos el golfo en una falúa suya, de la que puedo disponer cuando lo deseo; es un viaje de veinticuatro horas. Decidíos.

–Ya lo estamos –respondí–; estoy segura de que Clairwil estará de acuerdo: puesto que nuestro viaje tiene como fin estudiar las costumbres y ver cosas extraordinarias, sería un fallo si pudiendo observar lo que tú nos propones nos negásemos por indiferencia.

–¡Oh! ¡Santo cielo! –dice mi amiga– ¡Cómo vamos a joder en la isla de Christine!

–Jamás –dice la Durand–, jamás habréis tenido tanto placer.

–¡Qué! –digo– ¿entonces tiene allí...?

–¡Y! No, no, no quiero decir nada –respondió la Durand–, os reservo toda la sorpresa.

Y cambiamos de tema para no disgustar a una mujer que parecía no querer abrirse más.

–¡Oh! ¡Pues claro! –le digo a la Durand–, y ahora que te encuentro tienes que contarme el motivo que te hizo desaparecer de repente de París. ¿Por qué no estabas en la cita que le habías dado al conde del Belmor, al que yo te iba a presentar?

–Ciertamente –respondió la Durand– la razón que me impidió encontrarme allí no podía ser mejor: me colgaban ese día.

–¿Estás loca?

–Me colgaban –nos dice–; la cosa es simple, se explica en dos palabras. Yo le había proporcionado veneno al joven duque de *** para truncar los días de su madre. Los remordimientos turbaron los proyectos de ese imbécil; me traicionó; fui detenida, mi proceso hecho en veinticuatro horas. Pero como estaba estrechamente unida a Samson, obtuve de él no ser colgada más que aparentemente. Aclaraciones, confesiones, me valieron aplazamientos. Salí del Hotel de Ville al amanecer; Samson hizo un nudo corredizo y me escamoteó. Me llevaron al cementerio; uno de sus criados me compró por orden suya y dejé París esa misma noche. Volví al año siguiente con otro nombre y a otro barrio, sin que nadie me hubiese puesto proceso. Tiene razón la gente que dice que la cuerda del colgado da suerte. Tengo sesenta mil libras de renta y mis fondos crecen cada año. Todos los años hago un viaje a Italia; aquí preparo los venenos que distribuyo por toda Europa: prefiero eso a componerlos en mi patria. Realmente la moda de ese tipo de asesinatos hoy es tal que apenas si doy abasto. ¡En casa de Christine veréis efectos muy excitantes de los venenos que compongo!

–¿Se los vendes?

–¡Ah!, ¡buen Dios!, por cien mil escudos todos los años.

–¿Así que es cruel?

–Es una Zingha.

–¡Ah!, ya la adoro –dice Clairwil–; vamos, Durand, nos vamos cuando quieras.

–Encantadora mujer –digo yo entonces–, como quiero satisfacer mi curiosidad, te exijo por fin que nos desvelas ahora quiénes eran los personajes singulares por los que nos hiciste golpear, flagelar, que, en una palabra, hicieron tantas cosas ante nosotras en tu casa...

–Uno –nos dice la Durand– es el célebre duque de ***, el otro Beaujon, ese millonario tan conocido. Desde hace cuatro años me pagan los dos enormes cantidades por expediciones semejantes. No tenéis idea de las mujeres y muchachas que he engañado con ellos de la misma manera. Pero, a propósito –dice la Durand dando órdenes–, ¿creéis que os voy a dejar salir de mi casa sin cenar? Una negativa vuestra me desesperaría; espero que no lo haréis...

Y en seguida fue servida una espléndida comida.

–Durand –dice Clairwil en los postres–, nos prometes grandes placeres para mañana, pero no nos hablas de los de hoy; sin embargo he visto entre sus criados a tres o cuatro buenos mozos que tienen aspecto de empinarla bien.

–¿Quieres probarlos?

–¿Por qué no? ¿Y tú, Juliette?

–No –le digo preocupada por una idea más fuerte que yo y de la que no era dueña–; no, prefiero beber licores y charlar con Durand a joder. Tengo la regla y no me siento en condiciones.

–Esta es la primera vez que rechazas unos pitos –dice Clairwil con una especie de inquietud cuya causa estaba yo lejos de adivinar–... Vamos, ven, ángel mío –prosiguió Clairwil–, cuando no se puede joder por delante, se jode por detrás; ven, sabes que sin ti nunca gozo de verdaderos placeres.

–No –le digo, dominada todavía por esa especie de presentimiento–; no, te digo, no estoy nada cachonda y quiero conversar...

Clairwil entra en el gabinete destinado para ella y en un espejo veo claramente una señal que le hace a la bruja y que me pareció que no podía ser más que una apremiante advertencia de silencio. Se cierran las puertas; me quedo sola con la Durand.

–¡Oh!, Juliette –me dice esta mujer en cuanto me quedo sola con ella–, da gracias a tu estrella por los sentimientos que me inspiras. Encantadora muchacha –prosigue dándome un abrazo–, no, tú no serás la víctima de un monstruo... Eres preferible a él en todos los aspectos y salvaré tu vida previniéndote de todo.

–¿Pero de qué se trata?, señora, ¡se me hiela la sangre de terror!

–Escúchame, Juliette, y sobre todo no reveles nada. Esa isla, en Dalmacia... esa princesa Christine... ese viaje... Niña querida, estabas perdida... todo eso no eran sino trampas tendidas por una mujer que considerabas amiga tuya.

–¡Qué! ¿Clairwil?

–Había maquinado tu muerte. Está celosa de tus riquezas; tiene en su bolsillo un billete donde os habíais prometido mutuamente que la primera que muriese legaría sus bienes a la otra; te iba a asesinar para conseguir tus bienes.

–¡Oh! ¡Criatura infernal! –exclamé llena de furia.

–Tranquilízate, Juliette, tranquilízate; una palabra puede todavía perderte; acaba de escuchar. La falúa donde íbamos a embarcarnos naufragaría; nosotras nos salvábamos, tú perecías... Véngate; toma este paquete, contiene el polvo fulminante; es el veneno más rápido de los que utilizamos. En cuanto lo haya tomado caerá a tus pies como fulminada por un rayo. No te pido nada por el servicio que te presto; considéralo siempre como fruto de mi excesivo cariño por ti...

–¡Oh, mi benefactora! –exclamé llena de lágrimas– ¡De qué terrible peligro me libras!... Pero acaba de explicarme todo ese misterio... ¿Cómo estabas en Ancona?... ¿cómo te ha visto Clairwil?

–Os sigo desde Nápoles a donde había ido yo por lo de mis venenos: Clairwil me encontró allí y me ordenó todo esto. Os dejé en Loreta y vine a esta ciudad para preparar una escena a la que yo me prestaba sólo con el más firme deseo de salvarte la vida. Si me hubiese negado, Clairwil hubiese utilizado otros medios y tú habrías perecido infaliblemente.

–Pero, si Clairwil había decidido deshacerse de mí, ¿qué necesidad tenía de esperar tanto tiempo?

–No habíais hecho vuestras escrituras, vuestras sumas no estaban colocadas, era preciso salir de Roma y ella sabía que una vez que dejaseis esa ciudad sólo os detendríais en Loreta. Entonces me ordenó que lo dispusiese todo para la jornada siguiente.

–¡Indigna criatura! –exclamé– ¡Tú, a la que yo amaba tan sinceramente, a cuyos brazos me entregaba con tanto candor y buena fe!

–Es un monstruo de falsedad y perfidia: no hay un solo momento en el que se pueda

contar con ella; y el instante en que uno se imagina que menos tiene que temer es aquel en el que hay que desconfiar más de ella... Oigo ruidos, quizás vuelve; teme nuestra entrevista; cambia la cara y no te traiciones; adiós.

En efecto, Clairwil volvió muy agitada; había jodido mal, decía, los dos hombres que le habían dado no la empalmaban bien; además, no estaba acostumbrada a gozar de placeres que no compartía con su querida Juliette.

–Descargaría mejor contigo –me dice– si quisieras que nos masturbásemos.

–Será esta noche –respondí, disimulando lo mejor que podía mi cruel estado–; pero te juro que ahora, querida, ni por Adonis me pondría cachonda.

–¡Pues bien! –dice Clairwil–, volvamos a casa; también yo me siento harta; no me molestaría meterme en la cama temprano. Adiós, Durand –prosiguió–, hasta mañana. Sobre todo trata de que tengamos en la falúa músicos, víveres y buenos fornicadores; no conozco otra forma de no aburrirme en el mar.

Volvimos.

–Es una mujer muy singular esa Durand –me dice Clairwil en cuanto estuvimos solas–; es muy peligrosa, querida: ¡cómo ha puesto a prueba mi amistad contigo! ¿Puedes creer que en el momento que nos has dejado solas unos minutos para pasar al guardarropa, la criminal me ha propuesto envenenarte por dos mil luisas?

Muy poco sorprendida, no vi en este discurso sino una trampa muy mala en la que no podía caer. Sin embargo, adopté un aire de creerlo todo.

–¡Oh! ¡Dios! –le digo– ¡Esa mujer es un monstruo! Esa es la razón por la que la encontraba tan falsa en el poco rato que he estado charlando con ella.

–Sin duda; había conspirado contra sus días; la divertía tu muerte.

–¡Ah! –digo, mirando fijamente a Clairwil– Era quizás en nuestro viaje por mar cuando la granuja realizaría su funesto golpe...

–No –dice Clairwil sin ningún embarazo–... comiendo esta noche y esa es la razón por la que te he arrastrado tan deprisa...

–Pero ahora me inquieta ese viaje –le digo–, ¿me respondes de él?

–¡Oh!, por mi cabeza: he cambiado totalmente sus ideas, te aseguro que ella ya no piensa en eso; comamos.

Nos sirven; yo estaba decidida. Ante la absoluta imposibilidad de dejarme engañar por lo que me decía Clairwil y muy imbuida de la franqueza de las confesiones de la Durand, deslizo en el primer plato que le sirven a Clairwil el veneno oculto entre mis dedos... Traga, se bambolea y cae lanzando un grito furioso.

–Heme aquí vengada –les digo a mis mujeres, completamente asombradas ante el síncope...

Y en seguida les descubro la aventura.

–¡Oh!, joder –exclamé–, saboreemos el dulce encanto de la venganza y hagamos horrores: masturbadme las dos sobre el cadáver de esta puta y que su ejemplo os enseñe a no traicionar jamás a vuestra amiga.

Desnudamos a Clairwil, la tendimos así sobre una cama... La masturbé; todavía estaba caliente; armada con un consolador la jodí; Elise me daba a besar su culo; entretanto, cosquilleaba en el coño de Raimonde. Le hablaba a esa desgraciada como si todavía existiese; le dirigía reproches e insultos, como si pudiese oírme; agarré vergas, la azoté... la enculé. Insensible a todo, vi que ya no había ninguna esperanza e hice que la metiesen en un saco. Y sus propios criados, que la detestaban y que me agradecieron infinitamente que los hubiese librado de tan mala ama, se encargaron de llevarla secretamente al mar en cuanto se hizo de noche.

Al momento escribí a mi banquero en Roma diciéndole que en razón del contrato establecido entre Clairwil y yo, gracias al cual los bienes colocados juntos en su casa pertenecían al último vivo, se encargase de no pasar sino a mí el total de la renta. De donde resultaba que reuniendo las dos fortunas sobre mi persona, me encontraba con más de dos millones de renta. Nada se arregla tan fácilmente en Italia como un asesinato: di doscientos cequíes a la justicia de Ancona y ni siquiera hubo juicio.

–¡Y bien! –le digo a Durand al día siguiente cuando fui a cenar con ella, y sin quererle explicar todavía nada– ¿Así habéis querido engañarme? Clairwil me lo ha dicho todo: vos debíais envenenarme ayer tarde... Ella fue la única que se opuso.

–¡La infernal criatura! –respondió la Durand con absoluto aire de franqueza– ¡Oh!, Juliette, creed que os he dicho la verdad: os amo demasiado para mentiros en hechos tan graves. Soy criminal como la primera, quizás más que cualquier otra, pero cuando amo a una mujer no la engaño jamás... Así que no la has ejecutado.

–No, Clairwil respira; me sigue; vamos a marcharnos. ¡Y bien!, ya que te he traicionado, me retiro...

–¡Oh!, Juliette, cuán mal pagáis los servicios que os he prestado...

–Mejor de lo que piensas, Durand –interrumpí con vivacidad mientras le deslizaba con una mano una cartera donde había cien mil escudos y mostraba con la otra los cabellos de Clairwil que le había cortado–. Toma, estos son los ornamentos de la cabeza que has proscrito y esta la recompensa por tu generosa amistad.

–Guarda todo eso –me respondió la Durand–, Juliette, te adoro, el único precio que yo quería por todo lo que he hecho era la dicha de adorarte sin rival: estaba celosa de Clairwil, no lo oculto, pero la hubiese perdonado sin el horror del que se hizo culpable respecto a ti. Me era imposible perdonarle el atentado maquinado contra los días de aquella cuya vida querría prolongar a costa de la mía. Soy mucho menos rica que tú, sin duda, pero tengo de qué vivir magníficamente y puedo pasarme sin el dinero que me ofreces: mi oficio jamás dejará que me falte nada; no quiero ser pagada por un servicio hecho con el corazón.

–En adelante no habrá más separaciones entre nosotras –le digo a la Durand–; deja tu albergue, vente al mío; tomarás la gente y el equipaje de Clairwil y nos marcharemos a París dentro de dos o tres días.

Todo se arregló; Durand no conservó más que a una ayuda de cámara a la que tenía mucho afecto; despidió el resto y vino a aposentarse en el lugar de Clairwil.

Por la forma en que esta mujer me devoraba con los ojos era fácil ver que lo que esperaba con más impaciencia era el momento en que, en precio por lo que había hecho, le concediese mis favores. No la hice esperar: tras una cena suntuosísima y muy elegante, le tiendo los brazos; se lanza a ellos; volamos a mi habitación; cerramos todo y yo me entrego con indecible delicia a la más libertina y lujuriosa de las mujeres. Durand, de cincuenta años, todavía tenía sus atractivos; sus formas eran bellas y estaban bien conservadas, su boca fresca, su piel suave y poco arrugada; un culo soberbio, el pecho todavía firme, muy blanco, unos ojos muy expresivos, rasgos nobles y placeres que transportan... ¡gustos más extravagantes!... Por un capricho de la naturaleza, del que jamás habíamos dudado Clairwil y yo, Durand nunca había podido gozar de los placeres ordinarios de la posesión: estaba atrancada, pero (y debéis acordaros de eso) su clítoris, largo como el dedo, le inspiraba un gusto muy ardiente por las mujeres. Las jodía, las enculaba; también se encontraba con muchachos: la gran anchura del agujero de su culo me demostró pronto que, en cuanto a las introducciones, se resarcía con ésta. Hice los preliminares y creí que se moría de placer en

cuanto sintió mis manos sobre su carne.

–Desvistámonos –me dice–, sólo desnuda se goza bien. Además, tengo unas ganas enormes de volver a ver tus encantos, Juliette, ardo en deseos de comérmelos...

Todo cae en un minuto. Mis besos recorren con ardor ese hermoso cuerpo; y quizás hubiese tenido yo menos placer si Durand hubiese sido más joven. Mis gustos empezaban a ser depravados y el otoño de la naturaleza me daba sensaciones más vivas que su primavera. Objeto único de las caricias de esta mujer perfecta y ardiente, era colmada de lujurias; ¡no es posible imaginarse hasta qué punto llevaba sus refinamientos!: ¡oh!, ¡cuán voluptuosas son las mujeres criminales! ¡Cuán sabias son sus lubricidades!

Mojigatas, lánguidas y frías, insoportables gazmoñas que no os atrevéis a tocar el miembro que os perfora y que os ruborizaríais por soltar semen mientras jodéis, venid, venid aquí a tomar ejemplo: en la escuela de la Durand os convenceríais de vuestra ineptitud.

Tras las primeras caricias, Durand, menos cortada que cuando Clairwil estaba con nosotras como tercero, me declaró sus fantasías suplicándome que me sometiese a ellas. De rodillas delante de mí, tenía que llenarla de insultos mientras le frotaba la nariz ora con el culo ora con el coño; mientras le frotaba por delante tenía que mearle en el rostro. Hecho esto, debía cubrirla de patadas y de puñetazos, apoderarme de un puñado de vergas y fustigarla hasta que sangrase. Una vez que la hubiese tirado al suelo a fuerza de malos tratos, tenía que acariciarla durante un cuarto de hora con mi cabeza entre sus muslos, socratizándola con una mano y manoseando sus tetas con la otra; después, en cuanto estuviese bien cachonda, debía dejarme enclavar por su clítoris mientras ella masturbaba el mío.

–Te pido perdón por tantas cosas, Juliette –me dice esta libertina tras habérmelo explicado todo–, ¡pero si supieses a dónde nos arrastra la saciedad!...

–Después de treinta y cinco años de libertinaje constante, jamás debe excusarse uno por sus gustos –respondí–: todos son respetables, todos están en la naturaleza; el mejor de todos es el que más nos halaga.

Y poniendo manos a la obra, la satisfice tan bien que pensó morir de placer. Nada podía igualar las crisis voluptuosas de la Durand. En mi vida había visto a una mujer descargar de esa forma: no sólo lanzaba su semen como un hombre, sino que acompañaba esta eyaculación de gritos tan furiosos, de blasfemias tan fuertes y espasmos tan violentos que se creería que había caído en un ataque de epilepsia. Yo fui enclavada como si se hubiese tratado de un hombre y sentí el mismo placer.

–¡Y bien! –me dice levántandose– ¿Estás contenta de mí?

–¡Oh!, joder –exclamé–, ¡eres deliciosa, eres un verdadero modelo de lubricidad! Tus pasiones me encienden: devuélveme todo lo que te he hecho.

–¡Qué!, ¿quieres ser golpeada?

–Sí.

–¿Abofeteada, fustigada?

–Por supuesto.

–¿Quieres que te mee en el rostro?

–Sin duda, y date prisa; porque estoy cachonda y quiero descargar.

La Durand, más acostumbrada que yo a estos servicios, se dedica a ellos con tal agilidad, utiliza una habilidad tal, que en seguida hace que me corra con las voluptuosas titilaciones de su impúdica lengua.

–¡Cómo descargas, amor mío! –me dice– ¡Con qué fuerza sientes el placer! ¡Ah!,

no me vas a la zaga en nada.

–Tengo que confesártelo, Durand –respondí–, me vuelves asombrosamente loca; estoy exhuberante por haberme liado con una mujer como tú; dueñas las dos de los días del universo entero, me parece que nuestra unión nos hace superiores a la misma naturaleza. ¡Oh! ¡Cuántos crímenes vamos a cometer! ¡Cuántas infamias vamos a hacer!

–¿Entonces no echas de menos a Clairwil?

–¿Acaso puede ocurrirme eso cuanto te poseo a ti?

–¿Y si no hubiese inventado toda esa historia más que para librarme de una rival?

–¡Oh!, ¡qué exceso de maldad!

–¿Y si me hubiese mancillado con ese crimen?

–Pero, Durand, Clairwil me dijo que tú le habías ofrecido envenenarme por dos mil luis.

–Sabía perfectamente que te lo diría; tampoco ignoraba que esa confianza por parte suya, lejos de amedrentarte, te parecería sólo una trampa poco hábil que, con lo penetrante que sé que eres, sólo serviría para hacer que apresurases el crimen que yo quería que cometieses.

–¿Y por qué elegir mi mano para eso? ¿No podías encargarte tú?

–Era mucho más delicioso para mí hacerte cortar los días de mi rival; para que mi voluptuosidad fuese completa tenía que servirme tu brazo: lo ha hecho.

–¡Justo cielo! ¡Vaya mujer!... Pero el otro día cenando en tu casa ella estaba inquieta, gozó mal de los placeres que le proporcionaste: se hubiese dicho que desconfiaba de nuestra charla a solas... te hizo una señal...

–Yo había imbuido esa inquietud porque presentía los resultados que podía tener sobre ti; ya ves que lo logré y que su aire trastornado pronto la hizo más culpable a tus ojos. Al decirle que yo te envenenaría por dos mil luis, debió temer que te propusiese otro tanto contra ella. He aquí explicada la señal, de ahí que temblase con la charla y ese estremecimiento, obra mía, produjo en tu espíritu el efecto que yo esperaba: dos horas después fue ejecutado el golpe.

–¡Qué!, por mi honor, ¿era inocente Clairwil?

–Ella te adoraba... yo también te adoraba y no podía soportar rivales...

–Tú, ganas, malvada –le digo a la Durand precipitándome en su seno–, sí, tú ganas por completo y te idolatro hasta el punto de que si tuviese que volver a cometer ese crimen, lo haría sin necesidad de los motivos que tú preparaste... ¿Y por qué no me declaraste tu amor en París?

–No me atreví delante de Clairwil y cuando volviste a verme sin ella, el hombre que traías me coartó; la segunda vez yo ya no estaba. Pero nunca te he perdido de vista, mi querida y tierna amiga. Te seguí a Angers, a Italia, mientras seguía haciendo mi comercio; siempre te tuve ante mi vista. Mi esperanza desapareció cuando vi tus diferentes relaciones con las Donis, las Grillo, las Borghèse y me desesperé todavía más cuando supe que habías encontrado a Clairwil... Por fin te seguí desde Roma hasta aquí y, cansada de mi larga contrariedad, quise acabar la aventura: ya ves mi éxito.

–¡Inexplicable y deliciosa criatura! ¡Nunca se llevó tan lejos la falsedad, la intriga, la maldad, el crimen y los celos!

–¡Es que nadie ha tenido nunca ni mis pasiones ni mi corazón! ¡Es que nadie amó nunca como yo te amo!

–Pero cuando se extingan tus fuegos, me tratarás sin duda como acabas de hacerlo con Clairwil... ¿Tendré tiempo de defenderme?

–Voy a tranquilizarte, ángel mío, y responder con energía a tus injustas sospechas; escúchame. Exijo que conserves siempre a una de tus mujeres, Elise o Raimonde; elige, sólo te dejo una, te prevengo.

–Ya he elegido, me quedo con Raimonde.

–¡Y bien! –prosiguió Durand– Si alguna vez Raimonde perece de una forma trágica y tú no puedes imaginar la causa, acúsame a mí. Ahora exijo que dejes un escrito en manos de esa muchacha, que la autorice a denunciarme como tu asesino si alguna vez pereces tú misma de forma desgraciada durante nuestra unión.

–No, no quiero esas precauciones; me entrego a ti y lo hago con placer; me gusta Elise, déjame a todo el mundo, no te entrometas en mis gustos. Soy libertina, nunca te prometeré ser buena, pero te haré el juramento de adorarte siempre.

–No deseo tiranizarte; al contrario, yo misma serviré a tus placeres; lo haré todo por tus goces físicos; pero si la moral se mezcla alguna vez en esto, te abandonaré al instante. Me doy cuenta de la imposibilidad de cautivar a una mujer como tú, puta por principio y por temperamento: sería, lo se, como poner diques al mar; pero siempre puedes ser dueña de tu corazón, lo pido... Exijo que sea sólo mío.

–Te lo juro.

–Bien, gozaremos de grandes placeres; el libertinaje sólo es bueno cuando el sentimiento no entra para nada en él: es preciso tener una sola amiga, amarla sinceramente sólo a ella, y joder con todo el mundo... Juliette, si quieres hacerme caso, hay que renunciar al tren de opulencia que tú llevas; yo misma reduciré mi tren a la mitad; seguiremos teniendo la misma buena comida, todas nuestras comodidades, pero es inútil exhibirse. Además quiero seguir con mi condición y difícilmente se acerca nadie a comprar a una mujer que viaja como una reina.

–Y yo también –respondí– quiero satisfacer mis gustos, quiero robar, quiero prostituirme y difícilmente nos entregaremos a todo eso con tanto aparato.

–Es preciso que yo pase por madre tuya: yo misma te prostituiré con ese título. Elise y Raimonde serán parientes tuyas; también traficaremos sus encantos y puedes estar segura de que a la cabeza de un serrallo como éste haremos dinero en Italia.

–¿Y tus venenos?

–Los venderé mejor, los venderé más caros. Tenemos que volver a Francia sin habernos gastado un sólo céntimo nuestro y por lo menos con dos millones de provecho.

–¿Qué camino vamos a tomar?

–Me gustaría volver al Sur. No tienes idea, Juliette, de la depravación de costumbres calabresas y sicilianas; conozco esa parte, haríamos tesoros: el año pasado tuve unas ventas de quinientos mil francos de veneno; no daba abasto para hacerlos. Son crédulos, como toda la gente falsa; diciéndoles la buenaventura les convencí de todo lo que yo quería... ¡Oh, Juliette!, es un buen país.

–Me gustaría volver a París –le digo a la Durand–, estoy impaciente por establecerme allí: ¿no viviríamos mejor que corriendo así de un lado para otro?, ¿y no podríamos hacer las mismas cosas?

–Hay que ver al menos Venecia; de allí ganaremos Milán y Lyon.

–En buena hora.

Cenamos. Durand me dice que le gustaría correr con todos los gastos, que se cobraría con las ganancias que obtuviese de mí, pero me suplicaba que no le quitase el placer de parecer que me mantenía: consentí.

Confieso que yo ponía la misma delicadeza en recibir sus cuidados que ella en

dármelos. El crimen tiene también sus delicadezas: mal conoce a los hombres aquel que no crea esto.

–¿Es verdad –le digo a mi nueva compañera– que tú posees el bálsamo de la larga vida?

–Ese bálsamo no existe –me dice la Durand–, los que lo distribuyen son sólo impostores. El verdadero secreto para prolongar la vida estriba en estar sobrio y en la templanza; ahora bien, nosotras estamos lejos de estas virtudes para esperar los dones del bálsamo. ¡Y! ¡Qué importa, querida, es preferible vivir un poco menos y divertirse! ; ¿qué sería de la vida sin los placeres? Si la muerte fuese un tormento te aconsejaría que alargases la vida; pero como lo peor que nos puede ocurrir es caer en la nada en que estábamos antes de nacer, hay que recorrer el camino bajo la protección de los placeres.

–¡Oh!, amor mío, ¿entonces tú no crees en otra vida?

–Me sentiría muy avergonzada si creyese en semejantes quimeras; pero estoy demasiado iluminada sobre todas estas cosas y no creo que tenga nada que enseñarte e imagino que, muy imbuida de los primeros principios de la filosofía, la inmortalidad del alma y la existencia de Dios son para ti extravagancias sobre las que ni siquiera te tomas el trabajo de reflexionar. Una vez demostrada la falsedad de todos esos sistemas, hay uno que levanto sobre las ruinas y que indudablemente tiene alguna originalidad; lo apoyo por infinidad de experiencias. Sostengo que el horror que la naturaleza nos inspira por la muerte no es sino fruto de los absurdos temores que nos creamos desde la infancia sobre ese aniquilamiento total, según las ideas religiosas con que hacen la tontería de llenarnos la cabeza. Una vez curados de esos temores y tranquilizados sobre nuestra suerte, no solamente no debemos ver la muerte con repugnancia sino que además es fácil demostrar que no es más que una voluptuosidad. En primer lugar convendrás en que uno no puede evitar estar seguro de que es una de las necesidades de la naturaleza, que nos ha creado para eso; no empezamos más que para acabar; cada instante nos lleva a este último término; todo prueba que es el único fin de la naturaleza. Ahora bien, yo pregunto cómo es posible dudar, de acuerdo con la experiencia adquirida, de que la muerte, en tanto que necesidad de la naturaleza, no debe convertirse ya sólo por eso en una voluptuosidad, ya que tenemos ante nuestros ojos la prueba convincente de que todas las necesidades de la vida no son más que placeres. Por lo tanto, hay placer en el morir; por lo tanto, es posible concebir que con la reflexión y la filosofía se puedan transformar en ideas muy voluptuosas todos los ridículos temores de la muerte y que incluso se pueda pensar en ella y esperarla excitándose con los placeres de los sentidos.

–Sería peligroso sacar a la luz ese sistema absolutamente nuevo y que tiene cierta verosimilitud –le diga mi amiga–. Cuánta gente que solamente se contiene por el temor a la muerte se entregaría a cualquier cosa, a sangre fría, una vez liberados de este terror...

–Pero –dice mi delincuente amiga–, estoy muy lejos de intentar desterrar el crimen; al contrario, sólo trabajo en limpiar su camino de todas las trabas impuestas por la estupidez. El crimen es mi elemento; la naturaleza hizo que yo naciese sólo para servirlo y me gustaría multiplicar hasta el infinito todos los medios para cometerlo.

El oficio que desempeño, y que ejerzo mucho más por libertinaje que por necesidad, demuestra mi gran deseo de extender el crimen; no tengo pasión más ardiente que la de propagarlo en el mundo y si pudiese envolverlo entero en mis trampas, lo pulverizaría sin remordimientos.

–¿Y cuál es el sexo contra el que conspira con mayor placer tu furor libertino?

–No es el sexo lo que me irrita, sino la edad, los lazos, el estado de la persona. Cuando en un hombre se encuentran todas estas cosas lo inmoló con mayor voluptuosidad que a una mujer; pero si se encontrasen en una mujer, esta obtiene la preferencia.

–¡Y!, ¿cuáles son esas cosas? –pregunté.

–No debería decírtelas.

–¿Por qué?

–Sacarás de estas confesiones mil inducciones falsas que a continuación entorpecerán nuestra relación.

–¡Ah!, te entiendo, imagino uno de los aspectos que te vuelven loca: con seguridad tus favores son sentencias de muerte.

–¿No te lo había dicho? Escúchame, Juliette, y tranquilízate. No te ocultaré que un objeto que me hubiese servido sólo de simple y único goce, sin ningún tipo de relación conmigo, no estuviese por eso mismo proscrito en mi mente. Pero si en ese objeto encuentro similitudes, conveniencias como las que he encontrado en ti, no dudes entonces de que, lejos de romper los lazos que me unen a ese objeto, los aprieto con todos los medios que tengo en mis manos. En nombre del más tierno amor, deja de inquietarte, ángel mío; te he ofrecido una forma segura de tranquilizarte, tu delicadeza la rechaza: no me hagas creer ahora que tu mente puede contrariar tu corazón. Además, ¿acaso tengo yo medios que no tengas tú también?

–Por supuesto, los tienes –respondí– y estoy muy lejos de conocer toda la profundidad de tu arte.

–De acuerdo –dice mi amiga sonriendo–, pero estoy segura de que no utilizaré ese arte contigo más que para obligarte a amarme.

–¡Ah!, con eso cuento; yo sé que los criminales no se perjudican nunca entre sí; y puedes estar segura de que sin las terribles sospechas que me infundiste sobre Clairwil, no la habría sacrificado.

–¿Lo lamentas, Juliette?

–¡Y bien!, no, no –le digo besando mil veces a mi amiga–, acabemos incluso con todo eso. Te repito que me entrego a ti; puedes contar con mi corazón como yo cuento con el tuyo; nuestra unión hace nuestra fuerza y nada podrá romperla. Ahora, te ruego que acabes con las cosas que más te excitan a la consumación del crimen: me gustaría ver si se acercan a las mías y, hasta aquí, había mucha semejanza.

–Te he dicho que la edad importaba mucho; me gusta secar la planta cuando ha llegado a su mayor perfección en cuanto frescura y belleza: entre quince y diecisiete años son las rosas que vendimio con placer, sobre todo cuando la salud es perfecta y cuando la naturaleza, a la que entonces tengo el arte de contrariar, parece haber formado a tal objeto de tal forma que llegue mucho más sano hasta el último momento de la vida. ¡Ah!, Juliette, ¡cómo gozo entonces! Los vínculos también me irritan: privo con placer a un padre de su hijo, a un amante de su querida.

–¿A una lesbiana de su mejor amiga?

–¡Y bien!, sí, perversa, ya lo has visto. ¿Es culpa mía si la extravagante naturaleza me ha creado tan granuja? Si ese objeto me pertenece, mi placer aumenta. He dicho que el estado de la persona también contribuía mucho a encender mi cabeza: en este punto, me gustan los extremos: la riqueza y la calidad o la indigencia y el infortunio. En general, me gusta que el choque produzca una gran conmoción, que la pérdida que ocasiono cueste lágrimas; gozo deliciosamente viéndolas derramarse. Su abundancia o

su amargura determinan mi semen: cuanto más corren mejor descargo...

–¡Oh! ¡Mi tierna y deliciosa mujer! –le digo medio extasiada–, mastúrbame, te lo ruego; mira cómo me trastornas; jamás había conocido a una persona cuyos sentimientos fuesen parecidos a los míos. Clairwil no era más que un niño al lado tuyo; tú eres la que más me conviene para mi felicidad, eres la mujer que buscaba; no me abandones ya...

Y Durand, para aprovechar mi éxtasis, me reclina sobre un canapé y me masturbó con tres dedos, como yo nunca lo había sido en mi vida. Se lo devolví; chupé su clítoris; y cuando vi que el agujero de su culo se abría y se cerraba como el cáliz de las flores ante las dulces inyecciones del rocío, me armé con un consolador y la enulé mientras seguía masturbándola. Jamás se vio culo tan ancho. Mi instrumento tenía ocho pulgadas de contorno por un pie de largo: apenas lo presenté, desapareció en un instante. Entonces la puta dijo tacos, se removió como una verdadera loca; y pude ver que si bien la naturaleza la había privado de conocer los placeres vulgares, la había resarcido completamente concediéndole las más delicadas sensaciones. Uno de los mayores talentos de mi nueva amiga consistía en el arte de dar placer mientras lo recibía; era tan ligera... tan ágil que, mientras yo la enulaba, ella se enlazaba alrededor de mi cuerpo y llegaba a besarme en la boca y a menearme el culo. Algunas veces lo abandonaba todo para entregarse sólo a sus sensaciones y entonces blasfemaba con una fuerza que yo no había conocido en nadie; y bajo cualquier aspecto que se considerase a esta mujer, se veía que, hija del crimen, de la lujuria y la infamia, no había una sola de sus cualidades físicas o morales que no tendiese a hacer de ella la más insigne libertina de su siglo. Durand quiso devolverme todo lo que yo le había hecho. Me enuló y, lúbricamente masturbada por ella, soporté muy bien el mismo consolador, y descargué tres veces bajo sus embestidas; y, lo repito, jamás había visto que unas mujeres se entendiesen mejor en el arte de dar placer.

Nos pusimos a beber y cuando estuvimos bien borrachas:

–Ven –me dice la Durand–, vamos a recorrer las calles; vamos a mancharnos con libertinaje. Vamos a ver los fúnebres preparativos de una joven de quince años, hermosa como el día, que hice morir ayer con veneno, a petición de su padre, que tras haberla jodido bien quiso vengarse de una indiscreción que ella acababa de cometer.

Salimos vestidas como las cortesananas del país; era de noche.

–Antes de nada –me dice mi amiga–, me gustaría que fuésemos a menear unos cuantos pitos de marineros al puerto; los debe haber monstruosos; no te puedes imaginar el placer que tengo al exprimir el jugo de esos chorizos...

–¡Ah!, ¡puta! –le digo besándola–, estás bebida.

–Un poco, quizás; pero no te creas que necesito la ayuda de Baco para encender la llama del libertinaje. Sé que le presta una magnífica ayuda y nunca me inclino tan bien a los excesos de la lujuria como cuando estoy repleta de platos delicados y de vinos espirituosos; sin embargo, no siento una necesidad tal de estas cosas que no pueda franquear sin este estimulante todos los límites de la decencia y el pudor: vas a verlo.

En cuanto estamos en el puerto, nos aborda una masa de mozos de cuerda y de marineros.

–Venid, amigos míos –dice la Durand–, tranquilizaos, sed honrados y buenos, vamos a satisfaceros a todos. Mirad a mi bonita hija, es una francesa*; está en el

* Las putas de esta nación son muy solicitadas en los países extranjeros. Su extrema complacencia, su habilidad, su libertinaje, y su belleza les procuran una preferencia decidida sobre las prostitutas de las otras naciones, casi siempre feas, torpes y sucias.

comercio sólo desde ayer; vais a verla remangarse encima del guardacantón ofreciendo a vuestros gustos el lado que más os plazca; yo os la menearé sobre sus encantos...

Quince se ponen a nuestro alrededor, aplaudiendo el orden establecido por Durand. El primero quiere ver mi pecho desnudo: iba a mancillararlo con sus groseras caricias si mi compañera no le hubiese prohibido cualquier gesto: hay que limitarse a cubrirla de semen; está inundada. El segundo quiere que, sentada sobre el guardacantón, separe mis muslos lo más que pueda para meneársela sobre mi clítoris. No puedo contenerme ante el grosor del miembro con el que la Durand toquetea a la entrada de mi vagina y precipitándome encima con un movimiento involuntario, me lo meto hasta los cojones. En cuanto el cachondo se ve cogido, me agarra en sus brazos, me levanta, remanga mis faldas y enseña mi culo a toda la tropa. Uno de estos rabiosos se lanza sobre mi trasero, lo soba, lo enfila y heme aquí llevada por dos gañanes, siendo el objeto de caricias y homenajes de los dos.

–Esperad –dice la Durand– ¡Dadle algo en lo que apoyarse! (y según dice esto, me pone un enorme miembro en cada mano)... ¡Qué delicioso grupo! –dice la granuja presentando su trasero al quinto–. Mira, amigo mío, aquí está mi culo; unámonos al cuadro, constituyamos uno de sus episodios: desgraciadamente no puedo darte otra cosa, la naturaleza no me lo ha permitido; pero puedes estar seguro de que el calor y lo cerrado de mi culo te resarcirán ampliamente de mi coño.

Pronto siguieron otras posturas. Más de cincuenta patanes pasaron por mis manos. Gracias a un agua con que los frotaba mi compañera antes de que me penetrasen, pude entregarme a todos sin temor, y fui jodida cuarenta y cinco veces en menos de tres horas. Durand no hacía más que catarlos; me los acercaba, y terminaban según su gusto o en mi coño o en mi culo. La granuja los chupó casi todos: era una de sus mayores voluptuosidades; y como fácilmente os imaginaréis, no rechazaba nada que pudiese calentarle los cascotes. Una vez satisfechos nuestros bandidos, hubo que beber con ellos.

–Esto es lo que más me gusta –me dice Durand en voz baja–; no te imaginas hasta qué punto me gusta hacer en mala compañía todas las acciones de la más vil crápula y del más bajo libertinaje.

Nos habíamos levantado de la mesa sin hambre. Pero devoramos cada una la enorme comida que estos granujas tuvieron a bien pagarnos y para la cual veinte de ellos cotizaron a dos cequíes cada uno, lo que equivalía a unos quinientos francos. Allí bebimos, comimos, nos dejarnos sobar, joder, y, en una palabra, nos embrutecimos hasta el punto de que tumbadas las dos en el suelo del cabaret, sólo nos entregábamos a estos bribones con la condición previa de que nos vomitaran, nos mearan y nos cagaran en el rostro, antes de enfilarnos. Todos lo hicieron y nos levantamos sólo cuando estábamos ya inundadas de orines, de basuras y de semen.

–Hijos míos –dice mi compañera en cuanto hubo un poco de orden, tras estas orgías–, es justo que ahora nos demos a conocer y que en reconocimiento de la buena comida que nos habéis dado, os recompensemos con alguna de nuestras mercancías. ¿Hay aquí alguien que quiera consumir sus venganzas o sus odios particulares? Vamos a darle los medios. Tenemos los mejores venenos de Italia, así que decidnos cuál os conviene y a quién lo destináis.

¿Lo creeríais, amigos míos? (¡Oh, justo cielo! ¡Hasta dónde ha llegado la depravación humana!), todos unánimemente nos suplicaron que les diésemos parte de nuestros funestos dones; y no hubo ni uno solo que, según él, no tuviese un buen destino que darle. Todos los consiguieron; y esta libidinosa noche nos convirtió quizás

en la causa de unos sesenta asesinatos.

–Vamos –me dice la Durand–, no es tarde, todavía podemos corretear. Además, tengo que asegurarme del éxito de la muerte de mi bonita muchachita de quince años...

Así que dejamos a nuestros comensales tras haberlos abrazado.

En cuanto llegamos a la plaza de la catedral vimos pasar un entierro. Como es costumbre en Italia llevar los muertos con el rostro al descubierto, le fue fácil a la Durand reconocer los rasgos de la bonita muchacha cuya muerte quería verificar.

–¡Ahí está!... ¡Ahí está! –me dice precipitadamente– ¡Oh! ¡Joder!, masturbémonos en una esquina mientras la vemos pasar.

–No –le digo– es mejor adelantarse y llegar a la catedral; nos esconderemos en una capilla, donde haremos lo que dices mientras la vemos bajar a la tumba.

–Tienes razón –dice Durand– es mejor momento; entremos.

Tuvimos la suerte de colocarnos precisamente detrás del confesionario de la capilla misma donde iba a descender esta joven. Nos pegamos a la pared y hémos aquí acariciándonos durante la ceremonia, cuidando nuestra descarga para que tuviese lugar en el momento en que descendiese el ataúd, y pudiese servir, por así decirlo, de agua bendita a la difunta. Se cierra la tumba a medias y vemos que el sepulturero, o tenía intenciones que todavía no adivinábamos o quizás, no quería, por lo tarde, darse ese trabajo hasta el día siguiente.

–¡Pardiez!, quedémonos aquí –me dice la Durand– se me ocurre un capricho increíble: ¿Has visto qué hermosa era esa muchachita?

–¿Y bien?

–La sacaremos de la tumba, tu me masturbarás sobre su delicioso rostro, sobre esa encantadora cabeza que las sombras fúnebres, puestas sobre su frente por mis manos, todavía no pueden ajar... ¿Tienes miedo?

–No.

–¡Pues bien!, si es así, quedémonos.

Se cierra la iglesia, estamos solas.

–¡Cómo me gusta este lúgubre silencio! –me dice la Durand– ¡Cuán apropiado para el crimen, cómo enciende las pasiones! es la imagen de la paz de los ataúdes y, te lo he dicho, me corro con la muerte; actuemos.

–Un momento –digo– oigo ruidos...

Y volvimos precipitadamente a nuestro rincón... ¡Oh, cielos!, ¿qué vemos? Se nos habían adelantado en nuestro proyecto y ¿quién? ¡Gran Dios!, ¡qué execrable depravación!... Su mismo padre venía a gozar de su abominable fechoría, venía a consumarla; le precedía el sepulturero con una lámpara en la mano.

–Súbela –le dice–, es tan grande mi dolor que quiero abrazarla una vez más antes de separarme de ella para siempre.

Reaparece el ataúd, sacan el cuerpo, después el sepulturero lo pone sobre las gradas del altar.

–Bien, ahora sal, amigo mío –dice el incestuoso y bárbaro autor de los días de esa encantadora muchacha–, turbarías mis lágrimas; déjame derramarlas tranquilamente, vendrás a recogerme dentro de dos horas y recompensaré tu celo...

Las puertas se vuelven a cerrar. ¡Oh!, amigos míos, ¿cómo describir los horrores que vimos? Sin embargo, es preciso: son los extravíos del corazón humano lo que yo desarrollo y no debo dejar ningún pliegue oculto.

No sintiéndose todavía seguro en la iglesia, el granuja se esconde en el interior de la capilla, enciende cuatro grandes cirios, los pone a la cabeza y a los pies de su hija,

después desenvuelve la mortaja y la pone desnuda ante sus ojos. Entonces se apoderan de él indecibles estremecimientos de placer; sus músculos alterados, sus entrecortados suspiros, su pito que saca a la luz, todo nos pinta el estado de su alma encendida.

–¡Santo Dios! –exclama–, he aquí mi obra... y no me arrepiento... Bien, no ha sido tu indiscreción lo que he castigado, sino que he contentado mi maldad; tu muerte me la empina, te había fornicado demasiado, estoy contento...

Con estas palabras se acerca al cuerpo; manosea el pecho, mete agujas dentro.

–¡Oh, joder! –decía–, ya no lo siente... desgraciadamente ya no lo siente... me he apresurado demasiado... ¡Ah, zorra! ¡Cuántos nuevos tormentos te impondría aún si vivieras!...

Le separa los muslos, le pellizca los labios del coño, le pincha en el interior y, sintiéndose el pito muy duro, el criminal la encoña; se tumba sobre ella, le besa la boca, hace lo que puede para meter su lengua pero como las convulsiones del veneno habían cerrado los dientes de esta desgraciada, no lo logra. Se retira, le da la vuelta a la muerta, la pone boca abajo, y nos expone las nalgas más bonitas que puedan verse. Besa ardorosamente el trasero, se masturba grandemente llenándolo de besos.

–¡Ah! ¡Cuántas veces gocé de este hermoso culo! –exclama entonces– ¡Cuántos diferentes placeres me procuró durante los cuatro años que lo jodí!

Entonces se retira, le da dos o tres veces la vuelta al cuerpo, exclamando:

–¡Ah!, joder, joder, ¡qué hermoso cadáver!

Y, como se le empinaba horriblemente cuando pronunciaba estas palabras, comprendimos que esta era su pasión. Se pone de rodillas entre los muslos de su hija, vuelve a besar otras mil veces el hermoso culo que le expone su postura, lo pincha, lo muerde, le da furiosos azotes, incluso arranca un trozo de carne con sus dientes, y lo sodomiza. En este punto nos parece que su delirio llega al culmen; rechina los dientes, espumea y, sacando un largo cuchillo de su bolsillo, corta mientras descarga el cuello de este cadáver. Después, arregla su compostura.

Allí observamos con filosofía la condición del hombre firme en sus principios cuando acaba de satisfacer su pasión. Un imbécil, obligado a esperar, sin otra perspectiva que el objeto de su rabia y su lubricidad, en medio del silencio y el horror de las tumbas, se hubiese estremecido infaliblemente. Nuestro criminal, tranquilo, se dedica a volver a empaquetar los restos desgarrados de su hija. Los vuelve a poner en el ataúd; incluso se queda un rato en el panteón sin que supiésemos lo que hacía allí. Entonces es cuando la Durand, que durante toda la operación no había dejado de masturbarse o de masturbarme, me propone que volvamos a colocar la piedra de la sepultura y empujemos al hombre con su víctima...

–No –le digo–, es un criminal, y a todos les debemos respeto y protección.

–Eso es justo –me respondió–, pero metámosle miedo. Ponte rápidamente en el mismo lugar y en la misma postura en que acaba de poner a su hija, para que sea lo primero que vea al subir. Todas sus ideas se confundirán y tendrá motivos para volverse loco.

Esta extravagancia me pareció demasiado familiar como para no ejecutarla. Reaparece el libertino; y el primer objeto que ve es mi culo al aire. Fue tal su sorpresa que retrocediendo de pavor le faltó poco para precipitarse en el panteón; no lo hizo gracias a mi amiga que al sujetarle por un brazo le causó un nuevo impulso de terror que produjo en él las más divertidas convulsiones.

–Cordelli –le dice la Durand–, no te asustes, estás con tus amigas: reconoce en mí a la que te vendió el veneno del que te has servido, y en esta hermosa muchacha a una

compañera dispuesta a darte voluptuosidades de todo tipo, con tal de que no se parezcan a las que acabas de procurarte delante de nosotros.

–Me habéis sorprendido extrañamente –dice el negociante.

–¡Y bien!, reponte, amigo mío, te hemos visto y admirado. Mira ese hermoso culo, está a tus órdenes; te lo entrego por quinientos cequíes; y piensa que esta soberbia criatura no es una mujer vulgar.

–Es hermoso –dice Cordelli manoseándolo–; pero ya no se me empina: habéis visto la descarga que acabo de tener.

–Es fácil reparar esa pérdida –dice Durand–; vamos, puedes estar seguro de que pronto volverás a tenerla empinada. Tengo en mi bolsillo un licor cuyo efecto es seguro. ¿Dónde quieres que tenga lugar la escena?

–En esta sepultura; volvamos a bajar, no puedo dejar los restos de mi víctima, no os imagináis lo que me excitan.

Bajamos. Tan pronto como Cordelli quita la mortaja, en cuanto ve los restos inanimados de su desgraciada hija, vuelve a tenerla empinada. La Durand le frota los cojones con el agua de que ha hablado; después se la sacude. Yo le muestro mis nalgas, las toca, me socratiza, besa mi boca y la erección tiene lugar.

–Es preciso –nos dice– que esta joven haga el favor de colocarse en el ataúd completamente tapada con la mortaja; subiremos, cerraremos la piedra por unos momentos: entonces estoy seguro que descargaré sobre el borde del agujero...

En este punto, la Durand me miró; reflexioné rápidamente.

–Nosotras no nos separamos jamás, señor –le digo al negociante–, ninguna de nosotras se quedará en esta tumba o nos encerraréis a las dos.

–¡Ah! Juliette, desconfías de mí –dice la Durand–: de acuerdo, sube con Cordelli, yo me quedaré y recuerda que sólo a ti me encomiendo...

Una segunda reflexión viene a iluminarme. Yo idolatraba a Durand; la menor desconfianza sembraba la discordia entre nosotras. ¿Era posible que me dejase allí? ¿No iba a volver el sepulturero? ¿Y no tendría mil veces más confianza en mi amiga si no me sucedía nada? ¡Qué tranquilidad para el futuro!

–¡Bien! –le digo rápidamente a la Durand–, para probarte que en mi alma no puede entrar ninguna mala sospecha, me quedo. Haz lo que quieras, Cordelli; pero recuerda que este favor vale mil cequíes.

–Los tendrás –dice el negociante–, me parece que tu docilidad no tiene límites, será recompensada.

Sacan los restos de la joven, la sustituyo. Cordelli me envuelve con el lienzo; me besa tres o cuatro veces el agujero del culo.

–¡Ah!, ¡hermoso cadáver! –exclama girando tres o cuatro a veces alrededor de mí.

Después sube con la Durand... Lo confieso, un frío mortal se apoderó de mí cuando oí que la piedra se cerraba sobre mí... Aquí estoy ahora, me digo, a disposición de dos criminales... ¡Extraña ceguera del libertinaje, a dónde vas a llevarme!... Pero era necesaria esta prueba. Os dejo pensar hasta qué punto crecería mi inquietud cuando oigo abrir la capilla, volver a cerrarla y suceder el más terrible silencio a estos dos movimientos... ¡Oh!, cielos, me digo, ¡heme aquí perdida! ¡pérfida Durand, me has traicionado! Y sentí que mis poros exhalaban un sudor frío desde la punta de los pelos hasta la punta de mis pies. Después, recuperando el valor: vamos, me decía, no desesperemos, no es un acto de virtud lo que acabas de hacer: hubiese temblado si hubiese sido uno; pero sólo se trata de vicio, por lo tanto no tengo nada que temer. Apenas acababa estas reflexiones cuando se oyeron los gritos de la descarga de

Cordelli, la piedra se levanta, Durand se precipita hacia mí.

–Estás libre, ángel mío –exclama– ¡y aquí están los mil cequíes! ¿Te seguiré inspirando desconfianza en el futuro?

–¡Ah!, ¡nunca, nunca! –exclamé–, perdona un primer impulso: se refería más a Cordelli que a ti. Pero subamos, estoy a punto de desmayarme.

Cordelli agotado... cuyo espumeante esperma inundaba la piedra, nos esperaba sentado en las escaleras del altar. Salimos, apareció el sepulturero; Cordelli le pagó y nosotros nos retiramos. Durand quiso pasar esa noche conmigo.

–Esta es una aventura que nos une para siempre –le digo a mi amiga–, cimenta eternamente nuestra amistad, nuestra confianza y estrecha nuestros lazos para toda la vida.

–Te lo dije, Juliette –me respondió la Durand–, nuestras armas juntas harán mucho daño a los otros, pero jamás se dirigirán contra nosotras.

–¿No es verdad –le digo– que si hubieses tenido a otra mujer, me habría quedado en la tumba?

–Por supuesto –me respondió la Durand–, y te juro que me ha ofrecido dos mil cequíes por dejarte allí.

–¡Y bien! –le digo–, busquemos una muchacha bonita, propongámosela y divirtámonos con su pasión.

–Pero tú has deseado a esa muchacha.

–¿A quién?

–Elise.

–¡Cómo! ¡Quieres a una u otra de mis mujeres! ¿Estás celosa?

–No, pero no me gusta ver cerca de ti a alguien de quien puedes creer que te quiere más que yo. ¿No estás cansada de esa muchacha? Te dejo la otra, pero creo que ya has gozado bastante de ésta, no hay noche que no te acuestes entre las dos: ¡y bien!, ángel mío, yo la sustituiré.

–Tu proyecto me irrita y me indigna a la vez.

–Es lo más apropiado para la voluptuosidad –me respondió la Durand–, porque los mayores placeres nacen sólo de las repugnancias vencidas. Llámala, divirtámonos con ella, juremos su pérdida mientras la masturbamos; nada me divierte tanto como ese tipo de traiciones.

–¡Ah!, Durand, ¡cuánta infamias me impulsas a hacer!

–Di mejor: ¡cuántas voluptuosidades te preparo!

Elise aparece, siempre hermosa como el Amor; se pone gustosamente entre nosotras dos; Durand, que todavía no la conocía, se pone a acariciarla con extremado placer.

–Realmente es una criatura voluptuosa –dice la granuja mientras la cubre de besos–. Haz que se tumbé sobre ti, Juliette y menéale el clítoris mientras yo la enculo... ¡Oh qué culo más voluptuoso! ¡Cómo va a perderse nuestro hombre entre estas hermosas nalgas!...

Y la zorra acaricia el ano y no tardó en introducir su pequeño instrumento. Tumbada sobre Elise y sobre mí, chupaba nuestras bocas alternativamente.

–Después de doce horas seguidas –nos dice– de libertinaje, debería estar agotada y sin embargo jamás había sentido tanto ardor.

–Y yo también –exclamé–, y es nuestro proyecto –le digo en voz baja– lo que más me excita. Si supieses, Durand, cómo me electriza... Te lo suplico, mi amor, descarguemos con esta deliciosa idea.

Y cómo yo masturbaba muy bien a Elise y Durand la sodomizaba a las mil

maravillas, la granujilla fue la primera en descargar. En ese instante, Durand le aplica terribles azotes en las nalgas; ella se retira del culo y blasfemando como una condenada, riñe a la desgraciada porque le ha impedido su descarga.

–El deber de una víctima –le dice con dureza– es prestarse: jamás debe permitirse compartir ningún placer. ¡Vamos, zorra!, tengo que azotarte para enseñarte a no molestarme.

Yo le sujeto la víctima y la criminal la zurra durante un cuarto de hora. Elise conocía esa manía, con frecuencia había sido víctima de ella conmigo, pero en su vida lo había recibido con tanta violencia.

–Vas a estropearle las nalgas –decía yo– y mañana Cordelli...

–Le gustan estas huellas, le harán empalmar...

Y la libertina seguía zurrando hasta sacar sangre. Por fin cesa la tormenta, Durand me encula y durante su descarga quiere tener las desgarradas nalgas de Elise al alcance de sus besos.

–Es una criatura divina –dice cuando termina–; es precisamente lo que nos hace falta... ¿Has descargado tú, hermosa mía? Te pido perdón por no haberme ocupado de tus placeres; pero en el delirio soy de un inconcebible egoísmo....

–¡Ah! –le digo–, he sido por lo menos tan dichosa como tú; mira mi coño, mira qué mojado está.

–¿Y tu mente estaba en la cosa?

–¡Oh!, te lo juro...

Nos dormimos, Elise entre las dos; y Durand me decía en voz baja, antes de sumirse profundamente en el sueño:

–No hay nada que me guste tanto como la idea de dormir con un individuo cualquiera cuya muerte estoy segura de causar al día siguiente.

Durand fue temprano a buscar a Cordelli. Encantado ante una propuesta tan halagadora, pronto se llevó a cabo el trato de los días de la desgraciada Elise: mil cequíes fueron su mediocre precio; pero Cordelli quiso refinamientos y como voy a contaros esta siniestra aventura, no os hablaré de estos episodios más que encuadrados en la acción.

Durante la ausencia de mi compañera, hice que preparasen a Elise. La habían bañado, refrescado, perfumado, y tan pronto como esta hermosa muchacha, que todavía no tenía dieciocho años, unió la ayuda del artificio a los dones de la naturaleza, apareció hermosa como un ángel.

–Tenemos que estar a las cinco de la tarde en casa de Cordelli –me dice la Durand a su vuelta–. La escena tendrá lugar en una de sus casas de campo; a tres leguas de Ancona, al borde del mar, y te respondo que será buena; cenemos...

Elise y Raimonde se sentaron a la mesa con nosotras, como de costumbre; pero allí les anunciamos que iban a separarse.

–Elise –dijimos– ha encontrado en Ancona un rico negociante que la hará feliz: se queda.

Las dos amigas se deshicieron en lágrimas. Después, Elise, echándose en mis brazos:

–¡Oh!, mi querida señora –exclamó cubriéndome con sus lágrimas y sus besos– ¡me habíais prometido que jamás me abandonaríais!...

Y aquí, amigos míos, fue cuando comprobé la fuerza que tiene en el alma de una libertina el choque de la sensibilidad sobre la lujuria. Me endurecí ante sus lágrimas: encontraba placer en afrontarlas, en convertirlas en aguijón de mi lubricidad.

–Pero, querida –respondí empujándola a su asiento–, ¿no me reprocharías entonces eternamente haber contrariado tu fortuna?

–No quiero fortuna, señora, sólo reclamo la gracia de no abandonaros en mi vida.

–Elise –dice Durand–, ¿entonces amas a Juliette?

–¡Ay!, señora, le debo la vida, estaba perdida sin ella. Ella fue la que nos sacó a Raimonde y a mí de la casa de un bandido que nos habría masacrado infaliblemente y cuando el agradecimiento se une a los sentimientos naturales del corazón, os imaginaréis, señora, que su fruto debe ser la más ardiente amistad.

–Sin embargo hay que dejaros –dice la Durand con maldad– muy pronto...

Yo estaba cachonda; Durand se dio cuenta.

–Pasa a otra habitación con ella –me dice mi amiga en voz baja–; yo quiero masturbarme con Raimonde.

En cuanto estuve a solas con Elise, sentí que el furor se apoderaba de mis sentidos. Esta hermosa muchacha me besaba llorando: la maltraté y al sentir que mi semen corría con los primeros golpes dados, redoblé.

–Verdaderamente –le digo con dureza– vuestros sentimientos hacia mí me sorprenden, porque los míos tendrían que corresponderlos. Habéis podido no serme indiferente en otro tiempo, pero hoy estoy cansada de vos: hace más de tres meses que os conservo por caridad.

–¡Por caridad, señora!

–Sí, palabra de honor; ¿qué habría sido de vos sin mi piedad?, una buscona de la calle. Agradéceme pues los trabajos que me he tomado para procuraros a alguien y masturbadme en reconocimiento.

La desnudé, observé todos sus encantos; y creí que me haría morir de placer el espíritu con que los veía. ¡Ah!, cuán dulcemente me estimulaba diciéndome: en tres días este hermoso cuerpo será presa de los gusanos, ¡y yo seré la causa de su destrucción! ¡Divino impulso de la lujuria! ¡Inexpresables voluptuosidades del crimen! ¡Estos son los estragos que producís en la organización de una mujer libertina! ¡Elise! ¡Elise! Tú, a la que yo amaba, y te entrego a verdugos... y descargo con eso.

¡Cómo redoblaba sus atenciones conmigo la granujilla para tratar de conseguir que la echase de menos! Pronto triunfó; me chupaba socratizándome; inundé su boca, le devolví lo que me había hecho. Me volvía loca la idea de sumirla en el placer antes de entregarla al suplicio. Descargó, después se deshizo en lágrimas mientras me dirigía las más tiernas expresiones, las más angustiosas súplicas de que la conservase junto a mí: nada podía afectarme. En cuanto estuve satisfecha:

–Vamos –le digo–, tenemos que marcharnos.

Quiso pasar a su habitación para hacer su equipaje.

–No merece la pena –le digo–, se te enviará todo mañana...

Se lanza en mis brazos... la rechazo, le doy furiosos golpes; sangra. Creo que la hubiese estrangulado, a no ser por la promesa de entregarla a Cordelli.

Volvimos al salón. Durand no estaba todavía. Me apresuro a observar por la cerradura. ¡Dios! ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver a un hombre enculando a Raimonde y a la Durand fustigando al fornicador. Llamo... quiero entrar.

–¿Eres tú? –dice Durand.

–¡Pues, claro!, abre.

–¡Ah! –me dice en voz baja haciéndome entrar suavemente–... Es Cordelli... Ha querido ver de todas todas la muchacha que le tenía preparada; no he querido molestarte y le he dado a Raimonde mientras esperaba... Ya lo ves, la encula, se pirra

por ella.

–No os preocupéis, señor –me apresuré a decir mientras me acercaba–; pero recordad tan sólo que no es esta la que os entrego.

–Estoy francamente enojado –respondió el disoluto con expresiones entrecortadas a causa de las violentas sensaciones de su placer–... ¡Oh!, sí... estoy francamente... enojado... porque tiene el más... hermoso culo... el más estrecho... y me... sentía totalmente dispuesto... para hacer con ella... infinidad de cosas singulares... Vamos –continuó desencilando–, no quiero descargar, necesito conservar mis fuerzas; pero razonemos un momento.

Raimonde salió y Cordelli, sentándose entre la Durand y yo:

–No pude contener mi impaciencia –nos dice–, llegué cuando os levantabais de la mesa: la Durand me ha dicho que os estabais divirtiendo con la que me dabais; viendo a Raimonde con ella, he deseado gozar de ésta y os confieso que después de conocerla no he podido menos de lamentar que no sea ella la que deba servirme de víctima. Es la favorita de Juliette, me ha dicho la Durand, jamás querrá entregárosela... Señorita –prosiguió el seductor cogiéndome de la mano– escuchadme. Soy claro en los negocios que hago; soy millonario, desde hace veinte años es para mí solo toda la ganancia de la célebre feria de Sinigaglia*, y unos mil cequíes más o menos no me hacen nada cuando se trata de mis pasiones. No conozco a Elise, pero vuestra Raimonde me complace infinitamente: he visto pocos traseros tan divinos, jamás he jodido ninguno tan caliente ni tan estrecho. Esta muchacha debe ser soberbia llorando y, en una palabra, es una de las mujeres más hermosas para víctima que haya visto desde hace mucho tiempo... Bien, tomo a la otra bajo palabra y a esta en conocimiento de causa: ¿queréis seis mil cequíes por las dos?

–Mucho más –digo, sintiendo en seguida que el amor por el oro podía más en mi corazón que cualquier otro tipo de sentimiento–; me daréis veinte mil cequíes por las dos, y son vuestras.

–Pero –dice Cordelli–, ¿tengo ya una por mil cequíes!

–Rompo el trato, ahora sólo las vendo juntas y por cierto que no saldrán de mis manos más que al precio que acabo de decir.

–No puedo más que aprobar a mi amiga –dice Durand–; todavía podéis estar contento de que os ceda a un precio tan bajo el único objeto de sus afectos.

–Una muchacha a la que idolatro, ¿entregarla quién?, ¡a un criminal que va a matarla!

–¡Sí!, sí –respondió el italiano–, y con horribles suplicios, os lo puedo asegurar.

–Esas cosas tienen que pagarse; decidíos, señor, porque si la piedad llega a recuperar sus derechos en mi alma, ya no tendréis nada.

–Vuestra mercancía es cara, señorita –respondió el negociante–. ¡Pero, santo Dios!, me cogéis en un momento en el que el fuego de la lujuria no me deja reflexionar. Mandad este vale a casa de mi agente y tendréis el dinero deseado dentro de media hora. Veamos a la otra muchacha mientras esperamos.

–Malvada –le digo en voz baja a mi amiga–, esto es obra tuya: estaba decidido ya que no querías dejarme a ninguna.

–¡Oh!, Juliette, no acuses de todo esto más que a mi amor por ti; puedes estar segura de que jamás te arrepentirás de haberte entregado a mí completamente sola. Inspirada por mi idolatría te haré las veces de cualquier persona...

* La más famosa de Italia.

Y salió para retirar el dinero. Primero hice que Elise apareciese sola.

–¡Es encantadora! –exclamó el disoluto– No me asombra ya el precio que pones...

Y apresurándose a desvestirla, redobla su entusiasmo cuando puede admirar cómodamente los encantos de esta bonita criatura. No se cansa de examinar ese culo delicado y bonito; lo besa, lo separa, lo acaricia, lo jode, sale de él para besarlo de nuevo; y a pesar de lo ardientes que son sus caricias, no puede hartarse de él.

–Haz venir a la otra –me dice– quiero comparar...

Raimonde aparece y en un momento se queda tan desnuda como Elise, para ofrecer a nuestro examinador todo lo que pueda facilitar sus observaciones. No os imagináis cuán escrupulosamente procede: sobre todo las nalgas llaman su atención con un recogimiento del que no os podéis hacer ni idea. Entretanto yo se la meneo ligeramente; algunas veces manosea mi trasero mientras mete su lengua en mi boca; encula a Elise, azotándonos a Raimonde y a mí a derecha e izquierda.

–Verdaderamente, váyase la una por la otra –me dice en voz baja– y las dos son deliciosas. Las haré sufrir mucho.

–¿Qué culo es el mejor? –pregunté.

–¡Ah!, siempre el de Raimonde –me respondió besando la boca de esta hermosa muchacha–; el suyo es más cálido, más estrecho... Ponte en el borde de la cama, Juliette –me dice este insaciable libertino–, quiero encularte también a ti.

Hace pasar a Elise a mi izquierda de forma que me quede en medio. Entonces pellizca con fuerza los dos culos mientras encula el mío. Después, retirándose:

–Es suficiente –dice–; descargaría; el día corre, partamos.

Las dos jóvenes van a prepararse y al quedarme sola con el italiano le digo:

–Confiesa que ha sido mi compañera la que te ha calentado los cascos con Raimonde.

–No te ocultaré que ella desea su muerte.

–¡La bruja!, es por celos: ese motivo la excusa... ¡Oh!, ya he tomado mi decisión; ¿entonces, harás sufrir a esas dos desgraciadas?

Y se la meneaba entretanto; estaba de pie ante mí; sacudía su pito sobre mi pecho, le cosquilleaba en el ano...

–¿Y qué suplicio les tienes reservado?

–¿Es que deseas que las trate con miramientos?

–¡Ah!, ¡si fuese yo quien ordenase sus tormentos, serían mucho más terribles que los tuyos!

–¡Deliciosa criatura!... así es como me gustan las mujeres; son mucho más feroces que los hombres cuando se dedican a la crueldad.

–Tiene una razón natural –respondí–; sus órganos son mucho más sutiles, su sensibilidad más profunda, sus nervios mucho más irascibles: ahora bien, ese es el tipo de constitución que lleva a la barbarie.

–Al tener una imaginación mucho más viva que la nuestra, una mujer debe entregarse con mayor avidez a los excesos y he aquí por qué llegan siempre mucho más lejos que nosotros en el crimen. Que se anuncie un duelo, un combate de gladiadores, una ejecución de la justicia, las verás llegar en masa; contad los espectadores, el resultado siempre os ofrecerá por lo menos diez mujeres por un hombre. Una infinidad de estúpidos –añadió el negociante–, engañados por esa increíble sensibilidad que ven en las mujeres, creen que los extremos se tocan y que precisamente al calor de ese sentimiento nace la crueldad...

–Porque la crueldad en sí misma no es más que una de las ramas de la sensibilidad y

porque siempre se cometen los grandes horrores en razón de la cantidad de ésta que hay en nuestras almas.

–Hablas como un ángel, corazón –dice el negociante–; bésame mil veces, me gusta tu cabeza tanto como tus encantos, deberías unirme a mí.

–Estoy inviolablemente unida a mi amiga –respondí–, somos inseparables, y no nos separaremos más que con la muerte.

–Podría quedarse contigo.

–Eso es imposible, querernos volver a ver nuestra patria...

Y acababa ya cuando volvió la Durand. Como yo iba delante de ella, tuve tiempo de saber por su boca que acababa de dar un buen golpe.

–He hecho un billete falso –me dice– y tenemos el doble de dinero.

–¿Cuarenta mil cequíes?

–Sí, ya los tengo en mi cuarto.

–¡Criatura celestial!, ¡oh!, ¡cómo me gusta tu astucia!

–¿Te arrepientes ahora del trato?

–No, palabra de honor... ¿Pero y cuando Cordelli vuelva a ver a su agente?

–El crimen estará consumado y si suelta una sola palabra haremos que le condenen a la rueda.

–¡Oh!, ¡bésame mil veces, ángel mío!

–Ven a por la mitad del dinero.

–Entre nosotras son inútiles esas precauciones; ocupémonos de Cordelli, nos lo repartiremos a la vuelta.

–Me gustaría que lo cogieses todo; tengo más placer en verte en el pináculo de la opulencia que en enriquecerme a mí misma.

Y como Cordelli nos llamaba, nos marchamos.

Llegamos al castillo del negociante en unas pocas horas. Era una verdadera fortaleza situada sobre una roca que se adelantaba más de veinte toesas en el mar; había que dejar el coche en la granjita que se encontraba al pie de la roca, que ofrecía en su raíz una escalera de cuatrocientas gradas por las que se llegaba a esta temible casa. Abajo encontramos una puerta de hierro, que abrió el negociante, y seis parecidas a lo largo de la escalera, que nuestro patrón abrió y cerró igualmente. Al ver la Durand que la sorpresa se mezclaba en mis rasgos con la agitación del miedo, me tranquilizó y dijo en seguida a Cordelli:

–Me habías indicado el sitio a la perfección y nuestra gente, a la que he dejado la descripción para que vengan a buscarnos mañana, si a las diez de la mañana no estamos con ellos, encontrarán fácilmente este retiro.

–Es conocido en todos los alrededores –dice el negociante para calmarme–; pero tu precaución, Durand, era inútil, te prometí que esta misma noche volveríamos a la ciudad y me conoces lo suficiente para estar segura de que jamás te engañaré...

Faltaba mucho para que nuestras dos jóvenes estuviesen tan tranquilas. Una especie de presentimiento acompaña siempre a la desgracia; las infortunadas lo sentían en toda su fuerza: estaban las dos a punto de desvanecerse.

Por fin, una puerta semejante a las otras se abre y se cierra por el mismo procedimiento; nos reciben dos viejas de sesenta años.

–¿Está todo dispuesto? –dice Cordelli.

–Desde esta mañana, señor –responde una de las viejas–, y no os esperábamos tan tarde...

Avanzamos; una sala baja, bastante triste, es lo primero que se nos ofrece a la vista.

–Mirad dónde estamos –dice Cordelli abriendo una ventana.

Y cuál no sería nuestra sorpresa al vernos a trescientos pies de la superficie del mar y casi en medio del agua.

–Esta roca describe una curva –dice el negociante–, la perpendicular caería a una media legua de la ribera. Aquí se puede gritar cuanto se quiera, se puede estar seguro de que nadie lo oirá...

Salimos de esta sala y subimos al segundo; este era el lugar de la escena. Quizás nunca más se me vuelva a ofrecer a la vista nada tan horrible. Sobre un estrado redondo, colocado en medio de esta sala, redonda también, distinguimos en cuanto entramos todos los diferentes instrumentos necesarios para el suplicio que se te ocurriese. Había algunos tan execrables, tan incomprensibles, que jamás se me habría ocurrido la idea de su existencia. Dos enormes hombres curtidos, de seis pies de altura, con la boca adornada con terribles bigotes y con un rostro horrible, totalmente desnudos como salvajes, parecían esperar respetuosamente en medio de tales instrumentos las órdenes que se les daría. Quince cadáveres de jóvenes de ambos sexos tapizaban las paredes oscuras de esta sala y sobre cuatro banquillos que rodeaban el estrado, se veían sentados dos muchachas de dieciséis años y dos muchachos de quince, en perfecto estado de desnudez. Las viejas, que habían entrado con nosotros, cerraron las puertas, y Cordelli, gozando maravillosamente con nuestra sorpresa, dice:

–Aquí es donde vamos a operar. Raramente –afectó que decía a nuestros dos jóvenes muchachas–... ¡oh!, sí, muy raramente se sale de esta sala una vez que se ha entrado en ella. Vamos, donna Maria, haced que se desnuden, alumbrad y pongamos pronto manos a la obra... Siento el semen picándome en los cojones; jamás he estado en tan buenas condiciones de hacer horrores.

–Juliette –me dice el disoluto–, os nombro mi satélite, el agente general de mis placeres; desnudaos y no me abandonéis. Dedicada únicamente al servicio... a las urgentes necesidades de mi pito y mi culo, cuidaréis con exactitud al uno y al otro durante toda la escena. Si hago que me fornicen, humedeceréis el agujero de mi culo con vuestra boca; mojaréis con vuestra lengua los pitos destinados a mi sodomización: los introduciréis vos misma en mi trasero. Si soy yo el que jodo, guiaréis mi pene hasta los agujeros que me plazca perforar, que ensancharéis igualmente con la saliva emanada de vuestros labios. Tened en cuenta una cosa cuando trabajéis: cada vez que vuestra boca vaya a preparar bien un pito, bien un culo, a continuación esa misma boca tendrá que pegarse a la mía y chuparla durante un rato. Además, el más profundo respeto acompañará vuestra actuación: pensad que aquí sólo entran esclavos o víctimas.

Vos, Durand, me traeréis los objetos, me los presentaréis y recordad una y otra que no haréis ningún movimiento sin antes darme a besar vuestros traseros.

En cuanto a vosotras, prosiguió dirigiéndose a las viejas, desnudas sólo de cintura para abajo, con los brazos al descubierto y armadas con un puñado de vergas delgadas y verdes, me seguiréis también y os dedicaréis a mis riñones y mis nalgas a medida que veáis que lo necesito.

Vos Sanguin y vos Barbaro no solamente desempeñaréis el papel de ejecutores, sino que también perforaréis con precisión mi trasero cada vez que os lo presente amorosamente; entonces, Juliette cogerá vuestros instrumentos y me los introducirá en el culo, conforme a las indicaciones y órdenes que le he dado.

En cuanto a vos, jóvenes que, colocados sobre esos cuatro banquillos, esperáis en el más respetuoso silencio lo que me plazca prescribiros, vuestro destino es la sumisión.

No imaginéis que esos lazos que os unen a mí, ya que sois hijos míos los cuatro aunque nacidos de diferentes madres, me van a impedir conducirlos a la muerte por los senderos más duros y espinosos; sabed que os di la vida sólo para quitárosla, que el infanticidio es uno de mis más dulces placeres y que cuanto más os acerca a mí vuestra sangre, más placer tendré en martirizaros.

En lo que se refiere a vosotras, mis hermosas niñas, prosiguió adulando servilmente y tomándoles el pelo cruelmente a mis dos mujeres, os he pagado lo suficientemente caras para tener el derecho de hacer con vosotras todo lo más execrable que mi perversa imaginación me sugiera... Y podéis contar con terribles sufrimientos: pronto sabré, espero, los efectos del dolor sobre vuestras almas sensibles.

Tras estas palabras, las desgraciadas criaturas se precipitan a los pies de su feroz tirano. Desnudas ya por las viejas, con sus hermosos cabellos negros cayendo en desorden sobre su seno de alabastro, con sus lágrimas inundando los pies de este verdugo, ofrecen de forma indeciblemente interesante el desgarrador espectáculo de su dolor y su desesperación...

—¡Ah!, ¡me jodo en Dios! —dice el criminal dejándose caer sobre un sofá mientras yo le poluciono con una mano y le socratizo con la otra—... ¡Cómo me gustan estos trágicos efectos del infortunio!... ¡Cómo consiguen ponérmela tiesa!... ¿Queréis un puñal, mis hermosas amigas? Podrías mataros mutuamente; para mí sería delicioso...

Y el monstruo, mientras hablaba así, pegaba brutalmente sus manos a los senos frescos y delicados de estas dos encantadoras muchachas; los pellizcaba, los apretujaba violentamente y parecía obtener un placer singular en redoblar su dolor espiritual con todos los pequeños tormentos físicos que les infligía con voluptuosidad.

—Traedme sus jodidos culos —le dice a una de las viejas—, poned los agujeros a la altura de mis labios; vos, Durand, chupadme: Juliette seguirá masturbándome dentro de vuestra boca.

Entonces mordió esos dos hermosos culos y dejó la huella de sus dientes en más de doce o quince sitios. Pasando después su cabeza entre los muslos de Raimonde, la mordió en el clítoris con tal violencia que la pobre se desmayó. Encantado con semejante efecto, vuelve a hacer la prueba con Elise; pero como un movimiento de esta hermosa muchacha le impide acertar el golpe, el criminal, al no alcanzar más que los labios de la vagina, se lleva un trozo completamente sangrante. Aunque estaban muy maltrechas por estos dos primeros ataques, quiere joderlas en ese estado. Se da la orden, se las tumba boca abajo sobre un canapé, sus cabezas bajo los cadáveres que tapizan la habitación. Y allí, el granuja, servido por Juliette, se introdujo alternativamente en los dos coños y en los dos culos, durante más de veinte minutos. Entonces, se apodera de un puñado de vergas, y poniéndolas de rodillas una encima de otra, de forma que puede golpear juntas las divinas nalgas de Elise y las hermosas tetas de Raimonde, fustigó, martirizó esas hermosas carnes, ora por separado, ora a la vez, durante más de media hora seguida, mientras una de las viejas, de rodillas ante su trasero, le pinchaba las nalgas con una aguja de plata. Elise y Raimonde se cambiaron para que él pudiese azotar las nalgas de aquella cuyas tetas acababa de desgarrar y martirizar el seno de aquella cuyo culo acababa de maltratar. Cuando todo estuvo completamente sangrando, se humedecieron, se restañaron las partes maltratadas y Cordelli, con su pito furiosamente empinado, ordena a uno de los jóvenes que se acerque. Este delicioso niño reunía todos los encantos que puede prodigar la naturaleza: rostro encantador, piel blanca y fina; una bonita boca, hermosos cabellos, el culo más hermoso que se pueda ver.

–¡Cómo se parece a su madre! –dice el disoluto besándolo.

–¡La desgraciada!, ¿qué ha sido de ella? –le digo al italiano.

–¡Y bien!, Juliette –me respondió–, ¿siempre me sospecháis algún horror? Os sorprenderíais mucho si la hiciese aparecer ahora mismo.

–Os desafío.

–¡Pues bien! Ahí está –dice Cordelli señalándome uno de los cadáveres clavados a la pared–; es su madre, pero preguntadle mejor a él. Lo desvirgué ayer ahí, mi amor querido, hace apenas treinta y seis horas... Sí, ahí, entre los brazos de su tierna madre; y poco después, que os lo diga él... sí, es cierto, ante sus ojos mediante un suplicio bastante extravagante envié a la mamá a donde voy a mandarle hoy a él con otro no menos raro, os lo juro...

Y el zorro, polucionado por mí, la tenía tiesa. Hace que una vieja sujete al niño; por orden suya, humedezco el orificio gomorrano, guío el miembro; Durand chupa al Gánimedes por debajo, y el italiano encula mientras besa mi trasero. Pero todavía suficientemente presto... suficientemente dueño de sí para hacer aflorar el placer sin dejarlo escapar jamás, se retira una vez más de ese culo.

Traen al otro joven. La misma ceremonia, la misma economía de esperma; y el negociante, poniendo a uno sobre las espaldas del otro, los zurra a los dos al tiempo: de vez en cuando vuelve a los pitos, los chupa. Por fin, en un furioso impulso de lubricidad, muerde tan terriblemente los cojones del primero que ha jodido, que éste pierde el conocimiento. Cordelli, sin prestarle atención, pasa a otra parte. Le acercan una de las jovencitas; no era una belleza, pero tenía algo tan dulce, un aire de pudor e inocencia tan interesante, que atraía todos los homenajes sin que nadie pudiese negárselos.

–Esta –dice Cordelli– es virgen con toda seguridad; pero como no es posible excitarse por un coño, ordeno a las viejas que la sujeten boca abajo, en el borde del canapé...

Y en cuanto tiene bien presentadas las dos voluptuosas nalgas de esta hermosa niña, el disoluto las maltrata, las muerde, las pellizca, y las araña con tanta rapidez y fuerza que en un minuto están sangrando: el granuja enfila el culo. Creyendo que ya ha conseguido en él la fuerza suficiente para intentarlo en el coño, se presenta ante él y su ilusión, sostenida por nuestras caricias y besos libertinos, principalmente por nuestros traseros ofrecidos a sus toqueteos, se cumple y hace saltar la virginidad. Se retira lleno de sangre para volver a enfilar su camino favorito y, tras algunos ataques intercalados de esta forma, vuelve a descargar en el culo de uno de los muchachos que había mantenido a este efecto junto a sí. Se hubiese dicho el resplandor de un rayo: creí que iba a echar la casa abajo. Lo rodeamos; besaba nuestras nalgas, una de las viejas lo azotaba, Durand lo socratizaba, Elise peloteaba sus cojones, él pellizcaba el culo de Raimonde, miraba los del muchachito y la muchacha apostados frente a él; todo, todo concurría a provocar una descarga cuya energía es difícil de pintar.

–¡Oh!, ¡joder! –dice saliendo de allí–, ahora voy a necesitar horrores para ponerme en condiciones.

–¡Y bien!, los haremos, amigo mío, los haremos –digo consolando su pito, chupándolo, apretándolo, exprimiendo con cuidado hasta la última gota de esperma* .

* Pocos hombres saben hacerse cuidar después de la descarga: aniquilados, se retiran fríamente y ya no piensan en nada. Sin embargo, de los cuidados que siguen a la eyaculación depende el vigor necesario para volver a gozar de nuevos placeres, y para retirarse de los antiguos en un estado menos abatido. Esos cuidados consisten en hacerse chupar perfectamente, en hacerse consolar y manosear los cojones y en aplicar paños muy calientes. Es igualmente útil tomar, tras la crisis, comida o alcoholes. Estos últimos, aplicados como loción en los cojones, tienen un resultado excelente.

Cordelli me agradeció estos cuidados. De nuevo es rodeado mientras yo lo chupo; su boca recae sobre la de la joven que acaba de desvirgar: se diría que quería arrancarle la lengua a fuerza de chupársela. A continuación, ¿quién lo creería?, por una increíble extravagancia, quiere lengüetear durante un cuarto de hora la fétida boca de una de las viejas; y el villano no la abandona más que para sorber con igual delicia la de uno de los verdugos que se acerca a él. Este último exceso lo decide: empiezo a sentir los efectos del milagro, Cordelli coge una de mis manos y, llevándola hasta el instrumento de este criminal, me siento confundida al comprobar que el instrumento que me hace empuñar es más grueso que la parte más fuerte de mi brazo y casi tan largo como mis muslos.

–Coge ese pito, Juliette –me dice el italiano–, y ponlo en el coño de la pequeña que acabo de desflorar; piensa que tiene que entrar a cualquier precio.

Ante la inutilidad de las primeras tentativas, nos vimos obligados a atar a la víctima: Cordelli quiere que esté como un perro, con los cuatro miembros atados al suelo de madera... sobre todo, que los dos agujeros estén bien expuestos para que si su hombre no puede sumergirse en uno, esté en condiciones de refugiarse en seguida en el otro. Yo conduzco la espada; Cordelli empujaba a su hombre por detrás; a pesar de lo seco y peludo que era ese nalguero, el disoluto lo lamía con placer y parecía dispuesto a joderlo en cuanto el enorme instrumento del agente estuviese enterrado donde él quería. Lo logramos a fuerza de habilidad: el pito penetra en el coño de la joven y los lívidos tintes de la muerte extendidos por su frente anuncian su terrible estado físico. Sin embargo, Cordelli, con el ojo puesto en ese singular mecanismo, ordena a su hombre que cambie: yo ayudo en la operación; la naturaleza comprimida, prensada vivamente por todos lados, parece prestarse más o menos indiferentemente a todo; no obstante, el ano se desgarró, la sangre corre y el italiano, en las nubes, pegándose al culo del fornicador, le devuelve al momento todo lo que él ha dado

¡Oh, justo cielo!, ¡qué contraste! No es posible imaginarse ese bonito, interesante y dulce rostro, besado suciamente por el rostro del hombre más repelente y más terrible que sin duda haya en el mundo, mancillando con sus rudos bigotes los lirios y las rosas de la tez más hermosa y mezclando execrables blasfemias a las plegarias dulces y llenas de unción del alma más inocente. Por otra parte, que vuestra imaginación se represente al infame Cordelli prefiriendo el desagradable culo de ese verdugo a las bellezas que lo rodeaban; acariciando ese culo con el mismo ardor que pondría un ser razonable en una joven y bonita novicia; introduciendo su pito en él y ordenando en fin a la Durand que estrangulase a la víctima mientras su hombre descargaba.

Todo se realiza: la desgraciada expira. Y el italiano, desenculando a su hombre, nos ofrece un pito seco y vivaz, en condiciones ahora para todo tipo de ataques.

–¡Ah!, ya estoy repuesto –nos dice–... ¡Ya hay una muerta! Convendréis, amigos míos, en que soy muy bueno: creo que no podría ordenarse un suplicio menos fuerte.

Una de las viejas quiso llevarse el cadáver...

–¡Deja –exclamó–, deja eso, bribona! ¿No sabes que esas perspectivas me excitan?

Y el villano, pegando su rostro al de la desgraciada, se atreve a recoger terribles besos de los rasgos deformados por la agonía y que sólo ofrecen ya las convulsiones de la muerte... las contorsiones de la desesperación en lugar de las gracias anteriores.

–Durand –dice el negociante–, pónsela tiesa de nuevo a ese hombre; quiero que me joda mientras mi pito hurga en los dos orificios de la pequeña que me queda.

Todo se dispone. Cordelli encula; siempre antepone esto. Su hombre le jode sin necesidad de preparación; ¿acaso la necesitaba un culo tan ancho? Elise y Raimonde le

ofrecen sus nalgas para que las bese, manosea a derecha e izquierda las de los dos muchachitos, cuyos pitos chupamos la Durand y yo. Del culo, Cordelli pasa al coño y los objetos varían bajo sus manos. Su hombre descarga: llama al otro. Este, por lo menos tan proporcionado como su compañero pero más terrible todavía, si es que eso era posible, sodomiza enérgicamente a su amo y le descarga dos veces en el culo, y las orgías empiezan a tomar un cariz más serio.

–Vamos, ¡por el estúpido Dios! –dice nuestro hombre encolerizado–, necesito crímenes, horrores, y sólo a este precio obtendré nuevas eyaculaciones; y en esto es tal mi egoísmo que aunque os costase la vida a todos los que estáis aquí, os inmolaría para obtener una buena descarga.

–¿Por quién vas a empezar, malvado? –le digo entonces.

–Por ti... por cualquier otro... por no sé quién: ¡qué me importa con tal de que se me empine! ¿Creéis que aprecio más la vida de uno que de otro? ¡Así que veamos a esta zorra! –dice el granuja agarrando a la temblorosa Elise por el seno y arrastrándola así hasta sus pies.

Entonces hizo que le trajesen tenazas y, mientras yo se la meneaba, uno de los verdugos le sujetaba a la víctima y otros le rodeaban de culos, el bárbaro tuvo la paciencia de arrancar brizna a brizna toda la carne de las tetas de esta joven y de aplanar tan bien su pecho que pronto no quedó ni la menor huella de las dos bolas de nieve que lo embellecían unas horas antes.

Hecha esta primera operación, le presentan a la víctima bajo otro aspecto; está sujeta por cuatro personas, los muslos lo más separados posible y el coño bien enfrente de él...

–Vamos –dice el antropófago–, voy a trabajar en el taller del género humano...

Esta vez lo chupaba; sus tenazas hurgan durante un cuarto de hora, las mete hasta la matriz.

–¡Dadle la vuelta! –exclama furioso.

Le presentan las nalgas más hermosas del mundo, su hierro cruel se introduce en el ano y esta delicada parte es tratada con el mismo frenesí que la anterior. ¡Y soy yo, yo, en otro tiempo loca por esta hermosa criatura, soy yo la que ahora excita a su asesino a tratarla con tanta rabia como furia! ¡Funesta consecuencia de las pasiones, he ahí dónde nos lleváis! Si hubiese sido una desconocida para mí, quizás hubiese experimentado por esta criatura algún sentimiento de indulgencia; pero es inaudito lo que se inventa, lo que se dice, lo que se hace, cuando es la repugnancia la que mancha las tiernas rosas del amor.

Elise, ahogada en su sangre, respiraba todavía; Cordelli la observa con placer en esa voluptuosa angustia: al crimen le gusta siempre gozar de su obra; todo aquello que lo asegura, todo aquello que lo contenta, se convierte en un goce para él. Me obliga a masturbarme encima de ella; con voluptuosidad empapa su pito en la sangre que su mano hace correr y después la remata a puñaladas.

Uno de los muchachos sustituye a mi lesbiana. Cordelli hace abrir las ventanas que dan al mar. Se ata al niño a una cuerda, sujeta a una viga, por medio de la cual se le deja caer bruscamente a cincuenta pies de altura. Allí, Cordelli le grita que se prepare, haciéndole ver que, armado con un cuchillo, puede sumergirlo para siempre según su voluntad en las olas. El niño grita; yo masturbo a Cordelli; él besa la boca de Raimonde, menea el pito de uno de sus verdugos, mientras que el otro lo jode a él pellizcándole las nalgas. Suben la cuerda: el niño vuelve, pero sigue atado.

–¡Y bien! –le dice el negociante– ¿Has tenido miedo?

–¡Ah!, no puedo más, padre mío, ¡piedad, piedad!, ¡os lo ruego!

–¡Cobardica! –dice Cordelli furioso– Debes saber que esa palabra de padre no tiene ningún sentido para mis oídos; no la entiendo ya: muéstrame tus nalgas, tengo que joderte antes de enviarte a los peces... Sí, mi querido hijo, a los peces... ese es tu destino: ¡ya ves la fuerza que tiene la sangre dentro de mi corazón!

El granuja encula: mientras él fornicaba se alargaba la cuerda, la caída será de doscientos pies esta vez. En cuanto dos o tres idas y venidas parecen haberlo satisfecho, los verdugos agarran al niño y lo lanzan violentamente por la ventana, es decir, a doscientos pies de altura, distancia que en cuanto ha sido recorrida por la cuerda, impidiéndole ir más abajo, disloca por completo los miembros a los que está atada. Se le vuelve a subir. El desgraciado, completamente roto, echaba sangre por todas partes.

–Un enculamiento más –dice el italiano...

–Y después una cabriola –dice Durand.

–Por supuesto: pero la cuerda que hago alargar, lo dejaré esta vez a sólo veinticinco pies de la superficie del agua.

Una vez jodido, el niño es tirado de nuevo, lo suben casi muerto. Su padre lo jode por última vez; y cuando está a diez pies de la superficie:

–Vamos –le grita el feroz italiano– prepárate, vas a morir.

Por fin la cuerda se corta, y el desgraciado se sumerge al fin en el mar.

–Esa pasión es una de las más bonitas que conozco –le digo a Cordelli.

–¿Te excita, Juliette?

–¡Sí, palabra!

–¡Pues bien!, dame tu culo, voy a joderte; eso te calmará.

Cordelli me lima durante un cuarto de hora maquinando nuevos extravíos, y le toca el turno a Raimonde. Su suerte está escrita en los ojos del italiano; puede verla fácilmente en ellos.

–¡Oh!, ¡mi querida ama! –me dice abrazándome–, ¿así que está decidido que vais a entregarme a ese monstruo? ¡Yo que tanto os amaba! ...

Reírme fue mi única respuesta. Y como los verdugos le presentaban ya a la víctima, el traidor la acaricia previamente; palpa y besa todas las partes carnosas; lame, menea el clítoris, encula, se queda diez minutos en el trasero, y Raimonde es echada a una jaula de hierro llena de sapos, serpientes, culebras, víboras, perros rabiosos y gatos que ayunaban desde hacía cuatro días. No es posible figurarse ni los gritos, ni las contorsiones, ni los brincos de esta desgraciada en cuanto la dieron alcance los animales; era imposible ver unas impresiones de dolor más patéticas. No me afectó; Durand me masturbaba bien enfrente de la jaula, cerca de la cual jodía Cordelli chupado por una vieja. En un momento, todas las bestias cubrieron a Raimonde, hasta el punto de que ya no se la veía. Como se dirigieron a las partes carnosas, las nalgas y las tetas fueron devoradas en pocos minutos. Al abrir la boca para gritar, una víbora se deslizó por su garganta y la estranguló, desgraciadamente demasiado pronto para nuestros placeres. En ese último momento, el otro verdugo jodía a Cordelli, el pícaro sodomizaba a una vieja, acariciando el culo de la segunda y manoseando mis nalgas con una mano y las de la muchacha que quedaba con otra; y Durand seguía masturbándose.

–¡Oh!, ¡rejodido Dios, que expulso! –exclamó retirándose rápidamente del culo de la vieja–, había creído protegerme de la descarga sodomizando a esta bribona y heme aquí casi a punto:

–No, no, no partirá, querido –le digo, doblando la cabeza de su pito hacia el suelo–;

tendrás tiempo de acabar: pensemos en otra cosa un momento.

–¡Y bien! –dice el negociante–, ¿cómo encuentras ese suplicio, Juliette? Se me ocurrió para esa zorra en cuanto vi su trasero: me basta examinar esa parte en una mujer para al momento dictar su sentencia de muerte. Si quieres, Juliette, escribo la tuya en tus propias nalgas...

Y como las pellizcaba con fuerza mientras decía eso, me separé prestamente presentándole las del muchachito que quedaba. Lo mira con ojos terribles: es aquel cuya madre masacró el criminal, cuyo cadáver embalsamado todavía está ante su vista.

–Me parece que he pedido –dice este temible libertino– que le hagan sufrir a este bribón el mismo suplicio por el que pereció su señora madre hace tres días. ¿Qué dices, tú, Juliette? El suplicio era el siguiente: primero hay que hundirle los ojos a la víctima; después cortarle todas las extremidades; a continuación romperle los cuatro miembros y por último, encularlo mientras se le remata a puñaladas.

–¿Y eso es lo que le hicisteis sufrir a la madre? –le digo.

–Sí.

–Me parece muy bien; sólo es cuestión de ponerse ya; pero espero que no olvidaréis arrancarle los dientes y cortarle la lengua.

–¡Ah!, ¡me cago en Dios!, tienes razón, Juliette –respondió Cordelli–, lo había olvidado con la que le dio la vida; pero juro que lo recordaré con su hijo. Vamos, trabajad –le dice a sus verdugos.

Y entretanto perfora mi culo, teniendo como perspectiva el de la joven cuyos tormentos debían seguir a estos. La Durand le muestra el suyo a la derecha y observa el espectáculo a la izquierda; las viejas lo azotan.

No es posible describiros la velocidad con que trabajan los verdugos, y todavía es más difícil hacerse idea de los terribles dolores y de la violencia de los gritos de la víctima. Cuando Cordelli se da cuenta de que basta un solo agente para el suplicio, le ordena al otro, teñido todavía de sangre, que me encoñe para así poder gozar mejor de mi trasero. Por muy acostumbrada que yo estuviese a los instrumentos monstruosos, éste, lo confieso, no se introdujo en mí más que tras terribles dolores: yo estaba delirante, ¡Dios lo sabe! Aunque este hombre fuese terrible, los horrores que acababa de cometer, la manera enérgica con que me trataba, las blasfemias que salían de su boca, el episodio sodomita con que su amo me regalaba, todo me arrastró pronto e inundé de semen el pito de mi fornicador. Cordelli, extasiado al oír cómo los gritos de mi descarga se mezclaban con los de su hijo, no aguantó más: su esperma corre a pesar de él, y soy mojada por los dos sitios a la vez. Sin embargo, el suplicio no había acabado todavía; el ejecutador pregunta si hay que suspenderlo.

–¡Por supuesto que no! –responde el italiano–. Esta gente es muy singular, siempre se imaginan que es preciso tenerla tiesa para atormentar a una criatura; pero yo actúo tanto a sangre fría como en el seno de la pasión: la naturaleza puso en mí ser el gusto por la sangre y no necesito excitarme para derramarla.

Continuamos. No obstante, para que la escena no languideciese, calenté de nuevo el pito con mi boca y la Durand lo excitaba con estas palabras.

–Cordelli –le dice– la prueba de que no eres lo suficientemente feroz está en que después de ti todavía nos quedan horrores por inventar.

–Probadme eso.

–Fácilmente. Si quieres, yo misma ordenaré el suplicio de la muchacha que te queda; y verás, me apuesto lo que quieras, cosas mucho más fuertes que las que creó hasta ahora tu bonachona imaginación.

–Veamos –dice el negociante.

–Es preciso –dice mi compañera– que con los instrumentos que ves allí hagas levantar delicadamente la piel de esta joven. Una vez despellejada viva, la azotaréis con espinas, a continuación la frotaréis con vinagre y repetiréis siete veces esta operación. Cuando se llegue a los nervios, le pincharéis con agujas de acero al rojo vivo, después la sumergiréis en un brasero ardiendo.

–¡Oh!, joder –dice Cordelli–, ¡qué suplicio! Escucha, Durand, acepto; pero te advierto que te lo hago sufrir a ti misma si no descargo...

–Estoy de acuerdo.

–Manos a la obra.

Avanza la doncella. Era la más bonita de las dos; esta desgraciada tenía el talle más hermoso posible, unos soberbios cabellos rubios, un aire virginal y unos ojos que habrían puesto celosa a la misma Venus. El cruel italiano quiere besar una vez más ese culito encantador.

–Tengo que rendirle un último homenaje –dice– antes de que mi barbarie mancille sus rosas... ¡Qué hermoso es este culo, amigas mías!

Y Cordelli, vivamente emocionado por los horrores propuestos, pasa pronto de los elogios a la acción. La joven es enculada y tras dos o tres incursiones el villano quiere gozar del cruel placer de ver el más gordo de los pitos de sus verdugos perforando ese bonito culillo. Se hace la prueba, pero, como os podéis imaginar, sólo tiene éxito a costa del desgarramiento total del ano. Cordelli entretanto sodomizaba al ejecutor; el otro se apodera del coño de la joven que, tratada de esta cruel manera, era la imagen viva de una oveja entre dos leones. El disoluto no puede estarse quieto y pasa del culo de uno de los verdugos al del otro y encontrándose por fin suficientemente excitado, ordena que comience el suplicio encargando a la Durand de su dirección.

Es imposible hacerse idea de los dolores que experimentó esta desgraciada cuando el italiano la azotó con espinas, en la nueva piel que quedó tras desollar la otra. Pero fue mucho peor cuando desapareció esta segunda y hubo que azotar la tercera; los rechinamientos de dientes de esta desgraciada, sus brincos, daba placer verlos. Cordelli, viendo que yo me masturbaba con el espectáculo, vino a hacérmelo él mismo; pero, ocupado con el suplicio de su víctima, le encargó a la Durand este cuidado y mi amiga, tan emocionada como yo, se hizo devolver lo que me daba. La operación fue larga, descargamos tres o cuatro veces; todas las pieles de la criatura fueron levantadas sin que fuesen dañados los órganos de la vida. Ni siquiera lo fueron cuando le atacaron los nervios con puntas de acero al rojo vivo; se redobló la fuerza de sus gritos; era muy lúbrico verlo. Cordelli quiere encularla en este terrible estado; lo logra y continúa pellizcándola con sus hierros mientras la sodomiza. El exceso de dolor absorbe por fin en ella todo lo que la mantenía viva y la desgraciada expira recibiendo en el culo el semen de su verdugo.

Una seriedad glacial se impone entonces en todos los rasgos de su rostro. Se viste, ordena lo mismo a sus verdugos y pasa con ellos y con las viejas a una habitación vecina.

–¿Dónde va? –le digo a la Durand, al quedarme sola con ella.

–Lo ignoro...

–¿Y si ahora fuese a conspirar contra nosotras?

–Nos lo mereceríamos.

–¿Por, qué diablos vienes a casa de gente que no conoces bien?

–Me sedujo la esperanza del oro, todavía me seduce.

–Estoy convencida de que aquí es donde el granuja esconde sus riquezas. ¿Y si pudiésemos deshacernos de él y robarlo? Tengo conmigo el polvo rápido, sería cuestión de un momento.

–Ese comportamiento, querida, chocaría con nuestros principios: respetemos eternamente el vicio y no golpeemos más que a la virtud. Al detener la fuente de los crímenes de este hombre, salvaríamos la vida a millones de criaturas: ¿debemos hacer esto?

–Tienes razón.

Cordelli reapareció seguido de su escolta.

–¿De dónde vienes? –le dice la Durand–... ¿De entregarte, apuesto lo que sea, a alguna infamia secreta que nos ocultas?

–Os equivocáis –respondió el italiano abriendo una puerta que comunicaba la pieza en que estábamos con aquella en la que había entrado por el exterior–; mirad –continuó mostrándonos un oratorio adornado con todos los atributos de la religión–, de ahí vengo. Cuando, como yo, se tiene la desgracia de entregarse a pasiones tan terribles como las que me arrastran, es preciso al menos apaciguar mediante algunas buenas obras la cólera que deben inspirarle a Dios.

–Tienes razón –le digo–, déjanos seguir tu ejemplo. Durand, ven conmigo, vamos a pedir perdón a Dios por los crímenes que este hombre nos ha hecho cometer.

Y tirando de la puerta nos encerramos en el oratorio.

–¡Oh!, por una vez –le digo rápidamente a mi amiga, a la que había llevado allí sólo para hablarle con tranquilidad–, por una vez cambian mis ideas; ese imbécil fanático no merece más que la muerte: no lamentemos el hilo criminal que cortamos al arrancarle la vida. Con un alma timorata como la de ese imbécil, no se recorre durante mucho tiempo la carrera del vicio; quizás sean estas sus últimas expediciones: actuemos sin escrúpulos.

–Nada más fácil –me dice Durand– que deshacernos de toda esa gente, excepto de una de las viejas, que tenemos que conservar para que nos enseñe el lugar. Vamos, puedes estar segura de que aquí es donde ese negociante oculta sus tesoros y de que nuestra cosecha será buena.

–¿Pero y la gente que viene a recogerlo esta noche?

–Los haremos beber y nos desharemos también de ellos.

Volvimos.

–Aquí estarnos tan santas como tú –dijimos– pero, por favor, refrescadnos, nos morimos de sed.

En seguida, a una orden dada por Cordelli, las dos viejas sirven una comida bastante buena que comparten el amo y sus acólitos, En el tercer vaso de vino, Durand desliza hábilmente el veneno, primero a Cordelli y después, sucesivamente, a los otros; no hubo forma de dárselo a las viejas: no tocaron nada. En un instante el polvo produjo todo el efecto que esperábamos de él y nuestros tres criminales caen al suelo como sacos. Entonces Durand saltó sobre la más ágil de las viejas:

–Ve –le dice metiéndole un cuchillo en el corazón–, ve a juntarte con tus indignos cómplices; si tu dueño hubiese sido un libertino como nosotras, hubiese sido perdonado, pero desde el momento en que cree en Dios, quiero que se vaya al diablo. En cuanto a ti –dice la Durand a la otra–, si te dejamos con vida es con la condición expresa de que primero nos ayudes a tirar estos cadáveres al mar y que después nos enseñes todos los rodeos, todos los escondites y todas las habitaciones del castillo. Debe haber tesoros aquí, los necesitamos. Empieza diciéndonos si hay alguien más

aparte de nosotras.

–¿Ahora? No, señoras –nos respondió la vieja temblando– no hay más criada que yo en la casa.

–¿Qué quieres decir con eso: hay entonces otros amos?

–Creo –nos dice la vieja– que todavía hay algunas víctimas; por lo demás, prometedme que conservaréis mi vida y os conduciré a todas partes.

Nos desembarzamos primero de los cadáveres. Y mientras actuábamos:

–¿Venía tu amo con frecuencia a esta casa? –dijimos.

–Tres veces por semana.

–¿Y terribles matanzas en cada visita?

–Ya lo habéis visto. Venid –prosiguió esta mujer en cuanto acabamos esta primera operación–, os llevaré a los calabozos, todavía encontraréis caza allí.

Allí era, a más de cien pies bajo tierra, donde el criminal encerraba y ocultaba a sus víctimas. Todas estaban en prisiones separadas y de doce habitaciones encontramos nueve llenas; cinco tenían tres bonitas muchachas de alrededor de quince a dieciocho años; cuatro muchachos de trece a dieciséis ocupaban el resto; todas estas víctimas habían sido corrompidas y secuestradas en diferentes ciudades de Italia; dos de ellas, una de dieciséis años y otra de dieciocho, eran de Ragusa, en Albania: era difícil ver criaturas más hermosas.

Mientras las examinábamos, creímos oír ruidos al principio de la escalera del castillo; volamos a aclarar la causa de este acontecimiento: era que regresaba nuestra gente y la del italiano. Empezamos haciendo entrar a estos últimos de tres en tres, y tras darles de beber en la sala donde todavía quedaban los restos de nuestra comida, por medio de nuestro rápido veneno, pronto los pusimos en el mismo lugar de su amo. Volviendo a bajar entonces para hablar con los nuestros, les dijimos:

–Volved a la ciudad, queremos pasar aquí todavía veinticuatro horas; Cordelli se queda con su gente, es todo lo que nos hace falta.

Y el coche se marchó. Volvimos a examinar a las víctimas.

–Durand –le digo–, cojo esas dos albanesas para mí, me resarcirán de Elise y Raimonde; y a los signos de descontento que veo en tu rostro –le digo– respondo que las sacrificaré en cuanto lo desees con la misma facilidad que a las otras.

–¿Así que siempre te hacen falta mujeres?

–Me es imposible pasarme sin ellas, pero no preciso más que un corazón y es el tuyo del que quiero hacer para siempre mi único tesoro.

–¡Zalamera, hay que ceder siempre a todo lo que tú quieras!

Lila (era la de dieciséis años) y Rosalba fueron liberadas en seguida, pero no obstante puestas bajo llave en una de las mejores habitaciones del castillo. Hacía ya ocho días que esas pobres muchachas estaban relegadas a esos calabozos malsanos, mal alimentadas, tumbadas sobre pajas y se veía que estaban indispuestas por su detención. Las dos se asustaban aún, pero después que las hube besado, acariciado, corrieron sus lágrimas y me colmaron de favores. Eran hermanas e hijas de un rico negociante de Ragusa, con el que Cordelli mantenía correspondencia; había convencido a su padre para que las hiciese educar en Venecia y el malvado hacía correr el rumor de su muerte para apoderarse de ellas.

–Voy a seguir tu ejemplo –dice la Durand-- y coger también a una de estas jóvenes.

–¡Oh!, de acuerdo, querida amiga, ve, puedes estar segura de que jamás estaré celosa por esas cosas.

–¡Monstruo! –dice Durand–, más delicada que tú, no deseo nada que pueda

distraerme de tu querida presencia.

–Deja, amor mío –respondí–, deja de tomar placeres carnales por distracciones morales. Ya te he dicho que mis sistemas, diferentes de los tuyos, eran inquebrantables: que yo podría joder y masturbarme con todo el mundo sin olvidarme por eso del tierno sentimiento que te he jurado para toda la vida.

Pusimos a las otras tres muchachas y a los cuatro muchachos en la sala de los suplicios y tras habernos divertido con ellos la mitad del día, refinamos los horrores cometidos por Cordelli e hicimos perecer a estas siete criaturas en tormentos mil veces más crueles. Hecho esto, dormimos dos horas y proseguimos nuestra búsqueda.

–No sé el lugar donde guarda su dinero –nos dice la vieja–, incluso ignoro si lo tiene aquí; pero si existe, debe estar en una bodega cercana a otra donde se guarda el vino.

Descendimos. Dos enormes puertas de bronce cerraban estas bodegas y no teníamos ningún utensilio para derribarlas. Cuantas más dificultades encontrábamos, más aumentaba, según es la costumbre, el deseo de vencerlas. A fuerza de dar vueltas, descubrimos una ventanita que daba a esta cueva, guardada sólo por dos barrotes. Nuestro primer impulso fue lanzarnos a mirar a través de ella. Seis grandes cofres se ofrecieron a nuestra vista: os podéis imaginar cómo redobló nuestro celo esa visión.

Por fin, tras infinitos trabajos, logramos arrancar los barrotes. Soy la primera en lanzarme; abro uno de los cofres con una agitación increíble. Pero ¡ay!, ¡cuán corta es nuestra alegría al ver que estos inmensos baúles sólo contienen instrumentos de suplicio o trapos de mujeres! Iba a abandonar la operación llena de rabia, cuando Durand me dice:

–Busquemos bien, no puedo quitarme de la cabeza que hay algo aquí dentro.

Hurgo; mis manos tocan un manojo de llaves, una de las cuales tiene como etiqueta: *Llave del tesoro.*

–¡Oh!, ¡mi querida Durand! –exclamé–, no busquemos más aquí; esta es la prueba de que el objeto de nuestros deseos no está en esta bodega. ¡Ay!, primero habíamos encontrado puertas sin llaves, he aquí ahora llaves sin puertas. Donna Maria, ¿sabes algo? Dínoslo, ¡tú fortuna está hecha!

–Aunque me pusieseis entre la muerte y millones no podría deciros más. Busquemos, quizás lo encontremos.

–Id a buscarme –dice la Durand– una varita de avellano que he visto en el patio.

En cuanto mi amiga la tiene en sus manos, se entrega a la observación de esta vara, primero inmóvil en sus manos. Sube. Un impulso secreto le advirtió que girase a la izquierda; sigue una larga galería, al cabo de la cual se nos presenta una nueva puerta de hierro. Pruebo las llaves al instante; abren; entonces la vara gira en las manos de Durand con increíble rapidez. Había diez enormes cajas en esta habitación y, por cierto, no se trataba ni de vestidos de mujeres ni de instrumentos de suplicio, sino de hermosas y buenas monedas de oro, que había a millones.

–Vamos –digo, llena de valor y de alegría–, sólo se trata ahora de llevárselo.

¿Pero cómo hacer para conseguirlo? Confiarse a los criados era peligroso: no podían bajarse las cajas, había que vaciarlas. En esta fatal alternativa, preferimos llevarnos menos, pero con seguridad. La vieja, las dos jóvenes, la Durand y yo, nos cargamos al máximo, y durante ocho días seguidos no dejamos de hacer viajes. Entretanto corrimos la voz de que Cordelli pasaría el mes en el campo; que nos había encargado ira hacerle compañía diariamente; y, bajo mano, fletábamos una falúa para Venecia. Al noveno día por la mañana la utilizamos, tras haber tirado a la vieja a uno

de los pozos del castillo, la última vez que estuvimos allí, para enterrar nuestro secreto con ella.

El tiempo de nuestra travesía fue soberbio, las atenciones de nuestras mujeres excesivas, la comida excelente: llegamos a Venecia, no demasiado cansadas gracias al mar calmo y tranquilo que habíamos ido costeadando.

Indiscutiblemente es un espectáculo tan magnífico como imponente el ver una ciudad inmensa flotando sobre las aguas; como Grécourt dice en alguna parte, parece que la sodomía haya elegido ahí su santo asilo, para en seguida apagar en el mar los fuegos que podría castigar el fanatismo: es cierto que mora allí como en su templo y que hay pocas ciudades en Italia donde reine con tanta fuerza.

El aire que se respira en Venecia es bochornoso, afeminado, invita al placer, aunque a menudo es poco sano, sobre todo cuando la marea está baja. Entonces la gente rica se va con la mayor frecuencia posible a las alegres casas de campo que tienen en tierra firme o en las islas cercanas a la ciudad. A pesar de esta mala calidad del aire, se ven muchos viejos y las mujeres se marchitan más despacio que en otras partes.

Los venecianos son en general altos y bien contruidos, su rostro es alegre, espiritual, y esta nación merece ser amada cuando se la conoce bien.

Los primeros días de nuestra llegada a Venecia me ocupé de colocar las sumas que acababa de procurarme: y a pesar de que la Durand insistió para que me lo quedase todo, quise compartirlo. Nuestro lote ascendía más o menos a un millón quinientas mil libras de renta para cada una, lo que unido a lo que ya tenía, me hacía una renta de seis millones seiscientas mil libras para comer por año. Pero temiendo parecer sospechosa en Venecia con una fortuna tan considerable, tomamos las precauciones necesarias para convencer a todo el mundo de que el lujo que afectábamos no era más que el resultado del producto de nuestros encantos y de nuestros conocimientos en el arte de la magia y en los efectos de las plantas. En consecuencia recibíamos en nuestra casa a todas las personas de uno y otro sexo que deseaban voluptuosidades o instrucciones. La Durand había hecho construir, de acuerdo con esto, un laboratorio y un cuarto de máquinas, más o menos del mismo estilo que el que tenía en París. Allí se veían ardidés, cojines, cuartos, calabozos y todo lo que puede impresionar la vista y la imaginación. Tomamos viejas sirvientas, prontamente adiestradas en todas estas maniobras; y nuestras dos jóvenes recibieron orden de prestarse con tanta complacencia como sumisión a todo lo que debía servir a uno y otro de nuestros proyectos. Recordaréis que eran vírgenes; esta razón, unida a todo lo que podíamos esperar de su encantador rostro y su juventud, debía hacernos confiar, con todo derecho, en que estas dos tierras vírgenes nos serían de gran ayuda una vez que estuviesen aradas. Además, yo debía unirme a ellas para volver a los primeros ejercicios de burdel que me habéis visto practicando en París cuando me lancé a la carrera, lo que evidentemente hacía aquí solo por libertinaje, puesto que veis la fortuna inmensa de que gozaba.

El primer individuo que se presentó en nuestra casa fue un viejo procurador de San Marcos que, tras habernos examinado a las tres, me hizo el honor de darme el pañuelo.

–Quizás –me dice delicadamente– mi gusto me llevaría a elegir a una de vuestras doncellas, pero mi pronunciada impotencia no me permitiría gozar de las voluptuosidades que me ofrecería. Sin duda estaré más cómodo contigo, y voy a explicarte de qué se trata. Tendrás la bondad –me dice el villano– de avisarme el día en que tu regla sea más copiosa. Tumbada sobre una cama, los muslos muy separados, me arrodillaré delante de ti y te acariciaré el coño, me embriagaré con esas menstruaciones que

adoro: y una vez que me haya excitado devorándolas, terminaré el sacrificio en el mismo templo que acabo de incensar, mientras que una de tus criadas (es absolutamente necesario que el individuo que te pido sea de esta condición), mientras que, digo, una de tus sirvientas hará el favor de zurrarme con toda su fuerza.

–Señor veneciano –respondí– ¿vuestra serenidad desea repetir con frecuencia esta libidinosa escena o es sólo por una vez?

–Es sólo por una vez –me respondió el procurador–: por muy bella que seáis, ángel mío, me es imposible volver a una mujer cuando ha satisfecho conmigo esta pasión.

–Y bien, Excelencia –le digo–, con la comida (porque en esta casa es una regla el que un caballero como vos jamás se divierta sin antes hacernos el honor de comer), con la comida, digo, y la anotadora os costará quinientos cequíes.

–Sois cara, señorita –me dice el procurador levantándose–; pero sois bonita y mientras que sois joven hacéis bien en haceros valer... ¿Qué día tengo que venir?

–Mañana: lo que os gusta empieza hoy, y mañana la tormenta.

–Seré puntual –me respondió el procurador...

Y al día siguiente, tras haber satisfecho su repugnante pasión, tras haberlo hecho zurrar enérgicamente con un vergajo, recibí su repugnante homenaje, respecto al que fui lo suficientemente falsa como para hacerle creer que hacía gran caso. Además de los quinientos cequíes, me embolsé un diamante que valía por lo menos el doble, ofrecido como presente por el viejo zorro para demostrarme hasta qué punto estaba satisfecho con mis buenas maneras.

A continuación apareció un negociante muy rico llamado Raimondi.

–Corazón mío –me dice, examinando mis nalgas–, ¿vuestro culo está intacto?

–Por supuesto, señor.

–Hija mía –continuó, abriéndolo– me engaños: y eso no es posible con un hombre que está tan habituado como yo a los culos.

–¡Y bien!, señor, no os lo ocultaré: una o dos veces, palabra de honor, y no más...

Y Raimondi, sin responder, metió su lengua en el agujero de mi culo. Hizo que me levantase; estaba encendido.

–Escuchadme –me dice–, os explicaré mi pasión: no pasa nada si no os conviene. Todo mi placer consiste en ver joder, eso es lo único que me excita; sería absolutamente nulo si no me inflamase con el espectáculo de los goces del prójimo. Me conseguiréis seis hermosos hombres que os encoñarán sucesivamente ante mis ojos: yo me divierto con ellos mientras os joden, y tan pronto como hayan descargado en el coño, trago con su sumo cuidado el semen que os han lanzado en la vagina; vuestra habilidad residirá en hacer lo imposible para devolvérmelo en la boca. Hecha esta operación, me ofrecéis el trasero: os sodomizo mientras que vuestros seis hombres me enculan uno tras otro. En cuanto ha descargado el sexto, salgo de vuestro culo, me tumbo en una cama; vos os ponéis a horcajadas sobre mí, y me cagáis en la boca mientras que uno de vuestros hombres os acaricia el coño, un segundo os mete la lengua en la boca, el tercero se la menea delante de mí, el cuarto me chupa el pito y yo masturbo a uno con cada mano. En cuanto sale vuestro mojón, me lo como; hecho esto, me levanto; cogéis mi pito en vuestra boca, me lo chupáis con cuidado; entonces todos los hombres vienen, uno tras otro, a cagar en la mía; trago su mierda, vos tragáis mi semen y este es el desenlace de la escena. Pero, corazón mío, tened cuidado –prosiguió el veneciano–. Hay tres terribles escollos en esta disposición: el que, por muchos esfuerzos que hagáis, os sea imposible lanzarme en la boca el esperma que hayáis recibido en el coño; el que no traguéis el mío y el que no podáis cagar. Ahora bien, es

bueno que sepáis que cada uno de estos crímenes está castigado con cien latigazos, que os haré aplicar delante de mí por uno de los seis hombres: de forma que si dejáis de devolverme las seis inundaciones, y os negáis a tragar mi semen y no cagáis, habréis merecido ochocientos latigazos; cien si no habéis cometido más que una de estas faltas: igual para lo demás.

–Señor –le digo a Raimondi–, vuestra pasión no tiene una fácil ejecución, se corren grandes peligros. Por lo tanto imagino que, con todos los accesorios, no es demasiado dos mil cequíes.

–Tu belleza me decide y estoy de acuerdo con todo –dice el negociante.

Pusimos una fecha y dos días después lo satisfice.

Algún tiempo después me llamó la Durand para un noble cuya manía no era de ninguna manera tan peligrosa. Mi amiga lo masturbaba, él entretanto lamía los agujeros de mi nariz, el contorno y el interior de mis orejas, mi boca, mis ojos, mis clítoris, el interior del coño, el agujero del culo, el espacio entre los dedos de los pies y las axilas. Al cabo de una hora de esta ceremonia, acaba por hacerse chupar el pito y descargarme en la boca. La Durand me había prevenido ocho días antes para que no me lavase ninguna de estas partes, ya que la crisis de ese libertino debía decidirse mejor o peor según el grado de suciedad en que las encontrase.

Se avisaban unos a otros y no nos faltaban parroquianos. Vino uno que traía con él a dos negras. Era preciso que, desnuda entre esas dos mujeres, hiciese el favor de dejarme masturbar por ellas: el contraste del blanco con el negro empezaba a excitarle en seguida. En cuanto lo estuvo, se puso a azotar a las negras hasta hacerlas sangrar mientras yo lo chupaba; después me zurró a mí. Desgarrado por las negras que lo sacudían con látigos de puntas de hierro y con vergajos, acabó enculándome mientras una de sus mujeres negras lo sodomizaba a su vez con un consolador y él maltrataba el culo a la otra. Le robé un diamante soberbio, mientras le chupaba el pito, y todavía exigí mil cequíes por una partida tan extraordinaria.

Apareció otro mucho más singular. Había que atarlo desnudo a una escalera doble; dos de nuestras sirvientas lo zurraban con todas sus fuerzas; la Durand lo chupaba. Encaramada en lo alto de la escalera, yo le cagaba en la nariz. Cuando la tuvo empinada, le hicimos ponerse de rodillas, lo procesamos, lo interrogamos, lo condenamos a ser quebrado. Allí estaban todos los instrumentos; pero la barra era de cartón. Durand lo ató a la cruz; yo golpeé; descargó bajo los golpes, nos dió quinientos cequíes y huyó, completamente avergonzado por habernos confiado una fantasía tan extravagante.

Por fin aparecieron en escena nuestras doncellas. Vendimos dieciocho veces la virginidad del coño de Rosalba, treinta veces la de su culo; veintidós veces la del coño de Lila, treinta y seis la otra. Y tras haber sacado más de seiscientos mil francos de estas cuádruples primicias, las entregamos al brazo secular.

El embajador de Francia me escribió un día que me presentase en su casa con una de las muchachas más bonitas que pudiese encontrar. Le llevé una niña de dieciséis años, más bella que el amor, y que me había costado demasiado cara por haber sido secuestrada del seno de su familia a la que no volvería a ver nunca más. Monseñor nos hizo desvestirnos a las dos en un cuartito situado en la parte más alta de la casa; una especie de agujero profundo, y que se hubiese tomado por un pozo, se hallaba en medio de la pieza. El embajador nos dobla a las dos sobre el borde, como para hacernos ver la profundidad, y se divierte observando muestras nalgas bien a su alcance con esta postura.

–Si os precipitase a las dos ahí dentro, ¿qué sucedería?

–Muy poca cosa, caeríamos sobre buenos colchones.

–En los infiernos caeríais, bribonas: lo que veis es la boca de Tártaro...

Y al mismo tiempo, para asustarnos, salen llamas de ese antro oscuro que nos echan hacia atrás.

–¿Así que esa será nuestra tumba?

–Así lo temo, y vuestra sentencia está escrita en vuestros culos...

Nos los besaba, los pellizcaba mientras decía eso; y sobre todo maltrataba el de la joven que le había traído: lo mordía y lo pinchaba con una aguja. No obstante nada ocurría todavía, y aunque yo lo sacudiese con todas mis fuerzas por orden suya, no había la menor señal de erección...

–¡Oh!, joder –dice el libertino empuñando a mi compañera y levantándola del suelo–. ¡Oh!, ¡Santo Dios, qué placer precipitar esta cosa en las llamas!

La ejecución siguió de cerca a la amenaza y en cuanto el pito del disoluto se empina gracias a mis cuidados, con un impulso vigoroso lanza a la joven al agujero...

–¡Menea!... ¡Menea!... ¡Menea ya, jodida zorra! –exclamó al ver salir las llamas que provoca la caída del cuerpo que acaba de lanzar.

Después, armándose con un puñal en el instante en que su descarga está a punto de partir, se precipita él mismo en el agujero para apuñalar a su víctima, cuyos gritos me anuncian su muerte. No lo volví a ver más; una vieja me pagó, me recomendó silencio y jamás hemos oído hablar de ese señor.

Pronto aparecieron las mujeres. Nos asombramos Durand y yo de no haber oído todavía hablar de ninguna cuando signora Zanetti, una de las mujeres más ricas y más libertinas de Venecia, me invitó a visitarla. Esta criatura, de treinta y cinco años, me pareció en cuanto la vi una de esas hermosas romanas cuyos rasgos se han conservado en las esculturas. ¡Qué rostro celestial! Era el de la misma Venus, era su talle, era la suma completa de todas sus gracias.

–Os encontré el otro día en la iglesia de la Salud –me dice esta encantadora mujer–. Sin duda, ibais como yo a descubrir algún objeto de lubricidad; porque os atribuyo demasiada inteligencia para que fuese otra cosa lo que os llevase a semejantes lugares. Aquí es la costumbre: las iglesias nos sirven de burdeles... ¿Sabéis que sois muy bonita, ángel?... ¿Os gustan las mujeres?

–¿Puede no gustar lo que se parece a uno mismo?

–¡Ah!, ¡he ahí la galantería francesa! Diez años que permanecí en París me enseñaron esa jerga. Os ruego que me digáis francamente si os gustan las mujeres y si tendríais placer en masturbaros conmigo...

–¡Ah!, lo juro...

Y para probar mis palabras, me lanzo al cuello de la bella veneciana y le chupo la boca durante un cuarto de hora.

–Eres encantadora, ángel mío –me dice cogiéndome el pecho–, y voy a pasar momentos deliciosos contigo.

Comimos y las voluptuosidades más excitantes coronaron esta libidinosa tarde. Zanetti, la más libertina de las mujeres, poseía mejor que nadie el arte de dar placer; en mi vida había sido masturbada tan bien. Cuando hubimos descargado cinco o seis veces cada una, cuando nos hubimos chupeteado, chupado, jodido con consoladores, en fin, cuando hubimos agotado todos los recursos más refinados del safismo:

–Jodamos ahora –me dice la lesbiana.

Llama.

–¿Tengo hombres ahí? –preguntó a su ayuda de cámara, una joven de dieciocho años hermosa como el día.

–Sí, señora –le respondió ésta–, hay ahí diez que esperan vuestras órdenes; como no creían que la señora los necesitase esta tarde, se iban a retirar desolados, porque están muy excitados.

–¿Es que los has manoseado, tú, bribona? –dice la bella veneciana.

–Sí, señora, he tocado a algunos, pero no los he hecho descargar; señora, puede comprobarlo.

–Vamos, traémelos, zorra, quiero regalar a mi nueva amiga.

En seguida llega Rosetti con los diez jóvenes, que me parecieron de un porte y un rostro encantador. En un abrir y cerrar de ojos la doncella y el ama ponen en condiciones esas armas; y en un momento me veo amenazada por diez pitos, el más delgado de los cuales apenas habrían podido empuñarlo mis manos...

–¡Y bien! –me dice Zanetti, completamente desnuda... desmelenada como una bacante–, es para ti la fiesta: ¿dónde quieres que se pongan estos pitos?

–¡Oh!, joder –exclamé, aturdida ante este espectáculo–, mételos por todas partes... por todas partes.

–No –me dice–, hay que desear el placer: conténtate con metértelos en el coño en esta primera vuelta: eso te excitará, luego desearás lo demás; y déjanos hacer.

Entonces Rosetti se desnuda; las dos mantienen a pulso el estado brillante de nuestros atletas; y mi hermosa amiga me los introduce uno tras otro en el coño. En cuanto están ahí, la zorra se tumba sobre mí a la inversa, me pone su coño en la boca y me chupa el clitoris, mientras la enculan dos jóvenes y la doncella mete el pito de un tercero en el culo del que me fornicaba.

No es posible hacerse una idea de los placeres que gocé en esta primera sesión. Cuando los diez acabaron de pasarme por el cuerpo, presento mis nalgas: me enculan; yo tenía el coño chupado por Zanetti, arrodillada ante una cama y meneando un pito con cada mano. Mi fornicador era sodomizado y yo chupaba el coño de Rosetti, que meneaba dos pitos sobre su monte, de forma que yo pudiese alternativamente chupar su coño o los pitos que ella masturbaba. Cuando todos los instrumentos me hubieron pasado por el culo, no formamos ya más que un solo grupo. Me tumbó boca arriba sobre un hombre que me encula; otro me encoña; con mi mano derecha, facilito la introducción del pito de un hombre en el culo de Zanetti, que, tumbada sobre otro, le hacía otro tanto a Rosetti, igualmente jodida por delante y por detrás. Un hombre enculaba al que me sodomizaba a mí y cada una teníamos uno en la boca.

–Todavía hay sitio para dos –dice Zanetti–; puedes ver que los que sodomizan a mi criada y a mi podrían, sin sobrecargar el cuadro, tener cada uno un pito en el trasero. Por lo tanto se puede hacer un grupo de quince y si esos grupos imitan el nuestro, puedes ver que serán deliciosos.

Pero aniquilada, ebria de voluptuosidad, sólo respondí a culetazos; y apoderándose el delirio de todos nosotros a la vez, fue en medio de un torrente de semen donde apagamos... o más bien adormecimos por un momento nuestra devoradora lubricidad.

Las mismas posturas se ejecutaron sobre Zanetti y al no jugar yo más que un papel secundario tuve entonces el placer de encenderme con las indecibles lubricidades de esta zorra. Ni Safo ni Mesalina tenían nada que hacer allí: ¡era un desvarío... un deshilvanamiento de ideas... una desvergüenza... una serie de blasfemias tan fuertes, suspiros tan ardientes... gritos tan prodigiosos en el momento de la crisis! ¡Oh!, no, lo repito, jamás tuvo Venus una acólita más fiel... jamás un delirio semejante... jamás una

puta más desbordada.

La granuja no para ahí; hubo que beber tras haber jodido; ese fue nuestro remate; la criada se sentó a la mesa con nosotras, pero los hombres fueron despedidos; y cuando estuvimos las tres sin poder razonar, nos pusimos a masturbarnos como zorras hasta que al venir el astro de los cielos a iluminar nuestras saturnales, nos obligó a suspenderlas para encontrar en un poco de descanso las fuerzas necesarias para volver a empezar.

Unos días después vino a verme esta encantadora mujer. Le había vuelto completamente loca, decía, no podía pasarse ya sin mí.

—Ahora que nos conocemos mejor, querida amiga —me dice—, tengo que confesarte todas mis inclinaciones. Estoy llena de vicio y como se dice que eres muy filósofa, vengo a suplicarte que tranquilices mi conciencia.

—¿Y cuáles son, amor —me apresuré a decir—, los vicios que más te gustan? ¿A cuáles te entregas con más placer?

—El robo. Nada me divierte tanto como sustraer el bien de los otros; y aunque tengo ya cien mil libras de renta, no hay un solo día de mi vida que no robe por gusto.

—Consuélate, amor —le digo tendiendo la mano a mi amiga—, y ve en esta a la que tú amas una de las mayores seguidoras de esa pasión. Por supuesto que, como a ti, no me hace falta y, como tú, me gusta entregarme a él... ¿Qué digo?, hago de él, siguiendo tu ejemplo, una de las mayores diversiones de mi vida. El robo, querida, es de institución natural; no solamente no es un mal, sino que es evidente que incluso es un bien. Por lo demás, querida amiga —proseguí abrazando a mi nueva amiga—veo con placer que tus principios en moral no son muy escrupulosos.

—Nadie podría ser más firme que yo a ese respecto —me respondió la amable veneciana—. Arrastrada por mi cabeza a mil infamias, no hay nada que no me permita cada vez que hablan mis pasiones.

—¿Qué! —digo— ¿hasta el asesinato?

—Hasta el parricidio, hasta el crimen más terrible, si existiese entre los hombres.

—¿Ah!, santo Dios —le digo a mi amiga—, besa un millar de veces a la que tanto se te parece y considérame digna de ti.

—¿Y bien! —me dice Zanetti—, ya que tú te abres de esta forma, voy a hablarte también con confianza; escucha, no te asustes, y júrame no revelar nada de lo que voy a decirte.

Hice el juramento que mi amiga exigía y he aquí lo que supe de ella.

—Sabes, Juliette, que soy viuda y por consiguiente dueña absoluta de mis actos. No me preguntes cómo he obtenido esta libertad... y adivina, sin hacer que me ruborice por la confesión, que es fruto del crimen.

—¿Fue tu mano la que lo cometió?

—No. Hice asesinar a ese triste enemigo de mis placeres: en Venecia se rompen fácilmente todos los lazos con unos cuantos cequíes.

—Era preferible que lo hubieses hecho tú misma: en este caso, un parecido más nos hubiese unido.

—¿Oh!, Dios, ¡te adoro, alma querida! ¡Qué buena acción deshacernos de esos granujas cuando quieren molestarnos! ¿Y qué derecho tienen sobre nuestra libertad para atreverse a constreñirla así? Que se nos conceda el divorcio y el conyugicidio sería menos común.

Sea como sea, es preciso que sepas, querida, que en Venecia existe una famosa asociación de criminales cuyo único oficio es robar, hurtar sutilmente, timar, y asesinar.

nar en caso de necesidad a los que selresisten. Los hilos de esta asociación se extienden a más de treinta o cuarenta millas de aquí y todos se juntan en la casa de un tal Moberti, director jefe de toda esta tropa. Ahora bien, querida, ese Moberti es mi amante; estoy loca por él: me es imposible tener por ningún hombre los sentimientos que tengo hacia él. Y sin embargo, querida, si lo vieses te asombrarías sin duda de mi pasión; pero cuando lo conozcas dejarás de sorprenderte y entonces verás que es posible amar a un hombre por sus gustos, sus pasiones, la calidad de su espíritu, más que por los atractivos físicos de su persona.

Moberti tiene cincuenta y cuatro años; es pelirrojo como Judas; sus ojos son legñosos y pequeños; su boca ancha y mal provista; su nariz y sus labios como los negros; es bajo, mal hecho, pero, a pesar de todo eso, dotado de un instrumento tan prodigioso que a pesar de toda mi costumbre de ser enculada, me deja hecha papilla cada vez que me sodomiza... única forma en la que goza de mí. Este es, querida amiga, el físico singular del hombre por el que enloquezco, aunque le sea infiel cien veces al día; pero me lo permite; sabe que no puedo pasarme sin eso; y si yo se lo tolero por mi parte proporcionándole la caza que le gusta, él me permite por la suya joder si quiero con toda la tierra. No hay celos por ninguna de las dos partes: es casi lo que podría llamarse una unión moral. Moberti tiene el espíritu que me gusta; es de un desorden de imaginación tan excitante, de un libertinaje tan atroz, de una ferocidad tan salvaje, de un abandono de principios tan prodigioso, de un ateísmo tan profundo, de una corrupción tan completa que todo eso me vuelve loca y me hace idolatrar a ese hombre hasta un punto que sobrepasa todo lo que los poetas y los historiadores han podido hasta ahora escribir sobre el amor.

Como puedes imaginarte, Moberti tiene varios agentes en Venecia, que coloca en la casa de gente muy rica y que como sólo son frecuentadas por gente de esa misma casta, están en condiciones de proporcionarle buenas informaciones. Soy la primera de sus agentes; todos los otros se ponen en contacto conmigo y a través de mí se indican los principales robos. No hace más que tres años que nos conocemos; sólo le sirvo desde esa época; pero puedo asegurar que en ese breve espacio de tiempo le he valido más de diez millones, que le he hecho asesinar al menos a unas cuatrocientas personas; y eso es lo que me vuelve loca. Descargo tres días y tres noches seguidas, mi querida amiga, cuando he cometido o hecho cometer crímenes de este tipo. A él mismo le gusta el asesinato hasta el punto de que, como el famoso ladrón de Siberia, en sus expediciones abandona los despojos a sus camaradas por el solo placer de degollar a las víctimas con sus propias manos. Te lo repito, es el granuja más bárbaro y más cruel que sea posible encontrar en el mundo; y sus vicios se acomodan tan bien con los de mi carácter que he ahí por qué lo adoro.

Por una singular fatalidad y que prueba que el crimen es siempre más dichoso que la virtud con tal de que sea constante y atrevido, hace veinticinco años que mi amante lleva la misma vida: ni siquiera ha sido sospechoso nunca. Algunos capitanes de su tropa han sido castigados a la rueda, colgados, quemados, pero nunca lo comprometieron. Este hombre, raro por su energía, su perversidad, su valor, espera seguir doce o quince años con la misma vida y retirarse después a Dalmacia conmigo, donde ha comprado últimamente soberbias posesiones. Así es como esperamos coronar la vida más criminal con que se hayan manchado los anales humanos.

Esto es, querida, lo que tenía que decirte: piensa si quieres ser de los nuestros. En el caso de que aceptes, dentro de poco te doy una cena con mi amante; lo verás gozando de mí, de ti si lo deseas, y después los tres haremos los arreglos necesarios para una

íntima unión.

–Por supuesto –le digo a mi amiga–, no podías haberme propuesto nada más agradable. Lo acepto todo con dos condiciones: la primera, que si tu amante se divierte conmigo me tiene que pagar muy caro, e igualmente: sólo le serviré en sus robos si me toca una parte considerable; la segunda, que de ahora en adelante nos repartiremos todos los gastos de nuestras reuniones libertinas: quiero ser tu amiga, no tu puta.

Una deliciosa comida remató esta conversación y nos separamos prometiéndonos volver a vernos pronto.

Como no sabía qué giro tomaría todo ese asunto, creí mejor ocultárselo a mi compañera hasta que todo estuviese más claro. Por otra parte, vivíamos en una libertad suficiente para que cada una hiciese lo que quisiera por su lado.

Unos días después me avisó la signora Zanetti que había hablado a su amigo; que éste deseaba infinitamente conocerme, y que en consecuencia me invitaba al día siguiente a cenar a una casa encantadora en el campo que tenía en la isla San Jorge, a muy poca distancia de la ciudad.

No me habían engañado sobre el físico de este asombroso hombre; era imposible ser más feo y difícil al mismo tiempo tener un rostro más espiritual.

–Esta es –dice Zanetti abrazándolo– la bonita muchacha de la que te he hablado; espero que tengas ocasión de estar contento de ella en todos los aspectos.

Entonces el bandido me coge de la mano y me conduce, sin decir una palabra, a un gabinete donde me sorprendió encontrar a dos jóvenes de quince años, hermosos como el Amor.

–No os escandalicéis –me dice el disoluto–: soy un buen tipo; sin embargo os joderé en el culo; vuestra amiga ha debido ponerlos al corriente. Mostradme vuestras nalgas y disimulad el coño, os lo suplico, hasta el punto que ni siquiera me sea posible creer que tenéis uno.

Este comienzo me pareció caballeresco. No sé lo que este personaje tenía de atrayente, pero desde el primer momento sentí que era muy fácil querer a un hombre así. Moberti se demoró en el examen de mi trasero, no se le escapó ningún detalle; después, dándome dos fuertes azotes en cada nalga, me dice:

–Este sí que es bueno –me dice–, ya veo cómo es vuestro culo, podéis desvestiros.

–¿Y vuestra amiga, señor?

–Ahora vendrá; sabe que no nos pondremos sin ella...

Y mientras yo me desvestía, Moberti acariciaba a los muchachitos.

La bella veneciana apareció.

–¿Te has ocupado de todo? –le dice su amante–¿Estaremos completamente solos? ¿Están bien cerradas las puertas? ¿Será buena la cena?

–Confía en mí, amigo mío, conoces mi precisión.

–Vamos, entonces jodamos en paz –respondió Moberti– y entreguémonos seguros a los más extravagantes caprichos de la imaginación.

–Sí, amigo mío, sí, puedes; no queda más que Dios para verte.

–¡Oh!, me cago en ese testigo –dice el libertino–. Mi pena mayor es que no exista realmente y verme privado de esta forma del placer de insultarlo... Pero ¿se puede hablar delante de esta joven, es de los nuestros?

–Sí, ya sabes lo que te he dicho sobre ella, sólo espera su puesto para entrar en acción y me atrevo a creer que estarás contento de ella.

–Ya lo estoy de su culo... tanto como se puede estarlo del de una mujer... Vamos, querida, excita todo eso...

Y Zanetti mientras desabotona los pantalones de los dos jóvenes, mostraba sus nalgas al libertino, quien tumbado sobre un gran sofá se masturbaba mirándolos.

–Apresúrate –me dice mi amiga muy bajo–, estoy segura de que arde en deseos de ver tus nalgas junto a las de los muchachos...

En seguida me coloco con el montecillo bien oculto, y Moberti, sin ninguna preferencia, nos examina un rato a los tres. Sin embargo, besa el mío con ardor, lo acaricia en profundidad; entonces ordena a uno de sus putos que se ponga entre mis piernas y me arranque pelos de forma que diese saltitos, mientras él continúa metiendo su lengua en el agujero de mi culo y su querida lo masturba al tiempo que es masturbada a su vez por un puto.

–Escuchadme bien –dice entonces el bandido– y, sobre todo, ejecutad lo que voy a prescribiros lo mejor que podáis. Tenéis que soltarme un pedo en la boca al tiempo que os arrancan un pelo, y al sexto, al mismo tiempo que el pedo, tenéis que mear en la nariz del joven que os depila, llenándolo de insultos.

Tuve la suerte de satisfacer a este singular libertino con la puntualidad que deseaba, y cuando llego a la inundación y me oye los insultos dirigidos al objeto de su lujuria, para vengar a su bardaje, se apodera de un puñado de vergas y me zurra durante un cuarto de hora.

–¡Qué haces! ¡Qué haces! –exclama Zanetti, siguiendo el hilo de la escena– ¿Y qué falta ha cometido esta criatura contigo?

–La zorra se ha peído; ha mancillado con su indigna orina el delicioso rostro de mi Gánimedes: no existen castigos bastantes fuertes para uno y otro de esos ultrajes.

–¡Y bien! –dice Zanetti perfectamente al corriente de todo lo que complacía a su amigo–, voy a azotarte, truhán, hasta que hayas dejado de tratar así a mi amiga...

Le fustiga así un buen cuarto de hora, al cabo del cual el italiano nos muestra un miembro de un pie de largo por ocho pulgadas de circunferencia.

–¿Has visto algo de ese tamaño? –me dice enseñándomelo.

–¡Oh! ¡Cielos! –exclamé– ¡Estoy perdida si me perforas con esa máquina!

–Sin embargo, es lo que va a sucederte –dice, ordenando a su querida que se desnude también–; no vas a ser más difícil que esos niños: son vírgenes y tú no.

–Pero los matarás y yo no quiero que me ocurra lo mismo.

Tras estas palabras, Zanetti se acerca para que le bese sus nalgas; y mientras uno de los jóvenes le tira de un pelo del coño, suelta a quemarropa el pedo más enorme en la nariz de su amante, que jura, echa pestes, se lanza sobre ella y la encula. Durante esta operación nos dispone tan bien a los muchachos y a mí, por encima de los riñones de su diosa, que nuestros tres culos se hallan agrupados ante su rostro y puede besarlos indistintamente.

Confieso que estaba maravillada por la presta manera en que Zanetti sostenía en su culo, sin pestañear, la introducción de este enorme miembro; la zorra no se había movido; el italiano juraba, iba, venía y hacía sentir sus dientes sobre nuestras nalgas. Se retira, se deshace el grupo, y nos miraba con unos ojos en los que se pintaba la lujuria más cruel; se tumba en el canapé, con el rostro entre las nalgas de su amante, cuyo ano toquetea, y en esta postura nos ordena que vayamos a meneársela un rato, uno tras otro, teniendo cuidado de besar su pito, lamer sus cojones y meterle tres dedos en el culo.

Su miembro se anima con este juego, tan prodigiosamente que creo que va a perder su semen; pero, perfectamente dueño de sí, se contiene, se vuelve a levantar, pide vergas y nos azota a los cuatro con todas sus fuerzas. Hecha esta operación, me agarra

lanzándome unas miradas que me dan miedo.

–Bribona –me dice–, tengo que matarte.

Por muy acostumbrada que yo estuviese a estas escenas, confieso que se apoderó de mí un gran terror y tanto más cuanto que Zanetti, a la que yo miraba fijamente, no me tranquilizaba en absoluto con sus ojos.

–Sí. ¡Tres veces infame Dios! –siguió el italiano lleno de furia– Sí, zorra, tengo que matarte...

Y diciendo esto me apretaba el cuello para ahogarme; a continuación coge un puñal, lo mantiene suspendido sobre mi seno, mientras su amiga se la menea, pero sin lanzarme una sola mirada, sin tranquilizarme con el menor gesto. Tras haberme tenido unos minutos en esta terrible perplejidad, me tumba sobre el sofá, presenta su pito a la entrada de mi culo y me lo mete sin ninguna preparación en el ano con tal fuerza, que mi rostro se cubrió de un sudor frío y estuve a punto de desmayarme. Sin embargo, mi amiga me sujetaba y se oponía con todas sus fuerzas a cualquier movimiento que yo hubiese podido hacer, de forma que fui trabajada, perforada por ese tipo monstruoso sin poder oponer la menor resistencia. Entretanto, él manoseaba con cada mano el culo de uno de los muchachitos y besaba a Zanetti en la boca.

Al cabo de un rato, me hace poner en el suelo las manos que yo apoyaba en el sofá y curvar asombrosamente la cabeza, levantando los riñones lo más posible; uno de los muchachos, pasando mi cuello entre sus piernas, se pone así de pie ante él, que lo lame entretanto; los dos se sustituyeron en este puesto y Zanetti, en una postura diferente, vino a poner el agujero de su culo en el mismo lugar donde un momento antes el disoluto sólo encontraba bocas. Pero no descarga, y al retirarse con violencia y sin ninguna precaución, me hace casi tanto daño con esta retirada precipitada como antes al introducirse.

–Su culo es bueno –dice retirándose–, es estrecho, caliente; pero se mueve mientras lo enculo, y tú sabes, Zanetti, que deseo que se esté inmóvil y que sin esta cláusula no puedo descargar.

Entonces, su querida coge vergas y lo azota; yo estaba en el suelo, extendida boca abajo; los dos muchachitos sobre mis nalgas. Al cabo de un rato, me hizo tumbarme boca abajo y atravesada en un canapé. Los dos putos se ponen sobre mi cuerpo muy cerca el uno del otro, y se presenta en el culo del primero, que se halla colocado cerca del mío: pero se resiste con fuerza a este proyecto.

–¡Atémoslos, redió! –exclama.

Y como Zanetti me ruega que la ayude, atamos y agarrotamos a este muchacho en forma de bola, de forma que su cabeza, pasada entre sus piernas separadas, presenta el goce de su boca muy cerca del culo. Para fijar mejor la posición, Zanetti se pone a horcajadas sobre el muchacho. Moberti se presenta, nada puede molestarlo ahora. Su enorme pito desaparece en tres embestidas en el ano del endeble escolar; entretanto yo le acaricio el culo y él manosea al otro joven.

Las expresiones de este criminal durante su goce eran terribles. No hablaba más que de crímenes, de abominaciones, de asesinatos, de incendios, de matanzas. Sin embargo, no descargó todavía. Por orden suya, el segundo bardaje es puesto en la misma postura; goza de él de la misma forma, pero esta vez había hecho poner al que acababa de joder boca abajo, con los pies en alto y el cuerpo extendido a lo largo del de su querida, de cuclillas sobre el del puto enculado. Tenía así bajo sus besos un culo, un coño y una boca. Yo lo azotaba. Sus expresiones se hicieron más horribles aún y en un abrir y cerrar de ojos vi arroyos de sangre en la habitación; al perder su semen, el cruel

había golpeado con veinte estiletaos al muchacho que sodomizaba y al que le servía de perspectiva.

– ¡Criminal! –le digo redoblando mis golpes sobre sus nalgas–, jamás se llevó la traición más lejos, y puedes estar orgulloso de ser un monstruo.

La explosión de la descarga de este libertino me había parecido la de un volcán; no era ya un hombre, sino un tigre, un perro rabioso.

Restablecida la calma, los dos cadáveres fueron tirados a un agujero, preparado con este fin al fondo de un jardincillo cercano al gabinete donde acababa de tener lugar esta escena, y nos arreglamos. Moberti se durmió antes de la cena.

–¡Oh, qué hombre! –le digo a su querida.

–Todavía no has visto nada –me respondió Zanetti–; esta vez ha sido muy suave, no será siempre así.

Dos nuevas víctimas lo esperaban al levantarse de la mesa.

–Y como son muchachas, te aseguro que las hará sufrir diez veces más.

–¿Entonces nuestro sexo lo emociona más?

–Por supuesto. Siempre pasa igual con toda la gente cruel en la voluptuosidad; la debilidad, la delicadeza de una mujer los irritan mucho más, su ferocidad se ejercita mejor sobre la debilidad que sobre la fuerza; cuanto menos se puede defender uno, con más violencia atacan, y como de esta forma entra mayor maldad en el crimen, obtienen también más placer. ¿Te ha hecho daño?

–¡Ah!, estoy completamente destrozada; he sostenido pitos monstruosos: jamás ninguno que me hiciese tanto daño.

Sin embargo, Moberti no tardó en despertarse; en cuanto lo hizo pidió la cena: se sirve. Estábamos en una sala fresca y solitaria; todo lo que era útil para el servicio estaba colocado cerca de nosotros, sin que necesitásemos criados. Entonces fue cuando el bandido me explicó los servicios que tenía preparados para mí. Se trataba de proteger sus robos, descubrirle víctimas, abandonar a la Durand para tomar yo sola una casa a donde atraería a los simples para él robarlos y matarlos. En un momento me di cuenta de que había muchos más peligros que provecho en la aceptación de ese proyecto; y estando yo muy por encima de una ganancia tan mediocre, me negué interiormente a las propuestas de este hombre. Pero me guardé bien de descubrirle mi pensamiento, y para que nada turbase su ilusión, aplaudí sus proyectos y le prometí servirlo. Así acabamos la comida más magnífica que yo hubiese hecho en mucho tiempo; tras levantarnos de la mesa, me hizo pasar a un gabinete secreto con él.

Juliette –me dice–, has visto mis gustos desde lo bastante cerca para imaginarte que en el asesinato es donde pongo mis más voluptuosos goces... ¿Puedo estar seguro de que pondrás todo tu ardor en multiplicar mis víctimas? ¿No tengo nada que temer de tus remordimientos?

–Ponedme a prueba, querido –respondí–; la forma en que me conduciré con vos os mostrará si entro en vuestras miras por gusto o por favor.

Y entonces se vino a mi malvada imaginación la idea más páfida. Yo no tenía ninguna gana de ser la querida de ese hombre, ninguna de aceptar sus proposiciones, y no obstante, tan sólo por principio de maldad, me mostré celosa.

–¿De qué me servirá –le digo– ocupar el segundo puesto en vuestros apaños? La confianza, el corazón, esos bienes tan preciosos de poseer cuando son concedidos por alguien a quien se ama, ¿me pertenecerá todo eso? He aceptado todo lo que me habéis propuesto, estoy de acuerdo; pero me sería mucho más agradable ejercer sola ese empleo junto a vos y no tener constantemente ante mi vista a una rival tan peligrosa

como vuestra Zanetti...

Y el granuja me escuchaba con tanto interés como sorpresa.

–¡Qué!, ¿me amarías realmente? –me dice después de un rato de silencio.

–¡Ah!, me volveríais loca; como tengo todos vuestros gustos, idolatraría a un hombre que se os pareciese.

–¡Y bien!, no digas ni una palabra, todo va a arreglarse; eres infinitamente más bella que Zanetti, te prefiero a ti y reinarás sola en mi corazón.

–¡Pero vais a llevarla al borde de la desesperación!, además, ¡qué enemiga me crearíais; ¿creéis que me perdonaría alguna vez haberos seducido?

–¡Oh!, si nos molestase mucho...

–¡Dios! ¡Qué idea!, hace que me estremezca: una mujer a la que amo, a la que vos habéis amado... ¿pensáis qué terrible horror?

–Eso no existe, todas nuestras acciones son sencillas; todas están inspiradas por la naturaleza y creía que tú ya no dudabas de esas primeras bases.

–¡Ah! ¡No durarán mucho tiempo mis escrúpulos ante la encantadora perspectiva de ser la única en poseeros!... Pero en tanto que esa criatura exista, os confieso que no estaré tranquila; además, me inspirará un gran pavor y siempre estaré temiendo perderos. Me parece que, ya que estamos en éstas, es un asunto que puede ser liquidado en seguida. Esa mujer es mala: si supieseis todo lo que me ha dicho de vos... ¡Ah!, creed que si no le tomamos la delantera, jamás nos dejará vivir en paz.

–Te adoro, muchacha celestial –me dice el italiano echándose en mis brazos–, está decidida la suerte de tu rival, tú triunfas, ya sólo es cuestión de pronunciar juntos su suplicio...

Y Moberti, a quien esta idea encendía tanto como a mí, coge mi culo y lo enfila sin ninguna preparación; en otro momento ese enorme pito me hubiese hecho lanzar terribles gritos, pero ahora, llena de fuego, me precipité sobre el dardo y descargué a la primera sacudida.

–¿Qué la haremos? –me dice el disoluto jodiendo–. Quiero que pronunciemos sus dolores en el seno de los placeres.

Lo hicimos. Lo que después veréis fue el resultado de la sentencia pronunciada. Volvimos.

Moberti, que quería conservar sus fuerzas, se había guardado bien de perderlas. Zanetti empezaba a inquietarse y pudimos leer fácilmente en sus ojos que el demonio de los celos atormentaba su corazón. Le rogó a su amante que pasase conmigo al mismo salón donde se habían celebrado las orgías de la mañana; y allí le presentó los nuevos objetos para los últimos placeres de la tarde. Eran una madre de veintiséis años, embarazada de siete meses, y llevando de la mano a dos encantadoras niñas, una de once años y otra de nueve. Moberti que conocía la mercancía por haberla elegido él mismo, estuvo encantado de verla por fin en sus redes.

–He ahí lo que me excita increíblemente –nos dice al oído–; es una mujer a la que engaño; cree que voy a prestarle grandes servicios, y los tormentos que le preparo son terribles. Vamos, Zanetti, que se cierren las puertas, que reine el silencio, que no haya en esta casa más ruido que el que yo voy a hacer. Me gustaría que el universo entero dejase de existir cuando yo me empalmo.

Moberti se sienta, ordena a su querida que desvista a Angélique, mientras que Mirza, la mayor de las hijas y la joven Marietta esperarán en respetuoso silencio las órdenes que salgan del bandido.

Zanetti, ocultando muy precavidamente todas las partes anteriores de Angélique,

acerca su grupa a Moberti, quien, tras haberla manoseado brutalmente, declara que antes de una hora habrá cambiado de forma ese culo. Toca el vientre repleto, lo golpea con placer y le pronostica las mismas desgracias.

–¡Ah!, señor –dice la interesante Angélique–, me habéis engañado cruelmente; ahora veo fácilmente a qué horrores estoy destinada; respetad al menos el fruto que llevo...

No es posible pintar aquí las risotadas que provocó la intercesión en este criminal.

–¡Reputa! –exclama, cubriendo de golpes a esta desgraciada–; ¡oh!, sí, sí, no dudes de que vaya a tener las mayores consideraciones por tu estado; no hay a mis ojos nada más respetable que una mujer embarazada, y ya debes estar dándote cuenta de cómo me entenece ese interesante estado. Sin embargo, empieza desnudándome a tu hija mayor y tráemela en el mismo estado en que Zanetti acaba de ofrecerte a mis análisis.

Entretanto yo estaba arrodillada entre las piernas de este libertino y lo polucionaba ligeramente para mantener su fuego, y, con frecuencia, besaba mi boca inexplicablemente transportado. Nada más bonito que la muchachita que le llevan y nada más cruel que el tipo de lúbricas caricias con que la llena. La pequeña se acerca; la misma ceremonia.

–¡Santo Dios! –dice el criminal exaltado–, ¿no podría encontrar yo un medio de encolar a las tres de un golpe?

Tras estas palabras, agarra a la madre, la tumba de espaldas, sujeta sus piernas en el aire con cuerdas y la encola como a una galga. Por orden suya, me lanzo sobre esta madre de forma que mi culo esté a disposición de los besos del disoluto, y sobre mi cintura se sube su querida, presentando un segundo trasero a los besos de este insaciable; con cada una de sus manos manosea a una niña, cuyas nalgas destroza con una tenaza. No contento con maltratar esos dos culitos, se pierde en el de la madre, a la que trata de igual manera; y en cuanto a los nuestros, se contenta con morderlos, mientras nosotras le peemos en la boca.

–Déjate caer sobre esta granuja, Juliette –me dice–, para que ese doble peso ahogue, si es posible, el abominable fruto que infecta sus entrañas.

Zanetti y yo ejecutamos tan bien nuestro encargo que poco falta para que la pobre Angélique perezca ahogada al momento. Al cabo de un cuarto de hora de idas y venidas en el ano de esta pobre mujer, suplicio atroz que le arranca terribles gritos, Moberti desencula y ordena a la mayor de las muchachitas que se acerque a él. Zanetti preparaba las vías, yo presentaba el instrumento, que se había hecho más terrible y más monstruoso aún tras las incursiones en el culo de la madre. Después de infinitos esfuerzos, la veneciana y yo llegamos a introducir esa enorme masa en el estrecho orificio ofrecido a sus furores. En cuanto el disoluto se da cuenta de los progresos de su pito, lo empuja con tanta fuerza que pronto lo introduce por completo; pero la desgraciada se desvanece.

–Esto es lo que yo quería –dice el feroz personaje–, nunca gozo mejor que cuando mis vejaciones las reducen a esto... Vamos, Zanetti, ¡tú me entiendes!

Y después, bajito a mi oído:

–Quiero enviarla a los infiernos manchada con un hermoso crimen.

La veneciana se ocupa de que Angélique esté colocada sobre los riñones de su hija, presentando las nalgas al disoluto; las mías están expuestas a la derecha, las de la muchacha más joven a la izquierda, y mi amiga está arrodillada ante el culo de su amante: ¿pero adivináis con qué nuevo episodio regaló el libertino su lubricidad? Su querida, mientras le muerde con fuerza las nalgas, tiene que imitar el ladrido de un

dogo, en tanto que él, imitando al mismo animal, devora el culo de Angélique. En mi vida he visto nada tan agradable como ese concierto de perros; verdaderamente no lo era así para Angélique, cuyas nalgas destroza el bandido de tal forma que caían jirones por los muslos de esta infortunada. De vez en cuando se divertía también con las de la pequeña y las mías; pero no era más que para aguzar sus dientes, que recaían a continuación con mayor furor en las masas carnosas de Angelique, que pronto estuvieron reducidas a un estado tal que se desmayó, igual que su hija. Cambia de culo; la otra hermana es atacada con fuerza y son entonces las nalgas de la que acaba de joder sobre las que se ensañan sus dientes.

No obstante la Zanetti ejecuta las órdenes que ha recibido. Mientras su amante goza, la granuja apuñala, para determinar el éxtasis de aquél, a una de las muchachas que sirven de perspectiva, y la desgraciada cae al instante, ahogada en los chorros de su sangre.

–¡Criminal! –exclama el italiano–, mira el terrible crimen que acabas de cometer; que el Ser eterno prolongue ahora tus días y te dé tiempo a arrepentirte, porque si murieses cargada con ese crimen sería tu suerte el infierno... Que dejen ahí ese cadáver, me serviré de él en seguida.

Desencula, su semen no había podido contenerse ante este excesivo horror, acababa de soltar sus chorros; y hecha esta operación, deja a Zanetti con esta desgraciada familia y pasa conmigo al gabinete donde hacía un rato habíamos estado hablando los dos a solas.

–Voy a hacer atrocidades –me dice besando mi boca y masturbándose sobre mi trasero– y tu rival se verá envuelta en ellas. Me gustaría ir más lejos todavía en la sentencia que hemos pronunciado; me gustaría que pudiese existir en el mundo un tormento más cruel que el que ella va a sufrir... y desgraciadamente no será así... ¡Oh!, Juliette, vuelvo a ponerme cachondo; ¡mira qué fuerza tiene sobre mis sentidos la idea de esta insigne traición! (Después, manoseando mis nalgas) ¡Qué hermoso culo, Juliette!, lo adoro, estás llena de imaginación, posees una ejecución fácil del crimen, y si inmolo a Zanetti es para conservarte eternamente.

–Pero –le digo–, querido amigo, ¿no piensas en que esa mujer te idolatra? Estoy indignada por haber cedido un solo instante a tus perversos deseos; es terrible tratar así a mujer a la que se está unido.

–¡Y!, ¡qué me importan los sentimientos de esa puta! No hay nada sagrado para mis pasiones cuando me excito. ¡Oh!, la ramera no se lo espera, es el momento del placer... Cuán deliciosa va a ser esta tarde para mí. Revísteme con esa piel de tigre. Estarán las tres desnudas en la habitación, tendrán el cadáver en medio de ellas; me lanzaré indiferentemente sobre ellas... las devoraré: ese será el primer suplicio por el que podrás ver que ha perdido todos mis sentimientos. Durante la escena, tú te cuidarás de exhortarme a la máxima dureza. Después acabaremos con lo que hemos dicho; si encuentras algo más execrable todavía, lo añadirás a nuestras decisiones; porque me parece que todo lo que hemos convenido está muy por debajo de mis deseos.

Fui a prevenir a Zanetti. No le hizo gracia la orden que yo le llevaba de que estuviese en el bando de los otros. Acostumbrada a mandar, encontró muy extraña la subordinación y no pudo impedir el preguntarme.

–¿Qué va a hacer entonces? –me dice.

–¡Ya lo veréis! –respondí fríamente.

Y me volví. Moberiti se masturbaba, su imaginación se inflamaba con las execraciones que iba a cometer. Se precipita sobre mi culo, lo llena de caricias y,

curvándome, me encula el muy granuja mientras jura que no conoce en el mundo un goce tan delicioso como el de mi trasero. Lo lima durante mucho tiempo. Entretanto mejoramos nuestros proyectos: perfeccionamos nuestros planes de suplicio: concebíamos horrores que hubiesen hecho estremecerse a los animales, incluso a los más salvajes.

–Vamos –me dice el disoluto retirándose–, ya estoy suficientemente excitado...

Y revestido con su piel de tigre, cuyas cuatro patas estaban armadas con uñas monstruosas y el hocico dispuesto de tal forma que podía morder con su propia boca todo lo que estuviese a su alcance, dispuesto, digo, de esta forma, y yo desnuda tras él, armada con una inmensa porra con la que debía despertar su pereza, entramos.

Zanetti es la primera sobre la que se lanza; le arranca una teta con sus garras y la muerde después en las nalgas, con tanta violencia que la sangre empieza a correr en seguida...

–¡Ah! ¡Estoy perdida! –exclama esta infortunada– ¡Estoy perdida, Juliette! ¡Sois vos la que me traicionáis! Debía habérmelo imaginado. ¡Oh!, cielos, ¿qué puedo esperar ya?... Ese monstruo, al que tanto he amado, eso es lo que me prepara...

Y cada una de sus jeremiadas iba acompañada de terribles tratamientos. Sin embargo, Moberti deja respirar a su víctima un minuto para lanzarse ávidamente sobre los otros objetos que lo rodean. Angélique y su hija quieren huir... ¿Cómo escapar a la rabia de ese furioso? Las mira; pero todavía no las quiere a ellas: el cadáver ocupa toda su atención, lo agarra y su diente carnicero cae un rato sobre los restos inanimados de esa desgraciada, a la que pronto deja para volver con la misma rabia a los dos objetos que huyen. Martiriza con la misma furia a esas dos criaturas; y es precisamente sobre las partes más carnosas sobre las que el criminal cae con mayor placer. La tiene extraordinariamente empinada. Me veo obligada a seguirlo tanto para golpearlo con todas mis fuerzas como para masturbarlo por debajo o excitarle el trasero: operación a la cual procedía yo levantando la cola de la piel de tigre.

Poco a poco se refinan sus crueldades. Salta sobre su querida haciéndome una señal: lo ayudo; atamos y agarrotamos a esta desgraciada a un banco de madera. Se pone a horcajadas sobre ella y con sus afiladas garras, el criminal le arranca los ojos, la nariz, las mejillas; y el infame la besaba mientras ella lanzaba grandes gritos y yo, yo me masturbaba con todas mis fuerzas.

–Sin mí –me decía–, sin mis traiciones, mis perfidias, mis consejos, jamás hubiese emprendido este horror: yo soy la única causa.

Mi esperma se escapa con esa deliciosa idea; y él proseguía sus horrores sin dejar de besar la boca de esa infortunada, con el fin, decía, ¡de recoger con cuidado los preciosos impulsos del dolor de una mujer a la que tanto había amado! Le da la vuelta, le desgarras las nalgas y sobre sus heridas me hace destilar cera de España encendida. Al final se lanza sobre ella como un furioso y mientras que yo lo masturbo por debajo, el monstruo desgarras, asesina, hace trozos el desgraciado objeto de su antigua llama, al que por fin deja sin vida sobre el suelo.

Ebrio de rabia y de lubricidad, se lanza sobre las otras dos víctimas. Sólo con sus garras arranca al hijo del seno de la madre, lo tira rompiéndolo contra el cráneo de esa desgraciada mujer, se precipita sobre la otra hija, las ahoga, las desgarras y masacra a las dos. Lanzándose en seguida sobre mi culo, allí es donde pierde por fin el execrable verdugo el semen y el delirio que lo rebaja hasta los más peligrosos animales de la naturaleza...

Y volvemos volando a Venecia, prometiéndonos volver a vernos lo más pronto

posible para decidir nuestros últimos arreglos, cosa que yo no tenía ningunas ganas de emprender.

Pasé la noche más agitada de mi vida. ¡Dioses! ¡La de veces que me hice masturbar por mis mujeres con la idea de los crímenes con que acababa de mancharme! Entonces fue cuando me di cuenta de que no hay en el mundo un placer más violento que el del asesinato: una vez que esta pasión se introduce en el corazón, no puede arrancarla de allí ningún esfuerzo, Nada, no, nada hay comparable a la sed de sangre. En cuanto se ha gozado de ella es imposible hartarse, y ya sólo se existe para multiplicar el número de víctimas.

Sin embargo, nada en el mundo pudo decidirme a aceptar la propuesta de este hombre. Como os he dicho, veía en ella peligros infinitamente superiores a los beneficios; y completamente decidida a negarme, se lo conté todo a la Durand, que me aseguró que actuaba tanto mejor cuanto que con toda seguridad ese hombre no habría tardado ni tres meses en tratarme como a su querida. Cuando reapareció, hice que le cerraran mi puerta y jamás lo he vuelto a ver desde entonces.

Un día, la Durand me rogó que subiese con ella a la casa de una mujer que, una vez más, me deseaba con ardor; porque es inaudito cómo excitaba yo mucho más a las mujeres que a los hombres. La signora Zatta, esposa de un procurador, podía tener cincuenta años; todavía bella, y dotada del más ardiente gusto por su sexo, en cuanto me vio, la lesbiana me mima como un hombre e insiste tan encarecidamente que me quita, por así decirlo, cualquier posibilidad de resistencia.

Comemos juntas y, en los postres, la Mesalina se lanza medio borracha sobre mí y me desnuda. Zatta era de esas mujeres fantásticas que, llenas de inteligencia y de imaginación, les agrada su sexo menos por gusto que por libertinaje, y que con él sustituyen goces reales por los más lujuriosos caprichos. Esta criatura sólo tenía gustos de hombres: descargué seis veces bajo sus sabios dedos o más bien no fue sino una sola eyaculación que se prolongó durante dos largas horas. Una vez que volví en mí, quise atacar la extravagancia de los gustos anteriores de esta mujer; pero la encontré tan hábil en defenderlos como ardiente en gozarlos. Me probó que el extravío al que se entregaba era para ella el más delicioso de todos: me añadió que llevaba sus manías hasta su última expresión y que jamás descargaba tan deliciosamente como cuando se abandonaba a ellas.

Deseó a otras muchachas: vinieron siete; tras haberse masturbado con todas, sacó de su bolsillo un consolador como yo no había visto todavía en mi vida: este singular instrumento tenía cuatro cabezas. Empieza metiéndose una en el culo y sodomizándome con otra; estábamos de espaldas; las otras dos cabezas estaban encorvadas y nos las metimos en el coño. En esta postura, teníamos cada una entre nuestras piernas a una muchacha que chupaba nuestro clítoris, y que movía hábilmente la máquina. Nos quedaban otras cinco muchachas. Dos daban latigazos a las que nos chupaban; dos, subidas en sillas, nos hacían mamar su coño y la quinta presidía todo el grupo y recorría los puestos para que todo se ejecutase en el mayor orden. Luchamos juntas y, tras haber agotado a nuestras siete mujeres, tras habernos hecho cubrir las nalgas de sangre, Zatta quiso vengarse de nuestras azotadoras. Las desgarramos sin piedad; por más que gritaron fuimos inflexibles y tuvimos piedad de ellas sólo cuando los chorros de semen hubieron apaciguado nuestros furores. La infatigable zorrilla, más excitada que calmada con esta serie de lujurias, quiso todavía pasar la noche conmigo y se entregó a mil imaginativos excesos, a cual más extraordinario. Lo que sin duda esta libertina hacía mejor era acariciar el agujero del culo: tenía el arte de

alargar y endurecer su lengua hasta tal punto que el dedo más largo y más ágil no hubiese procurado más dulces sensaciones.

La necesidad que de mujeres tuvimos ese día animó a la Durand a consentir por fin en lo que yo venía proponiéndole desde hacía tiempo: aumentamos nuestro establecimiento con cuatro encantadoras criaturas y, retuvimos fuera a más de quinientas para tenerlas a nuestras órdenes cuando las quisiéramos.

No necesito deciros a qué excesos de bajeza hemos visto entregarse a hombres y mujeres en nuestra casa. A pesar de lo que yo sabía, todavía aprendí y confieso que jamás habría creído que la imaginación humana pudiese alcanzar ese increíble grado de corrupción y perversidad.

Lo que allí vi hacer es inimaginable; nunca se habría creído que el libertinaje pudiese arrastrar al hombre a tal vorágine de horrores y de infamias: ¡oh!, ¡cuán peligroso es cuando está excitado! No, puedo decirlo con propiedad, ni la bestia más feroz y salvaje alcanzó nunca semejantes monstruosidades. La enorme influencia de que gozábamos, el silencio, el orden, la subordinación que reinaba en este asilo, la extrema facilidad con que en él se encontraba satisfacción a todas las orgías, del tipo que fuesen... todo animaba al hombre tímido, todo entusiasmaba al hombre emprendedor, y las pasiones, bajo cualquier forma que se presentasen, cualquiera que fuese el tipo de almas en que se despertasen, siempre tenían la seguridad de ser alimentadas y satisfechas.

Es allí, amigos míos, sí, lo repito, es allí a donde hay que seguir al hombre para conocerlo bien; es en el seno de la lubricidad donde su carácter, absolutamente al desnudo, ofrece al filósofo que quiere aprehenderlos todos sus diferentes matices y, tras haberlos visto allí, es cuando se puede adivinar con total seguridad el resultado de los chorros de su execrable corazón y de sus terribles pasiones.

Respecto a asesinatos motivados por la lujuria, nos era muy difícil acceder a este tipo de fantasía: no obstante nos lo pedían con tanta frecuencia y nos lo pagaban tan caro que se nos hizo imposible no establecer una tarifa para esta manía demasiado general de los hombres sanguinarios. Por mil cequíes se permitió en nuestra casa hacer perecer, de la forma que uno quisiera, a un joven o una muchacha.

Pero para gozar de todas esas extravagancias y para calentarnos los cascos, Durand y yo habíamos dispuesto escondites secretos desde donde, sin ser vistas, podíamos distinguir a las mil maravillas todo lo que pasaba en los cuartos que dábamos a nuestros libertinos, y allí fue donde hicimos las dos un curso completo de todos los más extravagantes refinamientos. Cuando las personas que deseaban objetos de libertinaje nos parecían merecer la pena de ser observados, ocupábamos nuestros puestos y allí, haciéndonos joder o masturbar, nos encendíamos a placer con detalles lascivos que ofrecían a nuestras miradas las más excesivas orgías. Con mi carita y mi ángel, me ocurría con frecuencia ser mucho más deseada que cualquiera de las criaturas de nuestra casa. Si la fiesta me convenía, me prostituía al instante. La extravagancia de los caprichos de la Durand, su decidido gusto por el crimen, sus encantos, aunque ya en decadencia, hacían que también fuese deseada con frecuencia. A veces también nos reunían y nos mezclaban con otras muchachas, ¡y Dios sabe la de orgías que nos corríamos entonces!

Un día se presenta en nuestra casa un hombre de una de las familias más distinguidas de Venecia. El libertino en cuestión se llamaba Cornaro.

–Tengo que confesaros –me dice– la pasión que me devora.

–Ordenad, señor, ordenad; en esta casa no se niega nada.

–¡Pues bien!, querida, tengo que encolar a un muchachito de siete años, en los brazos de su madre y su tía, y que estas dos mujeres afilen en persona los hierros con que un hombre que yo traeré trepanará al niño mientras yo lo sodomizo. Hecha esta operación, tengo que encolar a la madre sobre el cuerpo de su hijo mientras aquel hombre, sirviéndose igualmente de los hierros afilados por la madre y la tía, corta las nalgas, que yo me comeré asadas con las dos mujeres y contigo, bebiendo sólo aguardiente.

–¡Oh!, señor, ¡qué horror!

–Sí, lo es, lo sé; pero sólo se me empalma con horrores, querida: cuanto más fuertes son, más me excitan y sólo me quejo de mi imposibilidad para aumentarlos.

Pronto fue servido mi hombre. Apareció con su cirujano y se encerró con dos fuertes fornicadores en un gabinete, ordenándome que me retirase hasta el momento en que me necesitara; lo hice, pero fue para ir a ocultarme en una de las salas concebidas, como ya os he dicho, para examinar a todos los individuos de cuyos goces pensaba sacar yo algún placer. Se entregó a ellos y no puedo expresaros el placer que sentí.

Me llamó al cabo de dos horas; entré. El niño estaba en brazos de su madre, lloraba; ésta lo cubría con sus lágrimas y sus besos... El cirujano, los fornicadores bebían y la joven tía compartía las lágrimas de su hermana.

–¡Joder! –dice el veneciano– ¡Contemplemos eso! ¡Oh!, ¡qué sublime escena!

Después, al cabo de un rato de observación:

–¡Cómo! –dice–, ¿lloras, puta? ¿Lloras porque voy a matar a tu hijo? ¿Y qué interés puedes tener por ese monigote, una vez que ha salido de tu vientre? Vamos, manos a la obra, Juliette, manos a la obra; jode en el culo ante mis ojos mientras yo actúo, coge a uno de esos buenos mozos, yo me quedaré con el otro; no puedo hacer nada sin un pito en el culo.

Obedezco el capricho del libertino quien, agarrando al niño con brazo enérgico, lo planta en la espalda de su madre, lo enfila mientras él es jodido y la tía, de rodillas, afila el instrumento de la operación, bajo la inspección del cirujano que entretanto la azota. Yo estaba colocada de forma que no me perdiese ni un solo detalle: aunque mi culo, enérgicamente perforado, se encontraba bajo la nariz de Cornaro, había ordenado que de vez en cuando mi fornicador desenculase para darle a chupar su pito que, en seguida, venía a engullirse de nuevo en mi culo; todo se desarrollaba como él deseaba cuando, sintiendo que su semen estaba a punto de escaparse, le hace una señal al cirujano. Este arranca el arma de las manos de la tía y en menos tiempo del que yo tardo en decíroslo, hiende las tres cabezas, hace saltar los sesos y nuestro veneciano descarga, blasfemando como un asno, en el fondo de una de las masas cuya existencia acaba de ser arrancada. Desencula, y los tres desgraciados individuos, que todavía respiran, ruedan por la habitación gritando. ¿Acaso cometerían los tigres atrocidades de este tipo?

–¡Oh!, joder –me dice Cornaro–, nunca tuve tanto placer; rematemos estas víctimas –dice dándoles a cada una un mazazo en la cabeza–; sí, joder, rematémoslas y comámonos sus nalgas asadas.

–¡Criminal! –le digo a este bárbaro–, ¿no te arrepientes entonces de los horrores que acabas de cometer?

–¡Oh!, Juliette, cuando se llega al punto en el que yo estoy, los únicos remordimientos que se conocen son los de los actos virtuosos.

Ebria de voluptuosidad tenía sobre mi seno a este divino criminal; lo masturbaba, trataba de devolverle con sensaciones deliciosas toda la energía que le había hecho

perder la eyaculación. Medio se le empinaba, mordisqueaba mi pecho y chupaba mi boca. Yo le decía horrores; unía a los toqueteos materiales la excitación de la más lasciva conversación. Cuando lo oí pedir mi culo creí que mi triunfo era seguro; se arrodilló ante mis nalgas, las manoseó, las estrujó, hurgando en el agujero un cuarto de hora: pero todavía no se le ponía tiesa.

–Una descarga me debilita para ocho días –me dice–; la enorme cantidad de tiempo que tardo en excitarme, la abundancia de licor que pierdo, todo me agota. Comamos; recuperaré mis fuerzas en medio de las lujurias que introduciremos en la comida, y quizás consumamos nuevos crímenes en el seno de la borrachera. Entretanto, hazte joder delante de mí, porque el libertinaje brilla en tus ojos y me doy cuenta de cuánto necesitas una descarga

–No –respondí–, puesto que tú esperas, yo también esperaré; tú eres el único que me excita, y no los demás: es tu espermatozoide lo que quiero ver correr y el único que puede derramar el mío.

–¡Y bien! –dice Cornaro–; en ese caso, hagamos nuestra comida lo más impura posible, transformémosla en terribles orgías. No necesito aconsejarte lo que hay que hacer: ahora conoces mis gustos y no me dejarás nada por desear.

Vestida como una bacante, la Durand en cuanto todo estuvo preparado, vino a avisarnos de que la comida estaba servida. Pasamos a una sala mucho más grande, en el centro de la cual había una mesa con cuatro cubiertos que debían ser ocupados por Cornaro, la Durand, una mujer de cincuenta años llamada Laurentia, conocida como la criatura más desenfadada, más corrompida, más lasciva y más ingeniosa de toda Italia: yo era la cuarta convidada. Laurentia, decidida como nosotros a comer carne humana, la vio servir sin horror y la devoró sin repugnancia.

La comida que acompañó a estos platos sanguinarios era de lo más delicada. La precedieron y la siguieron ocho servicios con todo lo más raro y exquisito que se pueda imaginar; pero, según se había convenido, no se bebió más que aguardiente muy viejo. Ocho muchachas de catorce años con un rostro delicioso tenían en su boca el aguardiente que se debía beber y a la menor señal se acercaban a lanzarlo con sus labios de rosa en el ardiente gaznate de los convidados. Ocho putos de quince años se mantenían respetuosamente, de dos en dos, apoyados contra el respaldo de la silla de cada uno de los convidados, para ejecutar a la menor señal las órdenes que se les diesen: En las cuatro esquinas de la mesa, frente a cada actor, había un grupo compuesto por dos viejas, dos negras, dos vigorosos fornicadores, dos putos, dos muchachas de dieciocho años y dos niños de siete. Con un sólo gesto podía hacerse que el grupo se acercase y satisfacerse con los individuos que lo componían. Más allá del graderío se elevaban cuatro teatros, en cada uno de los cuales dos negros destrozaban a una hermosa muchacha de diecisiete años, que desaparecía por unas trampillas mientras otra aparecía; a derecha e izquierda de cada uno de estos fustigadores y en el mismo teatro, había otros negros enculando a bardajes mulatos de doce y trece años. Cuatro muchachas de quince años, dispuestas bajo la mesa, chupaban el pito de Cornaro y nuestros coños. Un enorme haz de luz que partía del techo derramaba en esta sala una llama tan pura como la del sol y tenía la particularidad de que los rayos de ese ardiente fuego, dirigidos hábilmente hacia una infinidad de niños colocados en las candilejas, los quemaban hasta el punto de hacerles gritar. Este artificio fue el que más llamó la atención de Cornaro, el que le divirtió más y el que nos valió más elogios. Nuestro hombre, entusiasmado, se sentó tras haber paseado sus miradas por los objetos que más las merecían y asegurando que nunca

había visto nada tan lúbrico.

–¿Quién es esta mujer? –preguntó, mirando a Laurentia.

–Una libertina como tú –dice Durand–, una zorra capaz de superarte en infamia y a la que se le menea el coño como a ti se te chupa el pito.

–Eso esta muy bien –dice Cornaro–, pero me parece que antes de sentarse a la mesa conmigo, esta mujer y la Durand tendrían que haberme enseñado sus nalgas.

–Eso es justo –respondieron las dos levántandose para ir a aposentar sus culos cerca del rostro de Cornaro.

El libertino los examina, los besa y observándolos atentamente, dice:

–Estos son culos en los que el libertinaje imprimió más de una vez su huella; me gusta su degradación; es obra del tiempo y de la lubricidad; esas marcas de heridas me deleitan. ¡Oh!, ¡cuán bella es en sus detalles la corrompida naturaleza, y cuánto más preferibles son en mi opinión las amapolas de la vejez que las rosas de la infancia! ¡Besadme, divinos culos! Perfumadme con vuestros céfiros y volved después a vuestros asientos para prostituiros de común acuerdo... ¿Qué son estas mujeres? –dice a continuación Cornaro, lanzando una mirada a las plañideras que rodean la mesa.

–Son –respondí– víctimas condenadas a la muerte y que conociendo tu autoridad en estos lugares, vienen a implorarte piedad de rodillas.

–No la tendrán, evidentemente –dice el bárbaro lanzándolas una mirada feroz–: he hecho morir a gente con frecuencia, pero jamás he concedido piedad.

En ese momento se puso a comer y todo lo que debía moverse se puso en acción.

Cornaro, a quien se la chupaban constantemente, la tenía ya muy dura; dice que cada una de las víctimas tiene que recibir un suplicio de él. Esas encantadoras criaturas se levantan una tras otra, empiezan presentando su culo al disoluto y a continuación se prestan humildemente a lo que le plazca imponerles. Bofetadas, pellizcos, depilaciones, mordeduras, pullas, quemaduras, papirotazos, azotes en el culo, opresión de senos, arañazos, todo es utilizado; y en cuanto han recibido lo suyo vuelven de rodillas a los mismos puestos que ocupaban antes. Tras estos preliminares, Cornaro se inclina sobre mi seno y me hace empuñar un pito de cuyo estado empiezo a estar muy contenta.

–Esas rameras me excitan –me dice al oído–, no me asombraría nada que de un momento a otro empezase a ponerme malvado.

–Los medios para llegar a ello están ahí, amigo mío –respondí–, sólo estamos esperando los impulsos de tu corazón y las instigaciones de tu espíritu; habla y la más completa sumisión te demostrará nuestro desvelo.

Entonces Cornaro pasó sus dos manos bajo mis nalgas bastante violentamente, me levantó en el aire y mostrando mi culo a uno de los fornicadores, dice:

–Venid a sodomizarla en mis brazos.

Me enculan; él me chupa la boca; una de las jóvenes sirvientas se apodera de su pito, otra le maltrata el culo.

Vete de ahí, Juliette –me dice–; tú, Laurentia sustitúyela...

La misma ceremonia: enculan a la vieja; Cornaro chupa de tanto en tanto el pito que la jode. Durand pasa después; los mismos episodios. Todas las mujeres corren la misma suerte, todas son encoladas por un nuevo fornicador que, igualmente al cabo de un rato, se acerca para que ese libertino chupe las manchas conseguidas en ese goce. Las masturbadoras cambian como las viejas y, gracias a mí, las más jóvenes y bonitas muchachas manosean el pito del disoluto y les prestan sus nalgas para sus azotes.

–Comamos –dice por fin–, ya es suficiente para una primera escena: dentro de unos

momentos lo refinaremos todo. Juliette –me dice Cornaro–, ¿crees que puede existir en el mundo una pasión más divina que la de la lujuria?

–Evidentemente ninguna; pero hay que llegar a sus últimos excesos: aquel que se impone frenos en el libertinaje es un imbécil que jamás conocerá el placer.

–El libertinaje –dice la Durand– es un extravío de los sentidos que supone el total quebramiento de todos los frenos, el más soberano desprecio por todos los prejuicios, la completa destrucción de cualquier culto, el más profundo horror por cualquier tipo de moral; y todo libertino que no haya llegado a este grado de filosofía, dando constantemente bandazos entre la impetuosidad de sus deseos y sus remordimientos, jamás podrá ser completamente feliz.

–Creo –dice Laurentia– que no hay que reprocharle nada al señor por los hechos que acaba de alegar y le imagino con la suficiente inteligencia para estar por encima de todos los prejuicios.

–Es totalmente verdad –dice Cornaro– que no respeto absolutamente nada de los hombres, y esto por la única y gran razón de que todo lo que los hombres han hecho ha sido sólo obra de su interés y sus prejuicios. ¿Hay un solo hombre en el mundo que pueda segurar con legitimidad que sabe más que yo? Cuando se ha dejado de creer en la religión y por consiguiente en las imbéciles confidencias de un Dios con los hombres, todo lo que procede de esos mismos hombres debe ser sometido a examen y después ser vilmente despreciado, si la naturaleza me inspira pisotear esas mentiras. Desde el momento en que se demuestra que en religión, en moral y en política, ningún hombre puede haber aprendido más que yo, desde ese momento puedo ser tan sabio como él y entonces nada de lo que me anuncia puede ser respetado ya por mí. Ningún ser tiene el despótico derecho de someterme a lo que él ha dicho o pensado; por mucho que yo infrinja esas fantasías humanas, no hay ningún individuo en la tierra que pueda adquirir el derecho de censurarme o castigarme por ello. ¿En qué cúmulo de errores o de imbecilidades nos sumiríamos si todos los hombres siguiesen ciegamente lo que a otros hombres les ha dado la gana de establecer?, ¿y con qué increíble justicia llamaréis *moral* a lo que procede de vosotros, *inmoral* a lo que procede de mí? ¿A quién acudiremos para saber de qué lado está la razón?

Pero, se objeta, hay cosas tan visiblemente infames que es imposible dudar de su peligro o de su horror. Por lo que a mí se refiere, confieso sinceramente que no conozco ninguna acción de este tipo... ninguna que, aconsejada por la naturaleza, no haya sido en otro tiempo la base de antiguas costumbres; ninguna, por último, que estando sazónada con algún atractivo no sea por eso mismo legítima y buena. De donde concluyo que no hay una sola a la que debemos resistirnos, ni una que no sea útil, ni una por fin que no haya tenido en alguna ocasión la sanción de los pueblos.

Pero, se dice todavía imbécilmente, puesto que habéis nacido en este clima debéis respetar sus costumbres. Ni una palabra: es absurdo por vuestra parte que me queráis convencer de que debo sufrir las equivocaciones de mi nacimiento; yo soy tal y cómo la naturaleza me ha formado; y si hay cualquier tipo de oposición entre mis inclinaciones y las leyes de mi país, como la equivocación es únicamente de la naturaleza, jamás se me debe imputar a mí...

Pero, se añade todavía, perjudicaréis a la sociedad si no se os retira de ella. ¡Todo eso son tópicos! Abandonad vuestros estúpidos frenos y dadles a todos los seres el mismo derecho a vengarse de la afrenta que recibieron: ya no necesitaréis códigos, ya no necesitaréis las estúpidas elucubraciones de esos enfáticos pedantes, llamados graciosamente *criminalistas*, que, inclinando la balanza de su inepticia hacia acciones

incomprendidas por su lúgubre genio, no quieren darse cuenta de que cuando la naturaleza tiene rosas para nosotros, no puede tener necesariamente más que cardos para ellos.

Abandonad al hombre a la naturaleza, ella lo conducirá mucho mejor que vuestras leyes. Sobre todo, destruid esas vastas ciudades donde la saturación de vicios os obligan a leyes represivas. ¿Qué necesidad hay de que el hombre viva en sociedad? Devolvedle al corazón de los agrestes bosques que lo vieron nacer, y dejadle que haga allí todo lo que le venga en gana: entonces sus crímenes, tan aislados como él, no tendrán ninguna consecuencia y vuestros frenos ya no serán necesarios. El hombre salvaje sólo conoce dos necesidades: la de joder y la de comer; las dos proceden de la naturaleza: nada de lo que haga para satisfacer a una y otra de esas necesidades puede ser criminal. Todo lo que hace nacer en él pasiones diferentes se debe sólo a la civilización y a la sociedad. Ahora bien, desde el momento en que esos nuevos delitos no son sino un producto de las circunstancias, inherentes por tanto a la manera de ser del hombre social, ¿con qué derecho, por favor, se los reprocháis?

Los dos únicos tipos de delitos a los que puede estar sujeto el hombre son los siguientes: 1° Aquellos que le impone su estado salvaje: ahora bien, ¿no sería una locura castigarlo por esos? 2° Aquellos que le inspira su unión con otros hombres: ¿no sería más extravagante todavía actuar severamente contra estos? ¿Qué os queda entonces por hacer, hombres ignorantes y estúpidos, cuando veis cometer crímenes? Debéis admirar y callaros; admirar... por supuesto, porque no hay nada más interesante, nada tan hermoso como el hombre arrastrado por sus pasiones; callaros... mucho más evidente todavía, porque lo que veis es obra de la naturaleza, que sólo os debe inspirar respeto y silencio.

Respecto a lo que a mí se refiere, convengo con vosotros, amigos míos, en que no existe en el mundo un hombre más inmoral que yo; no hay ningún freno que no haya roto, ni un solo principio al que no me haya enfrentado, ni una sola virtud que no haya ultrajado, ni un solo crimen que no haya cometido; y debo confesarlo, solamente con la transgresión de todas las convenciones sociales y de todas las leyes humanas, he sentido a la lujuria palpar en mi corazón y consumirlo con sus fuegos divinos. El pito se me pone tieso con todas las acciones criminales o feroces; se me pondría tieso asesinando en los caminos reales; se me pondría tieso ejerciendo el oficio de verdugo. ¡Y!, ¿por qué rechazar esas acciones desde el momento en que aportan a nuestros sentidos una turbación tan voluptuosa?

—¡Ah! —dice Laurentia—... ¡Asesinar en los caminos reales!

—Por supuesto. Es un acto violento: toda violencia agita los sentidos; toda emoción en el sistema nervioso, dirigida por la imaginación, despierta sobre todo la voluptuosidad. Por lo tanto, si a mí se me empalma yendo a asesinar a los caminos reales, puesto que esta acción obedece al mismo principio que me hace desabotonar mi pantalón o arremangar una falda, debe ser ejecutada como ella, y entonces la cometeré con la misma indiferencia, pero con mayor placer porque tiene algo que la hace mucho más excitante.

—¿Cómo —dice mi compañera— no detuvo jamás tales extravíos la idea de un Dios?

—¡Ah! ¡No me hable de esa indigna quimera! Ni siquiera tenía doce años cuando ya era objeto de mi risa. No me cabe en la cabeza que gente sensata pueda detenerse un momento en esa repugnante fábula de la que abjura el corazón, de la que reniega la razón, y que sólo puede encontrar partidarios entre los estúpidos, los bribones o los granujas. Si fuese cierto que existe un Dios, dueño y creador del universo, de acuerdo

con las nociones recibidas de sus partidarios, sería sin duda alguna el ser más extravagante, más cruel, más malvado y más sanguinario; y desde ese momento nunca tendríamos la fuerza, la energía suficiente para odiarlo, execrarlo, despreciarlo y profanarlo hasta el punto en que lo merecería. El mayor servicio que podrían prestarle los legisladores sería una severa ley contra la teocracia. No es posible imaginarse hasta qué punto es importante derribar los funestos altares de ese horrible Dios: en tanto que esas fatales ideas puedan renacer, no habrá para los hombres ni descanso, ni tranquilidad sobre la tierra, y la llama de las guerras religiosas estará constantemente suspendida sobre nuestras cabezas. Un gobierno que permite todos los cultos no ha satisfecho por completo la meta filosófica a la que todos deben tender: debe ir más lejos, debe expulsar de su seno a todos aquellos que pueden perturbar su actividad. Ahora bien, cuando queráis demostraré que un gobierno no será nunca fuerte ni estable en tanto que siga admitiendo dentro de él el culto de un Ser supremo, es decir, la caja de Pandora, el arma afilada y destructora de todo gobierno, el terrible sistema en virtud del cual los hombres se creen cotidianamente en el derecho de destruirse entre sí. ¡Qué perezca mil y mil veces aquel al que se le ocurra hablar de un Dios en cualquier tipo de gobierno! El granuja, en nombre de ese ser sagrado y reverenciado por los tontos, no tendrá otro objeto que minar las bases del Estado; quiere formar dentro de él una casta independiente, siempre enemiga de la felicidad y la igualdad; quiere dominar a sus compatriotas, quiere encender el fuego de la discordia, y acabar encandeniendo al pueblo, del que sabe perfectamente que siempre hará lo que él quiera, cegándolo con la superstición, envenándolo con el fanatismo.

—Pero —dice la Durand con la sola intención de hacer hablar a nuestro hombre—, la religión es la base de la moral; y la moral, a pesar de las salvedades que tú has hecho, sigue siendo esencial para un gobierno.

—Sea cual sea el tipo de gobierno que supongáis —respondió Cornaro— os probaré que la moral es inútil para él. ¿Y qué entendéis, realmente, por moral? ¿Acaso no es la práctica de todas las virtudes morales? Ahora bien, por favor, ¿qué importancia tiene para los resortes del gobierno el respeto de todas las virtudes? ¿Acaso creéis que el vicio, lo contrario de esas virtudes, puede poner trabas a esos resortes? Jamás. Incluso es mucho más importante que la actividad del gobierno recaiga sobre seres corrompidos que sobre seres morales. Estos razonan, y jamás tendréis un gobierno sólido allá donde los hombres razonen; porque el gobierno es el freno del hombre, y el hombre inteligente no quiere ningún tipo de freno. Por eso mismo los más hábiles legisladores desearían reducir a la ignorancia a los hombres que querrían regir; se dan cuenta de que sus cadenas sujetarían durante mucho más tiempo al imbécil que al hombre de genio. En un gobierno libre, ibais a responderme, ese deseo no puede ser el de un legislador. ¿Y cuál es, según vos, un gobierno libre? ¿Acaso existe uno sólo sobre la tierra? Digo más, ¿acaso puede existir uno sólo? ¿Acaso no es el hombre en todas partes esclavo de las leyes y, desde ese mismo momento, no está ya encadenado? En cuanto lo está, ¿no debe desear su opresor, sea cual sea, que permanezca en ese estado en el que puede ser más fácilmente cautivado? Ahora bien, ¿no es ese estado visiblemente el de la inmoralidad? ¿Acaso no es la especie de embriaguez, en la que vegeta constantemente el hombre inmoral y corrompido, la condición en que lo mantiene su legislador con mayor facilidad? Entonces, ¿por qué habría de darle virtudes? Sólo cuando el hombre se refina sacude sus yugos... cuando observa atentamente su gobierno, cuando lo cambia. En interés de ese mismo gobierno, asentadlo en la inmoralidad, y el hombre siempre será sumiso. Además, viendo las

cosas en conjunto, os pregunto: ¿qué consecuencia tienen los vicios entre los hombres? ¿Qué le importa al Estado que Pedro robe a Juan o que, a su vez, éste asesine a Pedro? Es totalmente absurdo creer que esos diferentes delitos recíprocos puedan tener la menor importancia para el Estado. Pero se precisan leyes que repriman el crimen... ¿de qué sirven? ¿Qué necesidad hay de reprimir el crimen? El crimen es necesario para las leyes de la naturaleza, es la contrapartida de la virtud: ¿acaso les conviene a los hombres reprimirlo? ¿Acaso el hombre de los bosques tenía leyes que contuviesen sus pasiones y no vivía tan feliz como vos? No temáis que la fuerza sea alguna vez mermada por la debilidad; si ésta sufre, es una de las leyes de la naturaleza: no os corresponde oponeros a ella.

–Este –digo– es una sistema que abre la puerta a todos los horrores.

–Pero los horrores son necesarios: ¿acaso no os da la naturaleza una muestra convincente de ello haciendo nacer los venenos más peligrosos al pie mismo de las plantas más saludables? ¿Por qué censuráis el crimen? No porque lo creáis un mal en sí mismo, sino porque os perjudica: ¿creéis que aquel al que le sirve se le ocurre censurarlo? ¡Y!, no, no. Y si el crimen hace tantos desgraciados como felices sobre la tierra, ¿será justa la ley que lo reprima? El carácter de una buena ley consiste en hacer feliz a todo el mundo: la que promulguéis contra el crimen no cumplirá ese gran fin; no habrá satisfecho más que a la víctima del delito, pero le disgustará soberanamente al agente. La mayor desgracia de los hombres es que en legislación sólo tienen en cuenta a una parte de la humanidad, sin prestar la menor atención a la otra; y de ahí que haya tantas meteduras de pata.

Estábamos en éstas cuando nos anunciaron que una mujer, sumida en la más extrema miseria, solicitaba con viva insistencia el honor de hablar un momento con Cornaro.

–Hacedla entrar –digo yo sin darle al veneciano tiempo para responder.

Rápidamente, las mujeres que estaban de rodillas alrededor de la mesa se levantaron para hacer sitio a esta nueva escena y fueron a aposentarse en la gradería donde presentaban sus nalgas las cincuenta sultanas.

En seguida vimos aparecer, con modestia, a una mujer embarazada, de treinta años, hermosa como Venus, seguida de dos muchachitos que le pertenecían, uno de catorce años y otro de trece y dos niñas también hijas suyas, una de quince años y otra de doce.

–¡Oh, señor! –exclamó, cayendo con toda su familia de rodillas ante Cornaro, la víctima de la escena que yo había preparado para emocionarlo–... ¡Oh!, ¡señor... señor!, imploro vuestra piedad; en nombre del cielo, apiadaos de la suerte de una madre abandonada por su esposo y cuyos desgraciados hijos veis pidiendo un trozo de pan. Desde hace dos años no tenemos de nada; sin trabajo, sin recursos, los cinco estamos dispuestos a sumirnos en el eterno abismo de la muerte, si la dureza de los hombres persiste en quitarnos todos los medios de prolongar nuestros días... ¡Oh!, querido señor, no veáis sin apiadaros la gran miseria que está a vuestros pies: socorrednos o pereceremos.

Lo he dicho ya, no podía haber nada tan bonito como esta mujer; su traje descuidado, su embarazo, gracias infinitas derramadas por toda su persona, hijos con un rostro encantador, interesantes lágrimas que inundaban las mejillas de esta bonita familia, todo inflamó de tal forma la criminal lujuria de nuestro libertino que por un instante creí que iba a descargar sin que se la tocara; pero se guardó muy bien; el criminal se reserva para escenas mucho más excitantes; y para ejecutarlas pasa con-

migo a un gabinete, donde acababa de hacer entrar a las nuevas víctimas que acabo de pintar.

Allí es donde la ferocidad de este antropófago aparece en toda su extensión. Ya no es dueño de sí; sus deshilvanadas expresiones anuncian su nuevo desorden; ya sólo balbucea palabras sucias e incoherentes, palabras terribles o blasfemias. Os lo pintaré en ese extravío: para el artista que desarrolla ante los hombres las monstruosidades de la naturaleza, todos los rasgos son esenciales.

–¡Y bien, zorra! –dice al entrar–, vengo a traerte ayuda; estás embarazada, vengo a hacerte poner tu huevo. Vamos, desnuda... y nalgas, sobre todo... Juliette, estoy excitadísimo, excitadísimo... Frota mis cojones con el aguardiente... ¡Pero desnuda a esas zorras... date prisa!...

Y con estas palabras, lanza al rostro de la madre un puñetazo furioso que le pone un ojo a la funerata, le rompe un diente, la tira a veinte pasos de él; y el verdugo, mientras actúa, toca mi culo de una forma tan brutal que, temiendo que la tome conmigo, me apresuro a quitar los harapos que cubren a esta infortunada, ya sobre el suelo que pronto regará con su sangre y sus lágrimas. Como esto me obligaba a estar inclinada, y presentar enteramente mis nalgas al disoluto, se apodera de ellas y me encula.

–¡Desnúdala! –exclama–, ¡arranca, desgarras, estrangúlala si se resiste! ¿No ves lo excitado que estoy?

Y entonces Cornaro exige que esta infortunada venga de rodillas a suplicarme que la desnude; le rompe la nariz mientras lo hace. En cuanto la pobre mujer está en el estado deseado por él, sale de mi culo, la levanta y en un abrir y cerrar de ojos la despoja, así como a los dos muchachos y las dos niñas, llena estos cuatro culos de las más brutales y repugnantes caricias; después, ordenándome que la queme las nalgas con una vela:

–¡Vamos, joder! –dice furioso, al cabo de un rato–, dadme vergas...

En cuanto está armado, tumba a la madre de espaldas, de forma que esté bien expuesto su grueso vientre; a continuación, pone sobre el vientre a los cuatro hijos escalonados, lo que le permite flagelar un vientre y cuatro culos. Primero besa, recorre dulcemente todo eso; se extasía ante la vista de tantos encantos, se asombra de que la miseria y la indigencia de estas desgraciadas criaturas no les haya quitado nada de su frescor y sus carnes. Después, pasando de la sorpresa a la maldad, flagela al mismo tiempo, subiendo con la rapidez del rayo, el vientre más duro, más blanco y las ocho nalgas más apetitosas. Yo lo masturbaba durante la operación, mantenía su energía con detalles más atroces y sanguinarios todavía. De tanto en tanto, cuando descansaba, cuando se extasiaba ante la vista de llagas abiertas por su barbarie, me metía el pito en el culo, se retiraba al cabo de tres o cuatro embestidas, y retomaba sus funestas fustigaciones. Cansado de este primer placer, se pone a comprimir el vientre de la joven madre, a apretarlo, golpearlo, llenarlo de puñetazos, y, entretanto, devoraba a besos las sangrientas nalgas de los cuatro hijos.

Se cambian las posturas: tumba a la madre en mitad de una cama, sobre la espalda, pone entre sus piernas, uno tras otro, a cada uno de sus hijos y los encula llenando el vientre de la madre con los más sensibles ultrajes.

–Amigo mío –digo–, leo en tus ojos que tu semen va a traicionarte; no podrás contenerte ante esta excitante escena; tus fuerzas se perderán, y ya no podrás consumir tu crimen, ni gozar de los nuevos episodios que deben preceder a su realización.

–¿Y entonces qué más me preparas todavía? –dice el veneciano, borracho de lubricidad.

–Ven –le digo–, deja descansar un rato a esas criaturas, volverás a ellas dentro de un minuto.

Lo arrastro a una sala donde Durand acababa de preparar, junto con Laurentia, la nueva escena que vais a ver.

Esta sala representaba uno de esos templos donde en otro tiempo se celebraban las Saturnales en Roma. Nueve cuadros lúbricos se le ofrecían al veneciano.

El primero representaba un guapo hombre, con el pito cerca del culo de un muchachito, al que acariciaba otro marica.

En el segundo, se veía una mujer de cuarenta años masturbando a una joven de quince y masturbada a su vez por una de dieciocho.

En el tercero, un forzudo atleta enculando a una hermosa negra y lamiendo el coño de una bonita blanca.

En el cuarto, una madre azotaba a su hija y era azotada a su vez por un hombre.

El quinto ofrecía un hombre enculando a un ternero y sodomizado por un perro.

El sexto, un hombre azotando con toda su fuerza a su propia hija, atada a lo largo de una escalera; era zurrado al mismo tiempo.

El sexto, un grupo de diez muchachas acariciándose las diez.

El octavo, un grupo de diez hombres enculándose mutuamente y en unas posturas suficientemente extravagantes para no componer sino una masa redonda.

Por último, en el noveno se veía a hombres enculando a muchachas taradas, mientras acariciaban a viejas de sesenta años y unos muchachitos les mordían las nalgas.

En medio de todo esto, dos matronas parecían ofrecer a Cornaro seis niñas de dos o tres años, completamente desnudas y hermosas como amorcillos; llevaban una corona de flores. Todo estaba en acción; todo excitaba; todo se prestaba. No se oían más que gritos de placer o de dolor y el delicioso murmullo de los cintarazos de las vergas. Todo estaba en total desnudez; todo presentaba la lubricidad en sus aspectos más escandalosos. Abundantes chorros de luz, producidos por lámparas alimentadas con aceite de jazmín cuyo perfume halagaba el olfato tanto como los rayos encantaban la vista, acababan de convertir este templo en uno de los más deliciosos retiros que hubiese nunca visto la lujuria erigirse para ella misma.

Nuestro hombre recorre los diferentes cuadros ofrecidos a su lujuria. Dos azotadores y dos azotadoras le siguen con el fin de irritar su culo de todas las formas posibles*. Aquí el disoluto aprieta tetas; de ese lado araña un coño; allá vigorosos puñetazos llenan de sangre los rostros más bonitos. Es el tigre furioso en mitad de un rebaño de ovejas.

–Vamos –dice–, acabemos: no puedo aguantarme más; pero quiero actuar ante todo el mundo; quiero unir el placer del escándalo a los horrores que por fin determinarán mi esperma. Dame seis muchachas y seis muchachos, los más sensibles y honrados que tengas aquí. Me rodearán mientras yo actúo, y haré todo lo que esté en mi mano para ser lo más terrible posible.

Al momento le traigo lo que me pide y pasamos todos al gabinete donde nos espera la desgraciada familia. Lo rodean; se pronuncia pena de muerte contra aquellos que no puedan soportar el espectáculo o que viertan una sola lágrima. Cornaro se apoderó de la madre; la ata por los pies y la suspende así del techo, con el fin de que su hijo se ahogue. Hace que la muchacha más bonita sea sujetada por su hermana; la encula.

* Jamás se desea más vivamente un pito en el trasero que cuando se acaba de ser azotado, y jamás más vivamente un látigo que al acabar de ser jodido. Es inaudito cómo esos dos placeres se sirven mutuamente y se encadenan.

Después, armado con una sierra de tres dientes, corta así lentamente la cabeza de esa infortunada, mientras la sigue enculando. El cruel hizo durar más de una hora esa execrable operación. Tres de las espectadoras se encuentran mal y se rompen la cabeza al caer.

–Márcalas –dice Cornaro–, me dedicaré a ellas cuando haya acabado...

La cabeza cae al fin. Otro la sustituye; y sólo en el culo del último de los hijos y recortando el cuello de esta última víctima es como el malvado pierde por fin los chorros del espumeante esperma cuyos burbujeos le hacen tan feroz. Otras tres espectadoras se habían desmayado; el resto se deshacía en lágrimas. En cuanto a la madre, no existía ya: su hijo la había ahogado al descender hasta el pecho. En este terrible retiro sólo se veía ya el agotamiento del crimen por un lado y sus siniestros efectos por otro.

–¡Y qué!, amigo mío –le digo acercándome al culpable y sacudiendo su pito– ¡Qué! ¿Dejarás a esas víctimas sin castigo? ¿No ejecutarás la sentencia que dictaste contra ellas?

–No –dice el veneciano–, estoy agotado; no estoy aburrido del crimen, pero estoy cansado; necesito descansar...

Viendo que no podía sacar más de él, le hago servir un consomé, y se retira, tras haberme pagado cien mil francos por las orgías que acababa de celebrar.

El individuo más aparente que vino a visitarnos, tras este personaje, fue una noble veneciana, muy rica y muy conocida por sus libertinajes. Silvia, de cuarenta y cinco años, alta, digna de ser pintada, y con los ojos más hermosos posible, llegaba para pasar tres días enteros a nuestra casa.

–Amigas mías –nos dice–, tengo una acumulación de semen que no puede derramarse más que con horrores, y los deseo de todos los tipos. En primer lugar –prosiguió esta nueva Mesalina–, quiero que me prostituyáis a algún libertino, cuyos extravagantes gustos me paseen uno tras otro por los senderos más cenagosos de la crápula.

–Hay uno dispuesto abajo –respondí–, señora, y que seguramente hará vuestras delicias; pero os golpeará, os dará una buena tunda.

–¡Ah, corazón mío!, es todo lo que pido; ardo en deseos de ser la víctima de un libertino semejante... ¿Qué me hará después?

–Tras haberos tratado como a la última de las desgraciadas, os obligará a menearle pitos en el rostro; os hará joder en el coño delante de él y acabará enculándoos.

–¡Ah! ¡Es delicioso! –respondió Silvia–; es exactamente lo que deseo. Apresurémonos a comenzar por esa escena: después os contaré cómo quiero acabarla.

Hice subir al hombre en cuestión. Me había pedido alguien de la edad y el carácter de Silvia. Su alegría al verla fue enorme. Nuestros dos actores estuvieron pronto en las nubes; y yo, tras mi tabique, cómodamente tumbada entre dos muchachas, que me masturbaban a la vez por delante y por detrás, no me perdía nada del espectáculo. Dorsini debutó con una docena de patadas en el culo, rápidamente seguidas de unas veinte bofetadas y de ocho o diez puñetazos; pero todo ello asestado con tal rapidez que Silvia creyó que era asaltada por una lluvia de golpes. Sin embargo, aguanta firmemente e incluso sus ojos no anuncian sino placer. A esta tormenta le suceden insultos: jamás se trató a una mujer como Dorsini trató a Silvia.

–Vamos –dice– ¡Que me traigan, pitos!, quiero ver cómo ejerce su oficio esta puta...

Aparecen seis hermosos fornicadores; Silvia, desnuda, con las nalgas apoyadas en el pito del disoluto, le hace vomitar pollas en el rostro; es regado de esperma; se le

unta la nariz con él; apenas se le pone tiesa. Aparecen seis nuevos jóvenes; les ordena que jodan a su puta.

–¡Santo Dios! –exclama al verla agitarse bajo ellos– ¡Qué zorra, qué desvergonzada...! ¡Oh!, vieja ramera, ¡cómo te domina el temperamento! ¡Jura, puta, blasfema contra Dios!...

Y Silvia responde a esta invitación con mil y un insultos al Eterno. Jamás se lleva tan lejos el idioma de la blasfemia. Al menos me hubiese quedado este convencimiento si Dorsini no la hubiese superado. Entretanto, el granuja se masturbaba él mismo, manoseando alternativamente el culo de los fornicadores y el de su ramera. Al fin la hace darse la vuelta; el fuerte fornicador que la encoña expone sus nalgas a Dorsini, el cual tras un previo examen de ese culo, que, como bien imaginaréis, no tiene lugar sin algunas vejaciones, apunta su pito al orificio inmoral y se sumerge en un minuto. Silvia lo soporta todo sin pestañear, tan cierto es que puede encontrar placer en el papel de paciente como en el de agente: la imaginación es la única cuna de las voluptuosidades, sólo ella las crea, las dirige; no hay más que un físico grosero... imbécil en todo lo que ella no inspira o embellece.

Pero Dorsini, al que se encula mientras él actúa, no hace más que excitarse previsoramente en el ano; la boca es su templo ordinario, allí es donde se consume su homenaje; la exige lleno de furia y continúa jodiéndola en cuanto está dentro, y el granuja descarga con gran contento de su zorra, que lo chupa con un ardor propio para caracterizar su puterío y todo el terrible desorden de su cabeza impúdica. Dorsini paga y se retira.

–Repartamos –me dice Silvia–, me gusta el dinero que procede del burdel, siempre me ha traído felicidad. Ya estoy bastante excitada –me dice a continuación–, procedamos a lo demás.

Entonces la granuja, reuniendo en un vasto salón a veinticinco hombres soberbios y a veinticinco muchachas de una extrema belleza, se entrega durante dieciséis horas seguidas, delante de mí, a los más monstruosos extravíos del libertinaje, a las pasiones más desordenadas, a los gustos a la vez más sucios y más extraordinarios en una mujer que necesariamente no ha debido contraer semejantes costumbres más que tras haber renunciado a todo interés por su reputación, a todos los principios de pudor y de virtud cuyo depositario parece ser que debe serlo únicamente nuestro sexo, y de los que una no se aleja jamás sin sobrepasar entonces todo lo que los hombres ofrecen de más execrable en ello.

Silvia, inflamada, acaba con la crueldad; es lo normal. Inventó el horror siguiente. Elige como víctima a un muchachito de trece años, guapo como un ángel.

–Le haré mucho daño –me dice–; quizás incluso lo reduzca a un estado tal que lo entierres pocos días después. ¿Por cuánto quieres vendérmelo?

–Mil cequíes.

Se cierra el trato. La granuja hace atar a este niño boca abajo en un banco retorcido de tal forma que le exponía enteramente su trasero: entonces se monta sobre el rostro de un guapo joven tumbado sobre un montón de cojines, y se hace lamer el coño por él, mientras que otro, de rodillas delante de su grupa, le hurga en el culo. Excitada de esta manera, se arma con una vela y se deleita calcinando lentamente las nalgas y el agujero del culo de la víctima que, como os podéis imaginar, lanza terribles gritos durante la operación. En cuanto a Silvia, descarga; la zorra se extasia blasfemando como un carretero y lleva la ferocidad hasta el punto de darle la vuelta al niño y arrancarle con los dientes todas las partes que constituyen su sexo. Lo retiramos

desvanecido; el desgraciado murió tres días después; y Silvia, triunfante tras haberme cubierto de oro, no se pasó mucho tiempo sin venir a mi casa a repetir horrores parecidos.

A ella le debimos, unos meses después, el conocer al senador Bianchi, uno de los más ricos ciudadanos de la república, de alrededor de unos treinta y cinco años. La manía de este libertino consistía en prostituir en el burdel a dos sobrinas de las que era tutor. A pesar de todos los intentos de este hombre por aniquilar el pudor en el alma de estas jóvenes, todavía adolecían bastante de la excelente educación que habían recibido para no prestarse con pena a semejante acto de libertinaje. Se ruborizaron al mirarme y entonces fue cuando pude ver hasta qué punto embellecía este candor las gracias con que las había ornado la naturaleza: era imposible ser más bonitas. A partir de ese momento, abrazo con placer el lujurioso proyecto del disoluto y me complazco en escandalizar esos castos oídos con indignos requiebros.

–¿Qué mercancía les va bien a estas putas, amigo mío? –le digo al senador–; ¿gruesa o menuda?

–Míralo tú misma –me respondió Bianchi, arremangando una tras otra a sus dos sobrinas delante de mí–, mide sus coños y ve lo que les va bien.

–Bien –digo tras haber metido bastante brutalmente mis dedos en ellos–... les conviene algo mediocre.

–¡Y! ¡No, no, santo cielo! –exclamó Bianchi–, quiero ensancharlos: dame lo más gordo que tengas.

Y tras esta rotunda orden, con la que las pobres muchachas seguían ruborizadas, presento seis jóvenes fornicadores cuyos miembros tenían por lo menos doce pulgadas de largo por ocho de circunferencia.

–Esto es lo que deseo –me dice nuestro hombre manoseándolos–; pero seis no son suficientes, querida, no conoces el apetito de estas señoritas a pesar de su aire cándido, joden como lobas y doce hombres, apuesto lo que sea, apenas si las dejarán satisfechas.

–¡Y bien! –le digo–, aquí tenéis seis más. ¿Y a ti, qué te hace falta, amable libertino? ¿Qué haces tú mientras se deshonra a tus sobrinas?

–Jodo muchachos; haz que vengan seis de doce años, a todo lo más...

Se los procuro en un momento; empieza la operación y ya estoy yo en mi puesto, porque podéis creer que no me perdía semejantes escenas.

Ese libertino hizo horrores, hizo que ejecutasen otros más terribles todavía sobre sus sobrinas; murió poco después de este episodio, y el bárbaro había desheredado a esas desgraciadas al expirar. La miseria en que las dejó las obligó a venir a pedirnos asilo, que les concedimos al precio de una prostitución que nos valió mucho dinero. Fue la menor, es decir, una de las muchachas más hermosas de Europa, la que entregué algún tiempo después al hombre cuya pasión merece un artículo aparte en esta interesante recopilación de lubricidades inhumanas.

Alberti era un hombre alto, seco, de unos cincuenta y cinco años, que sólo con su aspecto era capaz de aterrorizar a una mujer. Le mostré la delicada y hermosa niña que le destinaba. Me ordena que la desnude, y la examina después, palpándola brutalmente, como se hace con un caballo cuyos defectos quieren conocerse. Ni una palabra durante el examen; ni un gesto que demostrase lubricidad: sólo sus ojos estaban encendidos; respiraba con dificultad.

–¿Está embarazada? –me preguntó al cabo de un rato, llevando sus manos al vientre, siempre con la misma brutalidad.

–No lo creo –respondí.

–Tanto peor; os lo habría pagado al doble si lo hubiese estado; sea como sea ¿cuánto quieres por este animal?, sabes a qué la destino.

–Dos mil cequíes –digo.

–Los daría si estuviese embarazada; no estándolo, sólo ofrezco la mitad.

Regateamos frente a la víctima; la entrego por fin. A partir de ese mismo momento, es encerrada en una habitación de nuestra casa, tan baja y tan prodigiosamente aislada que no podían oírse sus gritos. Allí, tumbada sobre paja, el suplicio de la desgracia debía durar nueve días; la comida disminuía gradualmente hasta el cuarto día: los cinco últimos ya no se le daba nada. Cada día venía el feroz Alberti a imponer suplicios a la víctima; pasaba dos horas con ella; Rosalba y yo asistíamos a la sesión con otra muchacha que variaba todos los días.

Lo primero que hizo este libertino cruel fue apretar con fuerza las nalgas y las tetas de la víctima; las estrujaba, las pellizcaba, las comprimía con tal habilidad que en menos de una hora esos cuatro globos de carne estaban totalmente magullados. Colocada enfrente de él, a la altura de su boca, besaba mis nalgas entretanto, mientras que Rosalba lo masturbaba y la que variaba todos los días lo fustigaba con todas sus fuerzas. Sumido en un total recogimiento, Alberti no dejaba escapar más que palabras entrecortadas, mezcladas con juramentos.

–¡Villanas carnes! –dice irónicamente– ¡Qué execrable culo! Semejantes mondongos sólo son buenos para ser hervidos.

Y las Gracias embellecían aquellas que se atrevía a tratar de tal manera. No descargó.

Durante los dos primeros días, los procedimientos fueron los mismos. El tercero, las partes carnosas de la víctima se encontraban tan marchitas, tan hinchadas, que se apoderó de su sangre una fiebre altísima.

–Bien –dice Alberti–, así es como yo la deseaba; mi intención era que el régimen comenzase sólo al cuarto día... Pero este nuevo acontecimiento lo decide para hoy.

Y sigue apretujando. Al final de la sesión, sodomiza a la víctima, pellizcándole con fuerza los muslos; después trató de la misma forma a la nueva muchacha que nos ayudaba, y hurgaba en mi trasero. Los episodios de los tres días siguientes fueron los mismos. No descargó nunca. Para ese entonces, las nalgas y las tetas de la víctima parecían pieles de buey apergaminadas por el sol, y la fiebre, a pesar del régimen, seguía aumentando, y creímos que la desgraciada no llegaría al noveno día.

–Hay que hacer que se confiese –me dice por fin el octavo día al retirarse–; expira sin falta en la sesión de mañana...

Esta precaución me hizo reír: pero cuando supe que este disoluto quería ser el testigo secreto de la ceremonia, que no era más que un vehículo más para su lubricidad, me presté encantada.

Vino un monje y confesó a la desgraciada, mientras que Alberti, Rosalba y yo escuchábamos desde un cuarto cercano todo lo que decía la enferma. Nada pareció divertirlo tanto como este episodio.

–¡Ah, joder! –decía mientras lo masturbábamos–, no obstante, soy yo el que la reduzco a esto... ¡Esas son mis obras! ¡Oh!, la zorra, cómo me encanta oírlo...

Y como le habíamos dicho a la moribunda que el confesor era sordo, no nos perdimos una sola palabra de esta santa conversación. El monje desaparece: el disoluto entra. La joven, exhausta por el hombre, la fiebre y las contusiones, parece a punto de entregar el alma. Ese es el espectáculo del que quiere gozar el criminal. La pone

enfrente de él y mientras encula a Rosalba... a la que azota la nueva, me ordena que continúe sobre el cuerpo de la víctima en las mismas vejaciones con que él la ha atormentado hasta entonces. Vuelvo a manosear esas pieles colgantes: a la segunda o tercera compresión, la desgraciada, exhausta por tan largos sufrimientos, cae a nuestros pies sin vida. Ése es el momento de la descarga de nuestro hombre. ¡Pero, justo cielo! ¡qué impulsos! en mi vida había visto una descarga ni tan larga ni tan impetuosa. Estuvo más de diez minutos en éxtasis; y el efecto de la más abundante lavativa habría sido menos que la eyaculación de este criminal.

Alberti se convirtió en uno de nuestros asiduos mejores: no pasaba un mes sin que hiciese una novena en nuestra casa. Pronto le entregamos a la otra sobrina de Bianchi, pero ésta, mucho más deliciosa, expiró al séptimo día.

En media de todo esto, la Durand llevaba su negocio a las mil maravillas. Estaba tan bien informada de todas las intrigas de la ciudad, que al cabo de muy poco tiempo estuvo en condiciones de decir la buenaventura a todo el mundo. Supo que el Senador Contarini, padre de una hija de dieciséis años, hermosa como el día, se había enamorado perdidamente de ella. Fue a buscarlo.

–Calentadle los cascos –le dice– a vuestra encantadora Rosina con el deseo de descubrir lo que le sucederá a lo largo de su vida; indicadle mi casa; yo os ocultaré allí, y os respondo de haceros gozar de ella ampliamente, en las diferentes ceremonias a que la someteré para decirle la buenaventura.

El senador, fuera de sí, le promete a la Durand todo lo que ella desee si lo logra. La modesta Durand se informa de las pasiones del padre; y como el disoluto exigía muchas cosas, le pide tres mil cequíes. Contarini, muy rico, le dio la mitad por adelantado y la cita es para dos días después.

Rosina, deseosa de que la adivinen el porvenir, escribe a la Durand para pedirle día y ésta no deja de indicarle el mismo que ha convenido con el padre. Llega, despide a su aya. Y, lo confieso, cuando esa hermosa muchacha se desembarazó de las gasas que la cubrían, creímos que era el astro del día el que se mostraba, tras una tormenta, en el horizonte de la naturaleza. Representaos lo más perfecto que ha podido formar el cielo y todavía no tendréis sino una imperfecta idea de la interesante muchacha que en vano trataría de pintaros.

Rosina, de dieciséis años, alta y formada como las mismas Gracias, se parecía a esas hermosas vírgenes que inmortalizó el pincel de Albano. Sus cabellos castaños caían en bucles como una cascadas sobre su seno de alabastro; sus grandes ojos azules inspiraban a la vez amor y voluptuosidad; y sobre su boca de rosa se deseaba probar todas las delicias del Dios seductor cuya imagen era su conjunto. Nunca se tuvo una piel tan hermosa, nunca un seno tan redondo, muslos tan bien formados, un coño tan estrecho, tan caliente, tan encantador... ¡Y nalgas! ¿Qué ser en el mundo se hubiese resistido a ese hermoso culo? Confieso que cuando la vi me sedujo hasta tal punto que no pude impedirle llenarla de caricias. Previnimos a esta encantadora niña de todo lo que debía hacer para conseguir las profecías que pedía.

–Seréis azotada, ángel mío –le dijo la Durand–; además, sometida a un hombre que gozará de vos de todas las formas imaginables.

–¡Oh, cielos!, si alguna vez mi padre...

–¿Es severo vuestro padre?

–Celoso de mí como si fuese su querida.

–Vale; pero nunca sabrá ni una palabra de lo que ocurra: es el Ser supremo el que se apoderará de vos, querida niña, y las brechas que ocasionen sus goces serán reparadas

al instante. Además, esta ceremonia es indispensable: no sabréis nada de lo que deseáis si os negáis a someteros a ella.

Y, os lo confieso, amigos míos, nada nos divirtió más en todo esto que los combates del pudor y la curiosidad. Rosina quería y no quería; ya rebelde contra las pruebas, ya seducida por la esperanza de la información, nada era tan gracioso como ese estado de incertidumbre; y a no ser por la llegada del padre, creo que nos habríamos divertido durante todo un día. Pero como el senador ya estaba allí, había que asestarla rápidamente los últimos golpes. Rosine se decide por fin. Paso al lado de su padre; la Durand se queda con la hija.

Por muy grande que fuese el cariño de Contarini por su hija, como en un alma parecida el libertinaje lo es todo y el sentimiento nada, el senador me hizo los arreglos suficientes como para persuadirme de que no le molestaría que le expusiese mis encantos. Lo satisface, y sus caricias pronto me convencieron de sus gustos. El disoluto amaba apasionadamente el trasero, y estaba todavía acariciando el mío cuando oímos golpear en el tabique.

–Vamos –le digo–, preparaos, el cuerpo de vuestra encantadora hija va a llegaros.

Las planchas se entreabren y la hermosa Rosina, completamente desnuda, cae a disposición del incestuoso senador.

–¡Oh, joder! –exclama en cuanto ese tesoro es suyo– ¡Mastúrbame, Juliette, mastúrbame! Voy a morir de placer ante tantos atractivos...

Actúo; el libertino recorre todo el cuerpo; por un momento todo es igual para sus deseos; incluso besa el coño; pero pronto lo supera el culo. No es posible hacerse idea del ardor de los besos con que lo cubre.

–Masturba por debajo –me decía– mientras lamo el agujero de este hermoso culo.

Y como ya no podía dominarse, su pito, más duro que el hierro, se presenta en el agujero: encula. Rosine, poco acostumbrada a ataques semejantes, lanza gritos terribles; nada detiene la impetuosidad de este libertino, empuja, presiona, está dentro. El granuja toca mis nalgas; quiere que mi boca se pegue a la suya, que una de mis manos favorezca sus ataques, mientras que la otra le hurga en el agujero de su culo.

–Libertino –le digo mientras le obedezco–. ¿Así que tu intención es quedarte ahí y no vas a atacar ese bonito montecillo de Venus?

–No –me dice el fiel sodomita–, no, se me bajaría con la empresa: hace quince años que no toco ya ese fruto y quince que me da horror; pero quiero azotar...

Diciendo esto, se retira, coge las vergas que yo le presento y se pone a zurrar a su hija con tal violencia que la sangre que necesitábamos para la operación pronto corre por los muslos.

–Me encuentras cruel, hija mía –me decía Contarini–; pero uno no es dueño de sus pasiones: cuanto más refinadas son aquellas a las que nos entregamos, más terribles son sus excesos...

Y en este punto, el deseo de aumentar los tormentos de esta bonita desgraciada me inspiró espantosos consejos.

–¿Qué proyectos tenéis respecto a vuestra hija? –le pregunté.

–Joderla bien, azotarla cruelmente, divertirme de esta forma con ella durante tres meses, a continuación obligarla a que se meta en el convento...

Y durante este diálogo, los latigazos seguían desgarrando la piel más hermosa del mundo.

–Realmente, señor, me parece que no vale la pena conservarla para eso; y cuando estéis harto de ella, aquí se os darán fácilmente los medios para deshaceros de ella y no

tendréis que pagar dote.

–¿Qué dices, Juliette?

–Hay mil formas... ¡Cómo! ¿Acaso nunca ha venido a mancharos la imaginación la idea de un asesinato por libertinaje?

–Sí... alguna vez he concebido esa fantasía... ¡Pero con mi hija!...

Y vi que el pito del disoluto levanta con esta idea una cabeza rubicunda y bermeja, señal segura del placer con que se inflamaban sus excitados sentidos con la sola idea del proyecto.

–Juliette –proseguía, besando lleno de furia las marcas de su crueldad–, me confesarás que sería un crimen horrible, un delito sin igual, y que haría estremecer a la misma naturaleza.

–Sin embargo, gozaríais de él.

Entonces, para acabar de inflamar al disoluto, tiro de unos cordones habilitados. La habitación en que estábamos se queda completamente oscura; golpeo el tabique, y el cuerpo entero de Rosina pasa a la habitación.

–Observad –le digo en voz baja a Contarini–, aquí está entera; pero no digáis ni una palabra...

El libertino se apodera de su hija, se embriaga en su boca y sus tetas con los más divinos besos, la vuelve a encular y descarga.

–¡Oh!, cielos, ¿qué habéis hecho? –le digo–, os la ponía en vuestras manos: ¿qué provecho habéis sacado?... Devolvámosla, y trataré de volveros a la vida, mientras la Durand saca su horóscopo.

Vuelvo a golpear; se abre el tabique, la niña desaparece y entretanto la ingeniosa Durand la vendía a otro. Teníamos tres o cuatro abonados que no se divertían más que con este tipo de prostituciones; y teníamos buen cuidado en entregarles lo que se suponía debía convenirles.

Hago lo imposible para sacar a nuestro hombre de su embotamiento: nada pudo lograrlo. Contarini era uno de esos hombres débiles que no conciben el crimen más que en el delirio de sus pasiones; la idea que yo le proponía era demasiado fuerte para él, exigió su hija con insistencia. Voy rápidamente a prevenirle a la Durand; pero como estaba demasiado segura de ganar montones de oro con esta deliciosa muchachita, me aseguró que no la devolvería jamás. Opinando exactamente igual, me apresuré a proponerle un medio que satisfecería nuestro fin común; ella lo dispone todo.

–¡Oh!, señor –le digo, volviendo a encontrarme con el padre deshecha en lágrimas–, vuestra desgraciada hija... ¡y bien!, aterrorizada por la predicción, acaba de tirarse por una ventana: está muerta, señor, está muerta.

Contarini, desolado, pasa al cuarto de mi compañera; se le muestra un cadáver desfigurado de la edad y el tipo de su hija; el bendito lo cree todo. Por un momento quiere utilizar la amenaza, pero pronto se reprime ante el temor de una recriminación demasiado justa que sabía podíamos esgrimir contra él, se calla, sale llorando, como un imbécil, y nos deja a su querida y adorable hija que, seducida rápidamente por nosotras, se convirtió en seguida en una de nuestras mejores putas.

Poco después de esto, un noble veneciano de los más altos vino a comprarnos veneno para una mujer a la que había adorado y con la que se había casado hacía dos años. El desgraciado se creía engañado. No lo era: su mujer era un modelo de bondad y recato. Yo era la única culpable de las sospechas que tenía contra ella; eran obra de mi maldad. Esa mujer me desagradaba; quería perderla: lo logré; el malvado la envenenó él mismo, y podéis imaginaros lo que yo sentí.

Poco después, vino un hijo a pedirlo para su padre. Se trataba de la sucesión; el joven, impaciente, se aburría esperando: por dos mil cequies le vendimos el secreto de entrar en posesión de ella al día siguiente.

Espero que me hagáis la suficiente justicia para creer que en medio de todo eso, yo no me olvidaba de mí misma. Bastante rica para sufragar mis placeres, y para entregarme a los otros sólo por capricho o sordidez, me sumergí sin ningún freno en un mar de horrores y de impudicias. Seguía ejerciendo mi gusto por el robo y el asesinato; y en cuanto mi páfida imaginación condenaba a una víctima, era muy raro que no fuese inmolada poco después.

Estaba un día en uno de mis desórdenes morales y físicos, cuando recibí de Zeno, canciller de la República, la invitación de presentarme con mis dos amigas en su casa de campo, situada a orillas del Canal de Brenta. Allí nos pasamos un día entero en medio de las cosas más excitantes que podía ofrecernos la lubricidad. Exhaustas de cansancio, estábamos reponiéndonos con una comida deliciosa cuando una muchacha de dieciocho años, hermosa como el día, pidió hablar en ese momento con Zeno.

–¡Cómo! ¡Aquí, en el retiro de mis placeres! ¡Con la hora que es!

–Excelencia –dice la anunciadora–, ha forzado todo, está desesperada, ha venido ex profeso de Venecia, dice que la cosa apremia, y que no hay un momento que perder.

–Hacedla entrar –dice Zeno–... ¡Oh, Juliette! –prosiguió hablándome en voz baja–, o mucho me equivoco o tenemos aquí una buena ocasión para poner en práctica mis principios.

Se abren las puertas y la criatura más hermosa que yo hubiese visto en toda mi vida cae deshecha en llanto a los pies del magistrado.

– ¡Oh, monseñor! –exclama la hermosa afligida– Se trata de la vida de mi padre. Fue detenido ayer por una pretendida conspiración en la que nunca ha tenido nada que ver, y mañana caerá su cabeza en el cadalso... Vos sois el único que puede salvarlo; os ruego que me concedáis su indulto. Si es preciso que corra la sangre de uno de los dos, oh monseñor, tomad la mía y salvad la de mi padre.

–Amable niña –dice Zeno levantando a esta muchacha y poniéndola junto a él–, ¿acaso no sois la hermosa Virginie, hija del noble Grimani?

–La misma.

–Conozco vuestro asunto, señorita, y realmente vuestro padre, a pesar de lo que podáis decir, es totalmente culpable.

–No, monseñor.

–Lo es; pero todo puede arreglarse... Juliette, seguidme... En un momento estoy con vos, Virginie; voy a escribir lo necesario para salvar a vuestro padre.

–¡Oh, valiente señor!

–Un momento, no os deis tanta prisa en darme vuestro agradecimiento; el indulto todavía no está concedido.

–¿Cómo?

–Ya lo sabréis todo, señorita ; pronto estará todo en vuestras manos y sólo de vos dependerá si queréis obtener lo que pedís.

Pasamos a un gabinete.

–He ahí –me dice Zeno– una criatura que hace que se me ponga muy dura; es la muchacha más hermosa de Venecia; tengo que tenerla al precio que sea; sin embargo, no puedo salvar a su padre y aunque pudiese, Juliette, no lo haría. Voy a escribir dos cartas: en una pediré su indulto; su rápida ejecución en la segunda; y será esta última la que haga llegar mientras le hago creer que es la otra. Convencida de que envío la que

satisface sus deseos, Virginie me lo concederá todo. Pero cuando vea que la he engañado... ¡Oh, Juliette!, eso es lo que me preocupa.

–¿Y qué necesidad hay de dejarla libre?

– Su hija... Venecia... la república entera.

–Hay que denunciarla a ella también.

–Pero si la acuso no puedo gozar de ella ya: me perderá.

–Zeno, vuestras acusaciones son secretas, vuestros tribunales nada claros, vuestras ejecuciones nocturnas; prometedle a esa muchacha el indulto de su padre; enviad, como habéis dicho, el billete contrario a este deseo; gozad de ella; acusadla inmediatamente después: os juro que mis mujeres y yo os serviremos de testigos. Esos pequeños horrores son goces para mi depravado corazón y me entrego a ellos con placer. Certificad que esa criatura vino aquí sólo para seduciros, nosotras sostendremos lo mismo; tratad de calumnias, de recriminaciones, todo lo que ella invente para su defensa; pagad bien al abogado de oficio que se le asigne; que se instruya el proceso con tanta rapidez como secreto y en veinticuatro horas, si queréis, está despachada.

–Tienes razón... Aquí están los billetes escritos... Volvamos... ¡Oh, Juliette! ¡Qué goce!... No, nunca vi una muchacha tan encantadora como tú.

–Aquí está –dice Zeno reapareciendo– el indulto de vuestro padre, señorita; leed ese papel; pero espero que os imaginéis que semejantes favores no se conceden por nada.

–¡Oh!, monseñor, toda nuestra fortuna es vuestra: tomad, disponed, ordenad, tengo orden de mi familia de que haga con vos todos los tratos necesarios.

–No se trata de dinero –dice Zeno–, lo que exijo es mucho más precioso: son vuestros encantos, Virginie, lo que debéis entregarme; esa es la única recompensa que exijo por el indulto que os concedo, y el correo no saldrá hasta que haya obtenido lo que pido.

–¡Gran Dios! ¡Qué sacrificio!... ¡Oh tú al que amo –dice sacando de su pecho el retrato de su amante–, es preciso que se tenga la crueldad de ponerme entre la infidelidad y la infamia! ¡Ah!, monseñor, qué buena acción haríais contentándoos con la dicha de salvar la vida a un inocente...

–Eso es imposible; además, tenéis que decidiros ahora mismo... Son tales los crímenes de vuestro padre que dentro de unos minutos será ya tarde...

Y mientras ella decidía, Zeno fue a encerrarse con Lila para acabar de excitarse con las infamias que lo animaban. Cedo la palabra a Rosalba, cuyo espíritu penetrante hacía cada día nuevos progresos; y para llevar a su culmen la maldad, sermoneamos a esta muchacha en sentido inverso.

–¡Oh!, señorita –le dice Rosalba–, no confiéis en ese libertino; es capaz de todo desde el momento en que ha podido exigirnos vuestro honor en precio de la vida de vuestro padre. Os traicionará en cuanto haya gozado de vos; y el monstruo, para tapar su crimen, quizás os inmoles sobre los manes todavía palpitantes del respetable autor de vuestros días. Pero, suponiendo que mantenga su palabra, ¿cómo verá vuestro amante este sacrificio? El amor no perdona nada de estas cosas, y podéis estar segura de que jamás os perdonará; desconfiad de todas las trampas que se os tiende: lo que me habéis inspirado en cuanto os vi me anima a decíroslo... Estáis perdida si flaqueáis...

Cogiéndola en ese momento y con aire de no saber lo que Rosalba acaba de hacer:

–Señorita –le digo–, sé perfectamente que a vuestra edad el sentimiento y la delicadeza son dioses a los que uno cree que se debe inmolar: pero, ¿acaso esa loca constancia que guardáis a vuestro amante os debe hacer dudar, por favor, cuando se

trata de los sentimientos debidos a vuestro padre? Zeno, el más honrado de los hombres, es incapaz de traicionaros; además, pensad que no es vuestro corazón lo que exige, se contenta con vuestro cuerpo. No seréis menos pura por eso a los ojos de vuestro amante... ¡Ah!, creedme, hermosa Virginie, en la situación en que os ponen las circunstancias, no podéis negaros sin cometer un crimen. ¿Veréis con frialdad a vuestro padre marchando hacia la muerte, cuando un sólo instante de complacencia hubiese podido salvarlo? ¡Ah!, Virginie, ¿estáis bien segura de que esa fidelidad, a la que lo sacrificáis todo, es tan religiosamente observada por vuestro amante como lo es por vos, y acaso no conocéis a los hombres? ¿Y si sucediese que aquel al que amáis no tuviese tanta virtud, qué remordimientos no serían los vuestros en ese caso, por haber inmolado a vuestro padre a un sentimiento en el que no sois correspondida? No, señorita, no podéis negaros a lo que se os propone sin cometer un crimen; os lo repito: el pudor que vais a sacrificar es sólo una virtud convencional; la piedad filial, a la que ultrajaríais no cediendo, es el verdadero sentimiento de la naturaleza, el sentimiento precioso y querido que no podéis ahogar sin morir de dolor.

No os hacéis idea, amigos míos, de la conmoción que producíamos en esa alma timorata con frases de esta jaez. Su espíritu estaba tan trastornado que sus fuerzas morales estaban a punto de abandonarla. Zeno vuelve... y en tal estado de indecencia que ya no era posible dudar de la perdición de su desgraciada víctima. El granuja la tenía muy tiesa, y Lila, desnuda, nos lo traía por la punta del pito.

—¡Y bien!, ¿está decidida? —nos dice balbuciendo.

—Sí, sí, monseñor —respondí—, la señorita es demasiado razonable para no darse cuenta de que se debe mucho más a su padre que a su pretendida virginidad y está dispuesta a inmolárola al momento.

—¡No, no! —exclamó esta pobre muchacha deshecha en llanto—, no, no, prefiero la muerte...

Pero agarrándola entonces mis mujeres y yo, en dos minutos la exponíamos desnuda, a pesar de ella, a las impuras miradas del canciller.

¡Dios! ¡Qué formas! ¡Qué carne! ¡Qué lozanía! ¡Qué rosada! Flora en persona hubiese ofrecido menos atractivos. Zeno no se cansaba de admirarla, y cada uno de los besos lúbricos con que colmaba a esta encantadora muchacha parecía descubrir un encanto nuevo. Le ofrecimos el culo. ¡Justo cielo! ¡Qué atractivo, qué firme, qué redondo! Y cuando lo entreabrimos, cuando expusimos a los ojos de Zeno el gracioso agujero, objeto de sus deseos, creímos que moría de placer jodiéndolo con su lengua.

—Veamos cómo es en el placer —dice el canciller—; Juliette y tú, Rosalba, acariciadla las dos en todas las partes voluptuosas de su cuerpo. Yo me haré masturbar por Lila enfrente de la operación, y a medida que vayáis encendiéndola las dos, mi boca errante sobre todos sus encantos recogerá en ellos la voluptuosidad...

Este encargo me complacía tanto más cuanto que tenía unas ganas enormes de masturbar a esta hermosa muchacha. Nos pusimos manos a la obra mi compañera y yo con tanta habilidad que los hermosos ojos de Virginie pronto se cargaron de lubricidad; y la bonita granuja, extasiada en nuestros brazos, pronto facilita a Zeno, gracias al semen que perdía en abundancia, la destrucción de su virginidad. Lila presenta en seguida el instrumento del canciller; el disoluto empuja, pero está escasamente provisto y como Virginie descarga, desaparecen todas las dificultades: helo ahí dueño de la plaza mientras yo sujeto sola a la víctima y sigo masturbándola, mientras Lila, montada sobre el seno de Virginie, presenta su hermoso culo a los besos del disoluto y Rosalba lo fustiga.

Estaba dispuesto a perderse cuando lo detengo a las puertas del placer.

–Cuidad vuestras fuerzas –le digo– pensad en que os espera otra fortaleza, no agotéis vuestras municiones de guerra.

–Tienes razón –exclama retirándose.

Y en seguida mostramos a sus lúbricos deseos el culo más divino que hubiese creado la naturaleza después del de Ganimedes. Zeno lo contempla.

–¡Santo Dios! –dice– ¡Cuántos atractivos!...

Y el granuja, sin entretenerse en alabarlo más, pronto forzó todas las barreras gracias a la ayuda que le prestamos. Virginie, mediante la postura en que yo la había puesto, estaba apoyada sobre mi rostro, y yo chupaba su coño mientras era sodomizada; mis amigas masturbaban, manoseaban, servían a Zeno. Todo lo rodeaba de voluptuosidades, todo apresuraba la pérdida de semen, que pronto lanzó en el fondo del culo más hermoso del mundo, a pesar de los gritos, los saltos de la víctima, que no había soportado este ataque tan pacientemente como el otro.

–¡Qué goce! –me dice al retirarse– ¡Oh, Juliette!, después del que tengo contigo, no hay otro más delicioso en el mundo... Todavía estoy embriagado...

–Vamos –digo–, apresúrate a enviar el billete.

–Por supuesto –me respondió ese monstruo–; después de joder a esta muchacha, acabo de adquirir mayores derechos para condenar a su padre...

Después, en voz baja:

–Pero no me detendré ahí, Juliette. Quiero que mi maldad te asombre, y cuento con ese nuevo episodio para recobrar las fuerzas necesarias para un nuevo goce.

–¿Dejarás vivir durante mucho tiempo al objeto?

–Creo –dice Zeno– que añadiendo una palabra al billete vendrán a detenerla a mi castillo; y como de ahora a entonces ya la tendré dura, quizás esté todavía en su culo cuando lleguen para conducirla a la muerte.

–Ejecuta rápidamente –le digo a Zeno–; esa idea es deliciosa.

Parte el suplemento del billete, y volvemos a entregarnos a las lujurias. Por la forma en que yo veía que Zeno acariciaba las nalgas de Virginie, era fácil sospechar todas las conjuraciones que maquinaba interiormente contra ese hermoso trasero: no es posible imaginarse las atrocidades que inspira un culo cuando se ha gozado bien de él.

–¿Quieres azotarlo, no es cierto, amigo mío? –le digo a Zeno–, ¿quieres destrozar ese hermoso culo y no te atreves? ¡Y bien! –le digo–, satisface tu deseo; tengo en mi bolsillo un agua que en tres minutos hará desaparecer las marcas; y si como prueba de que ha sufrido, la granuja quiere mostrar las marcas, se verá contrariada por la evidencia, y todo lo que pueda decir después tendrá mucho más todos los visos de la calumnia...

–¡Oh!, ¡Juliette! –exclamó Zeno–, ¡no dejaré de decirte que eres una criatura deliciosa!...

Entonces el malvado, sin escuchar ya más que a su pasión, coge vergas, nos hace sujetar a Virginie y, jurando como un desgraciado, el granuja hace tiras el culo más hermoso del mundo en menos de cien golpes. Redobla; yo lo chupaba entretanto; mis otras dos mujeres lo azotaban; se le vuelve a empinar, se lanza como un poseso sobre esa hermosa muchacha, la sodomiza y descarga dando alaridos.

–¡Oh!, Juliette, –me dice en cuanto acabó– ¡y que no pueda inmolarme yo mismo a esta zorra! ¡Cuánto placer me daría! Su profunda sensibilidad la hace susceptible de mil diferentes suplicios, a cual más divino. ¡Cómo despedazaría ese hermoso seno, cómo quemaría esas hermosas nalgas!... ¡Ah!, ¡Juliette!, ¡Juliette!, me gustaría asar su

corazón sobre su vientre y comérmelo sobre su rostro.

Y como yo quería frotarla con mi agua:

–No, no –me dice ese monstruo–, déjale mis marcas, quiero que las lleve a la horca, quiero que tenga la posibilidad de mostrarlas y que no se atreva; esa idea me divierte...

Y nos entreteníamos desesperando a esa pobre muchacha con terribles discursos, hasta que llegaron las respuestas.

Las fatales cartas de Zeno habían triunfado: venían a detener a la hija de Grimani.

–¡Oh!, ¡justo cielo! –exclama esta infortunada al ver los efectos de las pérfidas maniobras del canciller–, me has engañado, criminal, pero mis jueces me oirán y me vengaré de tus horrores.

–Cumplid con vuestro deber, señores –dice a los esbirros el flemático Zeno, sin parecer preocupado por los insultos que se le dirigían–, llevaos a esa muchacha; ved cómo le ha trastornado el dolor. ¿Se han observado –dice ese monstruo– las recomendaciones que di de que se ejecutase rápidamente a los culpables?

–Excelencia –dice uno de los esbirros, sacando dos cabezas sangrando de debajo de su capa–, así es como han sido ejecutadas vuestras órdenes...

Y Virginie cae hacia atrás al reconocer a su padre y a su amante.

–¡Qué escena! –me dice Zeno en voz baja–; mirad cómo me excita. ¡Ah!, tratemos de estar solos y empecemos de nuevo los horrores.

–Nada más sencillo, quedaos con las cabezas y despedid a los esbirros.

–Tienes razón... Salid, señores –dice el canciller–: dentro de dos horas, Virginie estará en los calabozos de Venecia; dejad esas cabezas y volved a vuestros deberes.

–Un momento –le digo en voz baja a Zeno–: ¿el esbirro que tiene las cabezas es el mismo que el que las ha cortado?

–Sí.

–¡Y bien!, me parece que tenemos aquí un refinamiento de ultrajes esencial para poner manos a la obra. Por muy terrible que sea ese esbirro, tiene que joder a la muchacha, con las manos todavía manchadas con la sangre de su desgraciado padre y de su triste amante...

–Por supuesto –dice Zeno–, hay en todo esto cosas deliciosas que se pueden hacer, guardémonos de dejar de hacerlas.

Se va uno solo de los esbirros, y Zeno se encierra con el otro, con Virginie, las cabezas, las tres mujeres y conmigo. Volvemos en sí a la víctima, teniendo cuidado en poner las cabezas enfrente de ella, para que la impresionen en cuanto abra los ojos. El esbirro está encargado de devolver a la vida a la hermosa muchacha; y en cuanto recobra el uso de sus sentidos, es su padre, su amante lo que ve... se encuentra en los brazos de su verdugo. Yo se la meneaba a ese villano mientras él prodigaba sus cuidados a Virginie.

–Joded a esa hermosa muchacha –le dice el canciller.

–¡Oh!, monseñor.

–Os lo ordeno; habéis asesinado al padre, quiero que jodáis a la hija; habéis matado al amante, quiero que jodáis a la querida.

Y el rayo que tras estas palabras golpea a Virginie la hunde una vez más, casi sin conocimiento, en mi seno.

–Un momento –le digo a Zeno–, desgraciadamente esta será tu última descarga; tiene que ser completa, que sean utilizados todos los medios que tenemos a nuestro alcance para hacerla más brillante.

Y la forma que di al grupo voluptuoso que yo deseaba fue la siguiente. El esbirro

pasa bajo Virginie; la encoña, abre y presenta las nalgas de esta sublime criatura a Zeno, que la encula; Virginie sujeta una teta con cada mano; a caballo sobre el pecho del esbirro, le hago chupar mi coño, volviendo mis nalgas a Virginie; Zeno masturba a derecha e izquierda los dos culos de mis amigas; una vieja lo azota. Vencido por tan deliciosas sensaciones, era difícil que el disoluto no llegase; descarga; todos lo imitamos; pero Virginie es sacada inánime de esta prueba de horror.

Nos marchamos. El canciller mete personalmente a su víctima en las prisiones del palacio, y en veinticuatro horas, gracias a nuestras confesiones, Virginie está condenada. Ese era el momento en que la esperábamos. A fuerza de oro y de seducciones, Zeno hace inmolar a otra en su lugar. Virginie cae en nuestras manos; nosotros mismos le servimos de verdugos y la desgraciada no gana con el cambio. ¡Dios!, ¡qué escena!, descargué durante ocho días seguidos: sin duda pocas infamias me habían calentado tanto como ésta.

Por su parte, las mujeres seguían frecuentando nuestra casa: unas para que le dijese la buenaventura, otras para revolcarse, con tanto secreto como impunidad, en lo más refinado del libertinaje. Gracias a las medidas que habíamos tomado, podíamos ofrecer muchachos o muchachas a las mujeres que nos frecuentaban, bajo el velo más impenetrable. También arreglábamos encuentrillos de parejas que, molestados por sus padres, estaban contentos de encontrar un refugio en nuestra casa. Otras partidas tenían lugar en cuartos oscuros, donde los hombres no podían reconocer a las mujeres que les entregábamos. ¡A cuántos padres no les hemos dado sus hijas; a cuántos hermanos a sus hermanas, a cuántos curas a sus penitentes!

Un día me vinieron dos mujeres de veinte a veinticinco años, encantadoras, que tras haberse calentado mutuamente los cascotes conmigo me suplicaron que dirigiese sus juegos como tercera. Comimos las tres. Su manía consistía en chuparme la boca y el coño: ellas se cambiaban con rapidez, de forma que aquella que acababa de acariciarme, me lamía, y la que acaba de besar mi boca chupaba mi coño. Era preciso que entretanto yo las masturbase a cada una con una mano y que, armada con un consolador, las jodiese a continuación a las dos, mientras que la que no era jodida se hacía acariciar por la que lo era. Jamás había visto mujeres tan lúbricas: no es posible figurarse lo que inventaron, lo que me dijeron mientras se entregaban a la lubricidad; una de ellas, lo recuerdo, llevó la extravagancia hasta el punto de desear ir a que la jodiesen en mitad de un hospital de sifilíticos.

Bienvenido el que me explique ahora la imaginación de los individuos de mi sexo: en cuanto a mí, renuncio a hacerlo. En general, esas dos libertinas fueron muy vivas, muy amables: creo que la naturaleza favorece infinitamente más a las lesbianas que a las otras mujeres y que como les concede una imaginación más sensible, también les ha prodigado todos los medios del placer y la voluptuosidad*.

Tampoco debo dejar que ignoreis una hazaña muy extraordinaria que realicé con cuatro ciudadanas venecianas.

Esperaron un día tormentoso y vinieron para llevarme en góndola, en el momento en que los relámpagos surcaban las nubes. Llegamos a alta mar; la tormenta se desencadena, el rayo se hace oír.

—Vamos —dijeron estas pícaras—, es el momento, masturbémonos; que sea haciendo

* Esas encantadoras criaturas, tratadas severamente por la opinión de los estúpidos, aportan en la sociedad las mismas cualidades que en el placer: son siempre más vivas, más espirituales que las otras; casi todas tienen gracias, talentos, imaginación: ¿y por qué achacarles entonces una falta que sólo es de la naturaleza? Torpes partidarios de los placeres ordinarios, las censuráis porque os rechazan; pero que se analice a las que os aman y siempre se las hallará tan estúpidas como vosotros.

frente al rayo como lancemos nuestro esperma...

Y las zorras se lanzan sobre mí como Mesalinas. A fe mía que las imito; demasiado sensible al placer para dejarme enfriar por fenómenos tan simples de la naturaleza, blasfemo como ellas contra el quimérico Dios que, se dice, los produce. Sin embargo, el trueno suena, el rayo cae por todas partes; nuestra góndola, arrastrada con violencia, no parecía ya sino juguete de las olas: juramos, descargamos, desafiamos a la naturaleza alerta... llena de ira contra todo lo existente, y no respetando más que nuestros placeres.

Otra mujer muy bonita me rogó que fuese a comer a su palacio. Me vi obligada a masturbar delante de ella a su hijo de quince años; después nos masturbamos nosotras delante de su hijo. Hizo bajar a su hija, que tenía un año menos; me ordenó que excitase a esta joven, mientras ella se hacía encolar por el hijo; a continuación, ella misma sujetó a su hija contra los ataques sodomitas de su hijo. Entretanto, yo acariciaba a la señorita, y la madre masturbaba con su lengua el agujero del culo del fornicador de su hija. Todavía no había visto nada tan libertino hecho así a sangre fría... nada mejor organizado. En cuanto se enteró de que vendíamos venenos, los compró de todos los tipos. Le pregunté si se iba a servir de ellos para los bonitos objetos con los que acabábamos de gozar.

—¿Por qué no? —me dice—; cuando me entrego a esas infamias, jamás me pongo límites.

—Deliciosa criatura —le digo besando su boca—, es que es ese caso, cuanto más frenos se rompen más se descarga.

—Entonces yo tengo que descargar muy bien —me dice— porque romperé muchos...

Seis meses después, no tenía ni marido, ni padre, ni madre, ni hijos.

Un miembro del Consejo de los Diez me mandó llamar para que sirviese de goce a su hijo, al que él encolaba entretanto.

Otro, de la misma Cámara, exigía que me masturbase con su hermana, vieja y fea; él encolaba a la hermana. Después, me hizo otro tanto; a continuación recibí cien latigazos de manos de su hermana.

En una palabra, no había lujuria, exceso, infamias a las que no nos entregásemos de la mañana a la noche la Durand y yo; no había día que el cuádruple oficio de puta, alcahueta, bruja y envenenadora no nos reportase mil cequíes, y con frecuencia mucho más.

Sostenidas, queridas, buscadas por los mejores libertinos de ambos sexos que había en Venecia, llevábamos sin duda alguna la vida más deliciosa y más lucrativa, cuando un terrible revés vino a turbar nuestra unión... a quitarme a mi querida Durand y a hacerme perder, en un día, todas las sumas que había colocado en Venecia y todas las que había ganado allí.

La suerte se anunciaba con el castigo que había preparado para la Durand, de la misma forma que se había manifestado para mí. Cuando me vi obligada a abandonar París, había sido castigada por no haber querido llevar el crimen hasta su último extremo. La desgraciada Durand tuvo la misma fortuna; y, una y otra, pudimos convencernos por tan crueles muestras que el más peligroso de todos los partidos, cuando se está en el camino del crimen, es volver a la virtud o dejar de tener la fuerza necesaria para franquear los últimos límites. Porque fue mucho más la falta de valor que la voluntad lo que le falló a mi amiga; y si la desgraciada se perdió fue más bien por no haberse atrevido a todo que por no haberlo querido todo.

Una mañana, los tres inquisidores del Estado mandaron a buscar a la Durand; y tras

haberle exigido el secreto más inviolable, le revelaron que necesitaban sus secretos destructores para destruir una numerosa facción que se levantaba en la ciudad.

–Desgraciadamente las cosas han llegado demasiado lejos –le dijeron– para utilizar los medios jurídicos: ya sólo tenemos el del veneno. Sabéis que desde hace tres años que estáis en Venecia os hemos dejado gozar con toda tranquilidad del fruto de vuestras fechorías: hoy tenéis que demostrarnos vuestro agradecimiento, comunicándonos, o realizándolos por nosotros, crímenes cuyos resultados hubiese sido nuestro deber castigar severamente. ¿Poseéis el doble secreto de provocar la peste en una ciudad, y preservar de ella a aquellos que se os indique?

–No –dice la Durand, aunque poseía ambos secretos, pero tuvo miedo.

–Está bien –respondieron los magistrados abriéndole una puerta para despedirla.

Y lo que acabó de hacerla temblar, fue que no se tomaron la molestia de recomendarle silencio.

–Estamos perdidas –me dice cuando volvió.

Y me contó lo que acababa de sucederle. Quise convencerla de que volviese al momento.

–Sería igual –me dice–; aunque lo ejecutase, perdería igualmente la vida: me sacrificarían en secreto. Incluso voy a dejarte rápidamente para no comprometerte, si llegan a sospechar que nos hemos visto después.

La desgraciada me deja.

–Adios, Juliette –me dice–, quizás no volvamos a vernos jamás...

No hacia ni dos horas que me había dejado cuando vinieron a buscarme en nombre de la República. Sigo a los esbirros; llego al palacio; me hacen pasar, muy agitada, a una sala muy aislada, casi en los desvanes de la mansión. Los esbirros se disponen a mi alrededor y me guardan. Una gran cortina de tafetan negro dividía la sala. Aparecen dos de los inquisidores; los esbirros salen.

–Levantaos –me dice uno de ellos– y responded con tanta claridad como precisión. ¿Habeis conocido a una mujer llamada Durand?

–Sí.

–¿Habeis ejecutado crímenes con ella?

–No.

–¿Habeis hablado mal alguna vez del gobierno de Venecia?

–Jamás.

–Juliette –dice gravemente el otro juez–, lo agravais con vuestras respuestas; nos informais menos de lo que lo estamos; sois culpable. Mirad –continuó, bajando la cortina y dejandome ver el cuerpo de una mujer colgada del techo, de la que separé los ojos al momento con horror–; ahí esta vuestra cómplice: así es como la república castiga a los impostores y a las envenenadoras. Salid en veinticuatro horas de este territorio, o esa es la suerte que os espera mañana.

Me desmayé. Cuando volví en mí, estaba en manos de una mujer que no conocía, y los esbirros seguían rodeándome. Me sacan de la sala.

–Id a vuestra casa –me dice el jefe de los esbirros–, ejecutad fiel... puntualmente las órdenes de la república. No apeleis contra el que confisca vuestros bienes; es decir, solamente lo que habéis colocado en Venecia, vuestros muebles y vuestras joyas. Podeis partir con lo demas, o mañana sois una mujer muerta si al amanecer os encontráis todavía en la ciudad.

–Obedeceré, señor –respondí–, obedeceré, no deseo permanecer en un país donde se castiga a la gente por no haber hecho ningnn daño.

–Silencio, señora, silencio; si vuestras palabras fuesen escuchadas por otros, no saldríais de este palacio.

–Vamos, valiente –le digo a este alguacil entregándole cien cequíes– os entiendo y os lo agradezco; mañana ya no estaré en vuestros tristes canales.

Pronto estuvo hecho mi equipaje. Lila y Rosalba parecían desear quedarse en Venecia, donde se las arreglaban muy bien; las dejé allí; no me lleve más que a una sola mujer, que no me había abandonado desde mi matrimonio, y de la que jamás os he hablado, porque nunca desempeñó ningún papel en mis aventuras. Como se me había permitido conservar mi cartera y mi dinero suelto, me llevé más de ochocientos mil francos; el resto fue confiscado en beneficio de la república; pero los fondos que me quedaban en Roma, que se elevaban a cinco millones de renta, bastaban para consolarme. Esa misma noche tuve que dormir en Padua, desde donde gané Lyon en menos de ocho días; allí descansé. Esta pequeña cuaresma me había dado muchas ganas de joder; y para satisfacerme, me acerque de forma muy natural a la casa de una celebre alcahueta cuya dirección me habían dado, y que me proporcionó durante los quince días que me pasé en su casa, todo lo que mejor podía satisfacerme de uno y otro sexo.

Viendo que no corría ningún peligro volviendo a París, ya que hacía mucho tiempo que el ministro que me había expulsado de allí no estaba en el mundo, decidí volver. Le avisé a Noirceuil y esperé su respuesta. Encantado de volver a verme, este querido y buen amigo me aseguró que le daría una gran alegría yendo a mostrarle los progresos de su alumna. Escribí al momento al abad de Chabert para que me llevase a mi hija a París, a un piso alquilado que le indiqué. Llegamos casi al mismo tiempo. Marianne alcanzaba entonces sus siete años; era imposible ser más bonita; pero la naturaleza estaba muda dentro de mí; el libertinaje la había ahogado. Estos son pues sus efectos: parece que al apoderarse tiránicamente de un alma, no quiere dejar en ella ningún otro sentimiento que los que él inspira, o que si por azar, en detrimento suyo, llega a introducirse algún otro, tenga rápidamente el poder de corromperlo o inclinarlo a su favor. Debo convenir en que no sentí al abrazar a Marianne otro impulso que el de la lubricidad.

–¡La bonita alumna por formar! –le digo en voz baja a Chabert– ¡Oh!, quiero preservarla de las equivocaciones que hicieron a su madre abandonar París, y las que perdieron a Durand en Venecia. Le haré sentir tan bien la necesidad del crimen que jamás abandonará su camino, y si alguna vez la virtud quisiera hacerse oír en el fondo de su corazón, quiero que encuentre el vicio tan asentado dentro de él que ni siquiera tenga la posibilidad de atacarla.

Chabert, que había presidido la educación de Marianne, se complacía en hacerme admirar todos sus pequeños talentos: sabía música, danzaba a las mil maravillas, dibujaba muy bien... hablaba italiano, etc.

–¿Y el temperamento? –le digo al abad.

–Creo que lo tendrá –me respondió Chabert–, y si no se tiene cuidado con ella, la bribonzuela se masturbará pronto.

–Yo la ayudaré –le digo–, gozaré especialmente recogiendo las primeros pruebas de su nubilidad.

–Hay que esperar –me dice el abad– o pondríais en peligro su salud...

Pero eso me traía sin cuidado. El abad, que había venido varias veces a París después de mi ausencia, me puso al corriente y se encargó de retirar mis fondos de Roma, para con ellos adquirir aquí las dos hermosas casas en la ciudad y en el campo que

me conocéis.

Al día siguiente fui a encontrarme con Noirceuil; me recibió con grandes muestras de alegría y me encontró, dice, muy embellecida. Como Noirceuil había seguido aprovechándose del favor del ministro, en tanto éste había vivido, desde mi partida había triplicado su fortuna y todo París lo consideraba entre sus primeros puestos.

–Juliette –me aseguró– puedes estar segura de que jamás subiré sin elevarte conmigo. Eres necesaria para mi existencia; sólo contigo me gusta cometer el crimen; y si obtengo una influencia mayor de la que gozo ahora, ya muy considerable, entonces se nos ofrecerán deliciosos excesos: entonces será necesario que nos entendamos para sacar provecho de esta vena...

A continuación me exigió el relato de mis aventuras; y cuando llegué a la parte de los quinientos mil francos que estaba encargada de entregar a Fontange de Donis, educada en un convento de Chaillot, y que debía tener diecisiete años, me animó vivamente a que nos divirtiésemos con esta muchacha y a que me embolsase los quinientos mil francos. Sus razonamientos a este respecto me convencieron hasta tal punto que no puedo menos de repetíroslos: tengo que preveniros que yo aparentaba dudar, para conseguir que se abriese más a mí. Así es como combatió mis simuladas objeciones, una noche que yo corría en su casita de la Barrera-Blanca.

–Cuando se tienen dos razones para hacer una cosa, Juliette –me dice– y ninguna para no hacerla, os confieso que me parece increíble oír preguntar si se hará. Cuando se tienen treinta años, inteligencia, y no se tienen prejuicios, ni religión, ni Dios, ni remordimientos, pero sí la costumbre del crimen, mucho interés en hacer tal cosa, os confieso una vez más que me parece muy extraño oír preguntar si se hará esa cosa o no. Cuando uno tiene en sus manos todo lo necesario para actuar, cuando se han hecho ya cosas mucho más fuertes, se ha hallado placer en hacerlas, se ha sentido uno vivamente emocionado con ese placer, os confieso francamente una vez más que, cuando en esa cosa se encuentran la misma dosis de placer y una mayor de interés, me parece muy extraño oír preguntar si se sucumbirá. Por lo tanto, mereceríais el látigo, mi querida Juliette, sí, el látigo, por atreveros a consultarme sobre algo tan fútil, por lo tanto os declaro que si, dentro de cuatro días, no está ejecutado, rompo toda relación con vos y os considero como una mujer débil, sin *carácter*, que nunca sabe decidirse por nada. ¿Acaso me objetareis que sois suficientemente rica como para pasar de una suma que debe hacer la felicidad de una desgraciada huérfana? ¡Ah!, Juliette, ¿alguna vez se es lo bastante rico? Estoy de acuerdo con que esa suma solo debe servir para cosas superfluas: os pregunto si el goce de esas cosas superfluas no será siempre preferible al vano placer de dárselas a una muchachita que no conocéis, y a la que sólo por eso alejaríais de los únicos placeres a los que debéis someterla.

Examinemos ahora la existencia de esa muchachita... ¡Oh!, sí, es algo muy importante para merecer una profundización. ¿Qué es ella de vos? Nada. ¿Quién es? La bastarda de una mujer con la que habéis hecho libertinaje: ¡Oh! ¡Cuán respetables son esos títulos! Pero, veamos, ¿qué sucederá si cumplís lo prescrito? Nadie en el mundo os lo agradecerá; solamente se dirá: ha cumplido su deber. Si, por el contrario, guardáis la suma, nadie sabrá nunca que se os fue confiada, y tendréis el delicioso placer de gozar de ella. Decid ahora qué os favorece más, si ese vano y fútil deber o los goces que os procurareis con la suma. ¡Oh!, Juliette, ¿podéis dudarle ni siquiera por un momento! Voy más lejos: no conozco a esa muchacha, pero observadla atentamente, mirad si no está escrito sobre su frente: *Es para tus nimios placeres para lo que el cielo me puso en este mundo; considera todas las fatalidades que nos han*

unido, y observa si no es una víctima lo que la naturaleza lo ofrece en mi persona... Sí, esas palabras están escritas sobre su frente, las leeréis en ella; ¿y quién las ha colocado sino la mano de la naturaleza? Pero, quizás me objetéis, es traicionar los intereses de una amiga; cuantas más faltas he cometido con ella, más debo repararlas. Hay que probar dos cosas a ese respecto: primero, que no traicionáis los intereses de vuestra amiga, segundo, que no se comete el menor delito traicionando las intenciones de un muerto, cualquiera que sea el imbécil respeto que en todo tiempo se ha tenido por todo eso. Primero, ¿en qué faltareis a las intenciones de vuestra amiga? Su intención pura y simple era que esa suma fuese a parar a su hija; pero no ha dicho que no debieseis gozar antes de ella. De esta forma, conservad la suma con la intención de dejársela a la hija después de vos, si es que existe: y así tenéis vuestra conciencia tranquila, si tanto necesitáis calmarla. Lo que traicionaría el deseo de vuestra amiga sería que dejaseis ese bien a un tercero; pero desde el momento en que gozáis de él con el proyecto de dejárselo después de vos, es evidente que la intención se encuentra totalmente satisfecha. Mme. de Donis no os ha dicho: conservad los días de esa niña, os la entrego, y si desgraciadamente muere, el bien será vuestro, y sólo en ese caso lo será. Simplemente os ha dicho: Aquí están quinientos mil francos, se los dejo a mi hija. ¡Y bien!, si esa muchacha os sobrevive, que los tenga después de vos, se han cumplido los deseos del muerto. Ahora voy más lejos: aunque traicionaseis las intenciones de ese muerto, ¿qué respeto imagináis que se puede tener por las órdenes de un individuo que ya no está en el mundo? Se lesiona a un individuo faltándole cuando vive, porque su existencia pasiva recibe la lesión, y porque sufre por la negativa a obedecerlo; pero cuando esa existencia está destruida, el dolor ya no puede darse; no existe el choque desde el momento en que ya no hay ser que pueda recibirlo. Por lo tanto es totalmente imposible ofender a un muerto. Por lo tanto, resulta que todo heredero que cumple un legado en detrimento suyo, es un imbécil tan completo como el que tirara su dinero al agua; porque este pierde su dinero, y el otro sacrifica su felicidad a la satisfacción de un ser que ya no tiene ninguna existencia, y creo que lo uno bien vale lo otro. Hay igualmente una gran cantidad de pequeñas instituciones benéficas en el mundo, de las que no queremos deshacernos pero que no por eso son menos ridículas. Ninguna cláusula testamentaria debería ser ejecutada nunca: es absurdo querer cumplirlas; absurdo querer dar a un hombre la facultad de actuar cuando está muerto; por lo tanto, cuestión resuelta: al guardar los quinientos mil francos, no traicionáis las intenciones de vuestra amiga; os lo he demostrado, creo, suficientemente. Analicemos ahora otro de los aspectos de vuestro dilema: si lo entrego, hago la fortuna de esa muchachita; si no lo entrego, hago mi felicidad. A eso se puede responder de la siguiente manera.

Nosotros no podemos, me parece, estimar las cualidades de los otros más que por las relaciones íntimas que mantienen con nosotros: de esta forma, no debemos amar a cualquier ser porque sus relaciones se crucen con las nuestras; su rostro nos encanta, su inteligencia, su carácter, su forma de ser, todo eso nos da placer, y experimentamos un goce real viendo a ese objeto; pero el buen sentido dicta que, entre dos goces, hay que elegir indudablemente el mejor. Esa es vuestra situación: o hay que gozar de Fontange, renunciando a los quinientos mil francos, o hay que gozar de los quinientos mil francos renunciando a Fontange. En este punto, no tengo que daros consejos; vos sola podéis elegir el goce que más os convenga. Comparad, decidid, y únicamente recordad que, cualquiera que sea el partido que toméis, necesariamente sentiréis un pequeño remordimiento, porque sabéis que la virtud te da igual que el crimen. De

acuerdo con eso, si abandonáis a Fontange y guardáis el dinero os diréis: ¿Por qué he tornado esta resolución? Echo de menos a esa bonita persona. Si es el contrario el que adoptáis, diréis: ¡Qué débil soy!... gozaría de los quinientos mil francos, y me veo obligada a pasarme sin ellos hoy... Pero daos cuenta de que el primero de esos remordimientos lleva necesariamente consigo un consuelo real, un consuelo físico. Es verdad que he perdido a Fontange, diréis, pero gozo; mientras que el segundo, por todo consuelo, no tiene más que un goce aislado, más que un sacrificio inerte a la virtud, por el que no obtendréis más mérito que una satisfacción interior, un placer intelectual muy mediocre en sí mismo y empañado constantemente por los remordimientos. El uno os da una privación de poca consecuencia física; el otro, una privación muy real y un simple goce de espíritu. Además, vuestra forma de pensar se opone a ese pequeño goce moral; cuando no se cree en nada, cuando se detesta la virtud y se adora el vicio, cuando se ama el crimen por interés y por él mismo, entonces es cuando a uno le traen sin cuidado los goces virtuosos. Ahora, comparad eso con el placer de gozar de vuestros quinientos mil francos, y veréis lo que sentís. La cuestión, decís vos, es no tener remordimientos: entonces ejecutad al momento y sin vacilar el crimen que proyectáis; porque os aseguro que si no lo hacéis, tan pronto como hayáis perdido la posibilidad de hacerlo os veréis devorada por el pesar de haber dejado pasar una ocasión tan buena de poseer ese dinero. El crimen no es para vos lo que para los otros: habéis llegado a sentir un cosquilleo muy vivo con él, os causa voluptuosidad: no dudéis de que esa voluptuosidad, de la que gozareis tanto mejor en esta ocasión cuanto que no hay frenos que romper, no es un completo contrapeso de la pequeña pena que cualquier otro ser podría encontrar en esta acción.

De esta forma, veo para vos, en el caso de que el crimen sea consumado, primero un goce por hacerlo, después un goce por haberlo hecho; y en el otro caso, no veo más que una completa privación... privación con la que sufriréis tanto más cuanto que vuestros caprichos aumentaran de día en día, y todos los días necesitarán dinero para ser satisfechos; y por toda compensación, no veo más que la dulzura aislada... momentánea y débil para todos los seres... completamente frívola para vos, por haber hecho, no una buena acción, sino una muy ordinaria. Porque quizás podría justificarla, si tuviese lo que se llama heroísmo, dado que por lo menos el orgullo estaría satisfecho, pero en ésta no hay el más mínimo goce: vuestra acción no es ni grande ni hermosa; sólo es simple. No hacéis ningún bien dejando gozar a Fontange, y os hacéis un gran mal al no impedirselo. Pero, decís, habrá que deshacerse de esa muchachita, para que no pueda enterarse del robo que le hago. ¡Y bien!, desde el momento en que comprendéis maravillosamente los asesinatos de libertinaje, me parece que debéis comprender con igual facilidad los que no tienen más que el interés como fin. Los dos están inspirados por la naturaleza; los dos tienen el mismo objeto y las mismas pasiones. Se comete el asesinato de libertinaje para excitar a los placeres de los sentidos; se cometen todos los otros tipos de asesinatos con igual perspectiva de satisfacer una pasión. En eso no hay la menor diferencia: todas las que quisierais alegar serían superficiales; sólo el motivo puede establecer alguna distancia. Ahora bien, no hay duda de que es mucho más legítimo entregarse al delito por un poderoso interés que por el único encanto de una agradable eyaculación. Deseáis cometer el asesinato para excitar vuestra mente, para deleitar vuestra imaginación y no os atrevéis cuando se trata de una fortuna.

Por lo tanto, el resultado es que, si los atractivos que os procura Fontange valen más que los que podéis esperar de su bien, hay que conservar a Fontange, casarla, y gozar

del estúpido y frío placer de haber hecho vuestro deber... de haber hecho una hermosa acción, con respecto a Fontange, pero una muy mala con respecto a vos: porque, no os engañéis, privarse de una mala acción no es lo mismo que hacer una buena. En rigor, puede encontrarse algunas veces un cierto mérito en hacer una hermosa acción; nunca lo hay en privarse del placer de hacer una mala; porque la primera se ve, y la segunda no. El segundo aspecto del resultado es que, si los placeres que podríais esperar de esa fortuna suplementaria os importan más que la felicidad de Fontange, hay que desembarazarse rápidamente de ella: porque no podéis gozar de eras dos felicidades a la vez, y necesariamente debéis sacrificar al más débil.

Analícemos ahora el tipo de sentimiento que le debéis a Mme. de Donis... Ninguno, me parece. La voluptuosidad os unió, el crimen os separó. Aunque todavía existiese ella, tampoco le deberíais nada; muerta, mucho menos. Sería absurdo, extravagante, tener un sentimiento cualquiera por un ser que ya no puede gozar de él; no se les debe a los manes de ese ser ni respeto, ni consideración, ni amor, ni recuerdo; no puede ocupar la imaginación en el sentido que sea, porque sólo lo haría de una forma desagradable, y vos sabéis que en nuestros principios está no dejar llegar nunca al espíritu más que ideas agradables o voluptuosas. Ahora bien, esa serie de ideas se prolonga maltratando a la hija, ya que fue por voluptuosidad por lo que os deshicisteis de la madre: esas ideas serían turbadas, degradadas infaliblemente si ahora prestaseis un servicio a la hija. Por lo tanto, no sólo no hay ningún inconveniente en que no seáis útil a esa muchacha, sino que además es necesario para vuestra voluptuosidad que la hagáis desgraciada. Las ideas nacidas del infortunio en que van a sumirla se unirán a las de las atrocidades extendidas, ejecutadas por vos, sobre el resto de la familia; y de la unión de todas esas ideas nacerá indudablemente para vos un todo voluptuoso, que sería destruido con el comportamiento contrario.

No me aleguéis los sentimientos de ternura que tuvisteis en otro tiempo por Mine. de Donis. Sería absurdo despertarlos, no sólo porque los habéis destruido con vuestro crimen, sino porque hay que guardarse de conservar el más mínimo por alguien que ya no existe: serie utilizar las facultades del corazón para algo inútil e impedir que actuase en cosas más reales; nada debe sernos más indiferente que un ser privado de la vida*. De esta forma estáis frente a Mme. de Donis en una situación en que muy bien podéis ofenderla, ya que no le debéis nada, y en la que al ofenderla no la ofendéis, ya que no existe; por tanto, os lo repito, sería una extravagancia que dudaseis. Pero, decís, oís una voz secreta que parece deciros que resistáis; ¿me preguntáis si esa voz es la de la naturaleza? ¡Y!, no, Juliette, no, no; esta voz, con respecto a la cual es inconcebible que os dejaseis engañar, no es otra que la del prejuicio al que todavía tenéis la debilidad de dejar alguna fuerza, porque se trata aquí de un tipo de delito que no os es tan familiar como aquellos a los que entregáis ordinariamente, y que, no obstante, no es más que el del robo que tanto os gusta y al que os entregáis diariamente. Es evidente que tomáis la voz del prejuicio por la de la naturaleza, cuando ésta, muy diferente, no os aconseja sino que seáis dichosa, no importa a expensas de quien. Por tanto, depurad esa voz, dejadla desnuda: la oiréis en toda su pureza, y dejando de fluctuar de esta

* Sin duda aquí viene al caso examinar el indignante absurdo que hay en llorar a un muerto. Más bien habría que alegrarse, ya que al parecer se libra de todas las dificultades de la vida. Además, nuestra pena, nuestras lágrimas no pueden servirle de nada, y nos afectan desagradablemente. Ocurre lo mismo con las ceremonias del entierro de un muerto, y con el respeto que se pueda tener todavía hacia él: todo eso es inútil, supersticioso. A un cadáver sólo se le debe el ponerle en una buena tierra donde pronto pueda germinar y transformarse rápidamente en gusano, en mosca, o en plantas, lo que en los cementerios es difícil. Si se le quiere prestar un último servicio a un muerto, hay que ponerle al pie de un árbol frutal, o en una buena tierra de pasto; es todo lo que se le debe: todo lo demás es absurdo. (Ved lo que se dice a este respecto más arriba, página 191).

forma tan desagradable, actuareis en paz, sin temor a remordimientos, sin temor a ultrajar una naturaleza a la que, al contrario, servís llevando a cabo el crimen que os indica por el deseo que tenéis de él.

Lo que yo haría en vuestro lugar sería divertirme totalmente con esa joven, robarle su fortuna, y a continuación ponerla en tal situación de infortunio que en cualquier momento podáis aumentar vuestra dicha con el placer de verla languidecer, lo que para la voluptuosidad será mucho mejor que matarla. La felicidad que os aconsejo será infinitamente más viva: entonces tendréis la dicha física conseguida por el goce y la dicha intelectual nacida de la comparación de su suerte con la vuestra; porque la dicha consiste mucho más en ese tipo de comparaciones que en goces reales. Es mil veces más dulce decirse al ver al desgraciado: *Yo no me parezco a él, y eso es lo que me pone por encima de ellos*, que decirse simplemente: *Gozo, pero gozo en medio de gente tan feliz como yo*. Son las privaciones de los otros las que nos hacen sentir nuestros goces; en medio de seres que tuviesen otros iguales a los nuestros, jamás estaríamos contentos: por esto es por lo que se ha dicho, con mucha razón, que para ser feliz hay que mirar siempre hacia debajo de nosotros, nunca hacia arriba. Si, por tanto, es el espectáculo de los desgraciados el que debe completar nuestra dicha por la comparación de ellos con nosotros, hay que abstenerse de aliviar a los que existen; porque al sacarles con estas ayudas de la clase que os proporcionaba vuestras comparaciones, os priváis de éstas y, por consiguiente, de lo que mejora vuestros goces. Pero no hay que quedarse en no aliviar a los desgraciados, para conservar esa clase útil para comparaciones de las que resulta la mayor parte de vuestra felicidad: cada vez que la ocasión se presente hay que hacer más desgraciados, para multiplicar esa clase y para crear una que, al ser obra vuestra, aumente las delicias que os resultarán de las comparaciones. De esta forma, el goce completo sería en este caso apoderaros de la fortuna de esa muchacha, a continuación reducirla a pedir limosna, de alguna manera obligarle a que venga a pedirla a vuestra puerta, desde donde se la negareis cruelmente, por último, al acercar así el infortunado a vos, perfeccionar vuestro goce con una comparación más íntima, y tanto mejor cuanto que el desorden provocado procede de vos.

Esto es lo que yo os aconsejo, Juliette, esto es lo que yo haría en vuestro lugar... Me excitaría todos los días con esas deliciosas ideas... con el divino espectáculo de las desgracias que hubiese causado yo; y en medio de esos deliciosos placeres, exclamaría: *Sí; ahí está; la he adquirido con un crimen; ella, y ese bien con que pagaré tan dulces voluptuosidades, todo es crimen; gracias a este proceder, estoy en un perpetuo estado de crímenes; no hay uno solo de mis placeres que no esté manchado con él...* Y con vuestra imaginación, Juliette, ¡oh!, ¡cuán divina debe ser esa maquinación!

Noirceuil la tenía muy empinada cuando acabó su digresión, y como todavía no habíamos hecho nada juntos desde mi regreso, nos lanzamos sobre un canapé. Allí le confesé que estaba muy lejos de haber dudado sobre la suerte de esa muchachita, y que lo que le había dicho no era más que para darle ocasión de desarrollar sus sistemas. Le prometí esa joven asegurándole que, por muy interesante que pudiese ser, la hundiríamos en la más deplorable miseria, tras haber sacado de ella lo que hubiésemos querido.

—¡Oh!, Juliette —me dice Noirceuil manoseando y besando mis nalgas—, si tú te has depravado durante tu viaje, yo te he imitado en este espacio de tiempo; y me encuentras mil veces peor aún de lo que era: no ha habido un solo horror al que no me

haya entregado desde que no nos vemos. ¿Puedes creerlo? La muerte de Saint-Fond es obra mía. Aspiraba al puesto; me ha fallado; pero decididamente sucederé al que hoy lo ocupa; todas mis redes están tendidas ya para hacerlo perecer; y cuando tenga ese puesto, que tanto ambiciono porque pone en mis manos todo el poder del imbécil príncipe y toda la riqueza de su reino, ¡oh!, ¡Juliette!, ¡de cuántos placeres gozaremos entonces! Quiero que todos mis momentos estén marcados con crímenes: tú no flaquearás conmigo como con Saint-Fond, y juntos llegaremos muy lejos.

Por fin tuve que presentar el trasero a este furioso; pero se retiró sin perder semen.

–Espero a una persona –me dice–. Tengo que ponerte al corriente: es una criatura muy bonita de alrededor de veintidós años, a cuyo marido he metido en prisión para poseer a la mujer. Si dice una sola palabra, su esposo es ejecutado mañana; pero como lo adora, se guardará bien de hacerlo. Tiene un hijo al que idolatra; quiero hacerla renunciar a todo; quiero joder a la mujer, hacer perecer al marido en la rueda y enviar al hijo al hospicio. Hace dos meses que trabajo en esta operación y todavía no he podido obtener nada del amor y la virtud de esa mujer. Vas a ver qué bonita es; quiero que me ayudes a seducirla.

La cosa era la siguiente. Se había cometido un asesinato en su casa; ella estaba sola con el hombre asesinado, su marido y otro hombre. Se convierte en un testigo imprescindible; el hombre ha declarado contra el marido, pero falta el testimonio de la mujer, ya que ella era la única que estaba en ese momento en la casa.

–¡Criminal!, eres tú el que ha urdido toda la trama, has hecho matar al hombre por el testigo que has sobornado, y que ha declarado que era obra del esposo; quieres que la mujer diga otro tanto, por el placer de poseer a esa mujer y por el más excitante todavía de convertirla en asesina de su marido.

–¡Oh!, Juliette, ¡qué bien me conoces!... Sí, tienes razón, he hecho todo eso; pero quiero completar mi crimen y cuento contigo... ¡Ah!, cuán voluptuosamente descargaré esta noche azotando a esa mujer.

Llegó. Mme. de Valrose era efectivamente una de las criaturas más bonitas que fuese posible ver: bajita, pero digna de ser pintada... rellenita, la piel brillante, los ojos más hermosos del mundo, el pecho y las nalgas moldeadas.

–¡Y bien!, señora –le dice Noirceuil–, ¿estáis decidida?

–¡Oh, cielos! –respondió con lágrimas en los ojos esa encantadora mujer–, ¿cómo queréis que me decida a semejante horror?

–Cuidado, señora –le digo vivamente en este punto–; M. de Noirceuil me ha puesto al tanto de lo que os ocurre y me ha permitido que os dé un consejo: pensad que vuestro esposo está ya perdido, aunque no tuviese más que un testigo, y sabéis que tiene uno; ese solo testigo basta para perderlo.

–Pero, señora, él no es culpable: el testigo que lo acusa es el mismo asesino.

–Jamás convenceréis de eso a vuestros jueces: ese testigo no tenía ninguna relación con el hombre asesinado, y M. de Valrose tenía muchas. Por lo tanto debéis dar a vuestro marido por perdido; es indudable. Ahora bien, puesto que en esa terrible certidumbre M. de Noirceuil, cuya influencia conocéis, os ofrece salvarlo si declararéis contra él, yo no...

–¿Pero de qué sirve esa declaración, si él quiere salvarlo?

–No puede hacerlo sin esa declaración; de ella se servirá para probar que el proceso tiene un vicio de forma, y que sin duda los hechos son calumniosos desde el momento en que la propia mujer sirve de testigo.

–¿Pero entonces sería castigada yo?

–Un convento... de donde os sacaremos ocho días después... ¡Oh!, señora, ¿cómo se puede dudar?

–Pero mi marido me creará culpable; sabrá que he querido perderlo: esa idea pesará sobre mi corazón y jamás podré volver a ver a ese esposo adorado: no lo salvo sino a costa de separarme para siempre de él.

–Estoy de acuerdo, ¿pero no es eso preferible a enviarlo a la muerte? Y si verdaderamente lo amáis, ¿no debéis preferir su vida a la dicha de poseerlo? Si él muere, ¿no estaréis igualmente separados?

–¡Funesta alternativa!... ¿Y si se me engaña... si esa confesión acaba de perderlo en lugar de salvarlo?

–Esa sospecha injuriosa –dice entonces Noirceuil– es la recompensa al bien que quiero haceros, señora, y os la agradezco.

–Realmente, señora –retomé con calor–; mereceríais que M. de Noirceuil os abandonase al momento: ¿cómo os atrevéis a sospechar así del más virtuoso de los hombres?

–Me pone sus ayudas a un precio que me deshonra. Yo idolatro a mi marido, no le he engañado en mi vida, y no va a ser cuando está en desgracia cuando colme su infortunio con un ultraje tan sangriento.

–Ese ultraje es imaginario, vuestro esposo jamás lo sabrá. Con lo inteligente que parecéis, me asombra que creáis en esas quimeras. Además no son vuestros sentimientos los que M. de Noirceuil desea, sólo son vuestros favores, y desde ese momento el daño os debe parecer mucho menor. Pero voy mis lejos: aunque existiese ese daño, ¿qué os debe importar cuando se trata de salvar a vuestro esposo? Por lo tanto, sólo me queda defender a M. de Noirceuil por el precio que exige. ¡Ah!, señora, vos conocéis muy poco el espíritu del siglo, si suponéis que hoy se hace algo gratuitamente. Realmente, M. de Noirceuil, por un servicio que ni siquiera estaría bien pagado con toda vuestra fortuna, se contenta, me parece, con muy poco al no exigir más que vuestros favores. En una palabra, tenéis en vuestras manos la vida de vuestro esposo: salvado acusándolo, perdido si no lo hacéis, esa es vuestra suerte; hablad.

Y aquí la querida mujercita cayó en una espantosa crisis de dolores que pesó a Noirceuil tan encendido que el malvado vino a que yo lo masturbase ante sus ojos. Ella se desmayó.

–Vamos, santo Dios, ¡remángala! –dice Noirceuil–, que la jodo...

Y como al aflojarla el corsé, le había descubierto el pecho, Noirceuil lo amasaba ya de esa manera bárbara con que el acostumbra acariciar esa parte. Acabo de desnudar a esa pobre criatura; y colocándola sobre mis rodillas, siempre desmayada, expongo su bonito culo al libertino, que, mientras yo le tiraba de los pelos por debajo, se dispone a la sodomía, según su costumbre. Noirceuil, que de ningún modo pensaba tratar con miramientos a su víctima, penetra con tanta violencia que la moribunda abrió por fin los ojos...

–¿Dónde estoy? –exclamó, ¿y qué se atreven a hacer?

–Un poco de paciencia, hija mía –respondí con bastante dureza–, y pronto tendremos de vos todo lo que queramos...

–Pero me hacen cosas...

–Que jamás emprendió vuestro esposo, ¿no es cierto?

–Jamás, jamás; ese horror me hace estremecer.

–Pues pensad, señora, –dice el feroz Noirceuil, mientras seguía enculando– que solo sería cuestión de cortar el tabique que separa, para hacer absolutamente nula la acción

contra la que protestáis; y si queréis, Juliette con una navaja de afeitar...

–¡Jode, jode, Noirceuil!, empezas a desvariar...

–¡Oh!, dejadme, ¡es una violencia, una abominación!

–¡Reputa! –dice Noirceuil armándose con una pistola y poniendo el canon sobre la sien– si me molestas, si dices una sola palabra, eres mujer muerta...

Entonces es cuando la desgraciada comprende que la resignación es su único camino. Baja sobre mi seno su hermosa cabeza, deshecha en lágrimas, yo le pellizco el montecito, se lo depilo, y, en una palabra, le produce dolores tan vivos, que Noirceuil, apretado en ese ano como en un estuche, se siente próximo a lanzar su semen. Agarra las tetas por debajo con tal violencia, los dolores se hacen tan acuciantes, que el granuja descarga gritando con fuerza. Se retira; y, lanzándome sobre esa encantadora mujer, gozo a mi vez de ella, muriendo de placer. Esta escena reanima a Noirceuil; como todavía la tenía dura, se une; mi postura le presenta mis nalgas, las besa y, poniendo su pito en la boca de Valrose, le ordena que se lo chupe; el primer movimiento es de horror, el segundo de desobediencia. ¡Qué grupo!, yo estaba tumbada sobre Valrose; Noirceuil, en sentido contrario, lo estaba sobre mí; se excitaba en la boca de esta bonita mujercita, y hurgaba en mi culo. Yo cubrí de semen el coño de mi masturbadora; Noirceuil derramó el suyo en su boca. Nos arreglamos.

–¡Y bien! –dice Noirceuil una vez frío–, ya esta la infidelidad cometida; ¿dudareis ahora en salvar a vuestro marido?

–¡Y!, señor, ¿eso le salvará? –dice esta encantadora criatura, con el aire más dulce y más interesante–; ¿estáis seguro de que eso le salvará?

–Os he hecho el juramento más sagrado –dice el traidor– y estoy de acuerdo en no repetir nunca con vos los placeres de que acabo de gozar si os engaño. Venid a buscarme mañana por la mañana, iremos juntos al juez, vos firmareis que vuestro marido es culpable; os lo entrego pasado mañana.

–¡Oh!, Noirceuil –le digo en voz baja a este monstruo–, ¡cómo idolatro en ti esa perseverancia en el crimen, incluso en los momentos en que se apagan las pasiones que parecen llevar a él!

–¿Acaso no he gozado de ella? –me respondió Noirceuil– ¿y no sabías que mi semen firma siempre una sentencia de muerte?

Nos retiramos. Mme. de Valrose, a la que conduje, me suplicó que me interesase por ella; se lo prometí con la sinceridad que se le debe a una puta de la que se está cansada. Al día siguiente declaró; dos días después, Noirceuil arregló las cosas con tanta habilidad que la pobre desgraciada fue declarada cómplice del marido y colgada cerca de él, a la misma hora en que éste fue expuesto en la rueda, tras haberle quebrado los huesos. Yo masturbé a Noirceuil en un balcón desde donde vimos todo el proceso; me lo devolvía. Hacía mucho tiempo que no había descargado tan deliciosamente. Noirceuil pidió el hijo por motivos de misericordia: lo obtiene, lo jode y al cabo de veinticuatro horas lo planta en la calle sin darle la más mínima ayuda.

–Es preferible a matarlo –me dice–, sus sufrimientos serán mucho más largos, y durante mucho tiempo gozaré de ser la causa de ellos.

Entretanto el abad Chabert me había encontrado lo que precisaba. Después de ocho días de haber llegado a París, me establecí en una casa deliciosa, vosotros la conocéis; y, cerca de Essones, compré el hermoso terreno donde estamos reunidos; coloqué el resto de mi fortuna en diversas adquisiciones y, una vez arreglados todos mis asuntos, me encontré a la cabeza de cuatro millones de renta. Los quinientos mil francos de Fontange sirvieron para amueblar mis dos casas con la magnificencia que veis. A

continuación, me ocupé de las cuestiones libidinosas; me creé los diferentes serrallos de mujeres que ya conocéis, en la ciudad y en el campo; tomé treinta criados del más hermoso porte y el más delicioso rostro, elegidos sobre todo por el grosor del miembro, y sabéis cuánto los utilizo. Tengo además seis alcahuetas que trabajan sólo para mí en París, y a cuyas casas voy tres días por semana, cuando estoy en la ciudad. Cuando vivo en el campo me envían sus descubrimientos y habéis podido juzgar ya su abastecimiento. Con todo esto, pocas mujeres pueden jactarse de gozar de una vida más deliciosa; y sin embargo, sigo deseando siempre; me encuentro pobre; mis deseos son mil veces superiores a mis facultades; gastaría el doble, si lo tuviese; y jamás había nada que no haga para aumentar mi fortuna todavía más; criminal o no, haré cualquier cosa.

En cuanto todo esto estuvo arreglado, envié a buscar a Mlle. de Donis a Chaillot; pagué su pensión y la saqué de allí. En toda la naturaleza no había nada tan bonito como esta muchacha. Representaos a la misma Flora, y todavía no tendréis más que una imperfecta idea de sus gracias y atractivos. Con diecisiete años, Mlle. de Donis era rubia; sus soberbios cabellos la cubrían por completo; sus ojos eran del castaño más hermoso: nunca se vieron unos más vivos, chispeaban a la vez de amor y de voluptuosidad; su deliciosa boca no parecía abrirse más que para embellecerla todavía más; y sus dientes, los dientes más hermosos del mundo, parecían perlas sembradas sobre rosas. Esta soberbia muchacha hubiese podido servir desnuda de modelo a las Gracias. ¡Qué saliente montecillo! ¡Qué redondas y apetitosas nalgas! ¡Qué sublime culo! ¡Oh, Fontange! ¡Se necesita ser a la vez cruel y libertina para no apiadarse de tantos atractivos, y para no salvarte al menos de la suerte rigurosa a la que yo destino a todos mis goces!

Prevenida por su madre desde hacia cinco años de que me rindiese todos los respetos y atenciones posibles, en cuanto supo que era yo la que mandaba recogerla, se felicitó interiormente por esta suerte; y al llegar, deslumbrada por ese fasto, esa multitud de criados, de mujeres, por esa magnificencia de muebles, de los que ella todavía no sabía nada, sin haber salido nunca del convento, se imaginó ver el Olimpo y se creyó transportada, totalmente viva, a la morada celeste de los dioses: quizás hasta me tomaba por Venus. Se echa a mis pies; la levanto; beso su bonita boca de rosa, sus dos grandes ojos y sus dos mejillas de alabastro que el pudor, bajo mis labios, animó con el rojo más hermoso de la naturaleza. La aprieto contra mi seno y siento su corazoncito batiendo sobre mi pecho, como el de la joven paloma arrancada del seno de su madre. Estaba bastante bien vestida, aunque con sencillez: un bonito sombrero de flores, soberbios cabellos rubios cayendo en bucles sobre dos hombros deliciosamente formados. Me dice con el sonido de voz más dulce y halagador:

–Señora, le doy gracias al cielo que me da la oportunidad de consagraros mi vida; sé que mi madre ha muerto y ya sólo os tengo a vos en el mundo.

Entonces se mojan sus párpados y yo he sonreído.

–Sí, hija mía –le he dicho–, vuestra madre ha muerto; fue mi amiga; murió de una forma extraña... me dejó dinero para vos. Si os portáis bien conmigo, podréis ser rica; pero eso dependerá de vuestra conducta, de vuestra ciega obediencia a todas mis voluntades.

–Seré vuestra esclava, señora –me respondió, inclinándose sobre mi mano.

Y volví a besar su boca por segunda vez con más atención. Le descubrí el pecho... Ella se ruborizaba, estaba emocionada, y no obstante, me dirigía siempre con gracia todo lo que tenía de más honesto y respetuoso. Entonces la tomo por tercera vez en

mis brazos, sus cabellos sueltos, su bonito pecho al desnudo, y le digo devorando su boca:

–Creo que os amaré porque sois dulce y fresca...

Entonces se me ocurrió la idea de escandalizarla: nada es tan bonito como el escándalo dado por el vicio a la virtud. Llamo a mis mujeres: hago que me desnuden ante esta bonita muchachita; y examinándome ante un espejo:

–¿Es verdad, Fontange –le digo besándola–, es verdad que mi cuerpo es hermoso?

Y la pobre muchacha desvió los ojos enrojeciendo. Tenía a mi alrededor a cuatro de mis más hermosas mujeres: Phryné, Laïs, Aspásie y Théodore; las cuatro de dieciséis a dieciocho años y más hermosas que Venus.

–Acercaos señorita –le dice Laïs–, es un favor que la señora os concede, hay que aprovecharlo.

Viene con los ojos bajos. Le cojo la mano; la pongo sobre mí.

–¡Qué niña es! –digo a mis mujeres–. Phryné, muestra a esta muchachita lo que tiene que hacer...

Y tumbándome en una otomana, Phryné se sienta a mi lado, pone mi cabeza sobre su seno y me masturba el clítoris. Ninguna mujer cumple este deber como ella. Su ejecución es sabia, sus dedos lascivos; besa y acaricia singularmente el trasero; su lengua, cuando quiere, hurga en el ano a las mil maravillas; sus movimientos en el monte de Cipris concuerdan asombrosamente bien con los del otro templo, que chupa deliciosamente cuando se le pide. Mientras ella actuaba, Laïs, encaramada en mi pecho, me daba su coñito a chupar al inclinarse sobre mi boca; Théodore me masturbaba el culo y la hermosa Aspásie acercaba a Fontange al espectáculo, obligándola a mantener la vista en él, y masturbándola para suavizar sus males.

–¿Es que no habéis hecho nunca lo mismo con vuestras compañeras? –le preguntaba Aspásie.

–¡Oh! ¡Jamás!

–Es imposible –decía yo mientras seguía chupando el culo de Laïs-. Sé que en el convento se masturba mucho... A vuestra edad ya había remangado yo a todas mis compañeras.

Después, dejando el coño que chupo:

–Venid a besarme –le digo.

Se acerca; la devoro.

–Desnudadla –les digo a mis mujeres.

Y el grupo se rompe un momento para quitar, todas a la vez, los incómodos vestidos que molestan mis placeres. En un instante las cinco están tan desnudas como yo. ¡Dios! ¡Qué hermosa era Fontange así! ¡Qué blancura! ¡Qué proporciones!

–Vamos –digo–, colocadla sobre mí, de forma que tenga su coñito sobre mis labios. Vos, Aspásie, agarrareis el culo que os ofrecerá con esa postura, y le lengüeteareis el ano. Phryné, vos le masturbareis el clítoris, de forma que el semen que exhale venga a parar a mi boca. Voy a separar mis muslos: vos, Théodore, acariciareis mi coño y vos, Laïs, lameréis el agujero de mi culo. Por favor, mis bellas amigas, poned en práctica todo lo que sabéis; utilizad todos vuestros refinamientos, porque esta muchachita me excita mucho y quiero perder gran cantidad de semen con ella.

No necesito pintaros todo el placer que debía sacar de esta voluptuosa escena: estaba en éxtasis. Por fin, la voluptuosidad se apodera de la joven Fontange; no puede resistirse a las delicadas sensaciones con que es embriagada. El pudor cede ante el placer, y la novicia descarga. ¡Oh! ¡Cuán delicioso es el primer semen!; ¡con qué

placer lo devoré!

–Dadle la vuelta –digo a mis mujeres–; que ella ponga su cabeza entre los muslos de Théodore, y que la acaricie; yo la masturbaré el culo con la lengua; Laïs me lo devolverá; manosearé, masturbaré un culo con cada mano.

Nuevo éxtasis, nueva eyaculación de mi parte; no aguanto más; agarro a Fontange; me lanzo sobre ella; uno mi clítoris al suyo; me froto con ardor; devoro su boca; mis mujeres masturban mi culo, lo azotan, pasan sus manos por debajo para cosquillar en mi monte, en una palabra, me colman de placer y descargo al menos por sexta vez, inundando con mi impuro esperma el delicioso coño de la más virgen y más bonita de las muchachas.

Una vez eyaculado el semen, desapareció la ilusión. Por muy hermosa que fuese Fontange, ya no la veía más que con esa indiferencia maligna que en mí revela la crueldad, cuando me he hartado de los objetos, y pronto en el fondo de mi corazón está escrita su sentencia.

–Vestidla –digo a mis mujeres.

Yo hice otro tanto; nos quedamos solas.

–Señorita –le digo con severidad–, no aleguéis ese momento de embriaguez en que me ha sumido la naturaleza a pesar mío; no creáis que por mi parte es una cuestión de predilección; me gustan las mujeres en general; vos me habéis satisfecho; ya está todo. Ahora es preciso que sepáis que vuestra madre me entregó quinientos mil francos como dote para vos: como podríais enteraros por otros, es más sencillo que yo os lo diga.

–Sí, señora, lo sabía.

–¡Ah!, lo sabíais, señorita, os felicito; pero lo que no sabíais es que vuestra señora madre debe esta misma suma aquí a un tal M. de Noirceuil, al que se lo he entregado y que, desde ese momento, se convierte en dueño de dároslo como un presente o de guardarlo, puesto que le pertenece. Mañana os llevaré a la casa de ese M. de Noirceuil, y os aconsejo mucha complacencia, si llega a exigiros algo.

–Pero, señora, las lecciones de moral y de pudor que son la base de la excelente educación que he recibido, se avienen mal con vuestros consejos...

–Añadid: mis acciones, ya que estáis riñéndome; os aconsejo que me reprochéis hasta las bondades que he tenido hacia vos.

–No digo eso, señora.

–¡Ah!, decidlo, si queréis, os aseguro que vuestros reproches me traen sin cuidado, igual que vuestros elogios; uno se divierte con una muchachita como vos, se la desprecia después.

–¡Desprecio, señora!... Había creído que sólo se despreciaba al vicio.

–El vicio divierte, la virtud cansa; ahora bien, creo que lo que sirve a nuestros placeres debe ser siempre mucho más importante que lo que sólo es bueno para producir humo... Pero vos contestáis, hermosa mía; sois insolente y no tenéis el grado preciso de superioridad que puede hacer excusar esa intromisión; por tanto os ruego que dejéis todas esas discusiones, señorita; el hecho es que yo no os debo nada, que he pagado a un acreedor de vuestra madre lo que se me había encargado que le entregase, y que depende absolutamente de ese acreedor devolveros la suma o guardarla, y os advierto que se la guardará si no tenéis las mayores consideraciones para con él.

–¿Y de qué tipo, señora?

–Del tipo que quiera exigir de vos: me parece que deberíais entenderme.

–En ese caso, señora, que se lo guarde todo vuestro M. de Noirceuil; no estoy hecha

para el infame oficio que me proponéis; y si hace un momento he podido olvidar mis deberes con vos, por debilidad o infantilismo, me habéis abierto demasiado los ojos para no castigarme por mi error...

Y entonces brotaron de los ojos más hermosos del mundo abundantes lágrimas...

–Realmente –digo– es muy singular que le hagan a una una escena por no estar a los pies de la señorita. ¡Y!, gran Dios, ¿dónde estaríamos nosotros los libertinos si tuviéramos que adorar a todas las putillas que nos masturban?

Y a esa palabra de puta, se hicieron oír gritos de desesperación; se precipitó de cabeza sobre la mesa, vociferó, inundó la habitación de lágrimas; y confieso que era con un placer muy excitante y vivo cómo humillaba así a la que acababa de dedicar mis lujurias. El hecho de que desaparezca la ilusión consuela el amor propio y entonces gusta resarcirse con el desprecio del loco incienso que se quemó al ídolo: esta pecorilla me irritaba hasta un punto que no podría explicar.

–Escuchad –le digo–, hija mía, si M. de Noirceuil no os da vuestra dote, me serviréis: precisamente necesito una muchacha para la cocina, en la mejor hipótesis lavareis los platos...

Y las lágrimas se redoblaron entonces de tal forma que creí que iba a ahogarse...

–¿Y bien? –continué–, si ese medio no os complace, os queda el de la mendicidad o la prostitución... Mirad, yo os aconsejaría ese último camino; no estáis mal: es inaudito lo que ganaríais meneando pitos.

–Señora –dice Fontange levantándose hecha una furia– no estoy hecha ni para uno ni otro de esos oficios; dejadme salir de vuestra casa; me arrepiento de los actos a los que me he entregado; toda mi vida pediré perdón al Ser Supremo... volveré a mi convento.

–No seréis recibida; nadie pagará vuestra pensión.

–Tengo amigas.

–No se tienen amigas ya cuando se es pobre.

–Trabajaré.

–Vamos, vamos, tranquilizaos, pequeña imbécil, secad esas lágrimas; esta noche os cuidarán mis mujeres y mañana ya os llevaré a la casa de Noirceuil, y quizás si sois dulce no lo encontraréis tan duro y malvado como yo.

Llamo, les entrego esta joven a mis lesbianas, mando que pongan los caballos y vuelo a casa de Noirceuil. Me pide detalles; sólo con pintarle a Fontange con los tintes de la verdad, debía inflamarlo.

–Mira –me dice mostrándome un pito muy duro–, mira, Juliette, el efecto de tus jodidos pinceles.

Y haciéndome pasar a su cuarto, tuve que consentir en satisfacerle algunas de esas extravagantes fantasías que doblan los efectos del deseo sin apagarlo; que no son goces, pero que, en cabezas libertinas como la de Noirceuil, valen más que todas las uniones lícitas del himeneo o del amor. Estuvimos dos horas, porque a mí también me gustan esos pequeños horrores. Se los satisfacía a los hombres con el mismo placer que ponían en someterme a ellos; su lubricidad enciende la mía: tan pronto les he contentado, quiero que me contenten a mi vez; y tras algunas horas de placer, que nos costaron alguna pérdida, me largó Noirceuil un discurso más o menos así:

–Desde hace mucho tiempo me atormenta una fantasía muy extraordinaria, Juliette, y esperaba con impaciencia tu regreso, al no tenerte más que a ti en el mundo para poder satisfacerla. Quiero casarme... casarme dos veces en el mismo día: a la diez de la mañana, vestido de mujer, quiero casarme con un hombre; al mediodía, vestido de

hombre, casarme con un bardaje como mujer. Quiero más... quiero que me imite una mujer: ¿y qué otra mujer más que tú podría servir esa fantasía? Es preciso que, vestida de hombre, te cases con una lesbiana en la misma misa en que yo como mujer, me casaré con un hombre; y que vestida de mujer, te cases con otra lesbiana vestida de hombre mientras yo, que habré recuperado las vestiduras de mi sexo, me casaré, como hombre, con un bardaje vestido de muchacha.

–Es evidente, señor, vos lo habéis dicho, esa pasión es extravagante.

–Sí, pero como Nerón se casó con Tigellin como mujer y con Sporus como hombre, no inventó más que la doble unión en un mismo día y la fantasía de verme imitado por ti. Los lazos que nos unen ya a los objetos que van a servir esa fantasía son también episodios nuevos que Nerón no encontró. Las dos mujeres para ti son primero Fontange, que con vestimenta de mi sexo, se casará contigo como hombre, y tu hija que, con vestimenta del tuyo, se casará contigo en segundas nupcias, cuando tú estés vestida como hombre. Mi esposo y mi mujer son estos: dos hijos, Juliette, si, dos hijos que tú no conoces y que no conoce nadie en el mundo. Uno tiene cerca de dieciocho años, es mi esposo: es vigoroso y hermoso como Hércules; el otro tiene doce años, es el Amor. Los dos son fruto de vínculos muy legítimos; uno es de mi primera mujer, el otro de mi sexta: ¿sabes que tengo ocho?

–Pero me habíais dicho, me parece, que ya no os quedaban hijos.

–Estaban muertos para el mundo; los dos se estaban criando en uno de mis castillos al extremo de Bretaña, y jamás han visto la luz del sol. Acaban de llegar a mi hotel en una caja cerrada; son verdaderos salvajes, apenas saben hablar. ¡Qué importa!, bien llevados servirán a la ceremonia; lo demás es cuestión nuestra.

–¿Y sin duda seguirán terribles bacanales a una fantasía tan extraordinaria?

–Por supuesto.

–¿Y vos queréis, Noirceuil, que mi desgraciada Marianne, a la que adoro, se convierta en una víctima de esas espantosas orgías?

–No –me dice–, estará allí, es todo lo que necesito para mi lujuria; pero puedes estar segura de que no se le hará ningún daño: tus mujeres la divertirán mientras nosotros estamos en acción; eso es todo...

Lo acepto; y ahora veréis cómo mantuvo el malvado su palabra.

Me costó un gran trabajo hacerle comprender a Mlle. de Donis el extravagante arreglo de esta escena: la virtud se aviene mal con las extravagancias del vicio. Mitad temerosa, mitad complaciente, la desgraciada estuvo de acuerdo con todo, bajo la más sagrada palabra de que el desenlace de esas escandalosas bodas no tendría nada que pudiese alarmar su pudor. La primera ceremonia tenía lugar en un pueblecito, a dos leguas del magnífico castillo que Noirceuil poseía en Orleans, y donde debía celebrarse la fiesta; la segunda, en la misma capilla del castillo.

No os aburriré con los detalles de esta doble función; sólo que todo se hizo con decencia, rigor y puntualidad; la parte civil se ejecutó con tanto respeto como la parte religiosa. Hubo anillos, misas, bendiciones, dotes establecidas, testigos: no faltó nada. Los más hábiles arreglos disimularon artísticamente los sexos y los embellecieron cuando fue preciso.

A las dos de la tarde, se cumplió el doble proyecto de Noirceuil; y así como él se encontraba siendo a la vez la esposa de uno de sus hijos y el marido del otro, yo me encontré también como marido de mi hija y esposa de Fontange. Una vez que todo concluyó se cerraron cuidadosamente las puertas del castillo. Como la estación era muy rigurosa, se encendieron ardientes braseros en la soberbia sala donde debíamos

estar; y una vez dadas las más severas órdenes de que nadie se atreviese a interrumpir por ningún motivo las bacanales que se iban a celebrar, nos encerramos en este pomposo apartamento doce personas, cuyos nombres eran los siguientes:

Noirceuil y yo, como los dos héroes, nos colocamos en un trono de terciopelo negro en mitad de la sala; al pie del trono se veían, coronados con hojas de cipreses, al mayor de los hijos de Noirceuil, llamado Phaon, de dieciocho años; el segundo, de doce, que tenía por nombre Euphorbe; Marianne, mi hija, y Mlle. de Donis; los dos testigos de los matrimonios, agentes de los placeres sodomitas de Noirceuil, y sus verdugos, que se llamaban uno Desrues, otro Cartouche, de alrededor de treinta años; los dos, vestidos como caníbales, con vergas, puñales y serpientes en la mano, estaban de pie a nuestro lado, y parecían servirnos de guardianes; junto a nosotros y sentadas, se veían dos de mis lesbianas desnudas, Théodore y Laïs; a nuestros pies, dos putas igualmente desnudas parecían esperar nuestras órdenes. Esas muchachas, sacadas simplemente de un burdel, no tenían más de dieciocho a veinte años, y las dos con un rostro encantador: estaban allí para servir a la escena.

Un poco asustada de estos preparativos por mi pobre Marianne, me apresuré a recordarle a Noirceuil las promesas que me había hecho.

–Querida mía –me respondió–, como verás, mi cabeza está extraordinariamente exaltada; los placeres que he gozado esta mañana para satisfacer la increíble pasión que me devoraba desde hace tiempo me han trastornado, y temo que eliges un mal momento para recordarme promesas de bondad que una dosis más de excitación en el sistema nervioso puede desvanecer en un instante. Gocemos, Juliette, divirtámonos, quizás mantenga mi palabra; pero si eso no sucede, trata de encontrar en las lujurias que van a embriagarnos las fuerzas suficientes para soportar la desgracia que parece temer y que sin embargo, dicho sea entre nosotros, nada tiene de terrorífico. Piensa, querida, que no existe ningún freno para libertinos como nosotros, que la multiplicidad de motivos de respeto no son sino una razón más para redoblar los ultrajes: cuanto más parece exigir la virtud, más se complace en pisotearla el vicio lleno de furia.

Cien velas iluminaban esa sala, cuando la escena empezó.

– Cartouche, y vos, Desrues –dice Noirceuil a sus dos agentes–, dignos émulos de los célebres hombres cuyos nombres os he permitido llevar, vos a los que respeto por ese noble derecho, vosotros que, como vuestros patronos, cuyas hazañas serán transmitidas hasta la última edad del hombre por el buril fiel de la historia, estaríais dispuestos a hacer cualquier cosa por los respetables intereses del crimen, id a desnudad a los cuatro holocaustos coronados por el árbol de la muerte, y haced de sus vestiduras, en adelante inútiles, el uso que os he prescrito.

Los emisarios parten; en un instante están desnudas las cuatro víctimas y, a medida que se les arranca una vestidura, es echada a los ardientes braseros de esta sala.

–¿Qué significa esta funesta ceremonia? –dice Fontange al ver que se quema hasta su camisa– ¿Por qué echar al fuego lo que me cubre?

–Querida muchacha –le responde Noirceuil bastante brutalmente–, es que, pronto no necesitaréis ya más que un poco de tierra para resguardaros.

–¡Dios! ¡Qué bárbara sentencia! ¿Y por qué la he merecido?

–Que se acerque a mí esa criatura –dice Noirceuil...

Y mientras que Laïs lo chupa, una de las putas le menea el culo y yo lo excito con palabras, el libertino se pega a la boca de esa muchacha encantadora y la chupetea durante un cuarto de hora seguido, a pesar de las resistencias que ofrece su pudor a semejantes tentativas. Y después, apoderándose del trasero:

–¡Oh! ¡Hermoso culo, Juliette! –exclama extasiándose ante las nalgas–; ¡qué delicioso va ser joder y martirizar todo esto! ...

Entonces su lengua se introduce en el encantador agujero, mientras que, por orden suya, arranco con una mano el vello del coño de esta bella muchacha y con la otra le pellizco con fuerza su pecho naciente. La hace ponerse de rodillas, ordena a los dos hombres que la laman y acaba por hacerle besar su trasero.

No es posible describir la vergüenza y el embarazo de esta joven durante esos terribles comienzos; pero si hay algo que se sobrepone a estos dos sentimientos, es el terror que le inspiran los preparativos de lo que parece debe seguir. Mlle. de Donis, educada en el recato, no habiendo recibido en la casa de la que salía más que los mejores principios, tenía que estar necesariamente en una terrible situación; y nada nos divertía tanto como el combate violento entre su pudor y su necesidad. Por un momento quiere escaparse a todo lo que se emprende sobre su persona.

–Portaos bien –le dice duramente Noirceuil–, ¿no veis lo que es tener una imaginación como la mía? Cualquiera nadería la turba y la molesta; en cuanto se deja de servirla, se desanima y los atractivos más divinos se vuelven nulos cuando la sumisión y la obediencia no vienen a ofrecérmolos...

El granuja manoseaba el culo mientras decía esto; era por las nalgas encantadoras de esa muchacha donde se perdían indócilmente las manos más impuras y feroces.

–¡Rediós! –exclamó– ¡Oh! ¡Cuán desgraciada quiero hacer a esta granuja! ¡Cómo exigen horrores sus atractivos!...

Entonces le hace empuñar el pito de Cartouche, le obliga a meneárselo, complaciéndose en ver la tarea del vicio en manos de la inocencia: y como la pobre muchacha, deshecha en llanto, lo realiza con tanta inhabilidad como repugnancia, le ordena a una de las putas que le dé lecciones, y obliga a la que las recibe a darle humildemente las gracias.

–Quizás ese oficio le sea útil –dice Noirceuil–; la terrible situación de miseria a la que voy a reducirla bastará para obligarle a ello...

Le ordena masturbar con su lengua el coño de esas dos putas; a continuación ir a chupar su pito, y quiere que se le den fuertes bofetadas al menor gesto de repugnancia.

–Vamos –dice–, pensemos en los placeres del himeneo, ya nos hemos ocupado bastante de los del amor... –lanzando entonces una terrible mirada a Fontange, dice–: Que tiemble cuando le haga el honor de volver a ocuparme de ella.

Laiis y Théodore son enviadas a Phaon, el marido de Noirceuil y su hijo al tiempo; pronto consiguen empinársela y se lo llevan a Noirceuil, que, inclinado sobre mí, presenta indolentemente el trasero al casto esposo que conducen mis lesbianas. Yo le masturbaba por debajo mientras tanto, y él hurgaba en el agujero del culo de las dos putas.

–Que se observen las ceremonias de costumbre –dice a las conductoras de Phaon– y que ese joven esposo no pueda recoger los favores que se le ofrecen sin antes hacerse digno de ellos.

Phaon se arrodilla, adora religiosamente el culo que se le presenta, lo besa con respeto, se levanta y cediendo a los impulsos que están impresos en él, el hermoso joven se introduce hasta los cojones en el culo de su querido papá. Con un miembro como el de un mulo, sus sacudidas pronto hacen agitarse al que las recibe, y el disoluto se complace imitando los gritos, las quejas y los melindres de la joven esposa a la que se desvirga; suspira, se queja, no hay nada tan gracioso como sus contorsiones. El joven, perfectamente excitado por lo que lo rodea, descarga pronto en el culo que lo

cosquillea. En cuanto lo ha hecho, se le obliga a las mismas muestras de respeto a que fue sometido al empezar. Se aleja; pero Noirceuil, encendido, quiere ser jodido; su ano anhelante parece llamar pitos: Cartouche y Desrues lo sodomizan; entretanto él besa las nalgas de Laïs y de Théodore, de las que, dice, no puede hartarse. Acurrucada bajo él, yo lo chupo con todas mis fuerzas; amasa el culo de las putas. Después de ser jodido dos veces por cada uno de los hombres, dice:

–Vamos, probemos el papel de esposo; tras haber cumplido tan bien el de mujer ¿no soy digno del de hombre?

Le traen a Euphorbe, su segundo hijo. Estoy encargada de guiar el instrumento; en tres sacudidas, la virginidad se va al diablo. Noirceuil que se retira sin descargar desea ardientemente a Fontange al salir de allí. Son las putas las que la conducen y las que dirigen la operación.

–Juliette –me dice–, me gustaría que mordieses violentamente el coño de esta muchachita mientras yo la enculo; y como quiero que sienta un dolor infinito durante mi goce, le ordeno a Cartouche y a Desrues que le cojan cada uno una mano y le arranquen las uñas con una navaja...

Se ejecuta. Fontange, aturdida, ahogada por la violencia de los males que pesan sobre su existencia, no sabe de qué quejarse más, si de las llagas abiertas en cada uno de sus dedos, de las mordeduras que hacen sangrar su coño, o de las sacudidas del pito monstruoso que le desgarran el trasero. Sin embargo, éstas últimas parecen ser los dolores más acuciantes que la martirizan: apenas puede sostenerlas; sus gritos, sus lágrimas, sus gemidos llegan a adquirir tal grado de violencia que Noirceuil, poderosamente irritado por estas cosas, está en un tris de perder sus fuerzas: se retira.

–¡Oh!, Juliette –exclama–. ¡Qué delicioso culo, y cómo voy a hacer sufrir a esta zorra! ¡Me gustaría que todos los demonios del infierno estuviesen reunidos alrededor de mí para hacerles sufrir a cada uno un nuevo suplicio!

La hace darse la vuelta y sujetar por las putas; separo y presento su coño: se sumerge en él lleno de furia, mientras a esta desgraciada se le dan vapores de azufre y se le arrancan las orejas. La virginidad salta, la sangre corre, y Noirceuil, más excitado que nunca, desencoña, hace que los verdugos sostengan a la víctima en el aire, y se complace en flagelarla así hasta hacerla sangrar, con látigos de hierro que hace poner al rojo vivo. Las putas lo flagelan mientras él actúa, y él besa alternativamente el culo de mis lesbianas, cuyas nalgas se hallan elevadas a la altura de su boca; yo lo chupo, mientras le hurgo en el ano.

–El excesivo frío que hace –dice Noirceuil al cabo de unos instantes– me da una idea única...

Se viste con un abrigo de piel, hace que sus hombres cojan otro, otro tanto a mí, y bajamos a Fontange completamente desnuda. La colocamos en un gran estanque helado que se encuentra enfrente del castillo. Cartouche y Desrues se apostan en el borde, armados con enormes látigos de posta y petardos. Yo masturbo a Noirceuil enfrente del espectáculo; cuando ella se acerca al borde, se la rechaza a latigazos; cuando se aleja se le lanzan petardos que estallan sobre su cabeza o entre las piernas. No había en el mundo nada tan divertido como ver a esta pobre criatura saltar así, que una vez se aleja, otra se acerca, y que la mayor parte del tiempo se escurre y cae sobre el hielo, hasta el punto de romperse las piernas.

–¡Cómo! –dice Noirceuil lleno de cólera al verla a punto de acabar seis vueltas sin accidente– ¡Cómo! ¿Que no se va a desgraciar la zorra?...

Y apenas había sido formulado ese deseo cuando la desgraciada, alcanzada por un

petardo que le vuela una teta, se rompe en ese instante un brazo al caer.

–¡Ah!, joder –dice Noirceuil–, eso es lo que yo quería...

La cogen; está desvanecida. Algunos cuidados interesados la vuelven en sí, y sus heridas son curadas ligeramente. Pensamos en otras escenas.

Noirceuil exige que mi hija me masturbe ante sus ojos; besa con avidez el bonito culo de esta niña, mientras que ella procede a esa fantasía.

–Va ser hermoso ese culo, Juliette –me dice–; ya me excita violentamente...

Y aunque no tenía más que siete años, el malvado la desfloraba ya con su pito enorme; pero, volviendo de repente a su hijo Euphorbe, el villano lo encula, ordenándome que rompa los cojones de este niño. No hay dolores semejantes a los que experimentó ese desgraciado, atormentado a la vez por delante y por detrás. Tras algunas incursiones en ese culo encantador, Noirceuil se retira y hace que los verdugos azoten al muchacho. El que no golpea lo encula entretanto, y yo debo cortar con una navaja de afeitar, absolutamente al ras, las partes viriles de ese infortunado. Noirceuil besa ardientemente las nalgas de Théodore entretanto.

–Vamos, Juliette –me dice–, ¡hazte joder!

Yo lo deseaba ardientemente en el terrible estado en que estaba. Los dos caníbales me agarran; uno me penetra en el coño, el otro me enfila el culo; Noirceuil los encula alternativamente, mientras las putas lo azotan. En cuanto me ve descargar, agarra a Fontange. Noirceuil la entrega a los dos verdugos.

–Jodedla como os plazca –les dice–, todo estará bien con tal que la atormentéis jodiéndola...

Y los granujas, una vez que tenían manga ancha, trataron tan mal a esta muchacha que se desvaneció de nuevo en sus brazos.

–Un momento –dice Noirceuil–, tengo que encoñarla una vez más...

Y mientras él se satisfacía, lo sorprende con una nueva crueldad: con un bisturí arranco el ojo derecho de mi pupila. Noirceuil no puede contenerse ante este horror; la sacudida que el dolor produce en la paciente es tan viva, que el libertino pierde su semen en el fondo del culo de la doncella, mientras que él mismo es sodomizado y está rodeado de culos.

–Ven, granuja –le dice a esta criatura al cabo de unos instantes...

Y agarrándola con fuerza por un brazo, la arrastra al gabinete vecino. Los sigo.

–Mira –prosiguió señalando sobre una mesa los quinientos mil francos que pertenecen a la pobre muchacha y que había cambiado por oro–esa es tu dote; el ojo que te hemos dejado para que vieses estas riquezas hará pasar a tu alma, estamos seguros, la terrible pesadumbre de no poseerlos en tu vida. Te destino a morir de hambre, zorra; y voy a tratarte de forma que te sea imposible quejarte nunca, aunque te devuelva la libertad. Mira –le dice cogiéndole la mano–, toca ese oro, es tuyo, y sin embargo, jamás lo tendrás. Vamos, bribona –prosiguió enfurecido–, esta es la última función que quería que hiciesen tus órganos: ahora te serán inútiles...

Y diciendo esto le ata las dos manos a un banquillo, la encula y yo corto las manos mientras él actúa; se restaña la sangre, se vendan las llagas. A continuación, mientras sigue jodiendo, el bárbaro ordena a la víctima que saque la lengua; agarro esa lengua con tenazas y la extirpo también; le saco el otro ojo... él descarga.

–Bueno –dice retirándose y revistiendo a la víctima con una camisa basta–, ya estamos seguros de que no gritará, de que no verá ni tres en un burro, y de que no hablará a nadie...

La bajamos hasta el camino principal.

–Ahora búscate la vida como puedas, zorra –le dice Noirceuil dándole una enorme patada en el culo–; la idea de verte perecer de esta forma excita mejor nuestra lubricidad que la de asesinate... Ve... ve, si puedes, a denunciar a tus perseguidores...

–Al menos puede oír las preguntas –digo–, el oído está todavía intacto.

Y el bárbaro Noirceuil, metiéndole en seguida hierros en las orejas, pronto la priva del único órgano que le queda. Volvemos.

–Excitadme, tunantas –les dice a las cuatro mujeres–; acabo de descargar; tengo que recuperar mis fuerzas... Masturbad a esos hombres, y que ellos me jodan; jamás tengo una necesidad tan grande de horrores como cuando acabo de cometerlos.

Noirceuil está rodeado: culos, pitos, lo rodean por todas partes; es masturbado, jodido, acariciado.

–¡Oh!, Juliette –me dice en cuanto la tiene tiesa–... Juliette, quiero joder a tu hija...

Y sin darme tiempo a responder, el criminal se lanza sobre ella, hace que sus satélites la sujeten y la encula con la rapidez del rayo. Los agudos gritos de mi pobre Marianne son la única advertencia que recibo de su terrible ultraje.

–¡Dioses! ¿Qué haces, Noirceuil?

–Enculo a tu hija; ¿tenía que ocurrir, no?, ¿y no es mucho mejor que esta rosa sea recogida por tu amigo que por cualquier otro?

Tras haber destrozado, cubierto de sangre a esta desgraciada, se retira sin perder nada; y echando una mirada extraviada sobre las dos putas, anuncia que va a sacrificar a una. La infortunada cae a sus pies; quiere implorarle, pero en vano. Se la agarra y se la ata a caballo en lo alto de una escalera doble. Noirceuil, sentado a unos pies de la escalera, se convierte en su dueño gracias a una cuerda que se ata al pie de aquélla. Théodore y Laïs, arrodilladas, le chupan el pito, los cojones y el agujero del culo: los dos salvajes me joden delante de él; la puta que queda está atada a un poste, con la cabeza para abajo, esperando dolorosamente su suerte. Por veinte veces seguidas el granuja hace caer la escalera, vuelve a poner a la muchacha, la hace caer, y no deja ese abominable juego hasta que la víctima se ha abierto la cabeza y roto las piernas. Como estas infamias le habían excitado, la otra puta es condenada a tener los ojos vendados, mientras que cada uno de nosotros, alrededor de ella, le hará heridas. Sólo nombrando a su agresor será liberada: cae desmayada y ahogada en su sangre, antes de poder nombrar al culpable. Por orden de Noirceuil y de acuerdo con mis ideas, esas dos desgraciadas que apenas respiran son colgadas en la chimenea para que las llamas puedan devorarlas poco a poco y para que el humo las asfixie.

Ebrio de voluptuosidad, Noirceuil yerra como una fiera por el salón; entonces se le presentan cinco objetos capaces de encender su rabia: mis dos lesbianas, mi hija y sus dos hijos. Al verle se diría que quería inmolar a todos a la vez.

–¡Dios infame y cobarde! –exclama–, ¡no limites mi poder de esta forma, cuando quiero imitarte y cometer el mal! No te pido ninguna facultad para la virtud, pero comunícame al menos todos los poderes para el crimen; déjame hacerlo, siguiendo tu ejemplo, ¡si te atreves, pon por un momento tu rayo en mis manos y cuando haya destruido a los mortales, todavía me verás deseando lanzarlo al seno de tu execrable existencia para consumirla, si puedo!

Tras estas palabras se lanza sobre su hijo Phaon, lo encula, se hace joder, y me ordena, haciéndome masturbar por Théodore, que arranque el corazón del hijo que jode y que se lo ofrezca para devorarlo. El villano lo traga, clavando en el mismo instante de su descarga un puñal en el pecho de su otro hijo.

–¡Y bien! –me dice– Juliette, ¡y bien!, ángel mío, ¿he hecho suficientes cosas?

¿Estoy suficientemente manchado de sangre y de horrores?

–Haces que me estremezca, pero te imito.

–Sin embargo, no creo que me quede en esto...

Sus centelleantes ojos recaen una vez más sobre mi hija; la tiene extraordinariamente dura; la coge, la hace sujetar y la encoña.

–¡Oh! ¡Sagrado Dios jodido! –exclama– ¡Cómo me vuelve loco esta criaturita! ¿Qué quieres hacer con ella, Juliette? ¿Llevarías tu imbecilidad hasta el punto de tener algún sentimiento... alguna consideración por ese repugnante resultado del bendito cojón de tu abominable esposo? Véndeme a esta zorra, Juliette, te la pago; quiero comprarla; manchémonos los dos, tú con el bonito pecado de vendérmela, yo con el más excitante todavía de no pagártela más que para asesinarla. ¡Oh!, sí, sí, Juliette, ¡asesinemos a tu hija! Y sacando su pito para mostrármelo, dice: Mira hasta qué punto inflama todos mis sentidos esa execrable idea. Hazte joder, Juliette, y no me respondas más que cuando tengas dos pitos en el cuerpo.

El crimen no tiene nada de terrorífico cuando se jode; y cuando hay que acariciar sus atractivos es siempre en medio de los chorros de semen... Me joden. Noirceuil me pregunta por segunda vez lo que pienso hacer con mi hija.

–¡Oh! ¡Malvado! –exclamé descargando–, tu pérfido ascendente me la arrebató, apaga en mí cualquier otro sentimiento que no sea el del crimen y la infamia... ¡Haz lo que quieras de Marianne, jodido bribón! –digo llena de furia–, te la entrego...

Tan pronto oye estas palabras, desencoña, agarra a esta desgraciada niña y la tira, desnuda, a las llamas; yo lo ayudo y, como él, me armo con un hierro para rechazar los movimientos naturales de esta infortunada, a la que levantan y empujan hacia nosotros saltos convulsivos; se nos masturba a los dos, se nos encula; Marianne es asada... está consumida. Noirceuil descarga, yo hago otro tanto; y pasamos el resto de la noche el uno en brazos del otro felicitándonos por una escena cuyos episodios y circunstancias son el complemento de un crimen que todavía encontramos demasiado pequeño.

–¡Y bien! –me dice Noirceuil– ¿Hay algo en el mundo equivalente a los placeres divinos que proporciona el crimen? ¿Existe algún sentimiento que proporcione a nuestra existencia una sacudida más viva y más deliciosa?

–¡Oh!, amigo mío, no lo conozco.

–Entonces vivamos eternamente en él; ¡que nada, en toda la naturaleza, pueda reducirnos a principios diferentes! Es muy desgraciado aquel al que los remordimientos arrastran a volverse atrás, lo que es tan funesto como imbécil; ¡porque, débil y pusilánime en todas las acciones de su vida, no será más feliz en el camino que va a recorrer de lo que lo era en el que abandona! La felicidad reside en la energía de los principios: no puede haber felicidad para el que fluctúa constantemente.

Pasamos ocho días en el terruño de Noirceuil, durante los cuales nos entregamos diariamente a nuevas infamias. Allí fue donde quiso que yo probase una de las pasiones de la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano. Yo me tumbaba en el suelo; dos hombres esparcían granos de cebada sobre mi monte y los labios de mi coño; doce ocas soberbias y enormes venían a picotear estos granos; y me causaban con sus picotazos en esta parte una irritación tan violenta, que me veía obligada a joder al acabar esta operación. Noirceuil, que ya lo preveía, me entregó a cincuenta campesinos de su dominio, que hicieron proezas conmigo. Quiso hacerse igualmente picotear el culo y encontró sensaciones más vivas que las del látigo. A estas orgías unió la de ordenar al maestro y a la maestra del burgo de su tierra que le proporcionasen cada uno treinta individuos del sexo que instruían. Los mezcló, hizo

que los muchachos desvirgasen a las muchachas y acabó azotándolos y sodomizándolos, y los envenenó a todos.

–¡Oh!, amigo mío –le digo a Noirceuil–, todo lo que hacemos aquí es muy simple: ¿no podríamos coronar nuestras orgías con algo más brillante? Todos los habitantes de este burgo no tienen más agua que la de sus pozos; poseo un secreto de la Durand que los envenena en dos días: mis mujeres y yo nos encargamos de empozoñarlos todos.

Y masturbaba a Noirceuil mientras le hacía esta propuesta, para que no se negase.

–¡Oh!, joder –me dice el disoluto, no pudiendo contener ya su esperma ante esta propuesta–. ¡Oh! ¡Santo cielo, Juliette, qué extravagante imaginación te ha dado la naturaleza! Haz lo que quieras, ángel mío, los chorros que haces salir firman mi aceptación: actúa.

Cumplí mi palabra; en cuatro días todo estuvo envenenado; mil quinientas personas fueron enterradas, y casi otras tantas reducidas a tal estado de dolor que se les oía invocar a la muerte: todo fue atribuido a una epidemia. La ignorancia de los médicos de la provincia nos libró de toda sospecha; y nos marchamos después de una expedición que nos había valido mucho semen.

Esta es la feliz posición en que me veis, amigos míos. Lo confieso, me gusta el crimen de una forma horrorosa, sólo él irrita mis sentidos, y profesaré sus máximas hasta el último momento de mi vida. Libre de todos los temores religiosos, sabiendo ponerme por encima de las leyes gracias a mi discreción y a mis riquezas, ¿qué poder, divino o humano, podría entonces contrariar mis deseos? El pasado me estimula, el presente me electriza, temo poco al futuro; espero pues que el resto de mi vida sobrepasará con mucho todos los extravíos de mi juventud. La naturaleza no ha creado a los hombres sino para que se diviertan con todo sobre la Tierra; es su ley más preciada, será siempre la de mi corazón. Tanto peor para las víctimas, es necesario; todo se destruiría en el universo sin las leyes profundas del equilibrio; la naturaleza se mantiene sólo gracias a las fechorías, y reconquista así los derechos que le quita la virtud. Por tanto, nosotros la obedecemos entregándonos al mal; nuestra resistencia es el único crimen que jamás nos perdonará. ¡Oh!, amigos míos, convenzámonos de estos principios: en su ejecución se encuentran todas las fuentes de la felicidad del hombre.

Así fue como Mme. de Lorsange acabó el relato de sus aventuras, cuyos escandalosos detalles habían arrancado más de una vez lágrimas amargas a la interesante Justine. No pasaba lo mismo con el caballero y el marqués: los excitados pitos que sacaron probaron la diferencia de sentimientos que los había animado. Se maquinaba ya algún horror cuando se oyó que volvían al castillo Noirceuil y Chabert, que, como se recuerda, habían estado pasando unos días en el campo, mientras la condesa ponía a sus otros dos amigos al corriente de hechos que aquellos sabían desde hacía mucho tiempo.

Las lágrimas que inundaban las hermosas mejillas de nuestra desgraciada Justine, su aire interesante... abatido por tantas desgracias... su natural timidez, esta atrayente virtud extendida por cada una de sus facciones, todo irritó a Noirceuil y a Chabert, que quisieron someter a esta infortunada a sus sucios y feroces caprichos. Fueron a encerrarse con ella mientras que el marqués, el caballero y Mme. de Lorsange se entregaban a otras voluptuosidades igualmente extravagantes con los numerosos objetos de lujuria instalados en el castillo.

Eran alrededor de las seis de la tarde cuando volvieron y se reunieron todos; entonces se deliberó sobre la suerte de Justine; y ante el rechazo formal de Mme. de Lorsange a conservar en su casa a una mojigata semejante, ya sólo se trató de decidir

si esta desgraciada criatura sería echada o inmolada en alguna orgía. El marqués, Chabert y el caballero, más que hartos de esta criatura, eran los tres de esta última opinión, cuando Noirceuil pidió ser escuchado.

—Amigos míos —dice a la feliz reunión—, con frecuencia he visto que en aventuras semejantes era extremadamente instructivo tentar la suerte. Se está formando una horrible tormenta; entreguemos esta criatura al rayo; me convierto si la respeta.

—¡Maravilloso! —exclamó todo el mundo.

—Es una idea que me gusta con locura —dice Mme. de Lorsange—, no dudemos en ponerla en práctica.

Brilla el relámpago, silba el viento, el fuego del cielo agita las nubes; las mueve de una forma horrible... Se hubiese dicho que la naturaleza, aburrída de sus obras, estuviese dispuesta a confundir todos los elementos para obligarlos a formas nuevas. Se pone a Justine en la calle, no solamente sin darle un céntimo sino incluso quitándole lo poco que le quedaba. La desgraciada, confusa, humillada ante tanta ingratitud y tantos horrores, demasiado contenta por escapar quizás a mayores infamias, llega dando gracias a Dios al camino real que bordea la avenida del castillo... Apenas ha llegado cuando un rayo la tira al suelo, atravesándola de parte a parte.

—¡Está muerta! —exclaman en el colmo de su alegría los criminales que la seguían— ¡Acudid! ¡Acudid! ¡Señora!, venid a contemplar la obra del cielo, venid a ver cómo recompensa a la virtud: ¿merece pues la pena amarla cuando aquellos que mejor la sirven se convierten tan cruelmente en víctimas de la suerte?

Nuestros cuatro libertinos rodean el cadáver; y aunque estuviese totalmente desfigurado, todavía conciben terribles deseos sobre los sangrientos restos de esta infortunada. Le quitan los vestidos; la infame Juliette los excita. El rayo había entrado por la boca y había salido por la vagina: se hacen terribles bromas sobre los dos caminos recorridos por el fuego del cielo.

—¡Cuánta razón hay en elogiar a Dios! —dice Noirceuil—; ved cuán decente es: ha respetado el culo. ¡Es todavía hermoso, ese sublime trasero que tanto semen hizo correr! ¿Es que no te tienta, Chabert?

Y el malvado abad responde introduciéndose hasta los cojones en esa masa inanimada. Pronto se sigue el ejemplo; los cuatro, uno tras otro, insultan las cenizas de esa querida muchacha; se retiran, la dejan y le niegan hasta los últimos deberes.

¡Triste y desgraciada criatura, estaba escrito en el cielo que ni siquiera el reposo de la muerte te salvaría de las atrocidades del crimen y de la perversidad de los hombres!

—Realmente —exclama Mme. de Lorsange mientras volvía al castillo con sus amigos— eso me afirma más que nunca en el camino que he recorrido toda mi vida. ¡Oh, Naturaleza! —exclamó en su entusiasmo— ¡Así pues es necesario para tus planes ese crimen que a los estúpidos se les ocurre castigar!, tú deseas, puesto que tú mano castiga de esta manera a aquellos que lo temen o que no se entregan a él... ¡Oh!, esos son acontecimientos que colman mi felicidad y aumentan mi tranquilidad.

Apenas llegaban al castillo cuando una berlina de posta se acercaba por el otro camino; entra en el patio casi al mismo tiempo que el grupo. Una mujer alta, bien plantada, desciende, Juliette avanza hacia ella. ¡Justo cielo!: es la Durand, es la querida amiga de Mme. de Lorsange, condenada por los inquisidores de Venecia y que Juliette creía haber visto pendiendo del techo de la sala de esos terribles jueces...

—¡Alma querida! —exclama echándose en brazos de su amiga—... ¡Qué suceso!... ¡Gran Dios!.. explícate... no se ni dónde estoy...

Se abre un salón, se instalan, y cada uno escucha en silencio el esclarecimiento de

una aventura tan singular.

Mi querida Juliette –dice la Durand con tranquilidad–, vuelves a ver a la que habías creído perder en los horrores de una muerte violenta, y que gracias a sus intrigas, a sus malas artes, a su ciencia, te encuentra más afortunada que nunca, ya que con los considerables bienes que conserva, es suficientemente dichosa como para devolverte lo que te habían confiscado en Venecia... Sí, Juliette –continuó esta querida amiga poniendo sobre la mesa un fajo de papeles–: ahí está el fondo de tus mil quinientas libras de renta que te devuelvo; es todo lo que he podido salvar; gózalas en paz y en agradecimiento no me concedas más que la certidumbre de acabar mis días junto a ti.

–¡Oh!, amigos míos –exclama Juliette borracha de alegría–, ¿se equivocará aquel que un día escriba la historia de mi vida, si la titula: LAS PROSPERIDADES DEL VICIO? Apresúrate, Durand, apresúrate a contarnos más detalladamente hechos tan singulares, y puedes estar segura de que soy yo la que te suplico que no nos abandones en toda tu vida.

Entonces esta mujer, celebre para siempre, informó al grupo, lo más sucintamente que pudo, que al prometer entregar y ejecutar todos sus secretos, se le aseguraba que se ejecutaría a otra mujer en su lugar, siendo el ejemplo preciso para Juliette, cuyos bienes y partida deseaba el Consejo, por miedo a una imprudencia. El engaño había tenido éxito, había satisfecho a los inquisidores, y producido una epidemia en Venecia en la que habían muerto más de veinte mil personas; hecha su operación, había exigido como favor particular y especial que se le devolviesen los bienes de su amiga; se los habían concedido; a partir de ese momento ya sólo pensó en escapar de Venecia, totalmente convencida de que esos pérfidos venecianos, alimentados con los principios de Maquiavelo, pronto inmolarían a su cómplice.

Por lo tanto he acudido rápidamente a ti, ángel mío –prosiguió la Durand–; te hago feliz y eso me pone contenta. Ríete ahora de la fatalidad de la suerte que me ha hecho escapar dos veces de la cuerda; seguramente ahora ya no debo temer ese fin. No se cuál será el que me destina la mano de la suerte: ¡ah!, que sólo me golpee en brazos de mi querida Juliette, y jamás me quejaré de sus golpes.

Y las dos amigas, echándose en brazos una de la otra durante un cuarto de hora, no dejan de prodigarse las manifestaciones más sinceras de amistad, de confianza y de cariño de las que goza el vicio igual que la virtud, a pesar de lo que puedan decir los fríos partidarios de esa fastidiosa divinidad. Todo el mundo compartía los sentimientos de esas dos tiernas amigas, cuando un correo de Versalles llega con gran estrépito al patio; pregunta por Noirceuil; sólo a él puede entregar las órdenes de que está encargado.

–¡Oh, cielos! –exclama este en cuanto lo ha leído–, mi querida Juliette, es que todos los tipos de felicidad deben afluir hoy sobre nuestras cabezas. El ministro acaba de estirar la pata; aquí está la carta, de mano del rey, que me ordena me presente rápidamente en la corte para tomar las riendas del gobierno. ¡Qué gran cantidad de felicidades nos promete esto! Seguidme las dos –continúa Noirceuil dirigiéndose a Juliette y a Durand– no quiero separarme de vosotras en la vida. ¡Cuán necesarias vais a serme en el gobierno del buque que voy a conducir! A vos, Chabert, os doy un arzobispado; marqués, os nombro para la embajada de Constantinopla; a vos, caballero, os concedo cuatrocientas mil libras de renta; os quedareis en París para velar por mis asuntos. Vamos, amigos míos, alegrémonos, en todo esto sólo veo a la virtud desgraciada: quizás no nos atreviésemos a decirlo si estuviésemos escribiendo una novela.

—¿Por qué temer publicarla —dice Juliette— cuando la verdad misma arranca los secretos de la naturaleza, aunque los hombres tiemblen por ella? La filosofía debe decirlo todo.

Se marcharon al día siguiente; los mayores éxitos coronaron a nuestros héroes durante diez años. Al cabo de ese tiempo, la muerte de Mme. de Lorsange la hizo desaparecer de la escena del mundo, como se desvanece ordinariamente todo lo que brilla sobre la tierra, y esa mujer, única en su género, muerta sin haber escrito los últimos acontecimientos de su vida, le quita a todo escritor la posibilidad de mostrarla al público. Aquellos que quisieran intentarlo no lo harían más que ofreciéndonos sus fantasías por realidades, lo que significaría una asombrosa diferencia para la gente de buen gusto, y particularmente para los que se tomaron algún interés en la lectura de esta obra.